
¿Aún puedo
PERDONARTE?
UN ROMANCE ESCRITO POR
GR OLIVEIRA

¿AÚN PUEDO PERDONARTE?

1ª EDICIÓN
(2025)

Copyright © G.R. OLIVEIRA
Publicación Independiente | Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.

Queda prohibido el almacenamiento y/o reproducción total o parcial de esta obra, a través de cualquier medio —tangible o intangible — sin el consentimiento previo y por escrito del autor.

La violación de los derechos de autor es un delito conforme las leyes internacionales de propiedad intelectual y puede ser sancionada de acuerdo con la legislación aplicable en cada país.

SINOPSE



DIFERENCIA DE EDAD + CEO + EMBARAZO INESPERADO + SLOW BURN + HOMBRE POSESIVO Y VENGATIVO + JEFE x EMPLEADA

JAVIER FERRARA

Siempre mantuve absolutamente todo bajo mi control. Jamás permití que nadie se acercase lo suficiente como para poner en peligro todo lo que había conseguido. Al menos así era, hasta que Daniela Castro apareció y convirtió mi existencia en un auténtico infierno.

Una sola noche con ella fue suficiente para poner mi vida patas arriba. Y pese a sus disculpas y explicaciones, sabía que me había mentido desde el principio. Ahora, mientras ella asegura llevar un hijo mío en su vientre, solo puedo pensar en una cosa: demostrar sus mentiras y desenmascararla de una vez por todas.

Daniela se ha metido con el hombre equivocado, y aunque tenga que usar todas las armas a mi alcance, no descansaré hasta que pague por cada una de sus mentiras...

DANIELA CASTRO

Mi vida nunca fue fácil, pero siempre intenté tomármelo todo con humor, riéndome de mis propias caídas y encontrando esperanza incluso donde parecía no haberla. Siempre creí en el amor y soñé con formar una familia, a pesar de que mis relaciones fracasaban una tras otra.

Lo que no esperaba era que el mayor reto en mi camino fuese Javier Ferrara, el hombre más poderoso e impenetrable que había conocido jamás.

Tras una noche juntos, mi vida se convirtió en un completo caos. Fui acusada injustamente, humillada y vista como alguien que jamás fui. Y cuando descubrí que estaba embarazada, comprendí que tendría que criar sola a mi hijo...

FRAGMENTO:

«— Creía que eras un hombre diferente, alguien decente, pero eres justamente todo lo contrario.

— Tu opinión me importa muy poco —replicó él con frialdad.

Respiré profundamente, reuniendo todo el valor posible para enfrentarme una vez más a aquellos ojos fríos e implacables.

— Pero hay algo que no cambiará, independientemente de lo que creas o dejes de creer. Estoy embarazada y el hijo es tuyo, te guste o no.

Él arqueó una ceja, desafiante.

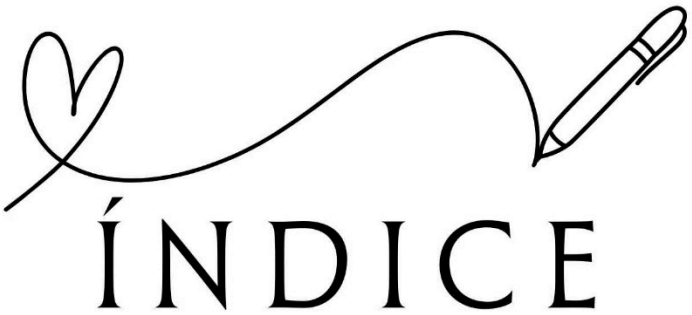
— No te creo.

Inspiré profundamente, sosteniéndole la mirada con determinación.

— Entonces haré que me creas. De una forma u otra.»

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

SUMÁRIO



ÍNDICE
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54

CAPÍTULO 55
CAPÍTULO 56
CAPÍTULO 57
CAPÍTULO 58
CAPÍTULO 59
CAPÍTULO 60
EPÍLOGO



CAPÍTULO 1

«Hay noches en las que simplemente aceptamos correr riesgos, sin imaginar que podrían cambiar por completo nuestras vidas».

DANIELA CASTRO

—¡Todavía no me creo que me estés haciendo colar en esta fiesta! —murmuré, casi atragantándome mientras me ajustaba el vestido que Aurora prácticamente me había obligado a ponerme.

—¡Tranquila! Todo está bajo control —respondió Aurora con su típica confianza, lanzándome esa mirada despreocupada de quien claramente no tenía ni idea del lío en el que nos estábamos metiendo.

Tragué saliva mientras caminábamos hacia la imponente entrada del salón de eventos, sintiendo cómo el corazón se me aceleraba con cada paso.

Aurora siempre había tenido la capacidad de convencerme para meterme en situaciones imposibles, y yo, con mi ingenuidad crónica y mi falta habitual de suerte, siempre acababa cediendo.

—¿Todo bajo control, Aurora? ¡Has cogido las invitaciones de una pareja cualquiera a la que ayudamos! —susurré con nerviosismo, evitando mirar al guardia de seguridad altísimo que nos observaba con desconfianza.

—Exacto, ellos no iban a usarlas, simplemente estamos… ¡reciclándolas! —respondió Aurora sonriendo, exudando tanta seguridad que, por un instante, casi me convenció con su lógica absurda.

Respiré profundamente mientras entregábamos las invitaciones.

El guardia las examinó con cautela, pero luego, milagrosamente, nos abrió paso y nos permitió entrar.

Sentí que el corazón se me escapaba del pecho, pero logré mantener una expresión neutra mientras cruzábamos la entrada.

Aurora me lanzó una mirada triunfal y me dio un ligero toque en el brazo.

—¿Lo ves? Te lo dije: ¡Todo controlado!

Nada más atravesar el majestuoso arco de la entrada, literalmente se me cayó la mandíbula.

El salón era absolutamente impresionante, algo que solo había visto en películas o en mis fantasías más extravagantes. Enormes lámparas de cristal colgaban del techo altísimo, reflejando destellos dorados que parecían pequeñas estrellas brillantes.

Las paredes estaban revestidas con paneles de mármol blanco con detalles dorados, y una alfombra roja lujosa cubría todo el espacio hasta acabar en una monumental escalera que parecía sacada directamente de un palacio.

Mesas elegantemente decoradas con manteles de lino blanco y sofisticados arreglos florales llenaban el salón. Camareros impecablemente vestidos se movían con gracia entre los invitados, ofreciendo copas relucientes con champán burbujeante.

Todo era tan lujoso, tan elegante, que por un instante me quedé completamente inmóvil, paralizada ante el esplendor del lugar.

Me giré lentamente hacia Aurora, completamente incrédula. Ella me devolvió una mirada triunfal, satisfecha con su hazaña.

—Aurora Martínez, ¿puedes recordarme por qué acepté venir aquí contigo? —pregunté, arqueando una ceja mientras intentaba no reírme de puro nerviosismo.

Mi amiga se encogió de hombros despreocupadamente, ajustándose el vestido rojo vibrante que destacaba a la perfección su figura alta y elegante. Llevaba el cabello rubio recogido en un sofisticado moño, y sus ojos castaños brillaban de entusiasmo mientras observaba el entorno.

—Primero, porque me adoras y no puedes decir que no a mis ideas geniales. Segundo, llevas demasiado tiempo soltera y necesitas urgentemente divertirte, encontrar un hombre decente,

preferiblemente millonario y, si es posible, salir de aquí ya embarazada para asegurar el futuro de nuestra eterna amistad. Y tercero, ¡jamás podría hacer algo así sin ti! —concluyó con una sonrisa enorme.

Puse los ojos en blanco, pero no pude contener la sonrisa divertida que asomaba en mis labios. Aurora siempre conseguía convencerme de las cosas más absurdas con su manera ligera y divertida de ser.

Éramos amigas desde los tiempos de la universidad, donde estudiamos administración juntas.

Ella siempre tuvo esa personalidad fuerte, audaz y divertida, mientras yo era esa amiga que intentaba mantener los pies en el suelo, sin mucho éxito, claro.

Yo llevaba puesto un elegante vestido negro con un escote discreto, que marcaba suavemente mis curvas. Mi cabello oscuro caía suelto y ondulado sobre mis hombros, y mis tacones, que Aurora había asegurado que serían cómodos, ya estaban empezando a matarme lentamente.

—Has olvidado mencionar que también estoy aquí porque, aparentemente, no sé protegerme de tus ideas descabelladas —

repliqué, riendo por lo bajo mientras cogía una copa de champán del camarero que pasaba junto a nosotras.

Aurora me cogió del brazo, guiándome animadamente por el salón.

—¡Deja de quejarte! Vamos a disfrutar y fingir que pertenecemos a este lugar. ¿Quién sabe? Igual conquistamos hoy el corazón de algún atractivo y gruñón CEO —bromeó, lanzándome una mirada traviesa.

Me eché a reír, atrayendo algunas miradas curiosas de los invitados cercanos.

—Claro, porque mi suerte es maravillosa, ¿verdad? Ya puedo ver venir el desastre —suspiré, aunque en el fondo admití para mí misma que estaba emocionada.

Al fin y al cabo, no todos los días entraba en una fiesta digna de película.

Observé una vez más a nuestro alrededor, respirando profundamente y tratando de parecer tan segura como mi amiga. Había llegado el momento de permitir que el destino, o mi habitual falta de suerte, me sorprendiera.

Aurora estaba radiante, sujetando una elegante copa entre los dedos y riendo animadamente mientras comentábamos discretamente sobre el lujo surrealista que nos rodeaba.

—En serio, Dani, ¡mira esto! —Aurora se acercó aún más a mí, susurrando con exagerada emoción—: Parece que todos aquí se han dado un baño de dinero antes de salir de casa.

Me reí suavemente, negando con la cabeza mientras observaba con fascinación a tanta gente hermosa y evidentemente millonaria. Vestidos que brillaban como estrellas, trajes hechos a medida, zapatos con suelas que probablemente costaban más que mi alquiler.

Aquello era un mundo completamente distinto al mío.

—Tienes razón. Me siento dentro de una película y definitivamente no soy la protagonista rica, sino esa figurante torpe que tropieza y tira la bandeja del camarero —bromeé, haciendo que mi amiga riera aún más fuerte.

Aurora abrió la boca para responderme, pero mi atención fue robada repentinamente por algo, o mejor dicho, alguien que cruzó mi campo visual.

Allí estaba él.

Un hombre permanecía junto a la barra, apoyado con naturalidad sobre la encimera de mármol, sosteniendo una copa con lo que parecía ser un whisky caro.

Era absurdamente guapo, con esa clase de belleza clásica que rozaba lo irritante de tan perfecta.

Su pelo oscuro estaba peinado hacia atrás, contrastando con elegancia con su piel bronceada. Alto, probablemente más de metro noventa, con hombros anchos y perfectamente definidos bajo un traje oscuro hecho a medida, que parecía diseñado exclusivamente para él.

Quedé hipnotizada durante un instante.

Mi mirada recorría cada detalle de aquel desconocido, desde sus labios firmes y carnosos, pasando por la fuerte línea de su mandíbula, hasta llegar a sus ojos oscuros e intensos, que brillaban con una expresión seria y casi autoritaria.

Había en él un aura de poder natural, una confianza silenciosa que parecía llenar cada espacio a su alrededor.

Ni siquiera intenté disimular, perdida por completo en aquella visión.

Dios mío, ¿cómo podía alguien ser tan atractivo sin que fuera ilegal?, pensé para mis adentros, incapaz de apartar los ojos de él.

Aurora notó de inmediato mi distracción, girándose con curiosidad y siguiendo descaradamente mi mirada. Emitió un silbido discreto, tan impresionada como yo.

—Madre mía, acabas de encontrar el motivo perfecto por el que nos hemos colado en esta fiesta —comentó divertida, con los ojos brillantes de emoción—. ¡Es para morirse de guapo!

Suspiré, desviando finalmente la vista durante apenas un segundo para mirarla.

—¿Cómo es posible que alguien así exista y que no lo haya visto antes en mi vida? ¿Será real o solo una alucinación provocada por tanto lujo? —pregunté, arrancándole una carcajada.

Negué con la cabeza, riendo suavemente mientras intentaba controlar los pensamientos absurdos que comenzaban a invadir mi mente. Un hombre como él jamás se fijaría en mí.

Al menos, eso era lo que pensaba.

Seguimos disfrutando de la fiesta, tomando otra copa y riéndonos de nuestros propios comentarios exagerados sobre la gente que nos rodeaba.

Sin embargo, por mucho que lo intentaba, mis ojos acababan volviendo una y otra vez a aquel hombre, que ahora conversaba con otros dos señores igual de elegantes y bien vestidos. Incluso cuando sonreía o charlaba con mi amiga, mi mirada se desviaba rápidamente hacia él, incapaz de resistirme.

Entonces, en una de esas rápidas miradas, sentí que el corazón se me detenía un segundo.

Él ya no estaba distraído conversando con nadie. No, estaba mirándome directamente. Sus ojos oscuros y penetrantes ahora me observaban con una intensidad que me hizo estremecer por completo.

Noté cómo mi rostro ardía al instante, y el corazón empezó a latirme tan fuerte que tuve la certeza de que Aurora lo escucharía.

—¡Ay, Dios mío! —susurré, girando rápidamente la cabeza y escondiéndome detrás de ella, como si pudiera desaparecer en ese mismo instante.

Ella se rio, inclinándose discretamente para comprobarlo.

—Dani, no te lo estás imaginando. ¡Te está mirando de verdad! Y diría que con mucho interés.

—¡Imposible! —murmuré, sintiendo una oleada de calor recorrer todo mi cuerpo—. Debe ser una impresión tuya.

—Impresión nada. Soy prácticamente una experta reconociendo miradas interesadas —me guiñó un ojo, animándome con un ligero empujón en el hombro—. ¿Por qué no vas a hablar con él?

—Claro, ahora mismo voy y le pido matrimonio al hombre más guapo y probablemente millonario de esta fiesta de lujo. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? —respondí con sarcasmo, haciendo que Aurora estallase aún más en carcajadas.

—¡Exacto! ¡Adelante, amiga, confío plenamente en ti! —me animó Aurora, casi dando saltitos.

—¡Ni loca!

Continué conversando con mi amiga, pero algo ya empezaba a inquietarme.

Lo que aún no sospechaba era que aquel hombre misterioso estaba a punto de cambiar por completo el rumbo de mi vida,

empezando precisamente por aquella misma noche...



CAPÍTULO 2

«Él no estaba acostumbrado a perder la concentración… hasta que aquella mirada se cruzó en su camino».

JAVIER FERRARA

Mi presencia era obligatoria en ciertos eventos, y este era uno de ellos.

Como CEO de uno de los mayores bancos privados internacionales de São Paulo, asistir a fiestas glamorosas, repletas de

gente influyente, formaba prácticamente parte de la descripción de mi puesto.

No es que disfrutara de ellas, más bien todo lo contrario.

Prefería mil veces el silencio controlado de mi despacho, las intensas negociaciones en las que cada movimiento estratégico determinaba el rumbo de millones. Pero era bueno en esto, extremadamente bueno, y sabía interpretar mi papel a la perfección.

Mientras conversaba con Ricardo Vasconcelos, presidente de una importante constructora paulista, mantuve una postura seria y profesional, aunque mi atención estaba claramente en otro lugar.

Mis ojos, casi involuntariamente, se dirigían constantemente hacia la mujer que había visto hacía unos minutos, parada junto a las mesas decoradas con arreglos florales blancos.

Ricardo hablaba sobre un proyecto ambicioso, pero mi verdadero interés en aquel instante era esa joven desconocida.

Tenía algo distinto, algo intrigante que hacía que perdiera el enfoque, y perder el enfoque era algo que rara vez me ocurría.

No podía apartar mis ojos de ella.

Su cabello oscuro, brillante y suelto caía en ondas suaves sobre sus hombros delicados. Su piel bronceada parecía resplandecer bajo la suave iluminación del salón, destacando aún más sus labios carnosos pintados de un rojo provocativo. Su figura esbelta, envuelta en un elegante vestido negro, irradiaba una sencillez que contrastaba de manera absurda con el lujo excesivo que la rodeaba. Y eran precisamente sus ojos —oscuros, profundos, llenos de vida y curiosidad — los que habían capturado por completo mi atención.

—Ferrara, ¿estás conmigo? —la voz de Ricardo me devolvió abruptamente a la conversación.

Asentí lentamente, volviéndome hacia él con mi habitual sonrisa discreta y burlona.

—Por supuesto. El proyecto parece prometedor, Ricardo. ¿Te parece si fijamos una reunión en mi despacho para tratarlo con más detalle? ¿Quizás esta misma semana?

Sonrió satisfecho, extendiendo la mano para estrechar la mía y dar así por terminada nuestra breve conversación.

—Perfecto, Ferrara. Me pondré en contacto con tu secretaria.

En cuanto Ricardo se alejó, aproveché el momento de soledad para caminar lentamente por el salón. Mis ojos volvieron a buscarla, ansioso por confirmar si todavía se encontraba cerca.

No solía actuar de esta manera. Jamás había perseguido miradas femeninas de esa forma, mucho menos en un evento social.

Normalmente sucedía lo contrario: era yo quien recibía las miradas interesadas, y a estas no les dedicaba más que una atención superficial y fugaz.

Sin embargo, había algo en aquella mujer que me desafiaba.

Era una mezcla intrigante de vulnerabilidad y seguridad en sí misma, un contraste absurdo que me atraía profundamente. Probablemente fuera por la manera en que sus ojos brillaban divertidos mientras hablaba con su amiga, o la sonrisa irónica que parecía surgir tan fácilmente en su rostro.

Avancé lentamente, sintiendo el impacto de mi presencia en los demás invitados conforme pasaba junto a ellos.

Mi postura era erguida, impecable como el corte del traje a medida que llevaba. Además, mantenía la expresión fría y distante que

me caracterizaba desde joven y que había ayudado a forjar mi implacable reputación en el mundo empresarial.

Finalmente, tras unos minutos de búsqueda discreta, mis ojos volvieron a encontrarla. Esta vez parecía estar sola, distraída mientras observaba algo en sus manos desde el otro lado del salón.

¿Quién eres?, me pregunté mentalmente, fascinado por mi propia reacción poco habitual. No me gustaban las sorpresas, ni lo imprevisible, pero allí estaba yo, completamente atraído por alguien cuyo nombre siquiera conocía.

Observé cómo llevaba la mano hacia su cabello, apartándose un mechón del rostro con un gesto inocente, casi involuntario.

Resultaba sorprendente cómo cada movimiento parecía tan natural, sin ningún esfuerzo consciente por llamar la atención.

Su sencillez era exactamente lo que la hacía tan intrigante.

Por un breve instante, me pregunté si debería continuar observándola discretamente, permaneciendo en mi zona segura de absoluto control, o si debería hacer algo totalmente inesperado, incluso para mí mismo.

La decisión llegó rápida y firme.

No había llegado hasta donde estaba en la vida siendo tímido o dubitativo. Cruzaría aquel salón y averiguaría quién era esa mujer. Después de todo, no existía nada que yo deseara saber y que no pudiera descubrir.

Al acercarme, noté que no se había dado cuenta de mi llegada, demasiado distraída con algo entre sus manos.

Cuando finalmente percibió mi presencia, levantó la vista rápidamente, casi dejando caer el pequeño bolso que sujetaba. Su rostro era una mezcla entre susto y sorpresa, con los labios entreabiertos, como si estuviera a punto de decir algo, pero lo hubiese olvidado por completo.

—Te prometo que no soy tan aterrador como parezco. Quizá solo un poco —comenté, arqueando una ceja con tono provocador.

Su sorpresa inicial se desvaneció lentamente, sustituida por una sonrisa tímida y encantadora que iluminó al instante su delicado rostro. Rió suavemente y con naturalidad, pasándose la mano por el cabello en un gesto nervioso que inmediatamente encontré irresistible.

—No te preocupes, suelo asustarme fácilmente. Probablemente soy yo quien debería disculparse —respondió, recuperando poco a poco la tranquilidad.

La observé con atención, fascinado por la sencillez de aquella mujer.

No había en ella ninguna de esas estrategias femeninas habituales que tan bien conocía; parecía genuinamente sorprendida e inocente. Era evidente que ni siquiera imaginaba quién era yo.

Y eso, por alguna razón, hacía todo aquello aún más interesante.

—No tienes que disculparte. En realidad, la culpa es mía. Llevo un rato observándote y no he podido evitar acercarme hasta aquí —expliqué con una sinceridad directa, viendo claramente cómo sus mejillas se teñían de rojo.

Ella abrió los ojos sorprendida ante mi confesión tan directa. Pero detrás de esa timidez, había curiosidad. Algo que me daba la oportunidad de continuar.

—¿Observándome? Espero no haber hecho nada vergonzoso. Suelo tener una habilidad especial para esas cosas —respondió en tono juguetón, aún nerviosa, aunque mucho más relajada ahora.

Definitivamente, no era como las demás.

—Al contrario, solo estabas siendo tú misma, y eso, puedo asegurarte, ya era suficientemente interesante.

Ella apartó la mirada, intentando controlar la sonrisa que amenazaba con escaparse.

—Eso suena como un cumplido sofisticado. ¿Sueles flirtear así con todas las desconocidas en fiestas elegantes?

Sonreí lentamente, dando un pequeño paso hacia ella, acortando la distancia entre los dos.

—Por lo general, no necesito esforzarme demasiado para captar la atención, pero creo que hoy haré una excepción. Me has obligado a ser más creativo.

Soltó una risa espontánea, negando lentamente con la cabeza, sin poder creerlo del todo.

—Lo estás haciendo bien, debo admitirlo. Pero tengo que avisarte de que mi habilidad para mantener una conversación elegante en eventos sofisticados es prácticamente inexistente.

La observé atentamente, disfrutando de su desconcertante autenticidad. Cuanto más la conocía, más interés despertaba en mí.

—No te preocupes por eso. Prefiero mil veces a alguien auténtico y divertido antes que esas conversaciones predecibles y ensayadas.

Me miró, claramente sorprendida por mi sinceridad. Su sonrisa se amplió, ahora más abierta, menos contenida.

—Es la primera vez que alguien describe mi torpeza como autenticidad.

Me incliné ligeramente hacia ella, bajando el tono de voz, creando un ambiente más íntimo, como si compartiéramos un secreto privado.

—Quizá las otras personas no supieron exactamente lo que se estaban perdiendo.

Me contempló durante unos instantes, claramente indecisa entre reírse o tomárselo en serio.

Finalmente, rio con ligereza y relajación, demostrando que empezaba a sentirse cómoda conmigo.

—Por cierto, me llamo Javier Ferrara.

—Daniela Castro. Encantada.

Empezamos a conversar con naturalidad.

Ella comentó detalles divertidos sobre la fiesta, sobre los asistentes, y me sorprendí al darme cuenta de que hacía mucho que no reía con tanta facilidad. Tenía una ligereza contagiosa, una manera única de ver el mundo, encontrando gracia incluso en las pequeñas imperfecciones.

En un momento dado, tras varios minutos agradables de conversación, ella echó una mirada a su alrededor y suspiró con admiración.

—Este lugar es impresionante. Incluso las zonas donde no puedo entrar parecen increíbles.

Arqueé una ceja, siguiendo su mirada por el salón. Sonreí discretamente, aprovechando la perfecta oportunidad que ella misma me había brindado.

—¿Te gustaría conocer las áreas restringidas? Tengo acceso a todas las zonas en este evento en particular —propuse, con tono confiado y decidido.

Ella abrió los ojos con sorpresa durante un segundo, claramente impresionada por mi propuesta, y se quedó pensativa, mordiéndose el

labio inferior de una forma irresistiblemente adorable.

—No sé si es buena idea aceptar invitaciones de desconocidos que parecen tener pase libre en sitios como este —respondió, en un tono desconfiado pero juguetón.

—Te prometo que soy un desconocido muy fiable. Además, te aseguro que la visita merece la pena.

Vaciló brevemente, pero enseguida sus ojos se encontraron con los míos, y vi cómo su resistencia desaparecía por completo.

Con una sonrisa resignada y divertida, finalmente accedió.

—De acuerdo, tú ganas. Pero si ocurre algo, la culpa será tuya.

Caminamos juntos hacia las escaleras que llevaban a las plantas superiores, y mientras subíamos, no pude evitar observar más de cerca la delicada sonrisa que bailaba en sus labios ni la suavidad con la que su cuerpo se movía junto al mío.

Algo en mí decía que aquella noche prometía mucho más que simples conversaciones agradables y sonrisas encantadoras.

Y, por primera vez en mucho tiempo, me permití sentir curiosidad y expectativa por lo que pudiera ocurrir.



CAPÍTULO 3

«A veces, dejarse llevar por el momento es el mayor acto de valentía».

DANIELA CASTRO

Era bastante difícil sostener la mirada de Javier.

Poseía esa clase de presencia que parecía ocupar todo el espacio, llenando cada centímetro disponible con su aura poderosa e innegable. Y aun así, allí estaba yo, caminando a su lado mientras subíamos por las escaleras hacia las plantas superiores del evento.

Mientras recorríamos los elegantes pasillos, él me iba explicando con tranquilidad los detalles de cada lugar que atravesábamos.

—Este es el Salón Imperial. —Señaló hacia una enorme puerta abierta, donde una impresionante lámpara de cristal iluminaba intensamente las paredes decoradas con papel pintado dorado—. Se utiliza únicamente para encuentros diplomáticos y recepciones exclusivas.

Observé el lugar con la boca abierta, sintiéndome cada vez más alejada de la realidad que yo conocía.

—Si algún día me hubieras dicho que estaría paseando tranquilamente por un sitio llamado «Salón Imperial», me habría reído en tu cara e incluso habría soltado alguna broma —comenté, logrando arrancarle una discreta sonrisa.

—Quizá hoy sea el día en que empieces a creer en nuevas posibilidades —replicó él, mirándome con una intensidad que parecía capaz de leer directamente dentro de mí.

Sonreí, sintiendo un ligero escalofrío recorrerme. Continuamos caminando hasta que se detuvo frente a otra puerta entreabierta, indicando hacia su interior.

—Aquí está la biblioteca privada. Es uno de mis lugares favoritos, especialmente cuando necesito alejarme de la gente por un rato.

Me asomé al interior, fascinada por las altas estanterías llenas de libros antiguos perfectamente ordenados, y una atmósfera cálida que invitaba a pasar horas interminables leyendo y reflexionando.

—Esto es prácticamente el paraíso —susurré, maravillada.

—Estoy completamente de acuerdo —afirmó él, con la mirada fija en mí, dejando claro que tal vez no se refería solamente a la biblioteca.

Sentí cómo mis mejillas ardían, desviando rápidamente la mirada, intentando disimular la divertida incomodidad que él me provocaba.

Avanzamos un poco más hasta llegar a una zona aislada y tranquila.

Javier se detuvo frente a una pequeña sala decorada con sofás cómodos, luces tenues y una gran ventana que ofrecía una vista panorámica de la ciudad iluminada por la noche.

—Y este es mi lugar favorito de aquí. Muy pocas personas tienen acceso —dijo con voz más baja, casi confidencial.

No supe exactamente qué decir.

Mi atención estaba dividida por completo entre aquel magnífico escenario y el hombre que tenía delante. Javier era tan guapo que resultaba perturbador.

Su rostro tenía rasgos marcados, perfectamente equilibrados con una ligera barba que destacaba aún más la línea firme de su mandíbula. Y aquellos ojos oscuros y penetrantes parecían capaces de leer mi alma con una facilidad inquietante.

—Es un lugar precioso —conseguí decir finalmente en voz baja, mirándole directamente a los ojos, dejando claro que mi atención no estaba solo en la decoración ni en aquella maravillosa vista.

Él percibió mi intensa mirada y sonrió discretamente, dando un lento y decidido paso hacia mí.

—Es el sitio perfecto para que dos personas estén a solas. Sin interrupciones ni miradas indiscretas —su voz sonó casi en un murmullo, cargada de intención y flirteo.

Sentí cómo un calor agradable recorría mi cuerpo. Mi corazón se aceleró mientras mi respiración se volvía irregular debido a la intensidad del momento.

—¿Y sueles traer a mucha gente aquí? —pregunté, alzando una ceja en un divertido desafío.

Él sonrió levemente, acercándose aún más, reduciendo la distancia entre nosotros hasta que pude sentir el calor que desprendía su cuerpo.

—No suelo traer aquí a nadie, para ser sincero. Eres una excepción. Y debo añadir que una excepción increíblemente hermosa e interesante.

Tragué saliva, incapaz de disimular cómo me había afectado aquella declaración. Una parte de mí quería bromear, como hacía siempre, pero otra parte, mucho más valiente, decidió tomar el control.

—Entonces es una suerte que hayas decidido hacer excepciones precisamente hoy.

Él sonrió satisfecho, fijando sus ojos en mis labios.

—Quizá no se trate únicamente de suerte, Daniela. Probablemente sea algo más.

Su mano acarició suavemente mi rostro, haciendo que cerrara los ojos un breve instante, disfrutando aquella sensación maravillosa y extrañamente familiar. Cuando volví a abrirlos, su rostro estaba a escasos centímetros del mío, sus ojos aún más oscuros y profundos.

—¿Y qué podría ser ese «algo más»? —pregunté, apenas con un hilo de voz.

Él sonrió otra vez, ahora con más intensidad, decidiendo mostrarme la respuesta en lugar de decirla.

Lentamente, Javier inclinó la cabeza y apoyó sus labios sobre los míos, iniciando un beso lento y suave, que rápidamente ganó intensidad.

El mundo entero pareció desvanecerse.

El calor de sus labios suaves contra los míos era perfecto, intenso y delicado a la vez. Sus manos descendieron hacia mi cintura, acercándome suavemente mientras nuestros cuerpos se acoplaban con naturalidad. Mis manos subieron instintivamente hacia su nuca,

entrelazando mis dedos en los mechones suaves de su cabello, profundizando aún más el beso.

Nuestros labios se exploraban con deseo creciente, alternando entre besos suaves y provocadores, y otros más profundos y urgentes, como si estuviéramos recuperando un tiempo perdido. Su perfume sofisticado me envolvió, dejándome aún más embriagada. Todo en él parecía demasiado perfecto para ser real.

Cuando finalmente nos separamos, aún lo suficientemente cerca como para sentir su cálida respiración sobre mi rostro, abrí lentamente los ojos y me encontré con su mirada fija en la mía, brillando con algo que parecía sorpresa y satisfacción.

—Eso ha sido... inesperado —murmuré, casi sin aliento, incapaz de ocultar una sonrisa.

Él rozó suavemente mi rostro con el pulgar, sin dejar de mirarme con intensidad.

—Exactamente como lo había imaginado.

Reí suavemente, tratando de controlar los agradables nervios que llenaban mi pecho.

—Realmente sabes cómo hacer que una mujer se sienta especial, Javier.

Él amplió aún más la sonrisa, deslizando sus dedos por mi rostro con una delicadeza que contrastaba con su personalidad fuerte e imponente.

—No cualquier mujer, Daniela. Solo tú, esta noche.

Me quedé mirando aquellos ojos intensos y sinceros, sintiendo cómo el corazón me golpeaba fuertemente en el pecho.

En ese instante tuve la certeza de que aquella noche sería inolvidable; daba igual lo que viniera después, ese momento ya había quedado grabado para siempre en mí.

Mi corazón parecía querer salirse por la boca mientras Javier se acercaba nuevamente, esta vez con más determinación. Sus dedos acariciaron suavemente mi rostro, y una leve sonrisa apareció en sus labios perfectos justo antes de que volvieran a encontrarse con los míos.

El beso comenzó de forma suave, como si estuviera midiendo mi reacción, asegurándose de que yo estuviese cómoda. Pero no pasó mucho tiempo hasta que esa suavidad dio paso a una intensidad

creciente, cargada de deseo y necesidad.
Sus manos recorrieron lentamente mi cintura, atrayéndome hacia él, mientras mis propias manos acariciaban sus hombros firmes, sintiendo el tejido suave y sofisticado de su traje bajo mis dedos temblorosos.

Me entregué por completo.

Todo lo que nos rodeaba desapareció en ese momento; lo único importante era el calor de sus labios, la sensación de protección y cariño que sus fuertes brazos me proporcionaban, y la manera en que me hacía sentir absolutamente especial.

—Daniela... —murmuró suavemente contra mis labios, con una voz ronca y llena de sentimiento que hizo estremecer todo mi cuerpo.

Abrí brevemente los ojos, perdida en el brillo intenso de su mirada, permitiéndome creer, aunque solo fuera por un instante, que aquel era el principio del sueño que tanto había anhelado.

Ignoré por completo cualquier razón o pensamiento racional que quisiera invadir mi mente en ese instante, porque estar en sus brazos simplemente parecía lo correcto.

Nuestros labios volvieron a encontrarse, esta vez con una pasión casi desesperada, cada roce cargado de promesas silenciosas que

deseaba creer que eran reales.

La manera en que él me tocaba, con delicadeza pero al mismo tiempo con firmeza, me hacía sentir deseada y querida de una manera que jamás había experimentado antes.

Él me llevó lentamente hacia el cómodo sofá ubicado en el rincón más apartado del lugar, sin interrumpir ese beso que parecía intensificarse a cada segundo.

Me dejé guiar por él, confiando ciegamente en aquel hombre que había aparecido en mi vida aquella noche tan improbable.

Nuestros cuerpos se acoplaron naturalmente, como si hubieran sido creados el uno para el otro. Sentí el calor de su piel a través de la suave camisa, el ritmo de su respiración contra mi cuello, y comprendí que ya no había marcha atrás.

Javier me hacía sentir completa, logrando que olvidara todas las frustraciones e inseguridades que hasta entonces habían marcado mi vida amorosa.

Mientras él depositaba besos suaves a lo largo de mi cuello, cerré los ojos suspirando suavemente, entregándome sin reservas a aquel

momento lleno de sentimientos puros.

No importaba el mañana ni las consecuencias; en ese instante yo era simplemente Daniela, una mujer que finalmente se sentía amada y deseada de verdad.

Las caricias se hicieron más intensas, más profundas, y nuestros movimientos se sincronizaron, con nuestros corazones latiendo al mismo ritmo acelerado, revelando una conexión inexplicable y sorprendente.

—Eres aún más increíble de lo que imaginaba —susurró cerca de mi oído, haciendo que mi cuerpo volviera a estremecerse.

Sonreí entre besos, deslizando suavemente mis dedos por su pelo oscuro, sintiéndome segura y protegida entre sus brazos.

—Y tú consigues sorprenderme cada vez más —afirmé con voz ronca, mirándolo a los ojos y permitiéndome sumergirme todavía más en ese mar de emociones desconocidas.

Los minutos siguientes estuvieron marcados por una entrega absoluta, con besos suaves que alternaban con otros más urgentes, con abrazos firmes y caricias delicadas.

Me sentía realmente única, como si Javier hubiese escogido exactamente ese momento para demostrarme que, de hecho, podía encontrar la felicidad junto a alguien tan especial como él.

Cuando finalmente todo lo que nos rodeaba volvió a ser perceptible, permanecí allí, en sus brazos, con mi cabeza reposando suavemente sobre su pecho. Su respiración aún estaba acelerada, igual que la mía, y me permití sonreír en silencio mientras intentaba recobrar mis sentidos.

No tenía ni idea de lo que vendría después, y en ese preciso momento tampoco me importaba.

Por primera vez en la vida, había dejado de pensar en las consecuencias de mis actos, y simplemente me permití ser feliz.



CAPÍTULO 4

«No siempre las verdades que salen a la luz son las que nos gustaría descubrir».

JAVIER FERRARA

Yo siempre conseguía lo que quería, y en aquel momento no había ninguna duda de cuánto había deseado a aquella mujer.

Observé cómo Daniela se acomodaba el vestido con movimientos algo torpes, visiblemente avergonzada.

Había algo increíblemente cautivador en la forma en que se mordía el labio inferior, tímida, mientras lanzaba pequeñas miradas furtivas en mi dirección.

—Creo que... debería volver al salón. Mi amiga ya debe estar preguntándose si me han abducido los extraterrestres —dijo, soltando una risa nerviosa mientras se acomodaba el pelo con una mano.

Asentí, acercándome tranquilamente para ayudarle a cerrar la cremallera del vestido en su espalda. Noté cómo se estremecía ligeramente ante mi suave roce, lo que me produjo una satisfacción casi infantil al provocar semejante reacción.

—En ese caso, permíteme acompañarte. No quisiera que te perdieras por los pasillos —comenté con un tono divertido y burlón mientras terminaba de cerrarle el vestido.

Daniela se volvió lentamente hacia mí, con sus ojos oscuros mirándome, todavía algo turbada pero visiblemente más cómoda.

—Me parece una idea excelente. Y debo confesarte que nunca he sido buena orientándome. Soy de esas que se pierden incluso con el GPS encendido.

Solté una carcajada sincera, fascinado por su habilidad para convertir situaciones incómodas en momentos divertidos y ligeros.

—Pues qué suerte tienes de que esté aquí —dije con mi sonrisa habitual, ofreciéndole el brazo para acompañarla.

Descendimos despacio por las escaleras, regresando al salón principal.

A medida que nos acercábamos al bullicioso ambiente, noté cómo ella recuperaba poco a poco su confianza habitual, aunque seguía lanzándome pequeñas miradas furtivas de vez en cuando.

Cuando llegamos al salón, nos detuvimos un instante cerca de la entrada, lo bastante lejos del resto de invitados como para tener un breve momento de privacidad.

Entonces alzó los ojos hacia mí, una discreta sonrisa asomando en sus labios, claramente sincera.

—Me ha gustado lo que ha pasado ahí arriba —me dijo casi en un susurro, con una sinceridad encantadora y sin ningún tipo de artificio.

La miré profundamente, dejando que mi expresión revelase claramente cuánto lo había disfrutado yo también.

—A mí también, Daniela. Mucho más de lo que podría haber imaginado.

Nos quedamos en silencio durante un instante, mirándonos a los ojos con una intensidad capaz de detener el tiempo a nuestro alrededor. Ella sonrió de nuevo, esta vez con algo más de seguridad, antes de desviar lentamente la mirada.

—Tengo que encontrar a Aurora de verdad, antes de que llame a la policía —bromeó, recuperando su habitual sentido del humor desenfadado.

—Por supuesto —asentí, sonriendo ligeramente.

—Ha sido un placer conocerte, Javier.

—El placer ha sido mío, Daniela.

Con una última sonrisa tímida y encantadora, se giró y se alejó en busca de su amiga, desapareciendo poco a poco entre la gente del salón.



—No te vi en la fiesta, Ferrara.

Claro que no me habías visto —pensé irritado—, precisamente porque mi atención había estado centrada por completo en Daniela.

Sin embargo, me limité a sonreír educadamente, manteniendo mi habitual frialdad y control al saludar a Gustavo Montenegro, un inversor del sector inmobiliario que siempre me buscaba para proponerme ideas que rara vez despertaban mi interés.

—He estado bastante ocupado, Montenegro. Ya sabes cómo son estos eventos, siempre llenos de compromisos y conversaciones superficiales —respondí con indiferencia, ajustándome discretamente el puño del traje y echando una mirada rápida al vestíbulo donde nos encontrábamos, apartado del salón principal.

Él sonrió, ajeno a mi falta de interés. Como de costumbre, continuó hablando sin parar, describiendo otro de sus proyectos

extravagantes que claramente no tenían cabida en mi agenda.

Mantuve una expresión seria, intentando, sin éxito, concentrarme en algo de lo que decía. Pero mi paciencia se agotó rápidamente cuando, a lo lejos, comencé a escuchar unos gritos insistentes y desagradables.

Parecía que había algún tipo de alboroto en el salón principal.

Fruncí el ceño, molesto por el ruido, tratando de entender el origen de aquel desorden. Algo así resultaba inadmisible en un evento de tal magnitud, especialmente considerando quiénes eran los invitados.

—Discúlpame, Montenegro, pero tengo que resolver un asunto. Seguiremos hablando en otra ocasión —corté bruscamente, sin darle tiempo a contestar, mientras me alejaba rápidamente.

Mientras caminaba hacia el tumulto, intercepté con firmeza a uno de los empleados del lugar que cruzaba a toda prisa por delante de mí.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunté con tono serio y autoritario.

El hombre pareció sorprendido al reconocer quién era yo, enderezándose rápidamente y respondiendo con nerviosismo:

—Lo siento, señor Ferrara, se trata de una mujer que ha entrado sin invitación. Ya hemos tenido problemas con ella anteriormente. Se cuela en eventos como este para robar objetos y causar revuelo. —Hizo una incómoda pausa antes de continuar.

—¿Quién es esa mujer?

—Se llama Daniela Castro.

Por un instante me quedé completamente paralizado.

Sentí cómo todo mi cuerpo se tensaba, mientras una mezcla de sorpresa e inmediata rabia comenzaba a invadirme lentamente.

Aquello no podía ser cierto.

Daniela Castro.

La misma mujer que minutos antes había estado en mis brazos.

¿Aquella mujer dulce, divertida y aparentemente tan genuina era, en realidad, una estafadora?

Apreté el puño discretamente, mientras mi mente trabajaba a toda velocidad, evaluando todas las posibilidades.

Tal vez había sido demasiado ingenuo al creer en aquella fachada inocente, y ahora mi enfado era aún mayor precisamente por haberme dejado engañar con tanta facilidad.

—¿Está absolutamente seguro de que ese es su nombre? —pregunté, manteniendo aún la voz fría, aunque notaba cómo cada palabra iba cargada de un creciente resentimiento.

—Sí, señor, desgraciadamente estoy completamente seguro. Esa mujer es conocida por esto. Lo siento mucho —confirmó el empleado, visiblemente nervioso.

Tragué saliva con dificultad, sintiendo cómo mi autocontrol amenazaba con desaparecer por primera vez en mucho tiempo.

Todo lo que había sucedido minutos atrás adquiría ahora un sabor amargo, y mi mente ya comenzaba a trazar estrategias sobre cómo afrontar aquella situación que, por primera vez, me había pillado totalmente desprevenido.



CAPÍTULO 5

«A veces, al destino le gusta jugar con casualidades que más bien parecen trampas».

DANIELA CASTRO

Busqué a mi amiga durante algunos minutos, y cuando la vi acercarse hacia mí con una sonrisa de oreja a oreja, capté el mensaje al instante.

Conociendo a Aurora como la conocía, aquella expresión radiante solo podía significar una cosa: problemas, y además de los grandes.

—Aurora Martínez, ¿qué has hecho esta vez? Conozco esa cara, ¡no me vengas ahora con que eres inocente! —la acusé en tono divertido mientras ella venía hacia mí, prácticamente bailando entre los invitados.

Aurora ensanchó aún más su sonrisa, si es que eso era posible, y se acercó rápidamente, agarrándome del brazo con una emoción exagerada.

—¡Amiga, deberías agradecerme de rodillas! ¡Lo planeé todo perfectamente! Te dejé sola para que ese dios griego se acercara a ti, y por lo visto ha funcionado, ¿a que sí?

Intenté mantenerme seria, pero fracasé estrepitosamente y terminé sonriendo de una manera que delataba claramente todo lo que había sucedido minutos antes.

Ella abrió los ojos como platos y empezó a moverse animadamente, casi dando saltitos por la emoción.

—¡Venga, Dani, suéltalo ya! ¿Qué ha pasado? ¡Necesito detalles! —exigió, emocionadísima.

Comencé a contárselo todo con una sonrisa tímida y las mejillas ligeramente sonrojadas, aún procesando lo ocurrido entre Javier y yo.

Mientras hablaba, Aurora parecía cada vez más entusiasmada, soltando pequeños gritos de emoción con cada detalle revelado.

—¡Espera, espera! ¿Beso, de verdad? ¿Como en una escena de película romántica? —me interrumpió, con los ojos muy abiertos y una expresión fascinada—. ¿Y después… sexo?

—¡Sí, Aurora! Beso, beso de verdad, de esos que te dejan mareada, y luego hemos hecho el amor, sí —respondí, sonriendo como una adolescente enamorada.

Aurora estaba a punto de bombardearme con más preguntas cuando, repentinamente, unos gritos inesperados invadieron el salón, interrumpiendo nuestra animada conversación de inmediato.

Las voces eran estridentes y totalmente fuera de lugar en una fiesta tan elegante.

Giramos rápidamente la cabeza, y nuestros ojos se fijaron en una mujer que estaba siendo sujetada por dos enormes guardias de seguridad. Se debatía furiosamente, señalando con el dedo a todo el mundo mientras gritaba amenazas incoherentes.

—¡Os vais a arrepentir de esto! ¿Me habéis oído? ¡Nadie se mete conmigo y sale impune! ¡Nadie! —chillaba, agitando los brazos

desesperadamente intentando soltarse de los guardias.

Aurora y yo intercambiamos miradas perplejas, totalmente desconcertadas por la escena tan surrealista que ocurría ante nuestros ojos.

—¿Qué es esto, Aurora? ¡Parece sacado de una telenovela mexicana! —susurré, aún aturdida, intentando controlar una risita nerviosa provocada por aquella situación absurda.

—¡Espera, escucha bien! —Aurora me dio un codazo, indicando con un rápido movimiento de cabeza que prestara más atención.

Fue entonces cuando oímos claramente lo que aquella mujer gritaba a pleno pulmón, para quien quisiera escucharla:

—¡Esto no quedará así! ¡Os habéis metido con la persona equivocada! ¡Nadie juega con Daniela Castro y sale de rositas!

Sentí cómo la sangre se me helaba al instante.

Miré incrédula a Aurora, cuyos ojos abiertos reflejaban perfectamente mi propio asombro.

—Aurora, ¿has oído eso? ¡Ha dicho mi nombre completo! —murmuré, completamente perpleja y sin saber qué pensar.

Aurora asintió lentamente, mirando nerviosa a su alrededor, aparentemente evaluando cuánto podía complicarse la situación.

—Sí, Dani, creo que ya hemos tenido bastante por hoy. Será mejor que salgamos de aquí cuanto antes, no vaya a ser que piensen que eres tú la que está montando este espectáculo solo por tener el mismo nombre y apellido —sugirió en voz baja y con urgencia.

—No tienes ni que pedírmelo dos veces —respondí rápidamente, agarrando firmemente su brazo.

Mientras caminábamos apresuradamente hacia la salida del evento, sentí una pequeña punzada de frustración por cómo terminaba abruptamente aquella noche.

Pero justo antes de salir al exterior, una sonrisa involuntaria apareció en mis labios al recordar intensamente los momentos vividos con Javier.

Era imposible negar que, pese a aquel incidente tan incómodo, la noche había merecido la pena.

Había sido perfecta, memorable, algo que seguramente recordaría durante mucho tiempo, especialmente porque nunca antes había conocido a alguien como él.

Y en aquel instante, mientras dejábamos atrás las luces brillantes de la fiesta, supe que todo aquello quedaría grabado en mí para siempre.



CAPÍTULO 6

«Los negocios son predecibles; las personas, no tanto».

JAVIER FERRARA

El trabajo nunca se detenía. Y yo tampoco.

Sentado en el cómodo sillón de cuero oscuro de mi despacho, situado en la última planta del imponente Ferrara Tower, analizaba minuciosamente las últimas cláusulas de un contrato millonario que sellaría una de las mayores adquisiciones financieras del año.

Aquella operación, que involucraba la compra de una fintech innovadora valorada en más de doscientos millones de dólares, requería toda mi atención. Y eso me gustaba: el poder que implicaban las decisiones, la adrenalina de los negocios exitosos y, sobre todo, la victoria estratégica detrás de cada negociación.

Mi edificio era un monumento al éxito.

Con cuarenta y cinco plantas revestidas por cristales espejados, la Ferrara Tower destacaba claramente entre los demás rascacielos del centro financiero de São Paulo, reflejando la imponencia que siempre había querido imprimir en todo lo que construía.

Mi despacho, en la cima de aquel imperio, era amplio y minimalista, decorado en tonos oscuros y sobrios, con unas vistas privilegiadas de la ciudad que se extendían hasta el horizonte, donde edificios y avenidas se perdían en la distancia.

El silencio del entorno solo se veía interrumpido por el sonido discreto de mis dedos tecleando rápidamente y el suave rumor del aire acondicionado, cuidadosamente ajustado para mantener la temperatura exactamente a mi gusto.

Valoraba enormemente aquella paz, especialmente cuando debía cerrar negocios de semejante calibre.

Estaba tan concentrado que apenas noté cuándo se abrió silenciosamente la puerta y Santiago Navarro entró, trayendo consigo su habitual sonrisa irónica.

Santiago era mi mejor amigo, socio desde hacía años y, probablemente, la única persona del mundo con permiso para entrar en mi despacho sin previo aviso.

—Espero no interrumpir nada crucial —provocó, avanzando hacia mí con pasos lentos y despreocupados.

Levanté la mirada del ordenador, reclinándome en el sillón mientras lo observaba. Era mi socio desde hacía más de diez años, desde que juntos habíamos convertido una pequeña consultoría financiera en un imperio internacional.

Alto como yo, de complexión atlética, cabello castaño oscuro impecable y ojos azules.

A sus treinta y nueve años, Santiago era, al igual que yo, una figura imponente en el mundo empresarial, pero mucho más sociable y diplomático. Quizá esa fuera precisamente la razón por la que nuestra

sociedad funcionaba tan bien: él manejaba las relaciones externas, mientras yo prefería mantenerme estratégicamente distante, al frente de los negocios más complejos.

—Siempre interrumpes algo crucial. Es un don especial que tienes —respondí con una leve sonrisa burlona.

Santiago sonrió ampliamente mientras arrastraba una silla para sentarse frente a mí, lanzando sobre mi escritorio un dossier que traía en la mano.

—Eres un hombre muy ocupado, Javier. Si no invadiese regularmente tu privacidad, acabarías olvidando hasta en qué día de la semana estás.

Ignoré su provocación con expresión neutra, desviando la vista hacia el dossier.

—¿Qué traes esta vez?

—Algunos informes de nuestras filiales europeas y un estudio preliminar sobre el contrato con los asiáticos. Tenemos que cerrar esto cuanto antes —respondió, adoptando rápidamente un tono más serio.

Asentí brevemente, echando una rápida ojeada a los documentos que tenía delante.

—Podemos concertar una reunión esta misma semana con el departamento jurídico para ultimar estos detalles. Tenemos que concluirlo antes de final de mes.

—Perfecto. Me encargaré de agendarlo con tu asistente —dijo él, asintiendo con practicidad.

Mientras guardaba los papeles, Santiago volvió a mirarme, esta vez con una leve sonrisa curiosa asomando en sus labios.

—Por cierto, ¿cómo estuvo el evento del fin de semana? Parecías bastante animado cuando dijiste que irías —preguntó con expresión provocadora.

Sostuve su mirada unos segundos antes de responder, adoptando una expresión fría e indiferente que ocultaba a la perfección la verdadera tormenta emocional que me provocaba aquel recuerdo.

—Lo de siempre. Aburrido, superficial y lleno de gente intentando impresionarse unos a otros.

Santiago arqueó una ceja, observándome con su habitual perspicacia. Era difícil esconderle cosas.

Y en ese momento, odiaba admitirlo, pero algo seguía incomodándome profundamente.

Daniela Castro.

El simple hecho de pensar en aquel nombre me hizo apretar la mandíbula, mientras una irritación inesperada comenzaba lentamente a apoderarse de mí.

¿Cómo pude ser tan estúpido como para creer en aquella fachada inocente?

Yo nunca cometía errores así. Jamás bajaba la guardia.

—Por tu prolongado silencio, parece que no fue tan normal como dices —comentó Santiago, manteniendo el tono tranquilo, aunque muy atento.

Respiré profundamente, recuperando rápidamente el control.

—Nada importante. Solo una pequeña distracción. Una mujer que parecía interesante, pero que resultó ser solo una pérdida de tiempo.

—Vaya, ¿por fin alguien ha logrado romper tu fortaleza emocional más de dos minutos? Eso sí es una novedad —se burló, claramente divertido ante la situación.

Puse los ojos en blanco discretamente, negando ligeramente con la cabeza.

—No digas tonterías. Mi fortaleza emocional sigue perfectamente intacta.

Él sonrió, levantando las manos en señal de rendición mientras se incorporaba lentamente.

—Claro que sí, Ferrara. ¿Quién soy yo para dudar de tu palabra? Te dejo tranquilo con tus millones y contratos, entonces.

Observé a Santiago abandonar el despacho con pasos seguros y despreocupados, negando ligeramente la cabeza ante su actitud ligera y provocadora.

Era precisamente ese equilibrio entre seriedad y desenfado lo que hacía que nuestra amistad fuese tan duradera y productiva.

Cuando la puerta se cerró tras él, volví la vista hacia la pantalla del ordenador, pero la concentración, inevitablemente, había

desaparecido. El rostro de Daniela regresó a mi mente con una intensidad que no lograba controlar.

Recordé con absoluta claridad su sonrisa auténtica, la manera en que brillaban sus ojos cuando reía, y aquella desconcertante sencillez que me había fascinado tan rápidamente.

¿Cómo había permitido que alguien así traspasara mis defensas con tanta facilidad?

Con un suspiro irritado, traté de volver a concentrarme en las tablas financieras que reclamaban mi atención inmediata. Los negocios eran previsibles, seguros y estaban bajo mi completo control.

Las mujeres como Daniela Castro, aparentemente, no tenían nada de eso.

Sin embargo, incluso mientras intentaba sumergirme nuevamente en la rutina segura de mis negocios, un pensamiento irritante continuaba insistiendo en mi interior, negándose a desaparecer por completo.



CAPÍTULO 7

«A veces, los mayores cambios comienzan justo en el instante en que decides intentarlo una vez más».

DANIELA CASTRO

Necesitaba desesperadamente aquel trabajo.

Mi orgullo estaba ya bajo mínimos y mi paciencia en peligro de extinción tras más de un mes realizando entrevistas interminables, pruebas agotadoras y prácticas que parecían no llevarme a ningún lado.

Sin embargo, esta vez sentía que era diferente. Algo dentro de mí me decía que debía creer que aquella oferta, en el imponente edificio Ferrara Tower, podría cambiar finalmente mi vida.

Cuando llegué delante del edificio, respiré profundamente y alcé la vista, admirando la majestuosidad de aquella construcción.

Era un edificio impresionante: altísimo, moderno y cubierto de cristales espejados que reflejaban toda la ciudad de São Paulo como en una postal.

Al atravesar el enorme vestíbulo, contemplé el brillante suelo de mármol blanco, los detalles dorados en las paredes, las lujosas lámparas colgantes, y tuve que reprimir una risa nerviosa.

Era como entrar en una de esas películas que veía animando a la protagonista que, claramente, era yo en aquel momento.

Entré en el ascensor panorámico y subí hasta la planta 35, donde se realizaría mi entrevista.

Mientras ascendía, no pude evitar imaginar cómo sería trabajar en un lugar así. Tendría que comprar ropa nueva, zapatos elegantes y aprender a caminar sin tropezarme delante de empleados tan sofisticados.

Reí bajito ante esa idea absurda, pues seguramente ya había batido mi récord de tropiezos solo en aquella semana.

En cuanto se abrieron las puertas del ascensor, me recibió una recepcionista impecable que me pidió que esperase mi turno.

Me senté discretamente en un sillón acolchado, sintiendo cómo mi corazón latía con fuerza mientras trataba de controlar la ansiedad.

No pasó mucho tiempo hasta que una mujer alta, de pelo rubio y corto, vestida con un elegante traje de chaqueta azul marino, se acercó con una sonrisa amable pero formal.

—¿Daniela Castro? —preguntó suavemente.

Me levanté de inmediato, arreglándome la blusa y respirando profundamente.

—Sí, soy yo.

—Perfecto, acompáñeme, por favor.

La seguí por un amplio pasillo hasta una sala espaciosa y luminosa, decorada en tonos neutros y muebles minimalistas.

La entrevistadora señaló una silla cómoda y se sentó frente a mí, con varios papeles en las manos.

—Daniela, vamos a comenzar hablando un poco sobre ti. ¿Podrías contarnos brevemente tu experiencia profesional y por qué te gustaría trabajar con nosotros?

Respiré hondo, enderecé la espalda y dibujé una sonrisa confiada, intentando olvidar todo mi nerviosismo.

—¡Claro! Soy licenciada en Administración y trabajé durante dos años en una empresa mediana en el área de logística, donde adquirí bastante experiencia en organización y control de procesos. Sobre mi interés en trabajar aquí, considero que el Ferrara International Bank, una de las empresas de este edificio, es una referencia absoluta en el mercado financiero y administrativo. Tener la oportunidad de formar parte de este equipo sería algo increíble para mi carrera y crecimiento profesional —expliqué con decisión, reprimiendo mi tendencia natural a hacer bromas en situaciones serias.

La mujer asintió, anotando algo en sus papeles, y continuó con otras preguntas:

—¿Cuáles dirías que son tus mayores cualidades y cómo podrías contribuir a nuestra empresa?

—Creo que mis mayores cualidades son la facilidad de comunicación, la capacidad de resolver problemas rápidamente y mi habilidad para trabajar bajo presión. Además, soy una persona motivada, dispuesta a aprender y crecer con el equipo, algo que considero esencial en un entorno dinámico y exigente como el de Ferrara.

Continuó con varias preguntas técnicas, analizando con profundidad mis respuestas.

Me mantuve concentrada, contestando con seguridad y claridad, tratando de ocultar al máximo mis nervios.

—¿Y cuáles son tus expectativas para el futuro? —preguntó, observándome atentamente.

—Deseo crecer profesionalmente, pero sobre todo quiero sentir que formo parte de algo significativo. Me gustaría ayudar a la empresa a alcanzar sus objetivos y contribuir a que las personas a mi alrededor también puedan evolucionar. Sé que aquí puedo conseguirlo —respondí con determinación, sorprendiéndome a mí misma por la firmeza de mis palabras.

Tras casi una hora de entrevista, finalmente pareció satisfecha y concluyó nuestro encuentro con un educado apretón de manos y una sonrisa tranquilizadora.

—Gracias por venir, Daniela. Nos pondremos en contacto contigo pronto.

Me levanté y agradecí educadamente antes de salir de la sala, sintiéndome al mismo tiempo agotada y aliviada.

Mientras caminaba hacia el ascensor, mi mente aún procesaba todo lo ocurrido, y mi corazón se aceleraba con la ansiedad por el resultado de aquella entrevista, que había parecido la más larga de mi vida.

Mientras esperaba a que llegara el ascensor, distraída en mis pensamientos, vi de reojo a un hombre pasando rápidamente por el pasillo a mi izquierda.

Mi corazón dio un brinco violento porque, por un instante, podría haber jurado que era Javier. Alto, moreno, con esa postura confiada e inconfundible.

Giré rápidamente la cabeza, intentando confirmar que mis ojos no me estuvieran engañando, pero él ya había desaparecido al final del

pasillo. Parpadeé varias veces, riendo suavemente para mí misma.

Tal vez solo había sido mi mente jugándome una mala pasada.

Al fin y al cabo, todavía no había conseguido olvidar del todo a aquel hombre increíble y misterioso que había conocido en el evento.

Negué con la cabeza, sonriendo discretamente mientras entraba en el ascensor. No podía permitir que aquellos recuerdos absurdos me desconcentraran. Si conseguía aquel trabajo, quizás finalmente podría poner orden en mi vida.

Y quién sabe, con un poco de suerte, lograría olvidar de una vez por todas a aquel hombre perfecto que parecía empeñado en no salir de mi cabeza.



CAPÍTULO 8

«A veces, las cosas más sencillas son las que realmente hacen que la vida merezca la pena».

DANIELA CASTRO

—¡Ya he llegado! —anuncié mientras empujaba la puerta con las caderas, equilibrando torpemente el bolso en un brazo y las llaves en el otro, completamente descoordinada como siempre. Mi estilo natural era ese: nada discreto.

—¡Por fin! —Escuché la voz suave de mi madre resonando por la casa, seguida por sus pasos apresurados acercándose—. ¿Cómo ha ido la entrevista, hija?

Sonreí inmediatamente al verla aparecer en el salón.

Mi madre, Vivian Castro, tenía cuarenta y ocho años, pero todavía conservaba una belleza juvenil y alegre. Llevaba el cabello castaño claro con algunos hilos plateados recogido en un moño casual, y sus ojos oscuros brillaban con curiosidad y ternura mientras me observaba expectante. Serena y delicada, mi madre siempre había sido mi ejemplo de fuerza y calma.

Desde que mi padre había fallecido cinco años atrás, ella se había convertido en la roca de nuestra familia, manteniéndonos siempre unidos.

—Mamá, ¡la entrevista ha ido bien! Bueno, eso creo… hablé mucho, quizá demasiado, pero ya sabes cómo soy. Si no fuese así, no sería yo —respondí riendo mientras caminaba hacia el sofá para soltar mi bolso, suspirando aliviada.

Mi madre sonrió con cariño, negando suavemente con la cabeza.

—Estoy segura de que se han dado cuenta de la hija maravillosa que tengo. ¿Quién no querría a alguien tan inteligente y divertida trabajando allí?

—Ay, mamá, qué imparcial eres —bromeé, provocando su risa—. Pero vamos a cruzar los dedos. El lugar es increíble. ¡Tan elegante que parecía el escenario de una serie de televisión!

Ella soltó una carcajada suave y regresó a la cocina, volviendo a sus cazuelas y preparando la cena con esa habilidad envidiable que siempre había tenido.

Antes de poder acomodarme del todo, sentí unos brazos pequeños y llenos de energía abrazando mi cintura, acompañados por una risita alegre y contagiosa.

—¡Daniiiii! ¡Pensaba que no ibas a llegar nunca! —parloteó emocionada Nina, mi hermanita de ocho años, apretándome con fuerza.

Sonreí ampliamente, abrazándola con ternura mientras despeinaba cariñosamente su cabello rubio y rizado.

Nina era una versión en miniatura de nuestra madre: menuda, delicada y con una sonrisa capaz de derretir a cualquiera. Sus ojos brillaban llenos de vida, siempre dispuestos a descubrir algo nuevo, y

su energía parecía no agotarse jamás. Mi hermana era charlatana, curiosa y completamente enamorada de las series de televisión, especialmente las protagonizadas por héroes o criaturas fantásticas.

—Nina, solo he estado fuera unas horas. ¡Qué dramática eres! —bromeé con ella, recibiendo a cambio una mueca exagerada.

—¡Claro que no! Mamá no paraba de hablar de tu entrevista y yo también estaba nerviosa. ¡Y quiero contarte sobre una serie nueva que tenemos que ver juntas un día de estos! ¡Es genial! —dijo, prácticamente tirando de mi mano hacia la mesa del comedor.

Reí con ternura ante el entusiasmo de Nina, sintiendo una agradable calidez en el pecho.

Esos momentos sencillos eran, al fin y al cabo, los más importantes para mí.

Me senté a la mesa mientras mi madre colocaba delante de nosotras unos platos humeantes, y el delicioso aroma de su comida casera llenaba la cocina.

Nina continuó hablando sin parar sobre sus series favoritas, enumerando personajes y escenas con una precisión que me dejaba impresionada.

—Vale, peque. Entonces haremos esto: tú eliges la próxima serie que veremos juntas. Y prometo no quejarme, incluso si hay dragones, unicornios o elfos que hablan idiomas rarísimos —le guiñé un ojo, divertida.

Nina dio pequeños saltitos en la silla, aplaudiendo entusiasmada.

—¡Hecho, Dani! ¡No te vas a arrepentir, lo prometo!

Mi madre nos observaba en silencio con esa sonrisa suave y satisfecha que tan bien conocía. Para ella, no había mayor felicidad que vernos así, unidas y felices, especialmente después de todo lo que habíamos pasado juntas.

Desde la muerte de mi padre, cada momento compartido era un tesoro que valorábamos profundamente.

—Está delicioso, mamá —elogie mientras me servía nuevamente, agradecida por ese instante sencillo y perfecto—. Sigues siendo la mejor chef de este país.

—¡Qué exagerada eres! Es solo una comida sencilla de madre —respondió ella, aunque vi perfectamente el orgullo en sus ojos.

Mientras cenábamos, las conversaciones ligeras y las risas espontáneas llenaban nuestra pequeña casa. Y durante un instante, al mirar a las dos mujeres más importantes de mi vida, comprendí lo privilegiada que era.

La vida quizás no fuese perfecta, y desde luego no tenía suerte en el amor, pero estar allí con ellas, compartiendo momentos simples y divertidos, compensaba cualquier cosa mala que pudiera suceder.

Terminada la cena, ayudé a mi madre a recoger la cocina mientras Nina corría animada hacia su habitación.

—Hija, no importa cómo salga la entrevista, ¿vale? Sé lo mucho que te estás esforzando, y estoy segura de que vendrán cosas buenas para ti —dijo mi madre con suavidad, mirándome directamente a los ojos.

Sentí cómo mis ojos se humedecían ligeramente, emocionada por aquel apoyo incondicional.

—Gracias, mamá. Siempre consigues hacerme creer que todo saldrá bien —murmuré, abrazándola con fuerza y sintiendo la comodidad y seguridad que solo ella podía ofrecerme.

Mientras regresaba a mi habitación, suspiré profundamente, todavía sintiendo el calor de aquel abrazo materno.

No importaba lo complicada o incierta que fuese mi vida, tener una familia así, tan unida y llena de amor, era suficiente para enfrentar cualquier desafío.

Sonreí para mí misma, acostándome en la cama con un suspiro largo y satisfecho, recordando el día tan intenso y, sobre todo, aquellos ojos profundos de Javier.

Por mucho que lo intentara, él insistía en aparecer una y otra vez en mi mente.



CAPÍTULO 9

«Algunas batallas comienzan en silencio, pero eso no las hace menos peligrosas».

JAVIER FERRARA

Desde ayer tenía algo en mente, pero preferí concentrarme en el resto del trabajo desde mi mansión.

Hoy, al llegar a la empresa, marqué rápidamente el número de Recursos Humanos, impaciente por aclarar cuanto antes mis sospechas.

—Buenos días, Recursos Humanos, soy Simone. ¿En qué puedo ayudarle?

—Buenos días, Simone. Necesito saber si una tal Daniela Castro estuvo ayer aquí para una entrevista o algo similar —pregunté con voz firme y directa, intentando disimular la irritación creciente que ya solo su nombre me provocaba.

Escuché el sonido rápido de teclas siendo pulsadas, esperando la respuesta mientras tamborileaba inquieto con los dedos sobre la mesa.

—Sí, señor Ferrara, ayer por la tarde entrevistamos a una candidata llamada Daniela Castro.

—Muy bien. Gracias, Simone —respondí con frialdad, colgando antes de que ella pudiera añadir nada más.

Me recosté en la silla sintiendo cómo se tensaba todo mi cuerpo. Así que era ella a quien había visto ayer, en aquel breve reflejo mientras caminaba apresuradamente por el pasillo. Apreté la mandíbula al recordar la sensación que me invadió al verla de nuevo, aunque fuese fugazmente.

Una parte de mí quería creer en las coincidencias, pero otra —la parte racional, fría y desconfiada que siempre mantenía alerta— tenía

claro que algo allí no encajaba.

Mis pensamientos fueron interrumpidos abruptamente cuando la puerta se abrió y Santiago entró en mi despacho con una carpeta en la mano y su habitual semblante serio.

—Javier, tenemos una reunión ahora, ¿recuerdas? Necesitamos exigir esas respuestas al departamento financiero sobre el contrato de las acciones europeas.

Asentí de inmediato, levantándome con decisión y tratando de apartar momentáneamente las distracciones. Me acompañó por el pasillo hasta la sala de reuniones con pasos rápidos y firmes, exactamente como a mí me gustaba.

Al entrar, todos los presentes se pusieron alerta al instante. La reunión comenzó ya con tensión, y yo no estaba precisamente de humor para ser paciente.

—Bien —comencé mirando directamente a Marcelo, el director financiero de la operación—. Necesito entender exactamente por qué las cifras que nos enviaron sobre la adquisición de las acciones de la empresa europea no coinciden con el informe preliminar. Quiero explicaciones convincentes, y las quiero ahora mismo.

Marcelo, visiblemente incómodo, comenzó a explicar detalladamente las razones técnicas para las discrepancias, citando algunos errores de cálculo y variaciones cambiarias imprevistas.

Mientras hablaba, yo analizaba minuciosamente cada palabra, cada cifra y cada justificación.

—Marcelo, eso no es suficiente. Estamos hablando de millones aquí, no hay margen para errores de este nivel —le interrumpí con frialdad—. Tenéis veinticuatro horas para solucionar esto y presentar cifras coherentes y concretas. No aceptaré nada menos.

Santiago intervino con igual seriedad, poniendo con firmeza la carpeta sobre la mesa:

—Exactamente. Quiero informes revisados inmediatamente, con soluciones claras para evitar que esto vuelva a ocurrir. No aceptaremos excusas semejantes otra vez.

Marcelo asintió claramente afectado por nuestra exigencia directa, mientras los demás directores se miraban tensos, comprendiendo que no estábamos allí para bromas.

Terminamos rápidamente la reunión y regresamos a mi despacho en silencio. Santiago me observaba atentamente, y era obvio que había

notado que algo más estaba perturbándome además de aquel incidente financiero.

Cuando cerró la puerta detrás de nosotros, se giró lentamente, cruzando los brazos con expresión inquisitiva.

—Muy bien, Ferrara. Ahora que ya hemos puesto orden en esa reunión, ¿quieres explicarme qué está pasando realmente contigo?

—Seré directo: me involucré con una persona en el evento, pero parece que había algo premeditado.

—Explícate mejor. —Santiago se acomodó en la silla frente a mí, frunciendo el ceño con una expresión que mezclaba curiosidad y preocupación.

Respiré profundamente, intentando organizar mis pensamientos antes de hablar.

Normalmente no compartía detalles íntimos con nadie, ni siquiera con Santiago. Pero esta vez necesitaba exponer los hechos, especialmente porque podría afectar a nuestra empresa.

—En el evento del pasado fin de semana conocí a una mujer llamada Daniela Castro. Tuvimos un breve encuentro y, lo admito,

dormimos juntos aquella noche —dije con voz neutra, como si relatase cualquier negocio cotidiano—. Hasta ahí, nada fuera de lo común.

—Bien, ¿y entonces cuál es exactamente el problema? —preguntó Santiago, esperando claramente algo más significativo.

—El problema es que justo después de aquel encuentro, hubo un escándalo en el evento. Una mujer comenzó a gritar y amenazar a todo el mundo, hasta que tuvieron que sujetarla varios guardias. Un empleado del lugar me dijo que esa mujer tiene fama de colarse en este tipo de eventos para robar, causar escándalos y chantajear. Esa mujer también se llama Daniela Castro —expliqué mirándolo fijamente.

Santiago abrió mucho los ojos, sorprendido por la coincidencia.

—Espera, Daniela Castro, ¿la misma mujer con la que tú…?

—Exactamente —le interrumpí sin paciencia—. Y lo peor es que ayer, al pasar por aquí en la empresa, vi a alguien que se parecía mucho a ella. Hoy llamé a Recursos Humanos y confirmé que esa misma Daniela Castro vino a hacer una entrevista.

Santiago soltó un profundo suspiro, recostándose en la silla con expresión preocupada.

—Esto es complicado, Javier. ¿Qué pretendes hacer al respecto? Sabemos perfectamente el riesgo que puede representar alguien así para nosotros y para los negocios. Una mujer con ese perfil puede tener intenciones peligrosas.

Sonreí ligeramente, notando la inquietud de mi amigo. Santiago siempre había sido cauteloso y racional, cualidades que apreciaba mucho en él, especialmente en situaciones delicadas.

—No pienso hacer absolutamente nada, al menos no directamente —respondí relajándome en la silla, con esa expresión calmada y controlada que solía intimidar a mis adversarios en negociaciones difíciles—. Si pasa la entrevista, bien. Dejaré que las cosas sigan su curso natural, pero estaré muy atento a sus acciones. Quiero ver hasta dónde pretende llegar con esta historia.

Santiago frunció aún más el ceño, visiblemente desconforme con mi decisión.

—¿No crees que sería más prudente simplemente decir a Recursos Humanos que no ha pasado la selección? Evitarías problemas futuros.

Negué con la cabeza, sosteniéndole la mirada con firmeza.

—No. Admito que estoy curioso, Santiago. Quiero entender exactamente qué pretende esa mujer. Si realmente busca perjudicarme, puedo darle la vuelta a la situación con facilidad. Anticiparme a sus movimientos y asegurarme de que sea ella quien sufra las consecuencias.

—¿Hablas en serio? —Santiago meneó la cabeza preocupado—. Sabes perfectamente que esto puede salir muy mal.

Asentí con una sonrisa algo cínica, disfrutando del sabor de la adrenalina recorriendo mis venas, una sensación que solo situaciones así eran capaces de provocarme.

—Claro que puede salir mal. Pero te aseguro que si algo va mal, será exclusivamente para ella.



CAPÍTULO 10

«Las mejores noticias suelen llegar cuando menos te lo esperas».

DANIELA CASTRO

—¿Todavía sigues soñando despierta con el príncipe azul de la fiesta?

Sonreí, poniendo los ojos en blanco dramáticamente ante la provocación directa de Aurora, mientras caminábamos lentamente por los concurridos pasillos del centro comercial.

—Tú no pierdes el tiempo, ¿verdad, amiga? Siempre vas directa al grano —respondí divertida, negando suavemente con la cabeza—. Pero sí, admito que a veces pienso en él. Aunque seguro que pronto se me pasa. Fue algo pasajero, solo una noche diferente en medio de mi rutina caótica y aburrida.

Aurora me miró, mostrando una sonrisa traviesa mientras fingía analizar profundamente la situación.

—Claro, Dani, pasajero como en esas películas en las que los protagonistas vuelven a encontrarse y se quedan juntos para siempre. ¿No has pensado que quizá aparezca en tu puerta en cualquier momento, con flores y una propuesta de matrimonio?

Solté una carcajada espontánea, incapaz de resistirme a las ocurrencias disparatadas de mi mejor amiga.

—¡Estás completamente loca! Seguramente ya ni recuerda mi nombre. No soy la protagonista del romance, soy más bien la figurante torpe que derrama café sobre la ropa del chico guapo.

Aurora se echó a reír y tomó mi brazo mientras entrábamos en la sala de cine.

Elegimos una comedia romántica típica y previsible, exactamente el tipo de película que siempre conseguía distraerme y ponerme de buen humor.

Durante la película, Aurora hacía comentarios divertidos, inventando más historias absurdas sobre Javier y yo, haciéndome reír tanto que tuve que pedir disculpas varias veces a las personas que estaban cerca.

Al salir de la sesión, caminamos tranquilamente por los pasillos, mirando distraídamente los escaparates.

—¡Pero ya basta de este tema, Aurora! Cuéntame cómo estás tú. ¿Qué tal va tu trabajo, tu vida? ¿Alguna novedad interesante?

Aurora suspiró, apartándose distraídamente un mechón de pelo mientras se encogía ligeramente de hombros.

—Bueno, las cosas en la oficina siguen igual. Mi jefe continúa siendo insoportable, pero al menos me han dado un aumento. Eso significa que podré seguir comprando ropa bonita y manteniendo una imagen impecable para cuando mi propio príncipe azul decida aparecer —bromeó, guiñando un ojo de manera exagerada.

Reí otra vez, sintiendo el corazón ligero. Aurora tenía el increíble don de hacer cualquier conversación divertida y agradable.

—Me alegro por el aumento, te lo mereces.

De repente, sentí vibrar mi móvil en el bolsillo del pantalón.

Fruncí el ceño, distraída, y saqué el teléfono para desbloquear la pantalla rápidamente. Mis ojos se abrieron de par en par al leer el mensaje.

—Aurora… ¡Dios mío! ¡No me lo puedo creer! —exclamé, sintiendo que el corazón se me iba a salir del pecho—. ¡Me han aceptado! ¡He pasado la entrevista y voy a trabajar en Ferrara International Bank!

Aurora soltó un grito agudo, atrayendo las miradas sorprendidas de la gente a nuestro alrededor. Segundos después, me di cuenta de que yo también estaba dando pequeños saltos en medio del centro comercial, abrazando a mi amiga mientras ambas soltábamos risas histéricas.

Algunas personas que pasaban por allí nos miraban como si estuviésemos completamente locas, pero en ese momento, sinceramente, no me importaba en absoluto.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! ¡Sabía que lo conseguirías! —Aurora repetía emocionada, con los ojos brillantes y una sonrisa de oreja a oreja.

Respiré hondo, tratando de controlar mi euforia y recuperar una postura normal, arreglándome discretamente el pelo, como si no acabara de tener un pequeño ataque de alegría en pleno centro comercial.

—Aurora, te juro que voy a hacer todo bien. Este trabajo era mi sueño, tú lo sabes. Deseaba mucho esta oportunidad y por fin ha llegado. Voy a demostrarles que han escogido a la persona adecuada —dije, sintiendo cómo mis ojos se humedecían ligeramente de emoción.

Ella sonrió con ternura, cogiendo suavemente mi mano.

—Claro que sí, Dani. Te mereces todo esto y más. Estoy muy orgullosa de ti.

Sonreí de nuevo, sintiendo cómo una inmensa felicidad llenaba cada rincón de mi corazón.

En ese instante, agradecí en silencio al cielo, profundamente agradecida por la increíble oportunidad que acababa de recibir.

Quizá las cosas realmente estaban empezando a mejorar. Y quién sabe, tal vez esto fuera solo el principio de un futuro prometedor.



CAPÍTULO 11

«Todo nuevo comienzo trae consigo una inevitable mezcla de ansiedad y esperanza».

DANIELA CASTRO

Hoy era mi primer día en el nuevo trabajo.

Mis expectativas estaban literalmente explotando como fuegos artificiales en Año Nuevo.

¿Dormir? Imposible.

Mi mente había decidido pasar toda la madrugada creando escenarios hipotéticos, desde conseguir un ascenso el primer mes, hasta tropezar en plena reunión de bienvenida. Y siendo realista, era mucho más probable lo segundo, café derramado incluido sobre alguien importante.

Sonreí mientras me arreglaba el pelo frente al espejo del baño. Siempre era igual.

Mi ansiedad adoraba inventar tragedias, pero en el fondo sabía que tenía que confiar en mí misma.

Respiré hondo, ajusté una última vez la ropa y salí de la habitación rumbo a la cocina, donde mi madre ya estaba despierta, como siempre.

Estaba sentada en la mesa, sosteniendo una taza de café caliente y dedicándome una sonrisa suave al verme llegar. Su mirada desprendía confianza y tranquilidad, justo lo que necesitaba en ese momento.

—Buenos días, hija. ¿Preparada para comerte el mundo hoy? —preguntó con cariño.

Sonreí mientras cogía una tostada de la mesa, intentando aparentar calma.

—Por supuesto, mamá. Totalmente preparada. Aunque parece que hoy mi estómago ha decidido hacer piruetas.

Ella soltó una pequeña risa, se acercó y tomó suavemente mis manos, mirándome con firmeza y afecto.

—Dani, lo vas a conseguir. Tengo una hija inteligente, trabajadora y luchadora. Estoy muy orgullosa de ti y sé que ellos van a darse cuenta muy pronto de lo especial que eres. Nunca dudes de eso.

Tragué saliva con dificultad, notando una emoción cálida en el pecho ante aquellas palabras. Sonreí de nuevo y apreté ligeramente su mano.

—Gracias, mamá. Te quiero muchísimo.

—Yo también te quiero, hija. Ahora ve y demuestra quién es Daniela Castro.

Tras aquella pequeña dosis de valentía matinal, salí corriendo para coger el autobús, rezando para no perderlo precisamente hoy.

Por suerte, el trayecto fue bien y pronto estaba frente al imponente edificio de Ferrara International Bank.

Al entrar en el inmenso vestíbulo, respiré profundamente una vez más, admirando la grandeza de cada detalle del lugar. Lámparas resplandecientes, mármol reluciente y personas con rostros seguros que parecían haber nacido ya con éxito.

Pocos minutos después, una mujer rubia y elegante vino hacia mí, dedicándome una sonrisa educada al verme allí parada, algo perdida.

—¿Daniela Castro, verdad? Soy Larissa, voy a acompañarte a tu nuevo departamento.

—Encantada, Larissa —saludé, esforzándome por no parecer tan nerviosa como en realidad estaba.

Larissa me condujo al ascensor panorámico, mientras yo intentaba disimular mi fascinación por aquel ambiente. Subimos hasta la planta veintiocho, y cuando las puertas del ascensor se abrieron, ella empezó a explicar:

—Este será tu piso, Daniela. Aquí está el departamento de Gestión Administrativa y Estratégica. Tu función será asistir en el análisis de contratos administrativos, asistir a reuniones importantes y elaborar informes estratégicos para la dirección. Imagino que ya conoces bien tus tareas, ¿verdad?

—Sí, claro que sí —respondí rápidamente, sujetando con fuerza mi bolso para controlar los nervios.

Mientras caminábamos por la planta, mi mente entró en una mezcla total de encantamiento y ligero pánico.

Todo era moderno, elegante e increíblemente organizado. Las oficinas eran acristaladas, con escritorios impecables y empleados concentrados en ordenadores de última generación.

Sentía como si me hubieran transportado directamente a un catálogo corporativo de lujo.

Larissa se detuvo junto a mí, sonriendo educadamente mientras me mostraba las principales salas y áreas de trabajo.

—No te preocupes, Daniela. Sé que ahora mismo parece mucho, pero te acostumbrarás pronto. Voy a enseñarte algunas cosas básicas que debes saber antes de empezar oficialmente.

Asentí, respiré hondo y puse toda mi atención en sus explicaciones.

Aquello no era solo un trabajo; era la realización de un sueño. Y estaba decidida a dar lo mejor de mí, aunque mi corazón latiera

frenéticamente dentro del pecho.

Larissa abrió una sonrisa amable y me llevó hasta una zona abierta y bien iluminada, donde tres personas ya estaban trabajando concentradas.

Mi mirada recorrió rápidamente a cada una de ellas cuando Larissa se acercó, haciendo que todos levantaran los ojos curiosos hacia mí.

—Chicos, esta es Daniela Castro, la nueva incorporación del departamento. Por favor, haced que se sienta cómoda, ¿vale? —anunció cordialmente, y después señaló discretamente a cada uno mientras decía sus nombres—. Ella es Júlia Mendonça, nuestra analista sénior de contratos administrativos. Si necesitas resolver un problema imposible, es a ella a quien debes acudir primero.

Júlia me sonrió con simpatía inmediata.

Tenía el pelo pelirrojo recogido en una elegante coleta y ojos verdes brillantes tras unas gafas discretas. Su sonrisa tranquila me transmitió una confianza instantánea.

—Bienvenida, Daniela. Para cualquier cosa que necesites, no dudes en buscarme —dijo con tono acogedor.

—¡Gracias! Me encanta oír eso, porque tengo cierta tendencia a atraer problemas imposibles —bromeé, arrancándole una pequeña risa.

Larissa señaló entonces a la segunda mujer, de expresión más seria, aunque igualmente amable.

—Ella es Marina Andrade, especialista en informes estratégicos. Todos los informes impecables que impresionan a nuestra directiva salen de sus manos.

Marina sonrió discretamente y se levantó para saludarme. Era alta, elegante y tenía un aire sofisticado que me hacía pensar dos veces antes de abrir la boca, pero su apretón de manos fue firme y cálido.

—Bienvenida, Daniela. Estoy segura de que lo harás muy bien aquí.

—Gracias, Marina. Espero no decepcionar a nadie —respondí, logrando que sonriera de nuevo, más relajada esta vez.

Finalmente, Larissa presentó al chico que parecía el más relajado de los tres.

Tenía el pelo castaño claro ligeramente despeinado y una sonrisa divertida en el rostro.

—Y este es André Monteiro, asistente directo de gerencia, que se encarga de las demandas más urgentes. Si necesitas ayuda rápida, es a él a quien debes acudir.

André se levantó de inmediato, con una expresión animada.

—Cuenta conmigo para emergencias, dudas existenciales o incluso si solo quieres quejarte del café horrible que tenemos aquí.

Me reí espontáneamente, sintiéndome cómoda con su naturalidad.

—Ya me caes bien. Especialmente por lo del café malo; soy casi una experta en eso.

Todos rieron discretamente, y Larissa volvió a mirarme con una sonrisa satisfecha.

—André te explicará detalladamente tus tareas iniciales. Para cualquier cosa, estoy a disposición en Recursos Humanos. Buena suerte, Daniela.

—Gracias, Larissa. Prometo dar lo mejor de mí.

Cuando Larissa se marchó, André acercó una silla a su escritorio y me hizo una señal para que me sentara. Tomé asiento, enderezando mi postura y centrándome completamente en él.

—Muy bien, Daniela. Sé que al principio parece mucho, pero te prometo que enseguida le cogerás el truco. Trabajamos principalmente con gestión de documentos estratégicos y administrativos. Ayudarás en algunos análisis, asistirás a reuniones estratégicas y colaborarás en la preparación de informes ejecutivos para la dirección.

Mientras me explicaba pacientemente, con tono ligero y fácil de seguir, sentí que algo dentro de mí empezaba a encajar perfectamente en aquel entorno.

Las personas parecían realmente acogedoras, el equipo era armónico, y el trabajo, aunque exigente, era justo lo que siempre había querido hacer.

Miré nuevamente a mi alrededor, respiré hondo y permití que aquel optimismo reconfortante me invadiera.

Por primera vez en mucho tiempo, algo en mi interior me decía que estaba exactamente donde debía estar.



CAPÍTULO 12

«Algunas personas creen tenerlo todo bajo control, hasta que la vida decide demostrar quién manda realmente».

JAVIER FERRARA

Después de una reunión agotadora, de esas en las que tenía que usar todo mi autocontrol para no perder la paciencia, finalmente salí de la sala y entré en el ascensor panorámico.

Santiago estaba a mi lado, revisando algo en su móvil con expresión concentrada.

Permanecimos en silencio durante todo el trayecto hasta el vestíbulo principal, cada uno reflexionando sobre los innumerables desafíos que afrontaba diariamente la empresa.

Cuando finalmente salimos del ascensor, nos detuvimos unos segundos frente a la recepción principal, conversando sobre algunos contratos importantes que debían ser revisados.

—Javier, mañana tendremos que revisar aquella propuesta de la sucursal de Londres. Algo ahí no parece del todo claro, y ya sabes lo mucho que odio las sorpresas —comentó, ajustándose distraídamente el nudo de la corbata.

Asentí con seriedad, echando un vistazo rápido a los mensajes acumulados en mi móvil.

—Estoy completamente de acuerdo. Detesto cualquier cosa que no sea perfectamente clara y objetiva. Mañana a primera hora lo resolvemos.

Fue en ese preciso instante cuando algo frente a mí captó mi atención, cerca de las puertas automáticas de salida. Reconocí casi inmediatamente aquella figura delicada y familiar.

Daniela Castro.

Estaba sonriente, hablando animadamente con una chica pelirroja a quien reconocía vagamente como parte del equipo administrativo.

Mis ojos fueron automáticamente al pase que colgaba de su cuello, confirmando lo que ya sospechaba: había conseguido el empleo.

Apreté ligeramente la mandíbula, sintiendo de nuevo aquella extraña mezcla de fascinación e irritación, especialmente considerando las sospechas que aún flotaban en torno a ella.

—Ferrara, ¿estás bien? —La voz de Santiago me sacó momentáneamente de mi distracción. Él siguió mi mirada, notando la presencia de ella—. Aquella mujer… ¿Es la tal Daniela Castro que mencionaste el otro día?

Respiré hondo, desviando mis ojos de ella para enfrentar la mirada de mi amigo.

—Exactamente. Y parece que ha conseguido el empleo aquí —respondí con un toque de ironía en la voz.

Santiago arqueó una ceja con genuino interés, claramente sorprendido por aquella situación tan peculiar.

—Interesante. ¿Y ahora qué? ¿Qué piensas hacer respecto a ella? ¿Todavía crees que pueda ser algo premeditado, algún intento de perjudicarte?

Sonreí discretamente, observando cómo Daniela se alejaba hacia la salida, todavía con aquella sonrisa tranquila, completamente ajena al hecho de que yo la observaba con atención.

—De momento, absolutamente nada. Aún no tengo la certeza total sobre sus intenciones. Quiero observarla más de cerca, entender exactamente qué busca dentro de la empresa. Si realmente es premeditado como parece, pronto lo sabré —expliqué con tranquilidad, manteniendo mi tono seguro y decidido.

Santiago cruzó los brazos, intrigado por mi postura.

—¿Y cuál es exactamente tu plan, Ferrara?

Mi sonrisa se amplió ligeramente, manteniendo ese misterio intencionado que tanto disfrutaba.

—Muy pronto lo sabrás. Pero tranquilo, lo tengo todo bajo control.

Él negó con la cabeza, soltando una ligera carcajada mientras me miraba con una mezcla de incredulidad y diversión.

—¿Sabes, Javier? A veces me pregunto cómo puedes tomarte la vida tan en serio. Deberías salir más, relajarte y disfrutar de la vida más allá de estos muros corporativos.

Puse los ojos en blanco, manteniendo una expresión irónica en el rostro.

—Eso nunca va a pasar. Sabes perfectamente que mi vida es precisamente esto: trabajar. No pienso renunciar a ello por nada ni nadie.

Santiago suspiró resignado, dándome una palmada amistosa en el hombro.

—Como quieras, amigo. Pero no digas que nunca te lo advertí. La vida es más que contratos y reuniones interminables.

—Mi trabajo es mi vida. Siempre ha sido así y lo sabes. No necesito distracciones.

Él soltó una risa sarcástica, mirándome con ironía.

—Distracciones o no, la vida siempre encuentra la forma de sorprendernos. Créeme, algún día te darás cuenta de que no puedes controlar todo.

Sonreí burlón, cruzando los brazos ante aquella provocación.

—Créeme, nada escapa a mi control. Y no tengo intención de que eso cambie a corto plazo.

Él levantó las manos en señal de rendición, riendo mientras se alejaba.

—Ya veremos, Ferrara.

Lo observé salir en dirección al aparcamiento mientras yo permanecía allí, quieto, pensando una vez más en aquella mujer que acababa de salir del edificio.

Daniela Castro era una incógnita que debía resolverse cuanto antes, antes de que se convirtiera en un problema real.

Y yo estaba decidido a descubrir exactamente cuáles eran sus intenciones antes de que fuese demasiado tarde.



CAPÍTULO 13

«La auténtica felicidad habita en esos pequeños momentos que compartimos con quienes amamos».

DANIELA CASTRO

—¿Y bien? ¿Cómo ha ido?

Mi amiga prácticamente me estaba esperando en la puerta de casa para hacerme la pregunta, sin darme siquiera tiempo a respirar.

Aurora Martínez tenía ese don: ansiedad cero, paciencia en números negativos.

Sonreí, negando suavemente con la cabeza mientras abría la puerta.

—Tranquila, Aurora. Entra conmigo, porque estoy completamente segura de que mi madre me va a preguntar exactamente lo mismo en unos tres segundos.

Ella soltó una carcajada y entró, fingiendo un drama exagerado por la intriga.

—¡Ah, te encanta hacerte la misteriosa, eh! Está bien, espero. Pero quiero detalles completos. Incluso, si tu jefe está buenísimo, tendrás que describírmelo enterito.

Puse los ojos en blanco, sonriendo mientras caminábamos hacia la cocina. Mi madre terminaba de poner la mesa, y un aroma delicioso inundaba el ambiente.

—¡Qué bien que ya estás aquí, hija! La cena está lista. Vamos comiendo mientras nos cuentas qué tal te ha ido el día —dijo mi madre con su habitual tono tranquilo, regalando una sonrisa cariñosa a Aurora.

Mientras tanto, mi hermanita Nina ya se había lanzado a los brazos de mi amiga, rebosante de entusiasmo.

Aurora y Nina tenían una conexión que yo jamás había entendido del todo. Compartían conversaciones privadas y códigos secretos que involucraban princesas modernas, héroes fantásticos y algo relacionado con unicornios.

Siempre bromeaba diciendo que la diferencia de edad entre ellas parecía desaparecer cada vez que se ponían a hablar.

Nos sentamos todas a la mesa, y en cuanto mi madre sirvió la comida, me miró con expectación, conteniendo claramente la misma pregunta que Aurora había hecho minutos antes.

—Y bien, hija, ¿no pensarás tenernos esperando más tiempo, verdad? ¿Cómo ha ido tu primer día?

Hice una pausa dramática a propósito, mientras Nina y Aurora intercambiaban miradas impacientes casi en sincronía. Mi madre sonrió, entendiendo mi pequeño juego.

—¡Ha ido genial, mamá! —cedí finalmente, riendo por la ansiedad que generaba en ellas—. De verdad, el lugar es increíble. Ni os imagináis lo elegante que es. Literalmente, me sentía en una serie de esas donde todos llevan ropa carísima y toman cafés gourmet en las reuniones.

Aurora abrió exageradamente los ojos, dramatizando aún más su reacción.

—¡Mi amiga se está volviendo toda una mujer sofisticada! Pronto estarás rechazando invitaciones para cenar aquí con nosotras e irás a restaurantes exclusivos con ejecutivos guapísimos.

—¡Aurora, por favor, que acabo de llegar allí! —respondí riendo y negando con la cabeza—. Además, con lo poco elegante que soy, pronto descubrirán que contrataron a la persona equivocada.

Mi madre sonrió, sacudiendo suavemente la cabeza en una cariñosa desaprobación.

—No digas esas cosas, Dani. Siempre has sido capaz de afrontar cualquier desafío. Estoy segura de que lo harás estupendamente.

—¡Es verdad, Dani! —intervino Nina con entusiasmo, tomando la mano de Aurora y sonriendo dulcemente—. Eres la mejor hermana del mundo, seguro que les encantarás allí.

Sentí una calidez en el pecho ante esas palabras sinceras y espontáneas.

Sonreí de nuevo, comenzando a detallarles todo lo ocurrido durante el día: el edificio espectacular, los compañeros de trabajo simpáticos, mis tareas en el departamento administrativo y estratégico, e incluso el café terrible del que André ya me había advertido.

Aurora no tardó en bromear sobre mi torpe trayectoria profesional, lo que hizo que todas en la mesa nos riéramos bastante. Hasta mi madre se contagió de la atmósfera relajada y divertida, y en ese momento, me sentí verdaderamente feliz.

Tenía una familia maravillosa y una amiga increíble, y ahora, por fin, estaba dando un paso decisivo hacia la realización profesional que tanto anhelaba.

Sin embargo, cuando la cena ya estaba llegando a su fin y la conversación comenzó a dispersarse, inexplicablemente mi mente se deslizó hacia un recuerdo que intentaba, sin demasiado éxito, apartar.

Javier.

Un breve escalofrío recorrió mi espalda al recordar a aquel hombre misterioso e intenso que apareció inesperadamente en aquella noche extraña e inolvidable.

Por más que intentaba, no conseguía borrar del todo su imagen, ni la manera en la que me había besado aquella noche, como si el mundo entero desapareciera a nuestro alrededor.

Sacudí discretamente la cabeza, volviendo a la realidad y apartando aquellos pensamientos insistentes.

Al fin y al cabo, aquello había sido solo una noche pasajera, ¿verdad? Debía centrarme en el presente, en mi nuevo trabajo, en la vida real.

Pero aun así, en el fondo, muy en el fondo, sabía que olvidar a Javier Ferrara no iba a ser tan fácil como me gustaría creer.



CAPÍTULO 14

«A veces, las decisiones más difíciles son aquellas en las que tenemos que renunciar al control».

JAVIER FERRARA

—Felicidades, mamá —le dije mientras la abrazaba con delicadeza, sintiendo su perfume característico, aquel que tanto me recordaba a mi infancia.

Catalina Ferrara cumplía hoy cincuenta y nueve años y seguía siendo la mujer más cariñosa y dulce que había conocido jamás.

Antes de jubilarse, mi madre había sido una decoradora reconocida y respetada, famosa por su gusto impecable y por la elegancia natural con la que siempre había llevado su vida.

Me sonrió emocionada, los ojos humedecidos como ocurría siempre que yo aparecía por su casa.

—Gracias, cariño. No sabes lo feliz que me hace tenerte aquí hoy —dijo, sujetando mi rostro entre sus manos delicadas—. Parece que haya pasado una eternidad desde la última vez.

—Lo sé, mamá, y lo siento mucho. Últimamente las cosas están bastante agitadas en la empresa, pero prometo intentar venir más a menudo.

Ella sonrió satisfecha, todavía sujetando mi mano mientras caminábamos juntos hacia el salón amplio y elegante de la casa, donde mi padre estaba sentado en aquel sillón de cuero que siempre había sido suyo.

Mi padre, Alfonso Ferrara, con sus sesenta y cuatro años, aún conservaba esa presencia seria y austera que siempre lo había caracterizado.

Expresidente de un gran grupo empresarial internacional, había dedicado su vida a enseñarme todo lo que yo sabía sobre negocios. Sin duda alguna, él era el máximo responsable de quién era yo ahora.

—Buenas noches, papá —saludé con respeto, estrechando firmemente su mano.

—Javier —respondió con la voz profunda y grave de siempre—. ¿Cómo van las cosas en la empresa? ¿Alguna novedad importante?

Asentí, sabiendo que aquella conversación sobre negocios era la única manera en la que realmente le gustaba interactuar. Me senté a su lado, manteniendo una postura formal, exactamente como él me había enseñado desde pequeño.

—Todo marcha bien. Estamos cerrando contratos importantes, especialmente en el extranjero. Hemos tenido algunas situaciones delicadas recientemente, pero conseguí resolverlas sin mayores complicaciones.

Mi padre asintió, claramente satisfecho con mi respuesta.

—Muy bien. Nunca olvides que una buena negociación es siempre aquella en la que mantienes el control absoluto de la situación. Me alegra saber que sigues por el buen camino.

Lo observé mientras hablaba, recordando las innumerables veces en que habíamos estado exactamente en aquella misma posición: él aconsejando, y yo escuchando con atención, absorbiendo cada palabra como una valiosa lección.

Mi madre interrumpió nuestra conversación con una sonrisa animada.

—¡Vosotros dos siempre habláis solo de trabajo! Vamos a cenar ya. He preparado algo especial para ti, Javier. Ese risotto de setas con trufa que tanto te gustaba cuando vivías aquí con nosotros.

Sentí una agradable sensación al recordar aquel plato que había marcado tantas noches en familia.

Era algo sencillo, pero especial, que solo mi madre sabía preparar de aquella manera.

—Gracias, mamá.

Durante la cena, mi madre habló bastante, como era su costumbre.

Comentó cosas sobre los vecinos, sobre sus planes de un breve viaje que quería hacer con mi padre, hasta que finalmente tocó el tema

inevitable:

—¿Sabes, Javier? Deberías visitarnos más a menudo. La casa está muy vacía sin ti.

Respiré profundamente, sabiendo perfectamente hacia dónde iba dirigida aquella conversación.

—Lo sé, mamá, pero el trabajo ocupa prácticamente todo mi tiempo.

Ella suspiró suavemente, mirándome con cierta preocupación.

—¿Hasta cuándo, hijo mío? ¿No has pensado en bajar un poco el ritmo? La vida no es solo trabajo, tienes que darte cuenta de eso.

Mi padre carraspeó a mi lado, dejando delicadamente la servilleta sobre la mesa e interviniendo con su autoridad natural:

—Cariño, sabes muy bien que Javier está haciendo exactamente lo que siempre soñamos para él. El éxito exige sacrificios, y nuestro hijo lo entiende perfectamente.

Miré a mi padre sintiendo una mezcla extraña de gratitud y cuestionamiento.

Realmente disfrutaba con lo que hacía, me apasionaba mi trabajo, pero a veces me preguntaba si el precio del aislamiento era realmente necesario.

—Así es —afirmé con voz firme, aunque algo dentro de mí dudaba—. Me gusta lo que hago y no pienso cambiarlo de momento.

Terminamos la cena tranquilamente, hablando sobre temas ligeros y haciendo comentarios ocasionales sobre su vida cotidiana.

Sin embargo, mientras observaba a mis padres charlar de manera natural, sin prisas ni presión, no pude evitar preguntarme si mi estilo de vida no me estaba alejando demasiado de lo que verdaderamente importaba.

Tras la cena, mi madre volvió a acercarse, agarrando delicadamente mi brazo con aquella mirada dulce y persistente.

—Prométeme que vendrás más veces, Javier. Al menos una vez por semana. No cuesta nada reservar unas horas para nosotros.

Sonreí, incapaz de rechazar la petición sincera de aquella mujer que siempre había hecho todo por mí.

—Lo prometo, mamá. Haré todo lo posible por venir más a menudo.

Ella sonrió aliviada y me abrazó con ternura.

—Gracias, hijo. Nunca olvides lo mucho que te queremos.

Mientras conducía de vuelta a casa esa noche, aquella frase de mi madre permanecía resonando en mi mente, haciéndome reflexionar profundamente sobre las decisiones que había tomado hasta entonces.

Amaba mi trabajo, mi carrera era la base de mi vida, pero quizá era necesario ajustar algunos límites.

Al fin y al cabo, éxito y familia no tenían por qué ser excluyentes, ¿verdad?

Por primera vez en muchos años, me permití pensar en serio en la posibilidad de encontrar un equilibrio.

Y, para mi completa sorpresa, me di cuenta de que la idea no era tan descabellada después de todo.



CAPÍTULO 15

«Ciertas sorpresas tienen el poder de trastocar no solo el día, sino también el corazón».

DANIELA CASTRO

Mi jornada laboral estaba pasando a una velocidad aterradora.

Desde el instante en que llegué, parecía que alguien había pulsado el botón de "modo turbo" en la oficina.

Informes que revisar, documentos por analizar, reuniones rápidas que se parecían más a pequeñas tormentas que pasaban por mi mesa, y

yo allí, navegando en aquella locura con una sonrisa nerviosa dibujada en el rostro.

—Júlia, ¿segura que esto está bien? Porque, sinceramente, ¡parece más complicado que la física cuántica! —le pregunté a mi compañera, que sonrió comprensivamente antes de revisar mi informe.

—Está perfecto, Dani. Tranquila, a mí también me pasó lo mismo al principio, pero enseguida te acostumbras —me aseguró con una sonrisa solidaria.

—¿"Enseguida" tipo cuándo, exactamente? ¿El mes que viene o en la próxima década? —bromeé, provocando que Júlia riera por mi expresión dramática.

Seguí trabajando frenéticamente, intercambiando información rápida con Marina, quien me orientaba siempre con paciencia y una elegancia que yo secretamente envidiaba, mientras André, con su habitual buen humor, pasaba por mi mesa para comprobar si todavía estaba «sobreviviendo a la presión».

En cierto momento, Ricardo, el supervisor directo de nuestro departamento, se acercó con su habitual gesto serio pero amable.

—Daniela, ¿cómo va todo por aquí? ¿Estás consiguiendo llevar bien el ritmo?

Sentí una punzada de inseguridad, pero forcé una sonrisa segura, apretando con firmeza el bolígrafo para disimular mi nerviosismo.

—¡Sí, claro! Lo estoy entendiendo todo perfectamente. Bueno, quizás no exactamente todo, pero digamos que el ochenta por ciento va muy bien. El otro veinte por ciento, estoy esforzándome por seguirlo — respondí con sinceridad.

Él dejó escapar una leve sonrisa, aparentemente satisfecho con mi respuesta honesta.

—Estupendo, Daniela. Para cualquier cosa, no dudes en acudir a mí; estamos aquí para ayudar.

Le agradecí, regresando a mi trabajo mientras el tiempo seguía pasando sin que yo apenas me diera cuenta.

Cuando finalmente llegó la hora del almuerzo, respiré aliviada, estirándome discretamente en la silla y levantándome con un profundo suspiro de satisfacción y alivio.

Entré en el ascensor, sintiéndome más ligera al abandonar temporalmente la planta, pensando únicamente en la comida que merecía después de toda aquella locura.

Al llegar al vestíbulo principal, mis piernas se paralizaron repentinamente y mi corazón dio un vuelco con tal fuerza que estuve segura de que todos los que estaban allí podían oírlo.

De pie cerca de la entrada, con esa postura naturalmente imponente y unos ojos tan intensos que resultaba imposible apartar la mirada, estaba nada menos que… Javier Ferrara.

Sentí cómo mi respiración se detenía por un instante mientras permanecía allí, inmóvil, incapaz de reaccionar.

Definitivamente, era la última persona que habría imaginado encontrarme.

Y, por la forma en que mi corazón latía frenéticamente, comprendí que quizá mi reacción no se debía únicamente a la sorpresa, sino a algo mucho más complicado que prefería ignorar.

JAVIER FERRARA

Observé sus expresiones con atención, evaluando cuidadosamente cada detalle.

Daniela se detuvo un instante al verme, y pude notar claramente la sorpresa reflejada en su rostro delicado.

Aquello me desconcertó.

Si realmente había premeditado todo, como sospechaba, esa expresión debería ser solo un truco perfectamente ensayado. Aun así, algo en aquella sorpresa me pareció demasiado genuino para ser fingido.

Vaciló por un segundo, como si estuviera ponderando qué hacer a continuación, pero entonces, inesperadamente, comenzó a caminar hacia mí.

Sentí cómo mi cuerpo se tensaba, manteniendo mi habitual autocontrol, mientras ella se acercaba con una sonrisa tímida, casi insegura.

—Javier… —pronunció mi nombre suavemente, como si estuviera probando el sonido de su propia voz—. No esperaba encontrarte aquí.

Aquella frase sencilla hizo que frunciera el ceño al instante.

¿No esperaba encontrarme aquí? ¿Qué significaba eso?

No tenía ningún sentido.

Todo en ella parecía tan natural, tan parecido a la mujer que había conocido aquella noche en el evento.

Pero ahora, en mi mente, no era más que otro papel interpretado por Daniela Castro.

—¿Sorpresa? —repliqué, manteniendo un tono frío e indiferente, aunque observaba atentamente cada pequeña reacción que pudiera mostrar.

Ella arrugó ligeramente las cejas, pareciendo genuinamente confundida con mi respuesta. Aun así, mantuvo una postura tranquila, aunque pude percibir su leve titubeo antes de continuar hablando.

—Sí. De hecho, trabajo aquí ahora.

Sus palabras sonaron demasiado sinceras, tan simples y transparentes que comencé a dudar de mis propias conclusiones

precipitadas.

Pero necesitaba ser prudente.

Si realmente estaba jugando conmigo, había llegado el momento de tomar el control del tablero.

—Interesante —dije, mostrando una leve sonrisa cargada de ironía—. ¿Entonces realmente no sabes quién soy? O mejor dicho, ¿que trabajo aquí?

Daniela se mordió suavemente el labio inferior, claramente incómoda por mi pregunta, como si temiera cometer algún error en su respuesta.

—No… Quiero decir, ¿tú también trabajas aquí? —Parecía sinceramente sorprendida, lo que me confundió aún más.

Si aquello era un juego, era el más convincente que había visto en mi vida.

Decidí poner a prueba los límites de su actuación, manteniendo el control absoluto de la situación.

—En realidad, Daniela, no solo trabajo aquí. Soy el dueño de este lugar —contesté con calma, observando cuidadosamente su reacción,

esperando el error que seguramente cometería.

Ella abrió los ojos como platos, visiblemente impactada por mi revelación.

Su expresión pasó rápidamente de la sorpresa a algo cercano al bochorno y la fascinación, mientras llevaba una mano al pecho en un gesto tan espontáneo que tuve que contener mi propia sorpresa ante aquello.

—Dios mío, ¿eres el dueño de todo esto? Javier, de verdad, no tenía ni idea. Esto es... surrealista. Jamás me habría imaginado…

Observé con atención cómo sus palabras escapaban de sus labios con cierta vacilación.

Su sorpresa parecía demasiado auténtica para ser actuada, pero mi mente lógica aún se negaba a aceptar completamente aquello.

No podía bajar la guardia tan fácilmente.

Daniela parecía querer decir algo más, claramente entusiasmada con la posibilidad de charlar conmigo. Resultaba extraño ver que parecía realmente feliz de verme, como si aquel encuentro fuera algo especial para ella.

Eso me desconcertó aún más.

Al fin y al cabo, ¿cuál era el verdadero objetivo de aquella mujer?

—Daniela, disculpa, pero ahora debo irme. Tengo asuntos urgentes que atender —la interrumpí fríamente, cortando de golpe aquella conversación que sin duda ella deseaba prolongar.

Ella asintió rápidamente, demostrando comprensión, aunque pude notar el brillo decepcionado que apareció en sus ojos oscuros.

—Ah, claro, claro. No quiero entretenerte. Me ha alegrado mucho verte otra vez, Javier.

Asentí ligeramente, con una inclinación cortés, mientras ella se alejaba con pasos ligeros, el identificador que llevaba colgado del cuello balanceándose ligeramente mientras caminaba hacia la salida.

La observé hasta que desapareció completamente de mi campo visual, intentando procesar cada detalle de aquel extraño y desconcertante encuentro.

Salí del edificio poco después, entrando en el coche mientras mi mente trabajaba frenéticamente, intentando descifrar lo que había ocurrido en los matices de aquel breve encuentro.

Daniela Castro seguía siendo un misterio para mí, un enigma que necesitaba resolver antes de que pudiera causarme algún daño.

Sin embargo, mientras conducía alejándome de allí, una pregunta insistente seguía martilleando mi mente: ¿Sería posible que lo hubiese interpretado todo mal?

¿O aquella mujer era simplemente la mejor actriz que había conocido en toda mi vida?



CAPÍTULO 16

«A veces, al destino le gusta jugar con coincidencias que resultan imposibles de ignorar».

DANIELA CASTRO

—¡No te vas a creer lo que te voy a contar, amiga!

Apenas abrí la boca y Aurora ya estaba prácticamente dando saltitos de entusiasmo en su silla, con los ojos abiertos como platos de la curiosidad y las manos golpeando suavemente la mesa del restaurante donde estábamos almorzando.

Lo mejor de trabajar ahora cerca de ella era precisamente eso: nuestros almuerzos podían convertirse en pequeñas sesiones de terapia, con derecho a drama, risas y cotilleos interminables.

—¡Ay, por favor, Dani! Sabes que no aguanto el suspense, ¡cuéntamelo ya! —exigió, inclinándose hacia adelante, casi derramando el vaso de zumo con los codos.

Respiré hondo, intentando contener una sonrisa tonta que insistía en aparecer en mi cara.

Después de la sorpresa que acababa de llevarme, aquello parecía totalmente surrealista.

—He visto a Javier hace un rato, en el edificio de la empresa —empecé lentamente, observando cómo la expresión de Aurora se volvía aún más entusiasmada—. Y no te lo vas a creer… no solo trabaja allí, ¡es el dueño!

Aurora se quedó paralizada al instante, boquiabierta, con los ojos como platos por el absoluto shock.

—¡Espera! ¿Qué? ¿Cómo que el dueño? ¡Esto no puede ser solo casualidad, Dani! ¡Esto es cosa del destino, estáis hechos el uno para el

otro! —exclamó, gesticulando de forma exagerada, lo que me hizo reír aún más por su entusiasmo extremo.

—¡Para, Aurora! ¿Qué destino ni qué historias? Eso es cosa de las películas románticas que ves, que ya son demasiadas —respondí entre risas, mientras sentía que las mejillas me ardían ligeramente de vergüenza al recordar cómo me había quedado completamente bloqueada al reencontrarme con él—. Y tenías que haberlo visto hoy… en serio, Aurora, estaba aún más guapo. ¡Era absurdo, la perfección en persona!

—¡Cuéntamelo todo, cada detalle, amiga! ¡No me ocultes nada! —exigió, fingiendo una crisis existencial, mientras cogía una servilleta y se abanicaba dramáticamente el rostro.

Reí de nuevo, negando con la cabeza.

—Estaba impecable, Aurora. Un traje oscuro hecho a medida, camisa blanca perfecta, zapatos relucientes como si acabara de salir de una revista de hombres millonarios, el pelo perfectamente arreglado… en serio, no puedo describirlo bien sin sonar patética —confesé, sintiéndome de nuevo como una adolescente.

—¡De patética nada! ¡Estás completamente enamoradita! Pero dime una cosa, ¿cómo reaccionó él al verte? —preguntó, recuperando un tono más serio, aunque con los ojos llenos de curiosidad.

Suspiré, mordiéndome suavemente el labio inferior, volviendo a sentir esa extraña sensación que me había invadido.

—Me moría de vergüenza, obviamente. Al principio me quedé parada como una estatua, luego fui hacia él sin saber siquiera qué decir. Y cuando descubrí que era el dueño de la empresa, casi me da un ataque al corazón allí mismo, en plena recepción. Ahora ni siquiera sé cómo comportarme con él.

Aurora sonrió con ternura, tratando de tranquilizarme.

—Mira, amiga, creo que deberías actuar con normalidad. Sigue haciendo bien tu trabajo, y si se presenta la oportunidad, habla con él, intenta aclarar las cosas, ¿entiendes?

Negué rápidamente con la cabeza, sintiéndome insegura.

—Aurora, es el dueño de la empresa. Imagínate lo incómodo que sería… no sé si es buena idea.

Ella cruzó los brazos y me miró con una expresión convencida y desafiante.

—Daniela Castro, ¡ya estuviste con él! No es como si fuera un desconocido. Y si realmente lo deseas, no hay nada malo en intentar hablar con él. Tú no hiciste nada incorrecto, simplemente ocurrió. ¡Normaliza la situación, chica!

Respiré profundamente, notando cómo se aceleraba mi corazón solo al imaginar la posibilidad de volver a hablar con Javier.

Aurora tenía razón; al fin y al cabo, éramos adultos y lo que había ocurrido aquella noche había sido maravilloso.

Mis pensamientos volvieron inmediatamente hacia él.

A esos ojos profundos e intensos, a la sensación de sus manos recorriendo delicadamente mi piel, aquel toque cuidadoso y a la vez posesivo que me hacía sentir segura y deseada.

Javier Ferrara no era un hombre fácil de olvidar, y por más que intentase negarlo, sentía unas ganas cada vez más intensas de revivir aquellos momentos.

Mientras mi mente divagaba, Aurora ya estaba creando sus propias historias absurdas, describiendo cada detalle imaginario y exagerado sobre cómo sería mi reencuentro perfecto con Javier, haciéndome reír con cada escena surrealista que relataba con entusiasmo.

Pero en el fondo, mientras reía con las divertidas fantasías de Aurora, ya había tomado mi decisión.

Quería volver a verlo.

Necesitaba hablar, entender mejor quién era realmente aquel hombre misterioso y fascinante que, por alguna razón inexplicable, el destino había vuelto a poner en mi camino.



CAPÍTULO 17

«La línea que separa la estrategia del riesgo puede ser mucho más delgada de lo que uno se imagina».

JAVIER FERRARA

—Te vi hablando con una empleada antes.

—Sí —respondí secamente, aflojándome el nudo de la corbata con cierta impaciencia y caminando lentamente hacia el ventanal panorámico de mi despacho.

Aquella vista impresionante de la ciudad solía ayudarme a aclarar mis pensamientos, pero en ese momento parecía confundirlos aún más.

Santiago cruzó los brazos y adoptó aquella postura inquisitiva y seria que conocía tan bien.

—¿Y qué? ¿Cuál ha sido tu impresión sobre esa conversación?

—Extraña. Si te soy sincero, Santiago, me ha parecido completamente natural, nada planeado. Su reacción ha sido muy convincente.

Él arqueó una ceja, ligeramente sorprendido por mi respuesta.

—Quizá realmente no haya sido algo premeditado, Javier. ¿No has pensado en eso?

Me giré hacia él de inmediato, negando con la cabeza, absolutamente en desacuerdo.

—No me lo creo. Puede que simplemente sea una excelente actriz. No olvides lo que dijo aquel empleado sobre esa tal Daniela Castro en el evento. Una mujer peligrosa, capaz de causar problemas, chantajes y escándalos públicos. No puedo ignorar algo así.

Santiago frunció el ceño, reflexionando con detenimiento sobre lo que acababa de decirle.

—Entiendo tu preocupación. ¿Pero qué piensas hacer al respecto?

Sentí cómo lentamente surgía una sonrisa irónica en la comisura de mis labios.

Mi decisión ya estaba tomada; ahora solo debía actuar con cautela y estrategia.

—He decidido acercarme a ella. Le daré la confianza suficiente para que revele por sí misma las verdaderas intenciones detrás de esa aparente inocencia. Y en el momento adecuado, la desenmascararé.

Santiago soltó un suspiro profundo, claramente incómodo con el plan que acababa de revelarle.

—Javier, eso puede ser peligroso. ¿Y si ella realmente está siendo sincera? Podrías acabar cometiendo un grave error.

Lo observé fijamente, manteniendo una postura firme y decidida, sin dejar espacio a dudas o vacilaciones.

—Estoy completamente de acuerdo en que es arriesgado, pero es un riesgo que estoy dispuesto a correr. Necesito saber exactamente con quién estoy tratando. Prefiero adelantarme antes que llevarme una desagradable sorpresa después.

Me sostuvo la mirada seriamente durante un largo instante, antes de asentir con resignación, sabiendo que no lograría convencerme de cambiar de opinión.

—Simplemente ten cuidado. A veces, los juegos que comienzas pueden escaparse rápidamente de tu control.

Santiago era una de las pocas personas capaces de hacerme reflexionar seriamente sobre mis decisiones. No por casualidad era mi socio y amigo desde hacía tantos años.

Aun así, mi determinación permanecía inquebrantable.

Necesitaba descubrir las auténticas intenciones de aquella mujer antes de que realmente sucediera algo.

—Entiendo tu preocupación, pero conociéndome como me conoces, ¿crees que permitiría que algo así escapase de mi control? —pregunté, girándome para mirarlo directamente con mi expresión más seria y calculadora—. Ya he tratado antes con personas mucho más

peligrosas y manipuladoras. Puede que esa Daniela sea buena fingiendo inocencia, pero estoy seguro de que con el tiempo acabará mostrando sus verdaderas intenciones.

Santiago me analizó un instante, mostrando preocupación por mi planteamiento.

Sabía que mi obsesión por el control y la estrategia a veces sobrepasaba límites razonables. Sin embargo, también sabía que difícilmente me haría cambiar de idea.

—Está bien, supongamos que consigues acercarte a ella y descubrir algo. ¿Cuál es tu plan exacto? ¿Vas a acercarte a ella en calidad de amigo, o tienes pensado algo más?

Solté una risa corta y sarcástica, negando lentamente con la cabeza.

—No pienso hacerme su amigo, Santiago. Quiero que ella piense que tengo un interés real. Le daré suficiente espacio para que se sienta cómoda y cometa un error. Cuanto más confiada esté conmigo, más fácil será descubrir qué pretende realmente.

Él frunció aún más el ceño, disgustado con el rumbo que tomaba la conversación.

—¿Piensas seducirla entonces? Javier, ¿eres consciente de que eso podría convertirse en un problema aún mayor? —preguntó con una prudencia evidente en cada palabra.

Manteniendo la mirada fija en él, le dejé claro que ya había considerado todas las posibilidades.

—Soy consciente. No es una decisión tomada a la ligera, pero es necesaria. No puedo correr el riesgo de tener dentro de mi empresa a alguien con intenciones ocultas. Necesito absoluta certeza sobre a quién dejo entrar aquí. Si ella realmente es la Daniela Castro problemática y peligrosa que me han descrito, podría acabar afectando seriamente la reputación de toda la empresa. Y sabes lo mucho que valoro nuestro nombre.

Él asintió lentamente, cruzando los brazos, aún incómodo.

—Entiendo tus razones, Javier. Y sé que diga lo que diga no cambiarás de opinión. Tienes un imperio enorme que proteger y mucha gente depende de ello, incluido yo mismo. Pero cualquier error en este tipo de juego podría salir muy caro.

Sentí la gravedad de sus palabras y asentí firmemente, valorando su preocupación. Santiago era más que mi socio; era un amigo leal que

siempre se preocupaba genuinamente por mí, incluso cuando discrepábamos en ciertos puntos.

—Estate tranquilo. No he llegado hasta aquí tomando decisiones impulsivas ni irracionales. Sé perfectamente lo que hago.

Él suspiró finalmente, rindiéndose a mi habitual testarudez. Cambiando ligeramente el rumbo de la conversación, se acercó a la mesa y tomó algunos papeles que había allí, recuperando un tono más profesional.

—Muy bien, dejemos eso por ahora y volvamos a lo realmente importante en este momento: el contrato con la filial londinense. Tenemos que resolver esa discrepancia antes de que se convierta en algo aún mayor.

Asentí, volviendo a concentrarme plenamente en aquel asunto.

Era exactamente lo que necesitaba en ese instante: sumergirme en el trabajo y apartar aquella situación con Daniela Castro de mi cabeza.

—Sí, volvamos a revisar los términos de la propuesta. El mayor problema es la cláusula de exclusividad que pretenden imponer. Sabes que no acepto fácilmente algo así. Si firmamos este contrato con las

condiciones actuales, perderemos oportunidades en mercados emergentes fundamentales.

Santiago estuvo de acuerdo, mostrando tanta seriedad y profesionalidad como yo.

—Coincido plenamente. Ellos alegan que la exclusividad protegería la alianza, pero pienso justo lo contrario. Nos limitaría demasiado en futuras negociaciones. Debemos enviarles inmediatamente una contrapropuesta con términos claros, garantizando nuestra libertad para seguir expandiéndonos estratégicamente.

Me levanté y fui hacia mi escritorio, cogiendo los informes más recientes sobre el tema.

—También quiero que revises minuciosamente todos los datos financieros de esta operación. No podemos cerrar negocios de esta magnitud sin un análisis extremadamente riguroso. Esto podría representar una parte significativa de nuestros ingresos anuales.

Él asintió, cogiendo los documentos y revisándolos rápidamente mientras yo proseguía:

—Y otra cosa, mantente atento al departamento jurídico de la empresa. No podemos permitir fisuras ni ambigüedades en este contrato. Cada cláusula debe ser revisada y validada por nuestro equipo antes de enviar nada a Londres.

—Lo gestionaré hoy mismo. Reuniré inmediatamente al equipo jurídico y convocaré una reunión urgente para discutir punto por punto. Mañana por la mañana tendremos algo concreto y totalmente seguro que presentar.

Sonreí satisfecho por su habitual diligencia.

—Perfecto. Y no olvides verificar personalmente a los responsables de la filial londinense. Quiero un informe completo sobre sus intenciones reales con esta propuesta, especialmente en cuanto a las metas y proyecciones que nos han presentado. No quiero sorpresas desagradables en el futuro.

Santiago anotó, mostrando acuerdo pleno con cada punto.

—Entendido. Me ocupo ahora mismo. Puedes confiar en mí.

Asentí con satisfacción, volviendo a sentarme mientras él salía del despacho. Cuando quedé solo, miré de nuevo hacia el ventanal, permitiendo que mis pensamientos volvieran a Daniela Castro.

Sí, Santiago tenía razón. Debía tener cuidado.

Pero, sobre todo, tenía que ganar aquel juego que yo mismo había iniciado. Y descubriría exactamente lo que esa mujer buscaba en mi empresa, antes de que fuera demasiado tarde.



CAPÍTULO 18

«El corazón siempre sabe primero aquello que la mente se empeña en negar».

DANIELA CASTRO

—¿Qué tal la semana de trabajo? —preguntó Aurora distraídamente, mientras buscaba el mando a distancia entre los cojines del sofá, con la vista centrada en encontrar rápidamente el siguiente episodio de *Los Bridgerton*, la serie que habíamos empezado hacía poco.

Suspiré con una sonrisa entusiasmada, abrazando con fuerza un cojín grande contra mi pecho.

—¡Increíble! Te juro que parece sacado de una película. Las oficinas, la gente, hasta la manera en que visten todos… Y lo mejor es que realmente me gusta lo que hago, ¿sabes? Siento que por fin he encontrado algo que encaja conmigo.

Aurora mostró una sonrisa enorme al verme tan animada, dejando de lado el mando y acomodándose para escuchar mejor.

—¡Lo sabía! Tenía claro que ibas a triunfar allí. ¿Y qué tal el equipo? ¿Son majos?

—¡Súper! Júlia es un encanto y me ayuda con todo, Marina es más reservada pero increíblemente competente, y André es prácticamente un alivio cómico en medio del caos. No podría haber tenido más suerte con ellos.

Aurora asintió, visiblemente satisfecha con mi relato.

—¡Qué alegría, Dani! Te lo mereces.

—Pero ahora cuéntame tú: ¿qué tal van las cosas en tu trabajo?

Se encogió de hombros con una expresión algo dramática, pero divertida como siempre.

—Bueno, ya sabes… lo típico. Mi jefe sigue teniendo la simpatía de un iceberg, pero al menos me ha aprobado las vacaciones para el mes que viene. No sé si celebrarlo o sospechar.

Solté una carcajada, negando con la cabeza divertida.

—Yo que tú lo celebraba. ¡Aprovecha este milagro antes de que cambie de opinión!

Nos reímos juntas unos segundos, hasta que Aurora retomó un tono más serio y me dirigió una mirada traviesa.

—Bueno, ahora hablemos de lo realmente importante. Javier… ¿le has visto otra vez?

Mi sonrisa se borró lentamente, dando paso a una expresión pensativa. Aurora lo notó de inmediato, mirándome interrogante.

—¿Qué pasa? ¿Por qué esa cara, Dani? ¿Ha ocurrido algo?

Respiré hondo, abrazando aún más fuerte el cojín, como si este pudiera protegerme de la propia timidez que sentía al recordarlo.

—Es raro, Aurora. No sé por qué, pero ahora me siento muy insegura cerca de él. Antes solo me parecía guapo, interesante y misterioso. Pero ahora que sé que es el dueño de la empresa donde trabajo… es como si toda mi confianza hubiese desaparecido, ¿entiendes?

Ella frunció el ceño, tocándome ligeramente el brazo, intentando tranquilizarme.

—A ver, amiga, no tienes por qué sentirte así. Ni siquiera sabías quién era cuando pasó aquella noche.

Suspiré nuevamente, pensativa, mirando al techo como si allí pudiera encontrar alguna respuesta.

—Ya lo sé racionalmente, pero emocionalmente se siente demasiado extraño. Me siento intimidada, como si hubiese hecho algo mal sin querer.

Aurora se acercó un poco más, bajando la voz como si estuviera a punto de compartir un gran secreto.

—Escúchame bien, Daniela Castro, lo que sientes por él no tiene por qué cambiar solo porque hayas descubierto que es tu jefe. Ambos

sois adultos, estáis solteros y, según tú misma dijiste, él también disfrutó aquella noche contigo. ¿Por qué no intentas acercarte otra vez?

Negué rápidamente con la cabeza, notando cómo mis mejillas se encendían con solo imaginar la posibilidad.

—No, Aurora, imposible. Saber que es mi jefe lo cambia absolutamente todo. Jamás podría comportarme con normalidad delante de él, sería un auténtico desastre.

Ella me miró con una expresión incrédula y burlona.

—¡Ay, Dani! Qué dramática eres. No tienes por qué complicarlo tanto. Te gusta, a él claramente también le gustas… ¿Por qué no intentas un acercamiento ligero, solo para ver cómo reacciona?

—No, amiga, es demasiado arriesgado. Prefiero no tocar el tema. Si tiene que pasar algo, tendrá que venir de él, porque yo no voy a ir detrás de mi jefe millonario que parece sacado de un catálogo de ropa cara.

Aurora soltó una sonora carcajada, negando divertida con la cabeza.

—¡Eres imposible! Vale, no insistiré más… por ahora. —Aurora guiñó un ojo pícaramente antes de coger de nuevo el mando a distancia, dándole al play para seguir viendo la serie.

Mientras volvíamos a centrarnos en los personajes y sus enredos amorosos, mi mente insistía en regresar a la figura imponente y perfecta de Javier Ferrara.

Por mucho que intentara convencerme de que hacía lo correcto, Aurora había sembrado aquella pequeña semilla de duda en mí.

Quizás estaba exagerando con mis miedos y mi timidez. Quizás podría intentar actuar con naturalidad y ver cómo iban desarrollándose las cosas.

Al fin y al cabo, ¿qué tenía que perder?

Aparte de mi empleo, mi dignidad y, claro está, mi corazón.

Sonreí discretamente ante aquel pensamiento exagerado. Decidí dejar que el destino se encargase de aquella situación, al menos por ahora.

Y mientras observaba distraídamente la pantalla del televisor, fui consciente de que mi corazón había tomado una decisión mucho antes

de que mi mente quisiera admitirlo.

Javier Ferrara no iba a salir fácilmente de mi cabeza. Ni de mi corazón.



CAPÍTULO 19

«Las decisiones más difíciles son aquellas que desafían lo que creemos que es cierto».

JAVIER FERRARA

Mientras terminaba de responder los últimos correos electrónicos del día, noté que la pantalla del ordenador indicaba que ya era tarde.

El edificio, ahora en silencio, contrastaba drásticamente con el caos habitual del horario laboral. Yo solía ser de los últimos en

abandonar la empresa, algo que ya formaba parte de mi rutina.

El trabajo era mi prioridad absoluta, no solo por necesidad, sino por elección propia.

Respiré profundamente, preparándome para una breve videoconferencia con el responsable de la sucursal de Londres. Con un clic, la pantalla se iluminó mostrando el rostro serio de Thomas Carter, director ejecutivo de la filial americana.

—Buenas noches, Thomas. ¿Has revisado las cláusulas que discutimos ayer? —pregunté directamente, evitando formalidades innecesarias.

—Sí, Javier. Las hemos revisado de nuevo con nuestro equipo jurídico y estamos de acuerdo con tus términos. Hemos eliminado las exigencias sobre exclusividad. Te enviaré el borrador revisado esta misma noche —respondió con la eficiencia que esperaba de mis colaboradores.

Asentí satisfecho.

—Perfecto, Thomas. No esperaba menos de vosotros. Necesitamos tener este contrato cerrado para mañana al mediodía, como muy tarde. No quiero más retrasos ni imprevistos.

—Entendido, Javier. Cuenta con ello —afirmó con firmeza.

—Muy bien. Que tengas buena noche —concluí rápidamente la llamada y cerré el portátil.

Me levanté despacio, estirándome un poco mientras observaba por la ventana el tráfico intenso de la ciudad extendiéndose ante mis ojos.

Era hora de marcharme.

Apagué las luces del despacho y caminé por el pasillo vacío, saludando brevemente a uno de los guardias de seguridad mientras esperaba el ascensor.

Al llegar a la planta baja y abrirse las puertas, la imagen que tuve delante fue como una descarga inesperada, dejándome paralizado durante unos segundos.

Allí, distraídamente parada junto a la salida principal, estaba Daniela Castro, conversando animadamente con una compañera; ambas a punto de abandonar también el edificio.

La observé con atención, mis ojos recorriendo discretamente su silueta. Llevaba una ropa formal sencilla pero elegante, el cabello

oscuro caía suelto sobre sus hombros y tenía una sonrisa genuina dibujada en el rostro.

Era extraño darme cuenta de cómo, cada vez más, me fijaba en sus detalles, a pesar de intentar convencerme a mí mismo de que aquello formaba parte únicamente de mi estrategia.

Mientras permanecía allí inmóvil, mis pensamientos se debatían internamente.

Una parte de mí todavía quería creer que Daniela representaba algún tipo de riesgo premeditado, pero otra parte —más silenciosa y molesta— comenzaba a ponerlo seriamente en duda.

Su expresión, su forma espontánea de actuar… todo en ella parecía tan sincero y transparente, completamente alejado del perfil peligroso que yo mismo había creado en mi mente.

Sentí que se me tensaba ligeramente la mandíbula, indeciso.

Tenía que aclarar aquello de una vez por todas. Yo era un hombre acostumbrado a decisiones rápidas y precisas, jamás aceptaba permanecer demasiado tiempo en la incertidumbre.

Respiré hondo, enderecé mi postura y finalmente tomé una decisión.

DANIELA CASTRO

Salí del edificio con la sensación del deber cumplido.

Por fin estaba haciendo algo que realmente me gustaba, rodeada de personas que, por algún milagro, también parecían apreciarme.

Aquella felicidad absurda hacía que una sonrisa apareciera espontáneamente en mis labios mientras caminaba tranquilamente hacia la parada del autobús.

Mis pensamientos volaban entre el entusiasmo por el nuevo trabajo y el constante recuerdo de Javier.

Era inútil negarlo: seguía presente en mi mente de una forma casi perturbadora. Me preguntaba si algún día aquello pasaría o si estaba condenada a revivir eternamente el recuerdo de aquella noche.

Mientras observaba distraídamente el movimiento a mi alrededor, un coche elegante —demasiado imponente para aquella calle tan corriente— se detuvo lentamente justo al lado de la parada donde esperaba el autobús.

La ventanilla tintada comenzó a bajar poco a poco, revelando gradualmente a la persona que jamás imaginé encontrar allí.

Javier Ferrara.

Mi corazón se aceleró inmediatamente y durante algunos segundos me quedé totalmente inmóvil, incapaz de reaccionar.

—Daniela, sube al coche. Te llevaré a casa —me dijo con total naturalidad, como si aquello fuera lo más común y corriente del mundo.

Parpadeé varias veces, incrédula, antes de conseguir responder:

—No hace falta, Javier, de verdad. El autobús debe estar llegando ya, yo…

Él frunció ligeramente el ceño y me dedicó una sonrisa entre irónica y autoritaria.

—No es una petición, Daniela. Sube de una vez.

Dudé por un instante mientras mi alarma interna parpadeaba como un cartel luminoso.

Aun así, mi terco corazón insistía en decir que sí. Respiré hondo y, con las manos ligeramente temblorosas, terminé entrando en el coche.

Me senté con cuidado, sintiéndome instantáneamente pequeña en aquel interior lujoso que olía a cuero y a un perfume amaderado.

Javier me lanzó una breve mirada antes de preguntar:

—¿Dónde vives?

—En el barrio Jardín de las Flores, cerca de la plaza principal —respondí tímidamente.

Él asintió, echando un rápido vistazo al GPS mientras ponía en marcha el coche.

—Hoy te llevaré hasta tu casa —repitió, al notar mi expresión curiosa.

—¿Puedo preguntar el motivo? —arriesgué, mordiéndome ligeramente el labio inferior, incómoda pero extremadamente intrigada.

Él me dedicó una mirada rápida e intensa antes de responder con calma:

—Estaba saliendo de la empresa y te vi caminando hacia la parada. Simplemente quise hacerlo.

Sentí cómo mis mejillas ardían y desvié rápidamente la mirada, decidiendo intentar una conversación para aliviar mi propia tensión.

—¿Puedo preguntarte una cosa? Siempre he querido saber cómo empezaste con la empresa. ¿Era ya de tu familia o la fundaste tú?

Para mi sorpresa, no pareció incómodo con la pregunta, al contrario, comenzó a responder con cierta apertura.

—La empresa era de mi padre, pero él trabajaba en otro sector. Cuando la heredé, cambié por completo el enfoque, invirtiendo fuerte en tecnología y expansión internacional. No fue fácil al principio, pero acabó funcionando.

—Increíble. ¿Y cuál crees que fue el factor decisivo para tu éxito? —pregunté con sinceridad, sintiéndome más relajada.

Él se tomó unos segundos antes de responder con seguridad:

—Disciplina, determinación y estar siempre un paso por delante. No confiar demasiado en nadie y estar preparado para cualquier cosa.

Asentí lentamente, asimilando sus palabras y admirando en secreto aquella seguridad y el absoluto control que transmitía.

Javier Ferrara era fascinante, no solo por su aspecto imponente, sino también por su inteligencia evidente y por el magnetismo natural que irradiaba.

Cuando por fin nos detuvimos frente a mi casa, respiré profundamente y lo miré con sinceridad.

—Muchas gracias por traerme, Javier. De verdad, ha sido muy amable de tu parte. Si alguna vez puedo devolverte el favor, solo tienes que decírmelo.

Él arqueó ligeramente una ceja y me miró de manera intensa y directa.

—En realidad, sí hay algo.

—¿El qué? —pregunté con cautela, sintiendo de nuevo cómo mi corazón se aceleraba.

—Quiero salir contigo, Daniela —fue directo, sin vacilar ni dar rodeos.

Me quedé totalmente sin palabras, mirándole en absoluto shock mientras trataba de asimilar aquellas palabras que él parecía haber dicho con tanta facilidad.

—¿De verdad… quieres eso? —murmuré casi sin voz.

Él sonrió discretamente, confiado e irresistible como siempre.

—Lo quiero. Más de lo que imaginas.

Mi mirada volvió a encontrarse con la suya, tan intensa y profunda.

Observé la perfección de sus facciones, su cabello oscuro perfectamente peinado, la firme línea de su mandíbula que parecía dibujada a mano, y algo dentro de mí decidió en ese mismo instante.

—Está bien. Sí, podemos salir juntos —respondí, tratando de controlar la felicidad que amenazaba con explotar en mi interior.

Él asintió satisfecho, dedicándome otra leve sonrisa de lado.

—Perfecto. Entonces nos veremos pronto.

Me despedí rápidamente, bajando del coche con las piernas temblorosas y el corazón latiendo descontroladamente.

Entré en casa casi tropezando con la puerta y la cerré detrás de mí, respirando hondo mientras una sonrisa boba se instalaba en mi rostro.

Todavía no podía creer lo que acababa de suceder. Javier Ferrara, el hombre más impresionante que jamás había conocido, acababa de invitarme a salir.

Y yo, por supuesto, había aceptado.



CAPÍTULO 20

«A veces, la vida sorprende más que cualquier historia que podamos imaginar».

DANIELA CASTRO

—¡Por lo visto, el asunto es serio!

—¡Siéntate, mejor!

—¡Dios mío! ¿Has matado a alguien? ¿Has atracado un banco? ¿Te has hecho rica de la noche a la mañana? ¡No me pongas así de nerviosa!

—Aurora soltó todo aquello de golpe, tirando de mí hacia dentro de la casa con los ojos abiertos de par en par por la preocupación.

Solté una risa nerviosa, notando cómo mi corazón latía aún más rápido ahora que tenía que transformar mis pensamientos en palabras.

—¡Cálmate, Aurora! No he hecho nada ilegal… ¡al menos que yo sepa! —respondí con humor, intentando controlar mi ansiedad mientras ella me empujaba suavemente hacia el sofá del salón.

Aurora se sentó frente a mí, cruzada de brazos, con una mirada fija y exigente y las cejas alzadas, lista para escuchar cada detalle de lo que iba a contarle.

Respiré hondo y empecé a hablar rápidamente, casi sin pausas, tratando de soltarlo todo de una vez:

—Estaba saliendo del trabajo hace un rato, súper distraída, feliz con mi nuevo empleo y todo eso, esperando el autobús, cuando de repente Javier paró justo delante de mí con ese coche increíble suyo, que probablemente vale más que mi casa entera. Entonces bajó la ventanilla y, así sin más, me dijo que subiera, que me iba a llevar a casa.

Aurora soltó un gritito agudo, cubriéndose la boca con las manos, totalmente alucinada.

—¡No me lo puedo creer! ¿Javier Ferrara ha hecho eso? Daniela, ¿qué hiciste en otra vida para merecer tanta suerte? ¡Sigue!

—Espera que se pone peor… o mejor, ¡yo qué sé! —dije con una risa nerviosa, sintiendo cómo mis mejillas ardían al recordar lo siguiente—. Intenté decirle que no hacía falta, ¿no? Pero él simplemente me dijo que no era una petición, ¡casi como una orden! Total, que al final entré en el coche, porque claro… era él.

—¡Por supuesto que entraste, criatura! Solo una loca rechazaría algo así —comentó Aurora emocionada, casi dando saltitos en el sofá.

—Entonces me llevó hasta casa y estuvimos hablando bastante por el camino. Él respondió algunas preguntas sobre la empresa y todo eso. Fue muy educado, hasta simpático diría yo. Cuando llegamos a la puerta, le agradecí y solté la típica frase de "si algún día puedo devolverte el favor…", ¿sabes?

Aurora asintió, ya moviendo nerviosamente las piernas.

—¿Y entonces? ¡Habla ya, Dani! ¡Me va a dar algo!

Sonreí, casi explotando de vergüenza y emoción al mismo tiempo.

—Entonces, él me miró con toda la naturalidad del mundo y dijo que sí, que había algo que quería: ¡quería salir conmigo!

Aurora lanzó un grito tan fuerte que probablemente lo oyeron todos los vecinos del barrio. Saltó del sofá, celebrando como si hubiese ganado la lotería.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía, Daniela Castro! ¡Te dije que no iba a poder resistirse a ti! ¡Era evidente que iba a querer verte de nuevo, preciosa mía! —gritaba entusiasmada, señalándome como si acabara de ganar una apuesta millonaria.

Oculté mi rostro con las manos, riéndome nerviosamente y sintiendo el corazón acelerado al recordar la mirada intensa que me había lanzado cuando me invitó.

—¡Para ya, Aurora, me vas a matar del susto! —protesté, totalmente avergonzada.

Ella volvió a sentarse, sujetando mis manos y mirándome a los ojos con un gesto serio pero claramente divertido.

—Dime que aceptaste, amiga.

—Sí, acepté… pero ¿crees que hice lo correcto? En serio, es el dueño de la empresa donde trabajo, Aurora. No sé si he hecho bien…

Ella puso los ojos en blanco de forma exagerada, haciendo énfasis en su dramatismo.

—¡Claro que has hecho bien! ¡Eso es exactamente lo que tenías que hacer! Ahora él ya dio el primer paso, Dani, no puedes dejar escapar esta oportunidad. Debes aprovechar este momento. Claramente está interesado, así que no tengas miedo en mostrar interés tú también. ¡Por el amor de Dios, mujer, disfruta!

Suspiré, dedicándole una sonrisa tímida e insegura, pero con el corazón latiendo rápido de expectativa e ilusión.

—¿Tú crees, Aurora? No quiero hacerme ilusiones…

Aurora negó con la cabeza firmemente, abrazándome con cariño.

—Daniela Castro, basta ya de dudar de ti misma. Eres increíble, él lo ha visto también, así que ahora simplemente deja que las cosas pasen. Confía en mí, confía en él y sobre todo, confía en ti misma.

Respiré profundamente, permitiendo que sus palabras invadieran mi corazón y llenaran mis pensamientos.

Aurora tenía razón.

Tenía que dejar a un lado mis inseguridades y simplemente disfrutar lo que parecía ser un sueño hecho realidad.

—Está bien, amiga. Intentaré relajarme y disfrutar. De verdad, lo intentaré.

Aurora sonrió ampliamente, orgullosa y satisfecha.

—¡Perfecto! Así es exactamente como tienes que pensar. ¿Ahora me prometes que vas a aprovechar cada segundo con él y luego contarme cada detalle escandaloso?

—¡Aurora! —grité, riendo y empujándola suavemente—. ¡Eres imposible!

Ella soltó una carcajada, cogió el mando a distancia y encendió la televisión, probablemente ya planeando poner alguna película romántica solo para seguir metiéndose conmigo.

Mientras Aurora buscaba qué ver, dejé caer mi cabeza hacia atrás en el sofá, contemplando el techo e imaginando qué podría traerme el futuro.

Javier Ferrara, el hombre que jamás pensé que volvería a ver, me había pedido una cita.

Y ahora, todo parecía posible.



CAPÍTULO 21

«Hay momentos en los que incluso los planes más perfectos pueden venirse abajo frente a lo inesperado».

JAVIER FERRARA

Si había algo que odiaba eran los viajes repentinos para resolver problemas, y generalmente despedía a quien me obligaba a hacerlo personalmente.

El vuelo a Curitiba fue tranquilo; mi jet privado garantizaba la privacidad y el silencio que necesitaba para organizar mis

pensamientos, aunque eso no reducía la irritación por haber tenido que interrumpir mi agenda.

Llegué a la ciudad temprano por la mañana, recibido por un conductor que ya esperaba junto a un coche ejecutivo preparado para llevarme directamente al edificio central de nuestra filial regional.

Mientras recorríamos las calles concurridas, mi móvil vibraba constantemente con notificaciones y correos electrónicos, lo que no hacía más que aumentar mi descontento.

Cada minuto lejos de la sede era un retraso que no toleraba fácilmente.

El vehículo aparcó frente a un imponente edificio comercial, cuya fachada acristalada reflejaba el cielo nublado de Curitiba.

Mi llegada provocó inmediatamente cierto revuelo entre los empleados, que intercambiaban miradas nerviosas mientras avanzaba por los pasillos hasta la sala de reuniones.

En cuanto entré, me saludó Gustavo Neves, director general de aquella sede, cuya expresión reflejaba una genuina preocupación.

No perdí tiempo en formalidades innecesarias:

—Quiero explicaciones claras y rápidas sobre qué ha ocurrido exactamente con la inversión de FusionTech. ¿Cómo habéis permitido que algo tan básico se escape de vuestro control hasta comprometer nuestra reputación? —pregunté con tono cortante, sentándome en la cabecera de la mesa de reuniones.

Gustavo respiró hondo antes de empezar, visiblemente incómodo:

—Señor Ferrara, lamentablemente el responsable del cierre del contrato con FusionTech, Luiz Eduardo, cometió un grave error. Firmó el contrato sin incluir la cláusula que aseguraba nuestra participación mayoritaria en la joint venture. Ahora FusionTech exige el control total de las operaciones conjuntas.

Cerré los ojos por un instante, conteniendo la rabia creciente antes de responder:

—Esto es inadmisible. ¿Cómo es posible que no detectaseis este error antes?

—Hubo una seria falta de comunicación dentro del equipo. Luiz aseguró haber revisado todo, y nadie se percató hasta que el contrato se envió para su validación final.

Miré fijamente a Luiz Eduardo, que estaba al otro extremo de la mesa con la cabeza baja y visiblemente nervioso. Tras varios segundos de silencio, me levanté con calma, pero con firmeza:

—Gustavo, quiero que resuelvas inmediatamente la renegociación con FusionTech. No aceptaremos menos que la participación mayoritaria, aunque tengamos que ofrecer algo a cambio. En cuanto a ti, Luiz Eduardo, acompáñame ahora mismo. Tenemos que hablar.

Él me siguió silenciosamente hasta el pasillo, donde me giré hacia él con una mirada fría y dura.

—Luiz, tu error ha sobrepasado lo admisible. No tolero fallos así en mi empresa. Lamentablemente tengo que despedirte. Quiero que recojas tus cosas y salgas hoy mismo.

Luiz abrió la boca, impactado, pero no consiguió articular palabra. Simplemente bajó la mirada, resignado.

—Lo entiendo, señor Ferrara. Lamento profundamente haberle fallado.

—No lo lamentes, simplemente aprende. Ahora, por favor, retírate.

Regresé rápidamente al coche, dirigiéndome al hotel donde pasaría aquella noche.

La habitación ejecutiva ofrecía todo lo necesario para trabajar cómodamente.

Sin perder tiempo, encendí el portátil y comencé a revisar el informe sobre el proyecto estratégico para nuestra expansión internacional, que requería mi aprobación urgente.

Justo cuando parecía que finalmente podría concentrarme en paz, el móvil sonó nuevamente. El nombre de Santiago Navarro apareció en la pantalla, y ya sabía que no serían buenas noticias.

—Dime, Santiago.

—Javier, lo siento, pero tendrás que quedarte más tiempo allí. Necesitamos que supervises personalmente la auditoría financiera de la filial. Acabamos de recibir información sobre ciertas irregularidades en sus informes anuales, y tú eres el único que puede resolver esto rápidamente.

Apreté los dientes, sintiendo cómo la sangre empezaba a hervir en mis venas.

—¿Cuánto tiempo va a durar esto?

—Unos días, quizá una semana.

—¡¿Una semana?! Santiago, tengo asuntos importantes en São Paulo, ¡no puedo perder tanto tiempo aquí!

—Lo sé, Javier, pero debemos asegurarnos de que esto se resuelva adecuadamente. Conoces nuestros protocolos. No podemos dejarlo para después.

Colgué el teléfono sin despedirme, intentando controlar la frustración que sentía. Mi agenda, meticulosamente planificada, estaba ahora completamente destrozada por una sucesión de errores inaceptables.

Volví a mirar la pantalla del portátil, tratando de centrarme de nuevo en los documentos, pero mi mente ya estaba dispersa.

Respiré profundamente, repitiendo mentalmente que mantener la calma era esencial para solucionar aquella situación.

Aun así, era imposible ignorar el enfado provocado por la negligencia y la falta de profesionalidad demostradas por los empleados responsables.

Cada error que me obligaba a desviarme de mi camino y alterar una agenda tan cuidadosamente estructurada, solo intensificaba aún más mi rígido control sobre todos a mi alrededor.

Comencé a escribir frenéticamente, revisando contratos e informes, mientras mi mente insistía en buscar soluciones rápidas para la auditoría financiera que tendría que supervisar personalmente.

Sin embargo, mientras trabajaba, la imagen de Daniela apareció inesperadamente en mis pensamientos, causando un breve instante de distracción y una extraña sensación de calma.

Sacudí ligeramente la cabeza, intentando apartar esa idea.

No había espacio ahora mismo para pensamientos que no estuviesen relacionados con el trabajo. Tenía que solucionar todo aquello y regresar cuanto antes a São Paulo, donde podía controlar absolutamente todo lo que ocurría.

Aun así, incluso mientras continuaba tecleando con rabia contenida, algo dentro de mí había cambiado.

El recuerdo de la expresión de sorpresa en el rostro de Daniela cuando acepté llevarla a casa consiguió hacerme sonreír discretamente.

Tal vez este viaje inesperado había llegado en el momento oportuno, después de todo. Un poco de distancia podría ayudarme a organizar mejor mis ideas, a comprender mejor todo lo que estaba sucediendo.

Pero hasta que todo quedase resuelto, el trabajo debía ser mi absoluta prioridad. Era así exactamente como me gustaba vivir, exactamente como necesitaba que fuesen las cosas.

Todo bajo control, todo exactamente como debía estar.



CAPÍTULO 22

«Cuanto más profundo es el misterio, más intenso se vuelve el deseo de desvelarlo».

DANIELA CASTRO

Incluso había llegado a confiar un poco después de que Javier me propusiera salir juntos.

¿El problema?

De aquello hacía ya una semana, y desde entonces no había visto ni la sombra de él.

Ni un mensaje, ni siquiera un simple saludo distante por los pasillos, absolutamente nada.

Era como si todo hubiese sido un simple comentario al aire, una especie de broma cruel del destino que jugaba con mi corazón, que, lamentablemente, estaba creando expectativas más rápido de lo que podía controlar.

Suspiré discretamente mientras movía sin apetito la comida en mi plato del comedor, distraída, escuchando a Júlia hablar animadamente sobre algún cotilleo que circulaba por la empresa.

Ella era una de las compañeras más divertidas y mejor informadas, siempre enterándose de todo antes incluso que los propios involucrados.

Hoy, en concreto, la historia tenía como protagonista a André, del departamento financiero, que aparentemente se había metido en un lío amoroso con dos compañeras a la vez.

—¡Te lo juro, Dani! Tenías que haber visto la cara que se le quedó cuando las dos aparecieron juntas en la misma cafetería, ¡a la misma hora! Pobrecito, ¡casi le da un infarto! —contaba Júlia entre risas, gesticulando con entusiasmo.

—¡Madre mía! Qué desastre anunciado... —comenté sonriendo, aunque aún atrapada en mis propios pensamientos sobre Javier, incapaz de concentrarme por completo en la historia que Júlia relataba.

—¿Verdad? Yo jamás me meto en esas situaciones, mi lema es un ligue a la vez, ¡y gracias! —bromeó Júlia, arrancándome una risa más sincera.

—¡Haces muy bien! Menos riesgo y más tiempo libre para ver mis series —añadí, intentando entrar en el ambiente distendido de la conversación.

Aun así, incluso con Júlia a mi lado haciendo bromas y contando historias divertidas, no podía sacar a Javier de mi mente.

¿Qué podría haber ocurrido para que desapareciera así, sin más? ¿Se habría arrepentido de haberme invitado a salir, o simplemente lo habría olvidado?

Negué ligeramente con la cabeza, intentando alejar esos pensamientos tan insistentes como irritantes.

Tenía un trabajo nuevo al que prestar atención, responsabilidades que cumplir. No podía perder el tiempo pensando en lo que había sucedido o dejado de suceder con Javier Ferrara.

Tras el almuerzo, regresé a mi mesa y volví a sumergirme en el trabajo.

Por suerte, ya me sentía más segura con las tareas asignadas, los informes y las reuniones del departamento.

Todo parecía por fin fluir con más naturalidad. Podía notar que estaba evolucionando, aprendiendo cosas nuevas cada día, y eso hacía que me sintiera orgullosa y útil, algo que hacía mucho tiempo no experimentaba.

Más tarde, me llamaron para asistir a una reunión importante en la planta quince. Salí satisfecha tras presentar mi primer informe formal, sintiéndome confiada y preparada.

Sin embargo, justo cuando abandonaba la sala, algo inesperado me hizo quedarme congelada en medio del pasillo.

Era Javier, allí mismo, de pie, de espaldas, hablando con otros dos ejecutivos.

Mi corazón se aceleró al instante.

Estaba impecable como siempre: el traje perfectamente ajustado realzaba sus anchos hombros y su elegante postura, el cabello oscuro

cuidadosamente arreglado, y su sola presencia resultaba imposible de ignorar.

Me quedé allí parada, mirándolo fijamente, hasta que Júlia, a mi lado, se dio cuenta de mi expresión embobada.

—Es difícil no fijarse en un hombre así, ¿verdad? —susurró con una sonrisa cómplice.

Sentí inmediatamente cómo me ardía la cara y la miré sorprendida, algo desconcertada.

—Ay, no… es solo que llama la atención, nada más… —expliqué rápidamente, intentando disimular, aunque mi voz sonó más nerviosa de lo que pretendía.

Júlia sonrió divertida y cruzó los brazos, mirando otra vez a Javier, todavía lo suficientemente lejos como para no escucharnos.

—¿Sabías que hace unos años estuvo comprometido? —me reveló, bajando aún más la voz con aire misterioso—. Dicen que iba a casarse con una socialité muy famosa, pero descubrió que ella solo iba detrás de su dinero. Fue un escándalo bastante sonado en su momento, parece que desde entonces se volvió así, frío y desconfiado.

Miré a Júlia sorprendida, sintiendo una extraña punzada en el pecho al imaginar a Javier pasando por algo semejante.

Aquella revelación me había pillado desprevenida; ni siquiera podía imaginar cómo debió afectar aquello a su vida personal.

—¿En serio? Nunca había escuchado nada sobre eso… —respondí, tratando de disimular mi impacto, aunque sin poder evitar cierto tono de preocupación.

—Pues sí. Por eso se convirtió en un adicto al trabajo tan obsesivo. Se dice que desde entonces no consigue confiar realmente en nadie —concluyó Júlia encogiéndose de hombros—. Debe ser difícil, la verdad. Rico, guapo, con éxito… seguro que atrae a mucha gente interesada.

Asentí lentamente, procesando cada palabra, mientras Javier finalmente se alejaba, entrando en otra oficina sin siquiera percatarse de que yo estaba allí.

Al regresar a mi puesto, me senté ante el ordenador e intenté concentrarme nuevamente en las tareas del día, pero mi mente seguía demasiado agitada con todo lo que Júlia me había contado.

Esa nueva información hacía que viera a Javier bajo una luz completamente diferente. Quizá su comportamiento distante tuviera una explicación lógica; tal vez era solo un mecanismo de defensa que había desarrollado para protegerse después de sufrir una decepción tan grande.

Aun así, me preguntaba si realmente había espacio para mí en la vida de alguien como él, con tantas barreras levantadas a su alrededor.

¿Estaría yo dispuesta a intentar atravesarlas? Y aún más importante: ¿estaría él dispuesto a permitirme entrar?

Suspiré, negando levemente con la cabeza, y empecé a teclear rápidamente, tratando de regresar al trabajo y dejando esas cuestiones personales para más tarde.

Pero, en el fondo, sabía que no sería tan sencillo.

Javier Ferrara ya había ocupado más espacio en mi mente del que estaba dispuesta a admitir.

Y, por lo visto, no saldría de allí tan fácilmente.



CAPÍTULO 23

«Los mensajes más esperados llegan precisamente cuando el corazón ya casi ha dejado de esperar».

DANIELA CASTRO

—Pareces preocupada, amiga. ¿Te ha pasado algo?

Recordé inmediatamente lo que Júlia me había contado sobre Javier, y respiré hondo, con la mirada fija en la televisión pausada en nuestra serie semanal.

Aurora me conocía tan bien que detectaba mis cambios de humor con una rapidez impresionante.

—Es que hoy escuché algunas cosas sobre Javier en el trabajo —empecé, con la mirada aún perdida, sin saber exactamente cómo expresar el torbellino en el que se había convertido mi mente desde que escuché aquellas historias.

—Estás de broma, ¿verdad? ¡Cuéntamelo todo ahora mismo!

Suspiré otra vez, intentando ordenar mis pensamientos antes de comenzar.

—Bueno, al parecer hace algunos años estuvo prometido con una socialité muy conocida, y descubrió que ella solo estaba interesada en su dinero. Fue un escándalo enorme en su momento, ¿sabes? Y por lo que Júlia me dijo, eso fue lo que lo convirtió en esta persona fría y desconfiada que es hoy.

Aurora me miró fijamente durante varios segundos en silencio, con la boca ligeramente abierta por la sorpresa, hasta que finalmente reaccionó.

—¡Madre mía, Dani! ¿Lo dices en serio? ¿Cómo que estuvo prometido? ¡No tenía ni idea!

Asentí lentamente, sintiéndome aún más insegura que antes.

—Pues sí, yo tampoco lo sabía. Me quedé tan intrigada que terminé investigando un poco más en internet después, y parece que fue una situación realmente complicada. Por lo visto, su familia nunca aprobó la relación, pero él estaba tan enamorado que ignoró todas las señales. Y cuando descubrió la verdad, rompió el compromiso y se aisló por completo. Dicen que desde entonces nunca volvió a tener relaciones serias.

Aurora negó lentamente con la cabeza, aún impactada por aquella información.

—Qué fuerte, Dani. Ahora muchas cosas tienen sentido… su carácter reservado, la distancia emocional, esa obsesión con el trabajo. Seguro que todo eso fue una defensa, una manera de evitar volver a sufrir.

—¡Exacto! —coincidí—. Por eso estoy aún más preocupada por su desaparición desde que quedamos en salir juntos. ¿Y si simplemente se arrepintió? ¿Y si tiene miedo de involucrarse?

Aurora entrecerró los ojos, pensativa, apoyando la barbilla sobre sus manos.

—Podría ser, amiga, pero él parece tan seguro y decidido en todo. Quizá solo necesita algo de tiempo. O quizás te esté poniendo a prueba, esperando ver si vas detrás de él o algo así. ¿Lo has pensado?

Reí por lo bajo, encontrando divertida aquella posibilidad.

—No creo que hiciera algo así… ¿o sí? Ay, Aurora, ¡ya no sé qué pensar!

Ella sonrió cariñosamente, apretando mi mano en señal de apoyo.

—Dani, tranquila. Lo importante es que ahora entiendes un poco mejor por qué es como es. Tal vez solo necesites tener paciencia con él. Pero por lo que más quieras, no te montes películas en la cabeza, ¿vale?

Solté una carcajada divertida y asentí con la cabeza.

—Lo intentaré, te lo prometo.

Tras aquello, pasamos las siguientes horas viendo la serie, intentando distraer nuestras mentes con la trama envolvente.

Pero mis pensamientos volvían una y otra vez a Javier, y de vez en cuando me sorprendía creando teorías absurdas sobre lo que podría estar haciendo él en aquel mismo instante.

Cuando finalmente llegué a casa, ya era tarde.

Me di una larga ducha, dejando que el agua caliente relajase un poco la tensión acumulada en mis hombros después de la conversación con Aurora. Vestida con mi cómodo pijama, me senté en la cama, dispuesta a dormir, cuando el móvil vibró a mi lado.

Lo tomé automáticamente, sin esperar nada especial, hasta que vi un mensaje de un número desconocido.

El corazón se me aceleró de inmediato y me incorporé rápidamente en la cama, nerviosa y curiosa al mismo tiempo.

Abrí el mensaje con dedos temblorosos y sentí que me faltaba el aire durante un instante al leer las palabras sencillas pero decididas que aparecieron en la pantalla:

"Daniela, salimos el viernes a las ocho."

Noté cómo el calor subía a mi rostro, mientras una sonrisa tonta se dibujaba lentamente en mis labios.

El corazón parecía querer salirse del pecho de lo acelerado que iba, y comprendí en ese momento lo mucho que había deseado recibir

aquel mensaje.

No se había olvidado. Y más importante aún: quería verme de nuevo.

Mi sonrisa se amplió aún más, recostándome contra las almohadas y abrazando el móvil contra mi pecho, sintiéndome ridículamente feliz.

Javier Ferrara podía ser complicado, misterioso y tener mil barreras emocionales levantadas, pero en ese instante lo único que importaba era que se había acordado de mí.

Y quizás eso significaba que yo ya había conseguido conquistar un espacio mucho mayor en su vida de lo que jamás había imaginado.



CAPÍTULO 24

«La confianza es un juego peligroso en el que gana quien descubre primero las verdaderas intenciones del otro».

JAVIER FERRARA

Necesitaba un poco más de emoción en mi vida, y Daniela sería la víctima perfecta para eso.

Ya había pasado por una situación en la que fui engañado, y me prometí a mí mismo que no volvería a suceder jamás, sin importar lo que tuviera que hacer para evitarlo.

El juego que Daniela parecía querer jugar conmigo acababa de empezar, pero esta vez estaba decidido a mantener el control desde el primer momento.

Mi salón permanecía en silencio, apenas iluminado por la luz tenue de las lámparas. En la pantalla del ordenador, números, gráficos e informes ocupaban todo el espacio, reflejo de ese trabajo constante que tanto me empeñaba en mantener.

Sin embargo, durante un breve instante, mi mente se desvió, invadida por la imagen de aquella mujer intrigante, con su sonrisa fácil y esa mirada aparentemente sincera.

¿Qué buscaba Daniela realmente trabajando en mi empresa? ¿Dinero, estatus, o quizás información privilegiada que pudiera usar contra mí?

Había algo de lo que estaba completamente seguro: su presencia allí no era casualidad. Y yo descubriría exactamente cuáles eran sus verdaderas intenciones, aunque para ello tuviera que fingir un interés mayor en ella.

Al fin y al cabo, dos podían jugar a ese juego, y yo estaba decidido a ser el mejor jugador.

Finalicé rápidamente los últimos documentos, enviándolos al departamento correspondiente, y justo después apagué el ordenador.

Me levanté, observando por un momento la vista nocturna de São Paulo a través del ventanal de mi despacho en casa antes de dirigirme hacia el dormitorio. Mañana sería un día importante, y tenía que estar preparado.

Nada más tumbarme en la cama, sentí cómo el cansancio acumulado me invadía rápidamente. Cerré los ojos, con el plan perfectamente trazado en mi mente.

Me dormí satisfecho, seguro de mi propia estrategia.



Al día siguiente, me desperté temprano y me dirigí directamente al trabajo.

Mi chófer ya estaba esperando, y durante todo el trayecto repasé mentalmente mi agenda llena de reuniones importantes y decisiones estratégicas que debía tomar aquel día.

Pero, en el fondo, persistía ese incómodo pensamiento sobre Daniela. Se había convertido casi en una obsesión.

Al llegar a la empresa, encontré mi rutina habitual: empleados concentrados, secretarias organizando mi agenda, reuniones ya programadas.

Estaba revisando algunos documentos importantes cuando Santiago entró en mi despacho con una expresión seria, señal inequívoca de que traía un asunto relevante.

— Buenos días, Javier. Tenemos que concretar algunos detalles para la reunión de esta tarde con los inversores de Nexus Capital.

Asentí rápidamente, indicándole que tomara asiento mientras cerraba la pantalla del portátil para darle toda mi atención.

— Vamos al grano. ¿Algún problema?

Negó con la cabeza y abrió una carpeta con documentos, colocándolos sobre mi mesa.

— No exactamente un problema, pero hay ciertos puntos que debemos pulir antes de presentar nuestra propuesta definitiva. Ellos están exigiendo más garantías de las previstas y es posible que tengamos que flexibilizar algunos aspectos.

Observé los documentos frunciendo ligeramente el ceño.

No me gustaba flexibilizar nada, especialmente si implicaba el control sobre mi empresa.

— Está bien, ajustaremos lo imprescindible. No quiero darles la impresión de debilidad. Aquí las reglas las ponemos nosotros.

Santiago asintió, evidentemente esperando esa respuesta por mi parte.

— Me ocuparé personalmente ahora mismo. Solo necesito confirmar que estás al tanto de que la reunión será a las tres en punto.

— Lo sé. No te preocupes por eso.

Cerró la carpeta, aparentemente satisfecho con mi respuesta, pero no se levantó de inmediato.

Se quedó allí, observándome con curiosidad hasta que finalmente se atrevió a preguntar lo que realmente tenía en mente.

— ¿Y sobre Daniela? ¿Has hecho algo al respecto o sigues solo observando desde lejos?

Sonreí ligeramente, percibiendo la genuina preocupación de mi amigo.

— De momento no he hecho nada. Pero ya hemos quedado en salir. Quiero ver hasta dónde pretende llegar.

Frunció el ceño, visiblemente insatisfecho.

— Javier, ya hablamos de esto. ¿Estás absolutamente seguro de que es una buena idea? Salir con ella, involucrarte directamente así…

Lo miré fijamente, serio, dejándole claro que no daría marcha atrás en mi decisión.

— Ya he tomado una decisión. Nada de lo que digas la cambiará. Necesito descubrir quién es realmente y qué busca aquí.

Respiró hondo, resignado, moviendo la cabeza lentamente en señal de derrota.

— Está bien, Javier. Solo ten cuidado de no acabar atrapado en tu propio juego.

Lo vi marcharse en silencio, sus palabras aún resonando en mi mente.

Sabía perfectamente lo que estaba haciendo, y no volvería a cometer el mismo error del pasado.

Aun así, notaba una creciente incomodidad, una señal de advertencia de que quizá aquella decisión no fuera tan sencilla como pretendía creer.

Una vez más solo en mi despacho, me recosté en la silla, girándome lentamente hacia el amplio ventanal que mostraba el paisaje ajetreado de São Paulo.

La imagen de Daniela volvió a aparecer, involuntariamente, con más fuerza que antes.

Esta noche sería nuestro encuentro, y debía planificar exactamente cómo conseguiría sacarle la información que necesitaba.

Sería simpático, probablemente incluso demasiado amable, dándole suficiente espacio para que ella se sintiera cómoda y bajara la guardia.

Cuanto más relajada lograra que estuviera, mayores serían mis posibilidades de descubrir lo que ocultaba.

Conocía muy bien cómo funcionaba aquel juego; ya había sido víctima antes, pero ahora me tocaba a mí repartir las cartas.

Daniela Castro podía ser hermosa, cautivadora, aparentemente sincera, pero esta vez no cometería el error de dejarme arrastrar por ninguna ilusión. Mi corazón estaba blindado, protegido tras capas de frialdad y racionalidad.

No habría grietas esta vez.

Sonreí discretamente, sintiendo la adrenalina recorrer mi cuerpo al anticipar aquella noche.

El juego estaba a punto de comenzar de verdad, y ya casi podía saborear la dulce victoria acercándose.

— Ya veremos quién gana esta partida, Daniela — susurré para mí mismo, volviendo a girarme hacia la mesa y centrándome nuevamente en mi trabajo.

Hoy daría el primer paso real hacia la verdad.

Y estaba dispuesto a pagar cualquier precio con tal de descubrir quién era realmente Daniela Castro.



CAPÍTULO 25

«Los mejores encuentros son aquellos que suceden sin guion, dejando espacio para que lo inesperado tome el control».

DANIELA CASTRO

Ni siquiera sabía qué ponerme para una cita así.

Javier Ferrara no era exactamente el tipo de hombre con el que salía todos los días y, siendo sincera, las citas en general no eran mi fuerte.

Había probado prácticamente toda la ropa de mi armario, que ahora parecía un campo de batalla con vestidos, faldas y blusas esparcidas por cada rincón del dormitorio.

Me miré al espejo por décima vez, girando lentamente para valorar mi última elección.

Finalmente me había decidido por un vestido midi ligero, de color burdeos, que resaltaba mi piel morena. Era sencillo, elegante, y ceñía suavemente mi cintura, destacando mis curvas sin exagerar demasiado.

Escogí un tacón bajo, discreto, para evitar parecer torpe en mi primera cita. Llevaba el pelo suelto, en suaves ondas, y un maquillaje delicado, apenas suficiente para realzar mi rostro, ya de por sí bastante nervioso.

Respiré hondo, tratando de calmar el corazón acelerado. Pasara lo que pasara, al menos estaba presentable.

Salí del dormitorio y encontré a mi madre y a mi hermana en el salón.

Ambas estaban sentadas en el sofá viendo algo en la televisión, pero inmediatamente desviaron la atención hacia mí, con miradas

curiosas y llenas de emoción.

—¡Vaya, Dani! ¡Estás guapísima! —exclamó Nina, levantándose rápidamente del sofá y viniendo hacia mí con los ojos muy abiertos por la admiración.

Incluso con solo ocho años, tenía ese talento particular para hacerme reír, incluso en momentos tensos como aquel.

—Sí que lo estás, cariño —añadió mi madre, con una sonrisa orgullosa y afectuosa, mirándome de arriba abajo—. Ese vestido te queda perfecto.

—Gracias —respondí con una sonrisa tímida, notando cómo mis mejillas se encendían ligeramente.

—Y entonces, ¿cómo se llama el príncipe azul? —preguntó Nina con una sonrisa traviesa, levantando una ceja de forma cómica, lo que me hizo reír divertida.

—No empieces, Nina. Es solo una cita, nada más —dije, tratando de disimular mis evidentes nervios.

—Ah, solo una cita… —repitió mi hermana pequeña, cruzando los brazos con una sonrisa pícara—. Ya sé cómo va eso. Lo he visto en

las películas: empiezan diciendo que solo es una cita y cuando te das cuenta, ¡ya están casados!

Me reí a carcajadas, negando con la cabeza, mientras mi madre también sonreía, disfrutando del momento.

—Estás viendo demasiadas comedias románticas, jovencita. ¡Te están afectando la cabeza! —bromeé, revolviéndole suavemente el pelo a Nina, que soltó una risita.

—Bueno, al menos prométenos que nos contarás todo después, ¿vale? —pidió mi madre con una mirada cariñosa y curiosa.

—Lo prometo. Pero después, que contarlo antes da mala suerte, ya lo sabéis —respondí en tono divertido, arrancándoles risas a ambas.

En ese preciso instante sentí cómo vibraba mi móvil. Al mirar la pantalla, vi un mensaje de Javier que decía simplemente:

«Estoy aquí fuera, esperándote.»

El corazón me dio un vuelco inmediato, y mi respiración se aceleró. Había llegado el momento.

—Vale, pues ha llegado la hora de la verdad —anuncié, respirando profundamente e intentando controlar la ansiedad creciente.

—¡Triunfa, hermana! —exclamó Nina entusiasmada, abrazándome con fuerza antes de que pudiera salir por la puerta.

—Sé tú misma, cariño. Todo saldrá bien —me dijo mi madre con ternura, acariciando suavemente mi rostro.

Les sonreí sintiéndome segura gracias al apoyo de las dos mujeres más importantes de mi vida, y caminé hacia la puerta.

Ahora solo quedaba enfrentarme al irresistible misterio que representaba Javier Ferrara. Y confiar en que la noche fuera inolvidable, en el mejor de los sentidos.

Salí de casa tomando aire profundamente, intentando dominar el nerviosismo que amenazaba con desbordarme.

En cuanto puse un pie en la acera, mis ojos se encontraron con Javier, apoyado junto a un coche increíblemente elegante, con las manos en los bolsillos del pantalón de vestir y una leve sonrisa en los labios.

Verle allí parado, esperándome, hizo que mi corazón latiera aún más rápido.

—Buenas noches, Daniela —saludó, acercándose a mí.

—Buenas noches, Javier —contesté tímidamente, sintiendo cómo mis mejillas volvían a arder al detenerse frente a mí.

Se aproximó aún más, inclinándose para darme un suave y educado beso en la mejilla, haciendo que todo mi cuerpo se estremeciera.

El aroma suave de su perfume amaderado me envolvió en seguida, incrementando aún más mi ansiedad.

—Estás preciosa —comentó, con su intensa mirada recorriéndome brevemente, evaluándome con clara admiración.

—Gracias —murmuré incómoda, casi tartamudeando—. Tú también.

Sonrió ligeramente, como si le complaciera verme tan nerviosa, y luego se apartó, abriéndome educadamente la puerta del coche.

—Adelante.

Entré al vehículo sintiéndome como una princesa, aunque bastante torpe.

Cerró la puerta con cuidado y enseguida tomó asiento al volante. Al poner en marcha el coche, me miró de reojo y preguntó:

—¿Preparada?

—Depende… ¿a dónde vamos? —pregunté, intentando parecer confiada, aunque mi voz delataba claramente curiosidad y nervios.

—Es una sorpresa —respondió él, aumentando aún más mi expectación.

Sonreí automáticamente, preguntándome qué estaría planeando Javier Ferrara.

Durante todo el trayecto, mantuvo la conversación ligera, hablando sobre la empresa, sobre los lugares que le gustaba visitar e incluso haciendo pequeñas bromas que lograban sacarme risas sinceras.

Cuanto más tiempo pasaba a su lado, más cómoda me sentía, y mi corazón se iba llenando poco a poco de ilusiones.

Pocos minutos después, llegamos al destino.

El coche se detuvo frente al «Le Jardin», uno de los restaurantes más famosos y sofisticados de São Paulo, conocido por su arquitectura clásica y un jardín interior que parecía sacado de una película romántica.

—Javier, no me lo creo… —susurré fascinada al reconocer el lugar, abriendo mucho los ojos por la sorpresa y admiración.

—¿Te gusta? —preguntó, claramente satisfecho con mi reacción.

—¡Es Le Jardin! Siempre he querido conocer este sitio. Ni siquiera sé qué decir.

—No tienes que decir nada. Simplemente disfruta de la noche —dijo él con tranquilidad, abriéndome nuevamente la puerta, y enseguida entramos juntos al restaurante.

Al cruzar la puerta, quedé maravillada.

El ambiente era incluso más hermoso de lo que había imaginado: elegantes lámparas colgaban del techo alto, mesas refinadas distribuidas por el amplio salón, y al fondo, un exuberante jardín decorado con pequeñas luces que parecían estrellas.

Todo parecía sacado de un sueño.

Nos sentamos en una mesa apartada, que nos proporcionaba la privacidad adecuada. El camarero nos entregó la carta, pero apenas pude apartar mis ojos de Javier para mirarla.

Su presencia era una distracción irresistible.

—¿Aceptas sugerencias? —preguntó, dándose cuenta de mi indecisión.

—¡Sí, por favor! —respondí sonriendo aliviada.

Javier hizo los pedidos con rapidez y seguridad, mientras yo seguía discretamente cada uno de sus movimientos, elegantes y precisos.

Cuando volvimos a quedarnos solos, cruzó los brazos sobre la mesa, inclinándose ligeramente hacia mí con esa mirada intensa que parecía atravesarme hasta el alma.

—Háblame de ti, Daniela. Quiero saberlo todo.

Sonreí, sorprendida, esperando que me hiciese preguntas básicas, superficiales.

Pero no, Javier parecía realmente interesado en mí.

—¿Qué te gustaría saber exactamente?

—Todo. Lo que te gusta, lo que odias, tus sueños, cómo fue tu infancia. Quiero conocerte de verdad.

Sentí cómo se me encendían las mejillas, completamente desconcertada por su atención tan sincera.

—Bueno, para empezar, soy muy familiar. Adoro estar con mi madre y mi hermana pequeña, Nina. Mi padre falleció hace algunos años, así que somos muy unidas. Mi hermana es la criatura más divertida del mundo, supongo que eso lo heredó de mí —bromeé, haciéndole sonreír ligeramente—. Siempre me ha gustado la naturaleza, estar al aire libre, ver películas, series… esas cosas sencillas, ¿sabes?

—Entiendo. Es agradable encontrar a alguien que disfruta de las cosas simples de la vida —comentó con sinceridad, aún con su mirada fija en mí.

Durante toda la cena, la conversación fluyó con naturalidad.

Él continuaba preguntándome cosas sobre mí, desde mis gustos personales hasta mis opiniones sobre temas variados. Parecía realmente interesado, y eso solo incrementaba mi ilusión.

En todo momento, notaba cómo sus ojos permanecían clavados en los míos, haciendo que mi corazón latiera con más fuerza con cada mirada compartida.

Era una sensación tan intensa y a la vez tan maravillosa, que me dejaba completamente perdida en mis propias emociones.

Javier Ferrara no era solo un hombre atractivo y exitoso; era intrigante, misterioso, inteligente y capaz de captar mi atención de una forma que nadie había conseguido antes.

Mis expectativas crecían con cada palabra intercambiada, con cada pequeña sonrisa suya, con cada detalle que compartía conmigo sobre su vida personal y profesional.

Cuanto más conocía a Javier, más deseaba seguir conociéndole.

Mientras esperábamos el postre, me di cuenta de que él continuaba mirándome con esa expresión seria pero cautivadora.

—¿Qué pasa? —pregunté tímidamente, sintiendo mis mejillas enrojecer de nuevo.

—Nada. Solo te estoy admirando —respondió con total naturalidad, como si aquello fuese lo más normal del mundo.

El corazón me dio un vuelco en el pecho y desvié rápidamente la mirada, sonriendo con timidez.

—Javier, así consigues que me sienta totalmente avergonzada.

—Me alegra saber que tengo ese efecto en ti —dijo él, con una sonrisa sutil y traviesa que hizo que mi respiración se cortara durante un breve instante.

El postre llegó y aproveché ese momento para recuperar un poco el aliento. Pero, en el fondo, sabía que ya estaba perdida.

Javier Ferrara había conquistado un lugar enorme dentro de mí, y mis expectativas estaban por las nubes.

La noche apenas comenzaba, y yo estaba decidida a disfrutar cada segundo al lado de aquel hombre irresistible que, por algún motivo inexplicable, parecía tan interesado en mí.



CAPÍTULO 26

«Todo juego de seducción empieza con certezas, pero termina con dudas difíciles de resolver».

JAVIER FERRARA

Interesante.

Si tuviera que resumir a Daniela en una sola palabra, sería esa.

Por mucho que yo estuviese allí observando cada detalle, analizando cada gesto, tratando de descubrir los fallos que pudieran

revelar sus verdaderas intenciones, no podía negar que era increíblemente encantadora.

Todo en ella parecía naturalmente sencillo, auténtico. Pero yo conocía muy bien el peligro que eso representaba.

Una actriz tan buena podría ser letal.

Mientras conversábamos, mis ojos recorrieron discretamente su rostro, admirando su expresión vivaz y el brillo sincero que escapaba de aquellos ojos oscuros.

Daniela parecía realmente cómoda conmigo, como si aquella fuese una cita auténtica entre dos personas que simplemente deseaban conocerse mejor.

Quizá eso era lo que más me intrigaba: *¿cómo podía alguien ser tan convincente hasta el punto de hacerme dudar de mis propias sospechas?*

La observé sonreír al responder a una de mis preguntas, y por un breve instante olvidé mis reservas.

La forma espontánea y divertida con que hablaba de su familia, especialmente de su hermana pequeña, parecía totalmente auténtica.

Pero yo ya había caído en esa trampa una vez y no cometería el mismo error dos veces.

Decidí en ese preciso momento que, al amanecer, mandaría investigar más a fondo a Daniela.

Necesitaba confirmar absolutamente cada palabra pronunciada en aquella mesa, comprobar si lo que compartía conmigo eran hechos reales o simples invenciones de una mente astuta.

—¿Javier? —me llamó suavemente Daniela, desviando mis pensamientos. Tenía una pequeña sonrisa en los labios, curiosa por mi repentina distracción.

—¿Sí? —respondí, recuperando rápidamente el control.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro, adelante.

Ella dudó por un instante, mordiendo suavemente su labio inferior.

Aquel gesto delicado, casi inocente, encendió algo dentro de mí que rápidamente me esforcé en controlar.

—¿Por qué me invitaste a salir? Quiero decir… no me pareces el tipo de persona que haría algo así sin un motivo.

Sonreí lentamente, escogiendo cuidadosamente mis siguientes palabras. No podía revelar la verdadera razón de todo aquello, no todavía.

—La verdad es que nuestra primera noche juntos fue muy buena —expliqué con una sinceridad parcial, evitando cualquier detalle que pudiera comprometerme—. Pensé que sería interesante repetirlo.

Daniela abrió los ojos, claramente sorprendida por mi respuesta tan directa. Un leve rubor apareció en sus mejillas, haciéndola todavía más atractiva.

—Vaya, yo… realmente no esperaba algo así de ti. Después de aquella noche, imaginé que no nos volveríamos a ver.

Sonreí discretamente, arqueando ligeramente una ceja con una ironía controlada.

—Me gusta sorprender, Daniela. No siempre soy tan previsible como aparento.

Ella rio, negando suavemente con la cabeza.

—Eso ya lo he notado.

Nuestra conversación siguió fluyendo con una facilidad sorprendente, y Daniela revelaba cada vez más detalles sobre su vida y su personalidad. Yo también compartí algunas cosas, aunque mantuve limitada mi propia historia.

El foco debía mantenerse sobre ella. Cuanto más supiera sobre Daniela, más sencillo sería detectar cualquier inconsistencia en sus relatos en el futuro.

Al final de la noche, noté que ya era tarde.

A pesar de mis desconfianzas, admití para mí mismo que había disfrutado de su compañía más de lo que había imaginado posible.

—Voy a llevarte a casa —dije, decidido, levantándome educadamente y ofreciéndole la mano para ayudarla a ponerse en pie.

—Gracias. Ha sido una noche maravillosa —comentó ella mientras se levantaba, con una sonrisa abierta y sincera.

Salimos del restaurante en silencio, y durante el trayecto de vuelta observé cómo Daniela miraba la ciudad con un encanto casi infantil.

Realmente tenía una capacidad única para disfrutar de pequeñas cosas, algo que me parecía fascinante, pero potencialmente peligroso.

Cuando aparqué frente a su casa, apagué el motor y me giré hacia ella. Bajo la luz tenue de las farolas, Daniela parecía aún más bonita, casi irresistible.

Sentí un deseo abrumador de inclinarme y besarla allí mismo, llevármela a mi casa y olvidar todas mis precauciones.

Pero yo era Javier Ferrara. Nunca más actuaría por impulso.

—Gracias de nuevo por esta noche. Ha sido realmente especial —dijo en voz baja, con un brillo genuino en los ojos.

—No tienes que agradecer nada. Volveremos a salir juntos, de eso puedes estar segura —aseguré con convicción.

Daniela abrió una amplia sonrisa, visiblemente sorprendida y satisfecha por mi promesa.

—Te tomaré la palabra.

—Puedes hacerlo —afirmé con una ligera sonrisa ladeada.

Ella abrió lentamente la puerta del coche, lanzándome una última mirada dulce antes de salir finalmente.

—Buenas noches, Javier.

—Buenas noches, Daniela.

Me quedé allí, inmóvil, observándola entrar en casa. Solo cuando la luz del salón se encendió, volví a la realidad.

Antes de arrancar de nuevo, respiré profundamente, repasando cada detalle de aquella noche.

Por mucho que todas las evidencias indicasen que Daniela podía ser una estafadora peligrosa, no conseguía evitar admirarla, desearla.

La forma en que sonreía, cómo gesticulaba con tanta naturalidad, su risa contagiosa… todo ello la hacía increíblemente deseable.

Pero necesitaba control, cautela.

Mi prioridad absoluta era descubrir las verdaderas intenciones de Daniela Castro antes de que fuera demasiado tarde. Y para eso no podía dejarme llevar por una simple atracción física, por intensa que fuese.

Arranqué el coche, conduciendo por las calles vacías de madrugada. Aun así, no logré apartar del todo su imagen de mi mente.

Daniela podía ser peligrosa, podía estar tratando de manipularme. Pero en aquel instante, reconocí para mis adentros que también yo podía estar en serios apuros, especialmente si mis sentimientos decidían involucrarse en aquella compleja ecuación.

Necesitaba estar atento.

Después de todo, en aquel peligroso juego entre los dos, cualquier paso en falso podría costarme más que el orgullo.

Podía costarme el corazón, y aquella era una apuesta que no estaba dispuesto a perder de nuevo.



CAPÍTULO 27

«A veces, lo inesperado llega como una tormenta silenciosa, cambiándolo todo antes incluso de que nos demos cuenta».

DANIELA CASTRO

¡Dios mío!

Mis expectativas habían sido superadas por completo.

Nada más llegar a casa, cerré la puerta detrás de mí y solté un profundo suspiro.

Era increíble lo bien que había salido aquella noche.

Yo, Daniela Castro, una simple empleada, había salido con Javier Ferrara, el hombre más misterioso y poderoso que había conocido jamás. Y más que eso: había sido amable, atento, y por primera vez en mucho tiempo, sentí que quizás no era tan invisible.

Quizá sí había un lugar para mí en su vida.

Javier me había hecho sentir valorada, escuchada y, sobre todo, respetada.

Durante la cena parecía que cada palabra mía era importante para él, cada sonrisa mía le cautivaba, y aquello había sido mágico de una forma que jamás había experimentado antes.

Me quité los zapatos y me senté en la cama con una sonrisa tonta mientras cogía el móvil.

Nada más desbloquear la pantalla, vi decenas de mensajes de Aurora, cada uno más desesperado y divertido que el anterior:

«Amiga, ¿estás muerta? ¿Te han secuestrado los extraterrestres?

¡Por favor, da señales de vida!»

«Daniela Castro, si no me cuentas ahora mismo todo lo que ha pasado, ¡voy a irrumpir en tu casa!»

«¡Por favor, dime que estás embarazada de él! ¡Eso sería el momento cumbre de mi carrera como tu amiga cotilla!»

Me reí sola, negando con la cabeza, y enseguida marqué su número. Aurora contestó antes incluso de que terminara el primer tono.

—¡Por fin! ¡Pensaba que tendría que llamar al FBI para encontrarte! —bromeó con su voz animada de siempre.

—¡Eres muy dramática, Aurora! ¡No me has dado tiempo ni a respirar, mujer! —respondí, riendo.

—¡Déjate de rodeos y suéltalo todo ya mismo! Quiero detalles, incluyendo los que crees que no quiero oír. ¡Sobre todo esos! —disparó emocionada.

—¡Está bien, calma! —Respiré hondo, volviendo a sonreír al recordar cada instante de aquella noche—. Fue perfecto, de verdad. Me

llevó a «Le Jardin», ¿te lo puedes creer? ¡Siempre había soñado con ir allí, amiga!

Aurora soltó un gritito entusiasmado al otro lado de la línea.

—¡Daniela, te vas a casar con ese hombre! ¡Lo estoy viendo! ¡Eso es prácticamente una propuesta oficial!

—¡Por Dios, Aurora, contrólate un poco! —solté una carcajada—. Pero en serio, fue mejor de lo que había imaginado. Hablamos mucho, me preguntó sobre mí, sobre mi familia, sobre mis gustos. Parecía realmente interesado en saberlo todo.

—¡Ay, que me va a dar algo! —exclamó ella, riendo conmigo—. ¿Y hubo beso de película? ¿Declaración romántica?

—¡No exageres! —respondí riendo, notando cómo mis mejillas se calentaban un poco—. No hubo beso, pero sí hubo muchas miradas, ¿sabes? De esas que dicen más que mil palabras…

—¡Dios mío, eso es todavía mejor de lo que imaginaba! —Aurora prácticamente gritó por teléfono—. ¿Pero estás bien? Quiero decir, pareces feliz, pero no nerviosa. Eso es raro viniendo de ti.

Sonreí y suspiré otra vez.

—Raro, ¿verdad? Pero fue exactamente así como me sentí hoy. Antes estaba muy nerviosa, pero al llegar allí todo fue tan natural… como si tuviese que ser así.

—Eso es una señal excelente, amiga. ¡Estoy orgullosa de ti! Ahora solo falta poner fecha a la boda y encargar a los sobrinitos para que su tía Aurora los mime.

—¡Dios mío, eres imposible! —me reí una vez más, sintiéndome ligera y extremadamente feliz por aquella charla y su apoyo.

Hablamos unos minutos más mientras Aurora seguía inventando teorías absurdas sobre mi futuro con Javier, divirtiéndome y haciéndome imaginar cómo serían los próximos encuentros con él.

Cuando por fin colgué, me sentía completamente feliz y relajada, lista para dormir y soñar con aquella noche perfecta.

Sin embargo, antes de poder relajarme del todo, sentí un malestar repentino, un mareo que me hizo cerrar los ojos durante unos segundos.

—Ay, Dios mío… ¿qué es esto? —murmuré en voz baja, notando un sabor extraño en la boca.

Me levanté rápidamente y fui directa al baño. La náusea se hizo más fuerte, y antes de que pudiera pensar con claridad, terminé vomitando. Me apoyé en el lavabo, sintiéndome débil y confundida.

¿Quizá había comido algo en mal estado?

Tal vez había exagerado con la cena, demasiado sofisticada para mi pobre estómago poco acostumbrado.

Respiré profundamente, aguardando unos minutos hasta que el malestar comenzó a desaparecer. Me lavé la cara con agua fría, contemplando mi reflejo en el espejo.

Todavía estaba algo pálida, pero me sentía bastante mejor.

—Ya está, Daniela. Tú y tu manía de comer cosas que ni siquiera sabes pronunciar —bromeé conmigo misma, riendo suavemente para aliviar la tensión—. Mañana estaré como nueva.

Volví al dormitorio despacio, me tumbé en la cama y me arropé con las sábanas. Las náuseas habían desaparecido, reemplazadas otra vez por esa sensación de felicidad y expectativas que aquella noche me había regalado.

Cerré los ojos y dejé que el recuerdo de la sonrisa misteriosa y cautivadora de Javier volviera a llenar mi mente.

A pesar del pequeño incidente, aquella noche había sido inolvidable, y ahora sólo podía pensar en cómo serían las próximas veces que estaría junto a aquel hombre tan irresistible y sorprendente.

Sonreí sola en la oscuridad, consciente de que quizá mi corazón corría un riesgo mucho mayor del que imaginaba.

Pero en aquel momento no me importaba.

Estaba preparada para aceptar todo aquello que el destino tuviera reservado para mí.



CAPÍTULO 28

«La desconfianza es como una sombra: cuanto más intensa es la luz, más grande se vuelve».

JAVIER FERRARA

— Necesito información urgente.

Fui directamente al teléfono, sin perder tiempo con cordialidades innecesarias.

Dalton, mi investigador privado, conocía perfectamente mi manera de trabajar: directa, objetiva y sin margen para errores.

— Claro, señor Ferrara. Estoy a su disposición. ¿Qué necesita exactamente?

Giré lentamente en la silla, contemplando la inmensidad de São Paulo desde la ventana panorámica de mi despacho mientras organizaba mis pensamientos.

La imagen de Daniela volvió a mi mente, tan clara como si estuviera delante de mí en ese preciso instante.

— Necesito que investigues a una mujer llamada Daniela Castro —puntualicé con firmeza, articulando cada palabra con claridad—. Nueva empleada en mi empresa, tiene 24 años, licenciada en Administración. Según ha mencionado, vive con su madre y una hermana pequeña. La madre se llama Vivian Castro y la hermana, Nina Castro. Según los registros de Recursos Humanos, perdió a su padre hace unos cinco años.

— Entendido, señor. ¿Desea saber algo en concreto o realizo una investigación completa?

Me quedé pensando unos segundos, entrecerrando los ojos con seriedad.

— Completa. Necesito confirmar cada información que me ha dado hasta ahora. Quiero saber si realmente es quien dice ser, dónde estudió, con quién se ha relacionado antes, por qué entró en mi empresa y si tiene algún historial de actividades sospechosas. Cualquier detalle puede ser relevante.

— Perfecto. ¿Algún plazo en particular, señor?

— Máxima urgencia. Quiero información preliminar mañana por la noche, sin falta.

Dalton aceptó sin dudar.

— Cuente con ello, señor Ferrara.

Colgué el teléfono y lo dejé sobre la mesa, sintiendo una extraña inquietud.

No era habitual en mí obsesionarme tanto con un asunto, especialmente cuando se trataba de alguien que acababa de conocer. Pero Daniela tenía algo intrigante, algo que me empujaba a querer conocer su verdadera cara.

Necesitaba saber la verdad. No había otra alternativa.

En ese preciso instante, Santiago entró en mi despacho sin llamar, algo que sólo él tenía permitido dada nuestra larga amistad y sociedad en los negocios.

Me observó atentamente, frunciendo el ceño, y se sentó con calma frente a mí.

— He escuchado algunos rumores, Javier. ¿Es verdad lo que estoy pensando?

Arqueé una ceja con una sonrisa irónica.

— Depende de lo que hayas oído, Santiago.

Él se acomodó en la silla, mirándome con aquella expresión preocupada que conocía muy bien.

— Que realmente has salido con la nueva empleada. Creí que era un farol cuando hablamos. ¿Es cierto?

— Yo no voy de farol. Y sí, es cierto. Salí con Daniela el viernes.

Santiago respiró profundamente, inclinándose ligeramente hacia mí.

— ¿Y cómo fue esa cita?

Me recosté en la silla nuevamente, con la mirada fija en él.

— Fue bien. Bastante mejor de lo esperado, sinceramente. Ella es agradable, inteligente, divertida… En resumen, una mujer aparentemente normal.

Santiago frunció todavía más el ceño.

— Entonces, ¿por qué sigues tan desconfiado? ¿Por qué estás investigando tanto su vida?

Sonreí fríamente, sintiendo la ironía del momento.

— Porque, Santiago, nadie es tan perfecto. Daniela Castro no ha aparecido en mi vida por casualidad. Aquel lío en el evento, alguien con el mismo nombre que ella, su insistencia en conseguir un trabajo precisamente aquí… Son demasiadas coincidencias para mi gusto. Ella parece demasiado genuina, demasiado perfecta. No confío en eso. Esperaré hasta que cometa algún error.

Mi amigo suspiró, claramente incómodo.

— Javier, estás obsesionado con esa mujer y eso no es bueno. Podría acabar volviéndose contra ti.

— Sé lo que estoy haciendo —repliqué con firmeza, manteniendo mi tono frío y seguro—. No pienso rendirme hasta descubrir qué quiere realmente conmigo. Voy a llegar hasta el final.

Me miró resignado, poniéndose lentamente en pie.

— De acuerdo. Sabes que apoyo tus decisiones, sean cuales sean. Solo ten cuidado de no mezclar las cosas. Ya te he visto así antes y no terminó nada bien.

— No voy a mezclar nada —aseguré, enfrentando su mirada con absoluta determinación.

Él asintió lentamente, consciente de que no cambiaría de idea en ese momento.

— Muy bien. Entonces vamos al trabajo. Tenemos cosas importantes que discutir sobre la reunión con los inversores.

Asentí afirmativamente, centrando mi atención en los asuntos urgentes de la empresa. Discutimos brevemente las estrategias para la próxima reunión, revisando contratos, cifras y expectativas.

Tras casi media hora, Santiago salió de mi despacho, dejándome nuevamente a solas con mis pensamientos.

Tan pronto como la puerta se cerró, la imagen de Daniela volvió con fuerza a mi mente. Era como un enigma que necesitaba resolver a toda costa, una presencia perturbadora que no me dejaba en paz.

¿Por qué estaba tan centrado en ella?¿Acaso era simplemente mi necesidad de control, mi orgullo herido por sospechar que alguien intentaba engañarme otra vez, o había algo más profundo, más personal?

Me levanté lentamente y caminé hacia la ventana, que me ofrecía una vista privilegiada de la ciudad.

Respiré profundamente, analizando mis propios sentimientos con una intensidad que pocas veces me había permitido antes. No podía negar que Daniela me fascinaba más que ninguna otra mujer en los últimos años.

No era simplemente hermosa: estaba llena de vida, energía, y de alguna manera eso me afectaba más de lo que quería admitir.

Pero tenía que tener cuidado.

Era demasiado fácil caer en trampas cuando se mezclaban sentimientos, y esa lección ya la había aprendido de la forma más difícil posible.

El teléfono sobre la mesa sonó nuevamente, interrumpiendo bruscamente mis pensamientos. Lo cogí de inmediato, regresando a la realidad inmediata del trabajo y dejando momentáneamente a Daniela en segundo plano.

— Ferrara al habla.

Mientras me sumergía nuevamente en mi rutina empresarial, una cosa se hacía cada vez más evidente en mi mente: estaba decidido a descubrir cada secreto que Daniela Castro pudiese ocultar.



CAPÍTULO 29

«A veces, el cuerpo revela verdades que el corazón aún no está preparado para aceptar».

DANIELA CASTRO

Fui al baño por lo menos tres veces solo durante la mañana.

Mi estómago seguía revuelto, y aunque intentaba ignorar aquella molesta incomodidad, seguía ahí, firme y constante, como si hubiese decidido instalarse dentro de mí para siempre. No tenía ni idea de qué

podía estar pasando; tal vez fuese algo que había comido en aquel maravilloso restaurante.

Sí, probablemente era eso.

—Dani, ¿seguro que estás bien? —preguntó Júlia, mi compañera de trabajo, por tercera vez esa mañana, mirándome preocupada—. Estás muy pálida.

Sonreí tratando de tranquilizarla, aunque ni yo misma estaba del todo convencida.

—Estoy perfectamente, Júlia. Seguramente algo que comí no me sentó bien. Ya se me pasará.

—Si necesitas algo, avísame, ¿vale? —insistió, sin parecer muy convencida.

Le di las gracias nuevamente y volví a centrar mi atención en el ordenador, concentrándome en la interminable lista de tareas del día. No podía permitir que aquel malestar afectase a mi rendimiento en el trabajo.

La oportunidad que había conseguido allí era demasiado valiosa como para desperdiciarla por una simple indisposición.

Conseguí completar todas mis tareas, pese al persistente dolor, respirando hondo y tomando pequeños sorbos de agua para intentar aliviar la sensación. Con cada minuto que pasaba intentaba convencerme de que estaba mejorando.

Al terminar la jornada, ya sintiéndome un poco más débil, decidí ir directamente a casa.

El trayecto me pareció más largo de lo habitual, quizá por el cansancio que se acumulaba rápidamente en mi cuerpo. Nada más entrar, Nina corrió hacia mí con una enorme sonrisa.

—¡Dani! ¡Por fin has llegado! —gritó, lanzándose a mis brazos con toda esa energía infantil que parecía no agotarse nunca.

Reí suavemente, abrazándola con cariño, intentando ocultar el malestar que aún persistía en mí.

—Hola, pequeña, ¿qué tal tu día? ¿Ha pasado algo especial hoy? —pregunté mientras me sentaba despacio en el sofá, procurando disimular lo agotada que estaba.

—¡Pues sí! ¡Hoy ha salido la nueva temporada de mi serie favorita! Prometiste verla conmigo, ¿te acuerdas?

Me miró con aquellos ojos grandes llenos de esperanza y, aunque lo único que deseaba era meterme en la cama, sonreí, sintiéndome inmediatamente mejor al ver su alegría.

—¡Claro que me acuerdo! Vamos allá, entonces. Todo tuyo el mando, señorita.

Nina soltó un gritito entusiasmado y corrió a encender la televisión. Aproveché esos pocos segundos para respirar hondo, esperando que aquel malestar desapareciese pronto.

No quería decepcionar a mi hermanita y mucho menos preocuparla.

Cuando empezó la serie, centré mi atención en ella, dejándome llevar por las aventuras y los chistes tontos que Nina adoraba.

Poco a poco, su sonrisa fácil y sus carcajadas acabaron por contagiarme, haciéndome olvidar, aunque fuera momentáneamente, aquel malestar que insistía en permanecer conmigo.

Entre episodio y episodio, Nina empezó a contarme con entusiasmo cada detalle de su día en la escuela, desde la profesora graciosa hasta los compañeros que armaban jaleo en clase.

Yo reía y comentaba todo con ella, agradeciendo ese instante, por sencillo que fuese.

—¿Te está gustando la serie, Dani? —preguntó curiosa, mirándome con aquel brillo de expectativa en los ojos.

—¡Claro que sí, peque! ¡Es la mejor serie que he visto en mi vida! —bromeé, haciendo que riera satisfecha.

El tiempo pasó deprisa y, aunque el malestar seguía presente de forma sutil, ese momento con Nina hacía que todo pareciese más llevadero. Pero aún no lograba sacudirme del todo la sensación de inquietud.

¿Realmente era solo algo que había comido?

No era habitual en mí sentirme así durante tanto tiempo. Sacudí discretamente la cabeza, apartando esos pensamientos por el momento.

Cuando terminó la serie, Nina, satisfecha, me dio un beso sonoro en la mejilla antes de correr a su cuarto para prepararse para dormir.

Me quedé sola en el salón unos minutos más, intentando entender aquel malestar que seguía empeñado en acompañarme.

Respiré hondo nuevamente, poniendo una mano sobre mi estómago, esperando sentirme mejor al día siguiente. No quería que aquella indisposición se prolongara, no cuando tantas cosas buenas estaban ocurriendo en mi vida.

Javier había sido increíble conmigo, el trabajo iba bien, y por fin sentía que estaba viviendo algo significativo.

Suspiré suavemente, dejando que la esperanza regresara poco a poco.

Seguramente era algo pasajero. Solo necesitaba descansar y confiar en que mañana todo estaría mejor.

Me levanté lentamente, apagué las luces del salón y caminé despacio hacia mi habitación, decidida a dejar atrás aquellos pensamientos negativos. No permitiría que nada arruinase la felicidad que empezaba a sentir.

No ahora, no cuando por fin las cosas parecían estar encajando.



CAPÍTULO 30

«La vida enseña con dureza que la confianza, una vez perdida, rara vez encuentra el camino de regreso».

JAVIER FERRARA

A veces salía de la empresa y simplemente me iba a algún lugar tranquilo para observar a la gente.

Era algo terapéutico para mí.

Nunca tuve tiempo para relajarme de verdad, ni para disfrutar de esas pequeñas cosas que otras personas parecen hacer con naturalidad.

Para mí, el trabajo siempre fue primordial, la única prioridad absoluta de mi vida. Al fin y al cabo, así fue como logré todo lo que tengo ahora.

Nada me llegó fácil ni por casualidad; cada logro exigió sacrificios y decisiones difíciles.

Me crucé de brazos y me apoyé discretamente en el coche, dejando que mis ojos recorrieran con calma las calles tranquilas de aquella zona menos agitada de São Paulo.

Familias que paseaban sin preocupaciones, parejas que reían juntas en cafeterías cercanas, personas caminando tranquilas, ajenas a las presiones constantes que yo enfrentaba cada día.

Por un breve instante me pregunté cómo sería vivir así, pero inmediatamente aparté ese pensamiento con una pizca amarga de ironía.

Esa nunca fue mi realidad, y difícilmente lo sería alguna vez.

El silencio momentáneo hizo que mi mente divagara, trayendo a la superficie recuerdos dolorosos que prefería olvidar, pero que todavía me perseguían implacablemente.

Casi involuntariamente pensé en Jéssica, mi ex prometida. Una mujer a quien había creído la persona adecuada, alguien con quien había planeado una vida entera.

Ella me hizo creer en algo real, en sentimientos sinceros, en promesas que jamás llegaron a cumplirse.

Y entonces, como una avalancha inesperada, descubrí cada mentira, cada traición, revelando a una persona totalmente distinta a aquella que me conquistó.

El impacto de aquel descubrimiento vino acompañado por una rabia que nunca antes había sentido.

Ese sentimiento intenso aún permanecía allí, escondido dentro de mí, esperando cualquier detonante que lo hiciera resurgir.

Aquel día me prometí a mí mismo que nunca más permitiría que alguien me convirtiera en un idiota de nuevo. Jamás dejaría que otra persona se acercara lo suficiente como para engañarme de aquella manera.

Y entonces apareció Daniela.

Fue inevitable no pensar en ella.

Desde que entró en mi vida, Daniela había ocupado un espacio significativo en mis pensamientos, algo que me incomodaba profundamente. Todavía no tenía claras cuáles eran sus verdaderas intenciones, si era sincera o simplemente una actriz muy hábil, tal como había sido Jéssica.

Sin embargo, era imposible negar que había algo especial en ella. Su manera de hablar, aquel humor ligero y provocador, su forma sencilla y honesta de enfrentar las cosas; todo eso la hacía parecer demasiado auténtica.

Era una sensación contradictoria y desconcertante, porque mi mente racional insistía en advertirme que era peligrosa, pero mi instinto aseguraba exactamente lo contrario.

Respiré profundamente, sintiéndome confundido por primera vez en muchos años.

¿Cómo era posible que aquella mujer generara tantas dudas en mí?

Estaba acostumbrado a controlarlo absolutamente todo en mi vida, pero Daniela escapaba por completo a mi comprensión, dejándome vulnerable de una manera que detestaba reconocer.

El recuerdo de la última vez que estuvimos juntos se apoderó de mis pensamientos.

Su belleza natural, aquella sonrisa sincera que surgía fácilmente en sus labios cuando hablaba de su familia, la manera en que sus ojos brillaban al emocionarse con algo… era imposible no sentirme afectado por ello.

Daniela lograba fácilmente despertar mi imaginación, y odiaba admitir que aquello me estaba gustando.

Esos pensamientos se interrumpieron bruscamente con el insistente sonido de mi móvil.

Miré la pantalla y vi que era Santiago.

—Dime.

—Javier, necesito que vengas a la empresa ahora mismo —fue directo, con la urgencia habitual en su voz—. Tenemos algunos documentos importantes que firmar y asuntos pendientes de la última reunión. No puede esperar.

Respiré hondo, pasando la mano por el cabello y recuperando mi habitual seriedad.

—De acuerdo, Santiago. Estoy en camino. Llegaré en diez minutos.

—Perfecto, aquí te espero.

Colgué el teléfono y lo guardé en el bolsillo con un leve suspiro de resignación.

Eché una última mirada a las personas que seguían viviendo sus vidas tranquilas, sin siquiera imaginar las decisiones difíciles y presiones diarias que formaban parte de mi rutina.

Me enderecé, ajustando el traje y recuperando rápidamente la expresión fría y firme que todos conocían tan bien.

Subí al coche, encendí el motor y dejé atrás aquellos breves instantes de reflexión mientras regresaba a la realidad del trabajo, de contratos millonarios y responsabilidades interminables.

Mientras conducía por las calles abarrotadas rumbo a mi imperio empresarial, seguía pensando en aquella mujer que había logrado atravesar todas las barreras que tan cuidadosamente había construido a mi alrededor, aunque todavía no comprendía exactamente cómo ni por qué.

Necesitaba ser prudente.

Tenía que descubrir la verdad sobre ella cuanto antes, antes de que fuera demasiado tarde.

Y no podía permitir que aquello volviese a suceder.



CAPÍTULO 31

«No siempre el corazón entiende lo que el cuerpo intenta decir, hasta que lo inesperado se vuelve imposible de ignorar».

DANIELA CASTRO

Las náuseas iban y venían durante la semana, y ya empezaba a plantearme ir al médico si volvían a aparecer.

No era normal que me sintiera así, sobre todo durante tanto tiempo.

Incluso había bromeado con Aurora, diciendo que quizás fuera una reacción alérgica al lujo del restaurante pijo de Javier.

Nos reímos bastante con eso, claro, pero en el fondo sabía que había algo más.

Me senté en mi mesa, colocando bien los papeles delante de mí y mirando hacia el ordenador, intentando recuperar la concentración.

Lo último que necesitaba era que mi malestar afectase a mi rendimiento en la empresa. Era la oportunidad de mi vida, y no podía desperdiciarla por culpa de unos mareos inoportunos.

El reloj indicaba que solo quedaban unos minutos para que empezase la reunión.

Respiré hondo, me levanté lentamente y me dirigí a la sala del fondo del pasillo, donde íbamos a discutir las nuevas estrategias de promoción de los productos financieros que ofrecía el banco.

Era una reunión importante, que determinaría muchas de las acciones de mi equipo en las próximas semanas.

En cuanto entré, me senté en uno de los lugares más discretos, intentando ignorar el leve mareo que regresó en ese instante. Fingí

estar bien, sonriendo educadamente a algunos compañeros mientras organizaba mi bloc de notas y mi bolígrafo.

Afortunadamente, esa sensación incómoda desapareció tan rápido como había llegado, permitiéndome centrarme plenamente en lo que se estaba diciendo.

—El objetivo principal de este mes será expandir nuestra presencia en redes sociales, chicos —explicó Larissa, nuestra supervisora, gesticulando animadamente mientras proyectaba diapositivas en la pared—. Daniela, tú te encargarás de supervisar el rendimiento de las campañas y presentarnos informes semanales.

¿Crees que podrás hacerlo?

Asentí inmediatamente, mostrando una sonrisa decidida.

—¡Claro, cuenta conmigo!

Durante la reunión, presté atención a cada detalle, apuntando información importante y aportando algunas ideas cuando fue necesario.

Era reconfortante darme cuenta de que, aunque mi cuerpo estuviese intentando sabotear mi productividad, mi mente seguía tan

aguda como siempre.

Cuando terminó la reunión, volví a mi puesto y me sumergí nuevamente en el trabajo.

Entre una hoja de cálculo y otra, me permití divagar brevemente sobre Javier. Hacía casi una semana desde nuestro último encuentro, y él aún no había dado señales sobre una próxima cita.

¿Había interpretado mal las cosas? ¿Sería que aquella conexión que yo sentí había sido unilateral?

Sacudí la cabeza, tratando de apartar esos pensamientos.

Probablemente estaba creando expectativas demasiado altas, algo que no era ninguna novedad en mí. Volví a concentrarme en la pantalla del ordenador, tecleando frenéticamente algunos datos importantes.

Más tarde, cuando me despedía de la gente y salía del edificio, noté que mi móvil vibraba en el bolsillo del bolso. Esperé hasta llegar a casa para ver el mensaje, aunque la curiosidad casi me estaba devorando por dentro.

En cuanto cerré la puerta de casa, tiré el bolso sobre el sofá y finalmente miré el móvil. Mi corazón dio un vuelco inesperado al ver el nombre de Javier en la pantalla.

«Quiero volver a verte este viernes. Pasaré a recogerte a las ocho».

Leí el mensaje al menos cinco veces antes de soltar un suspiro de alivio y felicidad. Una sonrisa involuntaria apareció en mis labios, y no pude disimular mi emoción.

—Dani, ¿por qué estás ahí parada como una boba mirando el teléfono? —Nina apareció de repente, cruzándose de brazos y observándome con una curiosidad maliciosa—. ¿Estás enamoradita, o qué?

Me sonrojé, escondiendo rápidamente el móvil detrás de mí, aunque era inútil.

—¿Yo? Claro que no, Nina. Es cosa tuya.

Ella puso los ojos en blanco de forma exagerada y esbozó una sonrisa burlona.

—Sí, claro, ¡y yo soy Taylor Swift disfrazada! Cuéntamelo ya, ¿quién es? ¿Es ese tío que vino a buscarte la última vez, verdad?

No pude contener la risa y encogí los hombros, admitiéndolo con una leve sonrisa.

—Vale, es él mismo. Vamos a salir el viernes otra vez.

Ella aplaudió entusiasmada, riendo y haciendo un bailecito exagerado.

—¡Lo sabía! ¡Dani tiene novio, Dani tiene novio! —canturreó burlonamente, divirtiéndose a mi costa.

—¡Nina! No exageres. Solo es una cita. Además, él es el dueño de la empresa donde trabajo, ni siquiera sé si esto saldrá bien —intenté restarle importancia, aunque mi sonrisa me delataba por completo.

Ella se encogió de hombros, sin inmutarse en lo más mínimo.

—¿Y qué? Él te ha invitado a salir otra vez, ¿no? Seguro que está coladito por ti. Por cierto, está muy guapo, ¿eh? Podrías presentármelo cuando la cosa vaya en serio.

—¡Tienes ocho años, Nina! —exclamé, soltando una carcajada ante la actitud tan adulta de mi hermana pequeña.

—¿Y eso qué tiene que ver? Una niña también sabe reconocer a un hombre guapo cuando lo ve, ¿vale?

Negué con la cabeza, aún riendo, mientras íbamos hacia la cocina.

Durante la cena, Nina continuó con sus bromas, inventándose teorías absurdas sobre mi futura boda e incluso sobre posibles hijos que tendría con Javier. A cada frase, reía más, sintiendo cómo esa agradable ansiedad crecía en mi interior.

Sin embargo, mientras lavaba los platos y observaba cómo Nina volvía a su habitación, noté de nuevo esa ligera molestia en el estómago, ahora menos intensa, pero todavía presente. Me llevé la mano al abdomen, respirando profundamente.

Necesitaba estar bien para el viernes. Quería disfrutar al máximo cada instante con Javier y, sobre todo, no quería que ningún malestar estropease esa oportunidad que, por fin, parecía estar llegando a mi vida.

Ese viernes prometía ser especial, y yo tenía intención de estar al cien por cien para entonces.

Al fin y al cabo, quizá fuese solo una molestia pasajera, algo tonto e insignificante comparado con la felicidad que sentía al saber que

Javier también pensaba en mí.

Guardé esa esperanza en mi corazón, deseando profundamente que las náuseas no me molestasen más y que, quién sabe, algo bonito pudiera surgir entre aquel hombre y yo, ese hombre que poco a poco estaba conquistando una parte importante de mi corazón.



CAPÍTULO 32

«Cuanto más profundamente buscamos la verdad, mayor es el riesgo de descubrir algo para lo que no estamos preparados».

JAVIER FERRARA

—¿Qué has averiguado, Dalton?

Fui directo al grano cuando mi investigador privado por fin devolvió mi llamada.

Mi voz salió fría y cortante como siempre, mientras giraba lentamente en la silla de cuero, observando los edificios a través del amplio ventanal de mi despacho.

—Nada alarmante, señor Ferrara —respondió Dalton con su típica calma, pero precisamente por eso una sensación incómoda comenzó a crecer en mi pecho.

—¿Cómo que nada alarmante? —pregunté bruscamente, inclinándome ligeramente hacia adelante—. Sé específico.

Hubo una breve pausa antes de que empezara a detallar la información que había reunido.

—Todo lo que usted mencionó ha sido confirmado, efectivamente. Daniela Castro proviene de una familia humilde, perdió a su padre hace cinco años, vive con su madre y una hermana pequeña. Nunca ha tenido problemas con la policía, ningún registro de comportamiento sospechoso o ilegal. En cuanto a su vida sentimental, solo relaciones cortas y nada destacable. Parece realmente ser una joven tranquila, que trabaja mucho y que no suele verse involucrada en escándalos.

Fruncí el ceño, irritado.

Aquello no tenía ningún sentido.

¿Por qué alguien inocente aparecería justo en ese evento utilizando el mismo nombre y apellido de aquella mujer de la que me habían advertido, tachándola de peligrosa y manipuladora?

—Algo no encaja en todo esto, Dalton. Tiene que haber algún error.

—Lo entiendo, señor. Seguiré investigando en profundidad, pero hasta el momento no he encontrado absolutamente nada que la comprometa. Al contrario, Daniela Castro parece ser exactamente lo que dice ser: una mujer común, honesta y sin secretos peligrosos.

Respiré hondo, insatisfecho.

Esa investigación no podía terminar así, dejando más preguntas que respuestas.

—¿Has verificado si tiene algún contacto importante, alguien influyente? Quizás algún vínculo con políticos, empresarios o personas que pudieran estar interesadas en perjudicarme.

—Sí, señor Ferrara. Y la respuesta es no. No tiene contactos relevantes. Sus amigos son igual de sencillos, y sus relaciones anteriores tampoco muestran ninguna conexión peligrosa ni influyente.

Aquello me irritó profundamente.

¿Quién era entonces la persona que me había advertido en aquel evento? ¿Cómo era posible que un completo desconocido tuviera tanta información negativa sobre Daniela, mientras mi propio investigador privado no encontraba absolutamente nada?

—De acuerdo, Dalton. Entonces quiero que busques algo específico. Algún episodio relacionado con robos, problemas en fiestas o eventos, cualquier registro que coincida con lo que me contaron sobre ella aquella noche. Me dijeron que Daniela Castro es famosa por causar problemas, robar y generar conflictos en eventos sociales. Investígalo nuevamente con urgencia.

—Puede contar con ello, señor. Lo haré inmediatamente —aseguró Dalton antes de colgar.

Dejé el teléfono sobre la mesa con más fuerza de la que pretendía, frustrado por la falta de respuestas concretas. Mi mente trabajaba rápidamente, intentando averiguar dónde estaba el error en esa historia.

¿Realmente Daniela era inocente, o simplemente estaba interpretando muy bien su papel para engañarme, tal como lo había

hecho Jéssica años atrás?

La puerta de mi despacho se abrió repentinamente, y Santiago entró en la habitación. Mi socio arqueó una ceja al notar mi rostro claramente molesto y mi postura rígida en la silla.

—Javier, ¿está todo bien? Pareces bastante distraído hoy.

Me levanté, ajustando la americana del traje mientras suspiraba con frustración.

—Acabo de hablar con Dalton. Por ahora, no ha encontrado absolutamente nada preocupante sobre Daniela.

Santiago mostró una sonrisa provocadora, cruzándose de brazos mientras me miraba fijamente.

—¿Lo ves? Ya te dije que todo esto era una paranoia tuya, Javier. Esa mujer probablemente solo ha tenido la mala suerte de que alguien usara su nombre en aquella fiesta. Estás creando una conspiración gigantesca donde no hay absolutamente nada.

—No son imaginaciones mías, Santiago —afirmé con convicción, sin apartar la vista de él—. No creo en coincidencias así. Ese empleado de la fiesta sabía exactamente lo que decía. Conocía el nombre completo

de Daniela, sabía demasiados detalles. ¿Cómo podría saber tanto si todo fuese mentira?

—Quizá alguien esté intentando perjudicarte directamente a ti, no a Daniela —sugirió Santiago con calma—. ¿Lo has considerado?

—Es posible, pero aún así necesito estar absolutamente seguro. No quiero arriesgarme nuevamente a ser engañado.

Mi amigo soltó un suspiro resignado, acercándose y colocando una mano firme sobre mi hombro.

—Solo ten cuidado, Javier. No te obsesiones demasiado. A veces, aquello que más tememos descubrir son justamente las respuestas más simples e inocentes.

Asentí ligeramente, sin responder directamente.

Sabía que Santiago tenía razón, pero aún no estaba preparado para aceptarlo. No mientras siguiera teniendo dudas, no mientras no entendiera lo que realmente estaba ocurriendo.

—Vamos a la reunión —anuncié finalmente, rompiendo aquel silencio incómodo—. Hoy tenemos asuntos importantes que resolver.

Mientras salíamos del despacho y caminábamos por el pasillo hacia la sala de reuniones, no podía evitar pensar nuevamente en Daniela.

Esa mujer me intrigaba, me confundía y, de alguna forma, me afectaba de una manera que no me gustaba.

¿Cómo era posible que pareciera tan sincera, tan transparente, mientras yo seguía escuchando aquellas palabras acusatorias en mi cabeza?

«Estafadora», «peligrosa», «manipuladora».

Eran palabras demasiado fuertes para ser ignoradas, y necesitaba desesperadamente descubrir la verdad sobre ella.

Sentándome en la cabecera de la mesa, comencé a hojear los documentos que teníamos que firmar y discutir.

Pero, por mucho que intentara mantener mi concentración en el trabajo, los ojos marrones, la sonrisa espontánea y la risa fácil de Daniela no desaparecían de mi mente.

En nuestro próximo encuentro, ya lo había decidido: le arrancaría la verdad de una vez por todas.

No importaba lo que tuviese que hacer; Daniela Castro no seguiría generando dudas en mi vida.

Estaba dispuesto a llegar hasta el fondo de aquella historia.



CAPÍTULO 33

«La confianza es como un cristal frágil: una vez que se agrieta, difícilmente recupera su transparencia original».

DANIELA CASTRO

Hoy me sentía más segura respecto a nuestra cita.

Creo que por fin estaba empezando a sentirme cómoda con la idea de estar cerca de Javier, aunque él todavía me pusiera demasiado nerviosa con aquella mirada intensa y su forma tan reservada de ser.

Esta vez elegí un vestido que reflejaba exactamente cómo me sentía por dentro: fuerte, decidida y lista para disfrutar de aquella noche.

Me puse un elegante vestido color vino, de mangas largas, ligeramente escotado, ceñido en la cintura y con una falda que terminaba justo por encima de las rodillas. Llevaba el cabello suelto, cayendo sobre mis hombros en suaves ondas, y completé el look con un maquillaje ligero que resaltaba mis ojos.

Cuando terminé de arreglarme, me miré una última vez al espejo y respiré profundamente.

Una sonrisa confiada asomó a mis labios. Quizá, por fin, empezaba a entender cómo manejar a aquel hombre complicado y misterioso que tenía la capacidad de poner mi mundo patas arriba con una sola mirada.

El móvil sonó anunciando un mensaje; era Javier diciendo que ya había llegado. Respiré hondo una vez más, ajusté mi bolso y salí de la habitación intentando controlar mi corazón, que latía acelerado.

Al salir de casa, me lo encontré apoyado en su coche lujoso, tan elegante y atractivo como siempre. Su mirada me recorrió lentamente

de pies a cabeza, y pude ver cómo una pequeña sonrisa aparecía en sus labios antes de que se acercara.

—Estás preciosa, Daniela —dijo con aquella voz profunda que me ponía la piel de gallina, mientras abría la puerta del coche para mí.

—Tú tampoco estás nada mal —respondí en broma, sintiéndome más relajada que nunca.

De camino al restaurante, fui yo quien dominó la conversación.

Le hablé sobre mi trabajo, mi familia, las pequeñas anécdotas de la semana, y Javier escuchaba atentamente, riendo discretamente cuando soltaba algún comentario gracioso o irónico. Parecía disfrutar de mi espontaneidad, o al menos eso me pareció.

Llegamos al restaurante, un lugar sofisticado y acogedor llamado «La Vie En Rose».

El ambiente era refinado, decorado con luces suaves y delicadas velas en las mesas. Nada más entrar, noté cómo varias miradas discretas se dirigían hacia nosotros.

No podía culparlos; Javier atraía naturalmente la atención por donde pasaba.

Nos sentamos en una mesa apartada, al fondo del salón. Entre los pedidos y conversaciones triviales, noté que él estaba un poco más distante y pensativo que la última vez, aunque intentaba disimularlo bien.

—¿Va todo bien? —pregunté en cierto momento, intrigada por la expresión casi seria de su rostro.

—Sí, solo pensaba en cosas del trabajo —respondió vagamente, llevándose la copa de vino a los labios mientras seguía estudiándome cuidadosamente con la mirada.

Intenté apartar la sensación de que había algo más allí y centrarme nuevamente en nuestra conversación. Pero enseguida noté que Javier dirigía el tema específicamente hacia mí, mi pasado, mis costumbres.

—¿Vas habitualmente a eventos como aquel donde nos conocimos, Daniela? —preguntó con un tono aparentemente inocente, aunque daba la sensación de ocultar algo más profundo.

—No —respondí con sinceridad—. Aquel fue el primero, la verdad. Fue una coincidencia increíble, ¿sabes?

—¿Coincidencia? —repitió, arqueando ligeramente una ceja, aún analizándome como si tratara de resolver algún misterio profundo.

Aquello me incomodó un poco, pero preferí pensar que estaba exagerando. Quizá fuera solo una impresión absurda, fruto de mi natural ansiedad.

La noche transcurrió con tranquilidad y seguimos hablando de cosas triviales. Disfrutaba muchísimo de su compañía y cada vez me sentía más a gusto con él cerca.

Después de la cena, Javier me llevó a casa. Durante el trayecto nos mantuvimos en un silencio extraño, como si ambos estuviéramos sumidos en pensamientos totalmente diferentes.

Cuando por fin paramos delante de mi casa, el ambiente se volvió aún más tenso.

—Gracias por la noche, Javier —agradecí, girándome hacia él con una suave sonrisa, pero él seguía serio, casi frío.

—Daniela, necesito preguntarte algo importante —dijo de repente, girándose hacia mí para mirarme directamente—. ¿Qué buscas realmente conmigo? ¿Por qué te has acercado a mí?

La sorpresa se reflejó claramente en mi rostro.

No esperaba aquella reacción. Mi corazón se aceleró violentamente mientras intentaba comprender qué estaba pasando.

—¿A qué te refieres, Javier? No entiendo la pregunta —susurré, confusa.

—Lo entiendes perfectamente —replicó él con frialdad, mientras una sombra extraña cruzaba su mirada—. En aquel evento parecía que me buscabas con la vista. Estuviste a punto de acercarte a mí. Ahora trabajas en mi empresa. Parece demasiada casualidad, ¿no crees?

—Espera, Javier… no es así —intenté explicarme, notando cómo mis manos temblaban de nerviosismo—. No me acerqué a ti, fue realmente una casualidad. ¡Y aquella entrevista ya estaba programada mucho antes de conocernos!

—¿En serio? ¿Entonces cómo conseguiste exactamente entrar en esa fiesta? —respondió con tono frío y cortante.

Tragué saliva, desviando la mirada, sintiendo cómo mis mejillas ardían por la vergüenza. Respiré profundamente y decidí contarle la verdad, aunque fuera incómoda:

—Mi amiga y yo conseguimos dos invitaciones de forma… casual. Así fue como entré, pero no hubo nada premeditado en ello, te lo prometo.

Él me miró fijamente durante algunos segundos, como si no creyera en absoluto lo que le estaba diciendo.

—Te daré una última oportunidad, Daniela. ¿Qué pretendes realmente? ¿Qué esperas conseguir con todo esto? Voy a descubrirlo de un modo u otro, y créeme, no será agradable para ti si tengo que hacerlo por mi cuenta.

En aquel instante, sentí cómo mi mundo se desmoronaba.

Una oleada de tristeza y frustración se apoderó de mí. Intenté contener las lágrimas, pero no pude evitar que mis ojos se humedecieran.

—Javier, por favor… No sé de qué hablas. ¡Te juro que no lo sé!

—No me mientas —respondió él, con voz cortante—. Incluso apareciste trabajando en mi empresa justo después del evento. Esto no es una simple casualidad.

—¡Pero ya te he dicho que la entrevista estaba fijada antes! —insistí, sintiendo cómo la angustia me ahogaba—. Por favor, créeme…

Él negó con la cabeza, claramente irritado, pero con algo más en la mirada; algo que parecía decepción.

—Has perdido tu oportunidad de ser sincera conmigo, Daniela. A partir de ahora no me hago responsable de lo que pueda pasar.

Con esas palabras duras y frías apartó la mirada, dando por finalizada la conversación.

Aturdida, con el corazón hecho pedazos y sin comprender absolutamente nada, bajé del coche en silencio, cerrando despacio la puerta tras de mí.

El coche de Javier arrancó, dejándome sola en la acera, completamente perdida y frágil. Las lágrimas empezaron a caer libremente por mis mejillas.

¿Cómo había sucedido aquello? ¿Qué había hecho yo exactamente para que Javier me acusara de esa manera tan cruel? ¿Por qué parecía tan convencido de que yo tenía malas intenciones?

Respiré profundamente, me sequé las lágrimas y traté de recomponerme mínimamente antes de entrar en casa. Pero mi corazón seguía roto, y la sensación de impotencia y tristeza permanecía intensamente.

En aquel instante comprendí algo que me dolía profundamente: Javier no confiaba en mí, quizá nunca lo había hecho. Y yo no tenía ni idea de por qué, ni de lo que pasaría a partir de ese momento.

Lo único que sabía era que mi corazón estaba roto de una manera que jamás había sentido antes.

Y eso era lo peor de todo.



CAPÍTULO 34

«La duda es el tormento de aquellos que creen tener siempre todas las certezas».

JAVIER FERRARA

A cada minuto que pasaba, me sentía más irritado.

El trayecto hasta mi mansión nunca me había resultado tan frustrante como aquella noche.

La ciudad desfilaba rápidamente a través de los cristales oscuros del coche, pero mi mente estaba demasiado lejos como para pensar en

cualquier otra cosa.

Golpeaba impaciente el volante con los dedos, intentando comprender cómo Daniela era capaz de afectarme de aquella manera.

No estaba acostumbrado a que me contradijeran y, mucho menos, a que me engañaran.

Y aunque me faltaban pruebas, algo dentro de mí insistía en que había mucho más detrás de aquella historia mal contada.

Ella había tenido la oportunidad perfecta para aclararlo todo, pero defendió su inocencia con tanta convicción que, durante un breve instante, llegué incluso a dudar de mis propias certezas.

Y eso era inaceptable.

Cuando por fin aparqué el coche en el garaje, bajé con pasos firmes, respirando profundamente para controlar la rabia que hervía en mi interior.

Subí directamente a mi habitación, desabrochándome la americana y arrojándola sobre una silla. Mi mirada recorrió el amplio dormitorio silencioso, lleno de comodidades pero carente de cualquier sentimiento real.

Decidí darme una larga ducha; quizá aquello consiguiera despejar mis ideas. Bajo el agua caliente, sentí cómo mis músculos tensos se relajaban lentamente.

Apoyé las manos contra la pared fría, dejando que el agua recorriera mi rostro, mientras las imágenes de Daniela volvían a invadir mi mente: su sonrisa fácil, esos ojos castaños capaces de penetrar más profundamente de lo que yo deseaba, la manera entusiasta con la que gesticulaba y se reía de sus propias bromas tontas.

Por un segundo, me permití creer que quizá ella fuera realmente inocente. Que tal vez estuviera cometiendo un error al acusarla sin pruebas concluyentes.

Respiré profundamente, irritado conmigo mismo por permitir que esos pensamientos siquiera existieran.

—No. No volverás a caer en esto —gruñí en voz baja, rechazando cualquier posibilidad de error de juicio.

Salí de la ducha y me sequé con movimientos bruscos, poniéndome ropa cómoda antes de sentarme en el borde de la cama. Miré hacia el techo, buscando respuestas que no llegaban.

Necesitaba decidir mi próximo paso.

Debía resolver aquella situación antes de que fuera demasiado tarde. Sin embargo, mi mente, habitualmente ágil y precisa, seguía nublada.

Me levanté y me acerqué a la ventana, contemplando las luces lejanas de la ciudad mientras trataba de apartar aquella incómoda sensación de incertidumbre.

¿Quién era Daniela Castro en realidad? ¿Una estafadora increíblemente astuta, o simplemente una joven inocente que había sido víctima de las circunstancias?

Me tumbé en la cama, volviendo a fijar la vista en el techo. Cerré los ojos, decidido a no pensar más en ella.

Pero en cuanto mis párpados se cerraron, lo único que pude ver fue a Daniela: su expresión herida cuando la confronté, el brillo triste en sus ojos cuando me negué a creer en sus palabras.

Me giré de lado, respirando profundamente, furioso conmigo mismo por no ser capaz de controlar mis propios pensamientos.

Necesitaba descubrir la verdad, y tenía que hacerlo pronto.

En mi vida no había espacio para las dudas.

Al fin y al cabo, yo era Javier Ferrara, y jamás cometía el mismo error dos veces.

DANIELA CASTRO

Aquella sensación era horrible.

Sentía como si mi corazón estuviera demasiado apretado dentro del pecho, impidiendo cualquier intento de respirar con normalidad.

Desde el momento en que entré en mi habitación, las lágrimas comenzaron a caer sin poder contenerlas. Eran una mezcla de frustración, tristeza y una inmensa confusión.

No entendía nada.

No podía comprender cómo Javier había cambiado tan bruscamente conmigo, acusándome de cosas que ni siquiera había hecho o pensado.

Más doloroso aún era descubrir que quizá nunca se había interesado realmente por mí. Que cada instante juntos hubiera sido solo una manera fría y calculadora de intentar arrancarme información que ni siquiera tenía.

Me senté en la cama mirando el vacío de mi habitación. Las lágrimas caían silenciosamente por mis mejillas mientras revivía aquellas palabras tan duras, aquella mirada fría y acusadora que él me había lanzado en el coche.

Dolía mucho más de lo que imaginaba que pudiera doler.

—¿Qué querías de mí, Javier? —murmuré para mí misma, secando inútilmente las lágrimas que seguían brotando—. ¿Qué esperas que diga si no he hecho nada de eso?

De repente, un fuerte mareo se apoderó de mi cuerpo, sentí cómo se me revolvía el estómago.

Corrí rápidamente hacia el baño, sintiendo que un malestar terrible me dominaba por completo. Me apoyé en el lavabo, respirando profundamente mientras intentaba controlar las náuseas.

Mi reflejo en el espejo era pálido, con los ojos hinchados de tanto llorar.

Me quedé observándome durante varios segundos, intentando entender qué estaba pasando conmigo.

La realidad era que aquellos mareos estaban siendo cada vez más frecuentes, pero yo lo había atribuido al estrés del trabajo, a la ansiedad o incluso a algo que hubiese comido.

Sin embargo, en ese instante, una posibilidad que había ignorado completamente surgió, dejándome paralizada frente al espejo.

—Dios mío... —susurré, aterrorizada, abriendo mucho los ojos al comprender lo que había cruzado por mi mente.

¿Podría estar embarazada?

Sentí que las piernas me temblaban ante aquella idea.

Rápidamente hice cálculos, recordando aquel encuentro en el evento, cuando todo había sido demasiado perfecto y demasiado rápido.

Y cuando, imprudentemente, no habíamos tomado ninguna precaución.

—No puede ser... —murmuré, sintiendo cómo mi corazón comenzaba a latir desesperadamente.

Apoyé mis manos temblorosas sobre el lavabo, tratando de recuperar el control de las emociones que amenazaban con dominarme

por completo.

El miedo me consumía, unido a la confusión de no saber exactamente cómo afrontar esa posibilidad tan real.

El rostro de Javier apareció nuevamente en mis pensamientos.

¿Qué haría él si fuera cierto? ¿Cómo reaccionaría al saberlo después de todo lo que había sucedido esta noche? Las acusaciones, las sospechas… y ahora aquella posibilidad tan aterradora e inesperada.

—No puedo perder los nervios antes de tener certezas —me dije a mí misma, intentando poner orden en el caos de mis sentimientos—. Mañana temprano iré a la farmacia, haré la prueba, saldré de dudas y después decidiré qué hacer.

Respiré profundamente, sintiendo el peso de una responsabilidad tan grande sobre mis hombros. Mi reflejo en el espejo, todavía pálido y asustado, me devolvía la mirada.

En ese instante comprendí lo sola que estaba ante aquella situación.

Volví lentamente al dormitorio, sentándome nuevamente en la cama, ya sin fuerzas para seguir llorando.

La verdad era que, a pesar del miedo y la incertidumbre, algo más fuerte comenzaba a surgir en mi interior: una extraña sensación de que, si aquello era cierto, no estaría completamente sola.

Mi corazón siempre había deseado tener una familia, aunque el escenario ideal fuera totalmente distinto al que estaba viviendo ahora mismo.

Con un último suspiro profundo, me tumbé sobre la cama intentando calmar mis pensamientos revueltos.

Mañana conocería la verdad. Y entonces tendría que enfrentar lo que fuese, por muy doloroso que pudiera resultar.



CAPÍTULO 35

«La vida tiene la extraña costumbre de ponernos cara a cara con aquello que más tememos».

DANIELA CASTRO

Menos mal que hoy era sábado y no tenía que ir a la empresa.

No habría sido capaz de enfrentarme a nadie, mucho menos con el caos que tenía en la cabeza después de lo que ocurrió anoche.

Al salir de casa rumbo a la farmacia, tomé conciencia de que mi vida podría estar a punto de cambiar radicalmente. La simple idea me

hacía temblar de pies a cabeza.

Las calles estaban tranquilas aquella mañana, y aproveché el silencio para intentar calmar mis pensamientos.

Respiré hondo varias veces, mirando hacia el cielo azul y despejado sobre mí, buscando alguna pizca de valor oculta en lo alto.

—Daniela, ya has pasado por cosas peores, ¿verdad? —murmuré para mí misma, tratando de fingir que tenía al menos algún control sobre la situación.

Entré en la farmacia con el corazón acelerado y las manos húmedas de nerviosismo. Observé discretamente los test expuestos en la estantería, sintiendo como si todas las personas a mi alrededor pudieran adivinar exactamente lo que hacía allí.

Finalmente cogí uno y fui rápidamente hasta la caja, pagando sin atreverme siquiera a mirar a los ojos a la dependienta.

Cuando llegué a casa, fui directa a mi habitación y me senté en la cama, sosteniendo el test aún en su bolsa.

Durante varios minutos me quedé mirando aquel pequeño objeto, incapaz de reunir el valor suficiente para hacer lo que tenía que

hacer. Cada segundo parecía aumentar el peso de aquella posible revelación sobre mis hombros.

—Dios mío, ¿qué estoy haciendo? —susurré para mí misma, notando cómo las lágrimas se acumulaban en mis ojos—. No puedo estar embarazada, no ahora…

Después de un largo rato reuniendo fuerzas, me levanté decidida y fui al baño. Mi corazón latía aún más fuerte mientras hacía el test.

Aquellos minutos de espera hasta conocer el resultado fueron los más largos de toda mi vida. Caminaba nerviosa de un lado al otro de la habitación, intentando controlar el temblor de mis manos.

Finalmente, respiré profundamente y regresé al baño para mirar el resultado. Mi cuerpo entero se quedó helado cuando contemplé aquellas dos líneas rosas perfectamente definidas.

Estaba embarazada.

No había ninguna duda sobre eso.

Sentí que mi mundo entero se venía abajo. Me senté en el suelo frío del baño y lloré.

Lloré como nunca antes lo había hecho, mezclando las lágrimas con la angustia, el miedo y la confusión. Javier no solo me había acusado injustamente de algo absurdo, sino que ahora llevaba un hijo suyo dentro de mí.

Con manos temblorosas agarré el móvil, enviando desesperada un mensaje a Aurora:

«Necesito hablar contigo urgentemente. Voy hacia tu casa ahora mismo.»

Sin esperar respuesta, me levanté, secándome rápidamente las lágrimas que, pese a mis esfuerzos, seguían cayendo incontrolablemente.

Durante el camino hacia casa de Aurora intenté poner orden en mis pensamientos, pero todo era un absoluto caos.

Cuando llegué, Aurora ya me esperaba angustiada en la puerta.

Nada más ver su rostro preocupado, toda la fuerza que aún me quedaba se desvaneció por completo, y comencé a llorar de nuevo

mientras entraba en su casa, casi sin fuerzas para sostenerme en pie.

—¡Daniela, ¿qué ha pasado?! ¡Me estás asustando! —exclamó alarmada, tratando de abrazarme y guiarme hasta el sofá.

—Aurora, no sé qué hacer… —balbuceé entre sollozos, tapándome el rostro con las manos.

Ella me abrazó con fuerza, intentando inútilmente tranquilizarme.

Nos quedamos allí largos minutos mientras yo lloraba sin control. Cuando finalmente logré respirar un poco mejor, le conté lo que había ocurrido con Javier en nuestra cita, sus acusaciones absurdas e infundadas, y cómo me había tratado.

Aurora me escuchó atentamente, visiblemente impactada con todo aquello.

—¡No puedo creer que te haya hecho eso! ¡Qué imbécil! —exclamó indignada, negando con la cabeza.

—Eso ni siquiera es lo peor… —susurré, desviando la mirada, sintiendo que el corazón se me oprimía aún más—. Hay algo todavía más grave.

—Dios mío, Dani, ¿qué puede ser peor que eso?

Respiré profundamente, la miré directamente a los ojos y finalmente lo dije:

—Esta mañana me hice un test y… estoy embarazada.

Aurora se quedó completamente inmóvil durante unos segundos, paralizada por la sorpresa, antes de negar lentamente con la cabeza.

—¿Estás embarazada de Javier? —preguntó en voz baja, sorprendida, sujetando mis manos con firmeza.

Simplemente asentí, dejando que las lágrimas fluyeran nuevamente.

—Eh, tranquila… tranquila, Dani, no estás sola, ¿vale? —Aurora comenzó a hablar rápidamente, acariciándome suavemente el cabello, como si quisiera borrar todo mi dolor con un simple gesto—. Estoy aquí contigo. Vamos a solucionarlo, te lo prometo.

—¿Cómo, Aurora? ¡Él ni siquiera me cree! ¿Qué pensará cuando le diga lo del embarazo? —pregunté desesperada, sintiendo un miedo intenso con solo imaginar aquella posibilidad.

—¡Tú no hiciste nada malo, amiga! Tendrá que entenderlo. Y si no lo hace, peor para él. Eres fuerte, Dani, vas a superar esto. No necesitas para nada a Javier —dijo con firmeza, intentando transmitirme confianza.

Respiré hondo, absorbiendo aquellas palabras y sintiendo algo de alivio por su apoyo incondicional.

Era cierto que no estaba sola; a pesar de todo, todavía había personas con las que podía contar.

Pero en el fondo, aunque Aurora estuviera a mi lado, no podía ignorar el dolor que me invadía al pensar en Javier.

¿Volvería a acusarme otra vez, utilizando esta vez el embarazo como pretexto?

Por más que intentara evitarlo, no lograba dejar de pensar en él. Y en cómo mi vida —y probablemente la suya— cambiaría radicalmente a partir de ahora.

Solo que no tenía ni la menor idea de cómo iba a enfrentar todo aquello.



CAPÍTULO 36

«Algunos problemas requieren mucho más que una simple solución: exigen valentía para enfrentarlos».

JAVIER FERRARA

Intenté no pensar en nada que no fuera trabajo hoy.

Tenía demasiadas cosas que resolver y necesitaba toda mi concentración, especialmente tras el caos que se había desatado temprano con el contrato internacional del Banco Clarion.

El valor involucrado no era ninguna broma: casi ochenta millones de dólares, y un solo error podría ser fatal para toda la operación.

—Ferrara, esto lleva dándome dolor de cabeza desde ayer —se quejó Santiago, frotándose la frente con los dedos mientras observaba el contrato sobre la mesa—. No puedo creer que hayan dejado pasar un error tan absurdo.

Negué con la cabeza, irritado, totalmente de acuerdo con él.

—Personalmente me encargaré de despedir al responsable. Pero primero debemos encontrar una solución inmediata. ¿Has intentado contactar ya con el equipo jurídico del Clarion?

—Sí, pero aún no han respondido. Imagino que estarán tan perdidos como nosotros —respondió Santiago, suspirando frustrado.

Pasamos largas horas discutiendo cláusulas, revisando anexos y buscando alternativas que no comprometieran el desarrollo del negocio.

Era uno de esos problemas que ponían a prueba incluso mi paciencia, algo que habitualmente no perdía con facilidad.

Finalmente, cerca de la hora del almuerzo, encontramos una salida y el alivio inundó de inmediato la oficina.

—Gracias a Dios —murmuró Santiago, recostándose en su silla con gesto victorioso—. Pensaba que íbamos a estar aquí hasta mañana.

—Eso es porque eres un exagerado —comenté burlón, guardando los documentos con cuidado—. Si dependiera de ti, ya habríamos quebrado hace años.

Él soltó una carcajada, levantándose poco después y estirándose.

—Voy a comer en el restaurante italiano que hay enfrente. ¿Vienes conmigo hoy o el señor adicto al trabajo se saltará otra vez la comida?

Puse los ojos en blanco, pero decidí que hoy merecía una tregua.

—Te acompaño esta vez. No aguanto más tus quejas diarias.

Santiago sonrió, claramente satisfecho con mi respuesta, y nos dirigimos hacia el ascensor. Al llegar a la planta baja, el movimiento era más intenso de lo habitual.

Caminamos hacia la salida, mientras yo ajustaba la americana, pensando ya en qué pediría en el restaurante.

Fue entonces cuando la vi.

Daniela estaba de pie cerca de la recepción, esperando algo o a alguien, no pude distinguirlo bien. Nuestras miradas se cruzaron de inmediato y, por un segundo, todo a mi alrededor pareció detenerse.

La observé más atentamente y noté algo extraño en ella: tenía el rostro abatido, los ojos cansados e hinchados, sin aquel brillo habitual que yo había empezado a reconocer.

Sentí una inquietud extraña, una especie de alarma sonando en mi cabeza mientras intentaba descifrar qué podría estar ocurriendo.

Por mucho que aún tuviera mis reservas hacia ella, verla de aquella manera me incomodó profundamente. Aquella no era la Daniela vibrante, llena de vida y ocurrencias que yo conocía. Estaba distinta, claramente triste o incluso mal.

—Ferrara, ¿has oído lo que te he dicho? —Santiago me dio un ligero codazo, sacándome de esas reflexiones inesperadas.

Negué con la cabeza, desviando rápidamente la mirada hacia él.

—No. ¿Qué decías?

Él siguió brevemente mi mirada, notando a Daniela allí de pie, y arqueó una ceja en gesto provocador.

—Ah, entiendo. ¿Ahora resulta que sí te preocupa?

Ignoré su comentario, retomando mis pasos firmes hacia la salida.

—Vamos a comer de una vez, Santiago.

Mientras salíamos del edificio, aún podía sentir la mirada de Daniela sobre mí, y tuve que luchar conmigo mismo para no volver la vista atrás.

No tenía claro qué significaba aquel breve encuentro visual o qué le estaba ocurriendo a Daniela, pero algo dentro de mí rechazaba profundamente verla así.

Y por más que intentara ignorarlo, por más que quisiera mantener mi habitual frialdad, no lograba apartar de mi mente una pregunta inquietante:

¿Por qué Daniela Castro parecía tan destrozada?

DANIELA CASTRO

Mi día de trabajo ya era lo bastante complicado sin tener que enfrentarme además a la mirada fría y distante de Javier. Cuando nuestros ojos se cruzaron, sentí que el corazón se me paraba por un segundo.

Esperé ingenuamente alguna señal que indicara que él estaba arrepentido por las duras palabras que me había dicho, pero lo único que recibí fue aquella expresión indiferente, casi arrogante, que consiguió hacerme sentir aún más pequeña de lo que ya me sentía.

Respiré profundamente y desvié la mirada, tratando de fingir normalidad mientras caminaba hacia el restaurante con mis compañeros.

Las manos me temblaban discretamente mientras mis pensamientos se agitaban en una tormenta imparable dentro de mi cabeza.

Embarazada.

Esa palabra aún me resultaba absurda y surrealista.

¿Cómo iba a contarle eso a Javier después de nuestra última conversación? ¿Cómo reaccionaría él? Si ya antes me había acusado de tener segundas intenciones, ¿qué diría ahora?

—Daniela, ¿estás bien? —preguntó Júlia, una compañera de trabajo, observándome con curiosidad—. Pareces bastante distraída hoy.

—Sí… Todo perfecto, solo estoy un poco cansada —respondí, intentando esbozar una sonrisa convincente, aunque claramente no lo conseguí.

Ella no pareció creerme del todo, pero terminó cambiando de tema, algo que agradecí internamente.

El resto del trayecto hasta el restaurante lo llenaron conversaciones triviales y risas ocasionales, aunque yo me sentía completamente desconectada de todo aquello, distante, como si estuviera en otro lugar.

Durante la comida intenté al máximo participar, reírme de las bromas tontas y comentar asuntos del trabajo, pero cada vez que el rostro de Javier aparecía en mi mente, sentía un dolor agudo en el pecho.

Era como si estuviera viviendo dos vidas paralelas, destinadas a chocar violentamente en algún momento.

—Y tú, Daniela, ¿tienes algún plan especial para el fin de semana? —preguntó Henrique, otro compañero, tratando de mantener la conversación.

—No… nada especial —murmuré, desviando la vista un instante —. Quizá empiece alguna serie nueva con mi hermanita. Ya sabéis lo fanática que es con las series.

Se rieron y empezaron a comentar sus series favoritas, pero nuevamente me perdí en mis propios pensamientos.

Mi cuerpo estaba allí, en aquel restaurante, pero mi mente seguía vagando hacia un lugar distante, donde habitaba aquel hombre frío, enigmático y tremendamente complicado llamado Javier Ferrara.

Cuando por fin regresamos a la empresa, intenté concentrarme en mis tareas, aunque mi mente volvía siempre al mismo punto.

La pregunta que tanto había intentado evitar reaparecía insistentemente: ¿cómo le iba a decir a Javier que estaba esperando un hijo suyo?

Él ni siquiera confiaba en mí. ¿Cómo reaccionaría ahora? La garganta se me cerraba solo de imaginarme la expresión fría en su rostro mientras volvía a dudar de mis intenciones, quizás hasta acusándome de haberlo planeado todo.

Suspiré profundamente, pasándome la mano por el rostro mientras miraba fijamente la pantalla del ordenador sin realmente ver nada.

Tenía el corazón cargado y la cabeza hecha un lío. No había manera sencilla de afrontar aquella situación, pero sabía que tenía que actuar más temprano que tarde.

—Vamos, Daniela… —me susurré a mí misma, buscando algo de fuerza—. Tendrás que hacerlo en algún momento. Cuanto antes lo enfrentes, mejor.

Cerré los ojos unos segundos, luchando contra las lágrimas que amenazaban con volver a brotar. En ese instante sentí que alguien tocaba suavemente mi hombro.

—¿Segura que estás bien? —me preguntó Júlia con preocupación, en voz baja.

Abrí lentamente los ojos, mostrando una leve sonrisa.

—Sí, Jú, de verdad… Es solo uno de esos días complicados, ¿sabes?

Ella me apretó suavemente el hombro en un gesto reconfortante.

—Ya sabes que puedes contar conmigo para lo que sea, ¿verdad?

Asentí, intentando no mostrar más vulnerabilidad, y ella volvió a su escritorio.

El resto de la tarde pasó lentamente, cada minuto parecía una eternidad.

Y, por mucho que intentara centrarme en el trabajo, solo conseguía pensar en cómo me enfrentaría a Javier y en todas las complicaciones que aquella noticia podría causar.

Mi vida ya era suficientemente complicada antes, pero ahora sentía que estaba a punto de ponerse patas arriba por completo.



CAPÍTULO 37

«Hay verdades que, al ser reveladas, tienen el poder de cambiar toda una vida en cuestión de segundos».

JAVIER FERRARA

Durante la semana siguiente, me concentré en el trabajo mientras esperaba recibir información más concreta de mi investigador.

Cuanto más tiempo transcurría, más parecía adquirir importancia el asunto relacionado con Daniela, aunque no estuviese dispuesto a reconocerlo abiertamente.

Sin embargo, no permitiría que eso afectase a mi desempeño en la empresa.

Aquella tarde participé en una reunión clave sobre el lanzamiento de un nuevo producto financiero digital: Ferrara Premium Invest, una aplicación exclusiva destinada a inversores de alto nivel, que ofrecía inteligencia artificial avanzada para asesoramiento financiero personalizado.

Santiago siguió con atención la presentación, intercambiando miradas conmigo de vez en cuando, mientras ambos evaluábamos cuidadosamente las implicaciones del proyecto.

—¿Y bien, Ferrara? —me preguntó Santiago al terminar la exposición, esperando que diera mi aprobación definitiva—. ¿Crees que es el momento oportuno?

Analicé rápidamente las cifras y gráficos que tenía delante, sopesando la decisión con calma.

Tras unos segundos, asentí, satisfecho con la propuesta.

—Sí, está bien estructurado. Tiene todo lo necesario para captar a nuestro público principal. Puedes avanzar con ello inmediatamente.

Él sonrió complacido.

—Sabía que te gustaría. Me aseguraré de que todo esté listo lo antes posible.

Después de la reunión, seguimos conversando sobre otros detalles operativos hasta que Santiago tuvo que irse a otro compromiso.

Regresé a mi despacho, sumergiéndome nuevamente en montones de documentos y contratos pendientes. El tiempo pasó volando, como siempre que me concentraba en el trabajo.

Cerca del final de la jornada decidí que era hora de cerrar por hoy.

Me levanté de la silla, ajustándome la americana mientras planeaba mi salida, cuando sonó el teléfono.

—Señor Ferrara, una empleada quiere hablar con usted —anunció la voz siempre educada de Amanda, mi secretaria.

—¿Quién es? —pregunté sin demasiada paciencia, agotado después del intenso día.

—Daniela Castro —respondió, con un leve matiz de duda en su tono.

Guardé silencio durante unos segundos.

Mi primer impulso fue negarme. Sin embargo, algo en mi interior, una curiosidad inexplicable o quizá el simple orgullo de tener finalmente razón, pudo más.

—Déjala pasar.

Respiré hondo, manteniendo mi habitual postura fría y distante.

En cuanto Daniela entró, me di cuenta al instante de que algo no estaba bien. Parecía abatida, con marcadas ojeras bajo aquellos ojos marrones que en otros momentos me habían mirado con vitalidad.

Su postura era encorvada e insegura, muy distinta de aquella mujer llena de humor y personalidad que había conocido.

—Siéntate —indiqué la silla frente a mí, con voz firme e impersonal.

Ella dudó, pero finalmente se sentó lentamente. Percibía cuánto le costaba aquella situación, pero estaba decidido a no dejar que mi corazón flaqueara.

—Entonces, Daniela, ¿de qué se trata? —pregunté, directo al grano.

Respiró hondo, mordiéndose el labio inferior como si reuniera fuerzas para decir algo extremadamente difícil.

Dejé que se tomara su tiempo, observando atentamente cada expresión de su rostro. Un silencio incómodo flotó entre nosotros varios segundos hasta que finalmente encontró valor para hablar.

—Tengo que confesarte algo, Javier —su voz sonó débil, casi temblorosa.

Una leve sonrisa se formó en la comisura de mis labios, satisfecho. Estaba plenamente seguro de que mis sospechas iban a confirmarse en ese mismo instante.

Me preparé para escuchar, finalmente, cuáles habían sido sus intenciones desde el principio.

—Adelante. Te escucho —la animé con sutil ironía, esperando el golpe final que demostraría que tenía razón.

Ella apartó la mirada, jugueteando nerviosamente con los dedos sobre su regazo, luchando contra sus emociones.

—Daniela —insistí, impaciente por acelerar aquel momento—, habla ya.

Ella levantó lentamente el rostro, mirándome con una mezcla de miedo, tristeza y determinación que jamás había visto en ella.

—Recientemente he descubierto que… estoy embarazada —dijo en voz baja, casi un susurro, pero suficientemente claro como para que lo escuchase perfectamente—. Y el hijo es tuyo.

Se me cortó la respiración y la expresión confiada e irónica que había mantenido hasta ese momento se derrumbó por completo.

Aquello era lo último que esperaba escuchar.



CAPÍTULO 38

«La vida tiene una extraña manera de ponernos frente a verdades que nunca quisimos enfrentar».

DANIELA CASTRO

No sabía qué vendría a continuación.

Decirle aquello a Javier no había sido fácil, y desde luego, su reacción no fue la que había imaginado. Al menos, no de esa manera.

Cuando las palabras salieron de mi boca, pude ver claramente la incredulidad en su rostro.

—¿Embarazada? —repitió con una sonrisa cínica, casi burlona, como si aquello fuera un mal chiste—. No estarás hablando en serio, Daniela.

—¡Te lo digo muy en serio! —repliqué, notando cómo mi voz flaqueaba por los nervios. Sentí que mi respiración se aceleraba y el corazón me latía con fuerza en el pecho—. Me hice la prueba, no hay ningún error.

Él negó con la cabeza, alejándose lentamente y recorriendo con pasos lentos la amplia oficina, con las manos en los bolsillos de su impecable americana.

—¡Esto es ridículo! ¿De verdad crees que voy a caer en esta absurda mentira tuya?

Le miré, impactada por la dureza de sus palabras, y sentí que la rabia comenzaba a subir por todo mi cuerpo.

No podía creer que, después de todo, tuviera el descaro de decirme aquello.

—¡No estoy mintiendo, Javier! —insistí, intentando mantener la calma, aunque mi voz comenzaba a quebrarse—. No tengo ningún motivo para inventarme algo así.

—¿Que no tienes motivos? —me encaró con expresión feroz, casi llena de rabia—. ¿No era este tu plan desde el principio? Seducir a un hombre rico, quedarte embarazada y luego sacar de él todo lo que puedas.

Me quedé sin palabras por un momento, sintiendo cómo mi rostro ardía ante aquella acusación tan injusta y absurda.

—¡No puedo creer que hayas dicho eso! ¡Yo jamás haría algo así!

—¡Entonces dime la verdad, Daniela! —exigió, acercándose bruscamente y mirándome con intensidad—. ¿Qué es lo que realmente buscas de mí?

Noté que mis ojos ardían y las lágrimas amenazaban con brotar mientras la rabia y la frustración se mezclaban en mi interior.

—¡No busco nada, Javier! ¡Nunca quise nada más que conocerte mejor, porque me gustaste! —Mi voz tembló, y su fría mirada se endureció todavía más.

Él soltó una risa amarga que me partió el corazón.

—Por favor, no intentes convencerme con este teatrillo barato. Sé perfectamente quién eres en realidad.

Le miré confundida, incapaz de entender nada.

—¿De qué estás hablando?

Me observó con frialdad, cruzando los brazos con gesto severo, lleno de desconfianza.

—Me advirtieron sobre ti en el evento. Una mujer llamada Daniela Castro, conocida por colarse en fiestas, robar a los invitados y causar escándalos. Todo esto lo planeaste, ¿verdad?

La sorpresa me dejó completamente paralizada, y las lágrimas que había estado intentando contener empezaron a rodar por mis mejillas.

—¿Qué? ¡Eso es totalmente absurdo! —exclamé en shock—. ¡Javier, esa no soy yo, te lo juro! Estuve en aquella fiesta, sí, pero vi a la mujer que provocó el escándalo. Tenía mi mismo nombre y apellido, ¡pero no era yo!

Él puso los ojos en blanco, claramente sin creer ni una sola palabra de lo que estaba diciendo.

—¿Crees que voy a tragarme una coincidencia así? Por favor, ahórrame este drama patético.

Respiré hondo, intentando desesperadamente mantener la compostura, pero el daño que él me estaba haciendo era demasiado profundo como para ignorarlo.

—¡No estoy inventando nada! ¡Jamás he hecho algo así! ¡Ni siquiera me conoces lo suficiente como para acusarme de eso!

Él dio un paso adelante, reduciendo el espacio entre nosotros, con el rostro duro e implacable.

—Tengo información. No volveré a caer en trampas como esta. No permitiré que me engañen de nuevo, Daniela. Ya me sucedió una vez, y no pienso dejar que ocurra otra.

Ese comentario me dejó paralizada un instante.

Así que era eso.

Me estaba comparando con alguien de su pasado. El resentimiento, el trauma provocado por otra persona estaba siendo injustamente proyectado sobre mí.

—Estás proyectando sobre mí lo que te hizo otra persona, Javier. Pero yo no soy ella, no soy una estafadora —afirmé con firmeza, tratando de secar las lágrimas que seguían cayendo.

—Me gustaría creerte —respondió él con ironía—. Pero cada detalle que descubro confirma justo lo contrario.

Negué con la cabeza, incrédula, entendiendo que aquella discusión no nos llevaría a ninguna parte.

—¿Sabes qué? Me arrepiento profundamente de haberme involucrado contigo —declaré, reuniendo la poca fuerza que me quedaba—. Creí que eras un hombre diferente, alguien decente, pero claramente eres todo lo contrario.

—Tu opinión me importa muy poco —replicó fríamente.

Respiré profundamente, reuniendo todo mi valor para enfrentar nuevamente aquellos ojos fríos y duros.

—Pero hay algo que no cambiará, independientemente de lo que creas o dejes de creer. Estoy embarazada, y el hijo es tuyo. Te guste o no.

Él arqueó una ceja en claro desafío.

—No te creo.

Respiré profundamente, enfrentándome a su mirada con determinación.

—Entonces haré que me creas. De una forma u otra.

Sin esperar respuesta, me giré rápidamente hacia la puerta y salí de aquella sala que de repente me resultaba asfixiante.

El corazón me latía con fuerza, una sensación de dolor casi físico recorrió mi cuerpo mientras las lágrimas silenciosas continuaban cayendo.

Al atravesar la puerta, la cerré con fuerza detrás de mí, intentando contener la emoción que me dominaba. Era el momento de enfrentar el mayor desafío de mi vida.

Y estaba dispuesta a hacerlo sola si era necesario.



CAPÍTULO 39

«La verdad, cuando aparece inesperadamente, puede derrumbar hasta las certezas más sólidas».

JAVIER FERRARA

Era difícil sacarme de mis casillas, pero en ese momento me encontraba peligrosamente cerca de mi límite.

Las palabras de Daniela aún resonaban en mi cabeza, provocando una tormenta de dudas que no era capaz de controlar. No había espacio para la calma ni para la racionalidad en aquel instante.

Antes de darme cuenta, golpeé con fuerza ambas manos sobre la mesa, haciendo que el ruido retumbara en mi amplio despacho.

La puerta se abrió casi inmediatamente, y Santiago entró mirándome con sorpresa y preocupación a partes iguales.

—¿Qué ha pasado, Javier? —preguntó con cautela—. Tú nunca pierdes los nervios así.

Tardé varios segundos en responder, manteniendo la mirada fija en un punto vacío de la pared detrás de él. Cuando por fin logré hablar, mi voz sonó baja y cargada de una tensión poco habitual:

—Daniela ha estado aquí.

Santiago frunció el ceño, acercándose lentamente y arrastrando una silla para sentarse frente a mí. Sus ojos permanecían atentos, claramente consciente de la gravedad de la situación.

—Vale, ¿y…?

Respiré profundamente, apretando la mandíbula antes de admitir lo que todavía no había sido capaz de aceptar plenamente.

—Dice que está embarazada. Y que el hijo es mío.

Un pesado silencio cayó entre nosotros. Santiago pareció quedarse sin palabras por un instante, observándome fijamente mientras trataba de procesar lo que acababa de escuchar.

—¿Embarazada? —consiguió preguntar finalmente, casi en un susurro—. ¿Estás seguro de que no se lo está inventando?

—¡No lo sé! —respondí con evidente frustración, pasándome las manos por el cabello con impaciencia—. La acusé de ser una estafadora, de haber planeado todo desde el principio. Pero insistió en que no tenía ni idea de lo que estaba diciendo.

—Javier… —Santiago empezó, titubeante—. ¿Te acostaste con ella sin protección?

Cerré los ojos un segundo, reconociendo mi error con reticencia. Era un error que jamás debería haber cometido, y Santiago lo sabía tan bien como yo.

—Sí. Ocurrió aquella noche, en el evento. No lo pensé… —admití, irritado conmigo mismo—. ¿Crees que lo hizo a propósito? ¿Que todo esto es parte de un plan?

Santiago suspiró, recostándose en su silla mientras buscaba una respuesta adecuada. Él estaba acostumbrado a situaciones

complicadas, pero aquello parecía superar cualquier límite imaginable.

—Sinceramente, no lo sé. Quizá sí, quizá no. ¿Has considerado la posibilidad de que te estés equivocando con ella?

Lo miré fijamente, incrédulo por lo que acababa de escuchar.

—¿Tú también vas a poner en duda mi palabra ahora, Santiago?

Él levantó las manos en son de paz.

—No dudo de ti, solo sugiero que evalúes esto con más calma. Esa acusación contra ella siempre ha sido muy extraña, y hasta ahora tu investigador no ha encontrado absolutamente nada.

Respiré hondo, irritado por la lógica de las palabras de mi amigo.

No quería creer en la inocencia de Daniela, no después de todo lo que me ocurrió en el pasado. La traición era algo que ya había experimentado una vez, y me prometí a mí mismo que jamás volvería a pasar por lo mismo.

—¿Y qué esperas que haga ahora? —pregunté con brusquedad, impaciente—. ¿Aceptar su historia sin cuestionarla y fingir que creo en su inocencia?

—No, no digo eso. Solo que pienses antes de actuar. Si este embarazo es real, las consecuencias irán mucho más allá de un simple malentendido, Javier.

—Lo sé —murmuré, casi en forma de desahogo—. Pero ahora mismo no puedo aceptar que esto sea verdad. No tiene sentido.

—Entonces quizás lo mejor sea esperar un poco más. Asegúrate por completo. Siempre has sido metódico, no permitas que una emoción descontrole toda tu vida.

Volví a mirar a Santiago, considerando sus palabras. Tenía razón, como casi siempre sucedía. Aun así, me resistía a dar mi brazo a torcer.

—Está bien, lo pensaré mejor —dije, dando por terminada la conversación—. Pero ahora mismo no quiero hablar más sobre esa mujer.

Santiago asintió con respeto, aceptando mi decisión.

—De acuerdo, volvamos entonces a lo que realmente importa ahora mismo —dijo, abriendo una carpeta que había traído y cambiando hábilmente el tono de la conversación hacia un terreno más seguro—. Debemos terminar el contrato del lanzamiento del nuevo producto.

—Sí, solucionemos eso cuanto antes —afirmé, intentando alejar por un instante los pensamientos relacionados con Daniela.

Por más que lo intentara, sin embargo, sus palabras no desaparecían de mi mente. Su rostro abatido y su mirada herida volvían una y otra vez, desafiando mi certeza sobre su culpabilidad.

Por mucho que repitiera mentalmente que no le creía, una pequeña parte de mí empezaba a dudar de mis propias convicciones.

En medio de la discusión sobre el contrato, me di cuenta de que estaba completamente distraído. Santiago también lo notó, aunque esta vez sabiamente decidió no decir nada al respecto.

Sabía que aquello era algo que debía resolver por mí mismo.

Cuando la reunión terminó y él salió del despacho, volví a recostarme en mi silla, dejando que mi mirada se perdiera en la vista de la ciudad que se extendía tras el grueso cristal panorámico de mi oficina.

Mi vida siempre había estado meticulosamente organizada, perfectamente bajo control. Pero Daniela Castro acababa de poner todo mi mundo patas arriba.

Ahora debía decidir cuál sería mi próximo paso, y no tenía ni la menor idea de por dónde empezar.

Quizá había llegado el momento de admitir que aquella mujer representaba un misterio mucho mayor del que yo estaba dispuesto a aceptar. Quizá fuera el momento de enfrentar una verdad que no quería reconocer.

Sin embargo, fuera cual fuera esa verdad, iba a descubrirla. Y si Daniela Castro realmente estaba mintiendo, pagaría caro por intentar engañarme.

Respiré profundamente, decidido. Aquel era un juego que no pensaba perder, sin importar lo mucho que pudiera costarme.



CAPÍTULO 40

«A veces, el valor que más necesitamos es precisamente el que nos permite revelar nuestros mayores miedos».

DANIELA CASTRO

Tenía miedo de contarle a mi madre lo que realmente necesitaba decirle.

Aunque había ensayado aquellas palabras durante todo el camino de regreso a casa, ahora, plantada delante de la puerta, sentía cómo el

corazón latía con fuerza en mi pecho, cada golpe más acelerado que el anterior.

Mi madre estaba sentada en el sofá del salón, mirando algo en el móvil. Cuando me vio entrar, la sonrisa que tenía dibujada en el rostro se desvaneció al notar mi semblante preocupado.

—¿Hija? ¿Qué ha pasado? —preguntó rápidamente, levantándose con cierta urgencia.

Tragué saliva, notando cómo me temblaban ligeramente las manos.

—Mamá… necesito hablar contigo. Es algo serio.

Ella asintió, tratando de disimular su preocupación, aunque yo sabía perfectamente que ya estaba imaginando lo peor.

—Claro, cariño. Ven aquí, siéntate conmigo.

Me acerqué lentamente hasta ella, con pasos inseguros, y me senté a su lado en aquel sofá mullido que tan bien conocía. Tomé sus manos con fuerza, buscando apoyo en la mujer que siempre había estado a mi lado, independientemente de las circunstancias.

—Mamá, no sé exactamente cómo decírtelo —comencé, sintiendo un nudo en la garganta. Mis ojos ya comenzaban a llenarse de lágrimas—. Estoy embarazada.

Observé atentamente su rostro, tratando de captar cualquier reacción.

Su expresión pasó de la sorpresa inicial a la preocupación y finalmente se transformó en comprensión y cariño.

—Lo siento mucho, mamá. He cometido un error, no planeé nada de esto, fue un accidente. No quería decepcionarte, y ahora ni siquiera sé qué hacer…

Las lágrimas empezaron a caer libremente, mojando mis mejillas mientras rompía a sollozar. Mi madre me abrazó con fuerza, envolviéndome en sus cálidos brazos, transmitiéndome tranquilidad.

—Eh, tranquila, Dani —su voz era suave y reconfortante—. Todo está bien, cariño. Jamás podría decepcionarme contigo. Un bebé nunca es un error, hija; es una bendición, aunque sea inesperada.

Me aparté un poco para mirarla a los ojos, todavía insegura.

—¿No estás enfadada conmigo?

Ella negó suavemente con la cabeza, mirándome con ternura, los ojos llenos de amor y comprensión.

—Claro que no. Siempre voy a estar contigo, y nunca estarás sola. Vas a ser una madre maravillosa, Dani, y ese bebé será muy querido. Y yo… bueno, ¡seré una abuela súper consentidora! —añadió con una sonrisa traviesa, intentando rebajar un poco la tensión del momento.

No pude evitar sonreír ligeramente, y enseguida me sentí algo más tranquila al recibir su cariño y comprensión. Saber que mi madre estaba a mi lado en este momento difícil hacía que tuviera un poco menos de miedo al futuro.

—Gracias, mamá —susurré emocionada—. Te quiero muchísimo.

—Y yo a ti, hija. Ahora vamos a cuidar de ese bebé juntas, porque somos una familia fuerte, ¿lo recuerdas?

Asentí, notando cómo sus palabras llenaban mi corazón de calidez.

Después de charlar un poco más con ella, fui a mi habitación.

Al cerrar la puerta, la sensación de alivio por haber compartido todo con mi madre volvió a mezclarse con el recuerdo de mi

conversación con Javier.

Su expresión dura y desconfiada aún permanecía grabada en mi mente, y no lograba entender por qué estaba tan seguro de que yo estaba mintiendo.

La confusión del evento había generado un malentendido terrible, y necesitaba hacerle creer la verdad de alguna forma.

Me tumbé en la cama, mirando al techo blanco mientras reflexionaba sobre todo aquello.

Mi vida iba a cambiar por completo a partir de ahora, y sabía que tendría que ser fuerte para enfrentar lo que estaba por venir. Lucharía por mi hijo, por la verdad, y haría todo lo posible por hacerle entender a Javier que aquel bebé también era suyo.

Cerré los ojos, respirando profundamente una vez más.

Quizás ahora mismo me sintiera perdida, pero estaba segura de que acabaría encontrando mi camino. Porque, a pesar de todo, no pensaba rendirme tan fácilmente.



CAPÍTULO 41

«La verdad es una pieza compleja, y a veces, encajarla en nuestra historia puede resultar demasiado doloroso».

JAVIER FERRARA

—¿Cómo que no tienes más información?

Estaba cara a cara con mi investigador, incrédulo y furioso, sintiendo que mi autocontrol se escurría lentamente entre los dedos.

Dalton respiró hondo, manteniendo la compostura, aunque su postura firme dejaba ver claramente el esfuerzo que hacía por no

reaccionar ante mi tono agresivo.

—Señor Ferrara, mi equipo y yo hemos investigado hasta el último detalle sobre Daniela Castro. Hemos realizado un análisis exhaustivo de su vida: contactos, redes sociales, historial laboral, expediente académico, familiares cercanos e incluso antiguas relaciones sentimentales. No hemos encontrado absolutamente nada fuera de lo común. Tuvo una relación estable hace algunos años, terminó pacíficamente y desde entonces ha llevado una vida discreta, sin escándalos ni situaciones dudosas.

—¡Eso no tiene sentido, Dalton! —exclamé, golpeando con la palma abierta sobre la mesa con tal fuerza que hasta yo mismo me sorprendí—. Tiene que haber algo más. Alguien en ese evento tenía información concreta sobre ella. Sobre estafas, colarse en fiestas, robos...

Dalton se acomodó en la silla, lanzándome una mirada comprensiva, casi solidaria, que me irritó aún más.

—Entiendo su frustración, pero creo que la persona que le dio esa información estaba equivocada. Quizá confundiera a Daniela con otra persona. Nuestras investigaciones son minuciosas, y si ella

estuviera involucrada en algo así, habríamos encontrado al menos un indicio. No hay absolutamente nada sospechoso sobre Daniela Castro.

—Es imposible —murmuré, alejándome de él y caminando hacia el amplio ventanal de mi despacho. Desde allí podía contemplar São Paulo, aquella ciudad vibrante que siempre había dominado con maestría, pero ahora me sentía impotente ante una mujer aparentemente común, que estaba desestabilizándome por completo—. Sigue buscando. Quiero un segundo análisis, y un tercero si hace falta. Investiga a las personas más cercanas a ella y no pares hasta descubrir algo concreto.

Dalton se levantó, ajustándose la americana y guardando la carpeta que había traído consigo, visiblemente frustrado por no poder satisfacer mis exigencias.

—Señor Ferrara, ya estoy trabajando en colaboración con otros dos investigadores debido a la urgencia que usted exigió. Si hubiera algo más profundo, ya lo habríamos descubierto. Aun así, continuaremos investigando, pero no puedo garantizar resultados diferentes.

—¡Sigue buscando! —dije con firmeza, dando por concluida la conversación.

—Como desee, señor. Le mantendré informado.

Dalton abandonó mi despacho en silencio, y solo entonces pude soltar el aire que había estado conteniendo, notando cómo el corazón me latía acelerado por la rabia y la confusión.

Me acerqué a mi pequeño bar privado, sirviéndome un whisky doble, y dejé que el líquido bajara por mi garganta con la vana esperanza de que eso despejara mis pensamientos.

Daniela Castro era un misterio que necesitaba resolver urgentemente. Era imposible que todas esas acusaciones fueran falsas; después de todo, alguien en aquel evento había hablado con total convicción.

Alguien que parecía conocer perfectamente quién era Daniela y lo que hacía.

Pero ahora hasta mi propio investigador, que jamás me había fallado, me decía que ella era simplemente una mujer común, inocente y quizá víctima de un gran malentendido.

Miré nuevamente hacia la ventana, observando las luces de São Paulo, inquieto y frustrado, con la sensación de que por primera vez estaba a punto de perder completamente el control sobre una situación.

Ya no era solo mi reputación o mi patrimonio lo que estaba en juego, sino también mi cordura.

Necesitaba actuar rápido, encontrar una vía alternativa. Necesitaba algo definitivo para confirmar mis sospechas o descartarlas definitivamente.

Respiré hondo una vez más y, en medio de aquel torbellino de emociones, la idea que necesitaba surgió clara y precisa, como un rayo en mitad de la tormenta.

DANIELA CASTRO

Me estaba costando muchísimo concentrarme en el trabajo.

Todavía no había asimilado todo lo que había ocurrido la semana pasada, y cada vez que miraba la pantalla del ordenador, mi mente simplemente vagaba hacia lugares inciertos, llenos de dudas y angustia.

Me pasé la mano por el rostro, sintiéndome agotada incluso antes de que el día llegase a su mitad. Mi vida había cambiado de la noche a la mañana.

No era solo el embarazo inesperado, sino el hecho de estar embarazada de un hombre que ahora me miraba como si fuera la peor persona del mundo.

Saber que Javier creía que yo era una estafadora me dolía más de lo que estaba dispuesta a admitir, y aquello me consumía lentamente.

¿Cómo iba a cuidar sola de un niño? ¿Y si perdía mi trabajo debido a esa absurda situación que él se había inventado en su cabeza? Respiré profundamente, tragándome el nudo que sentía en la garganta.

No podía permitir que la desesperación me dominara, no ahora, no en el trabajo.

—Daniela, tenemos que ir a la reunión —me llamó Larissa, sacándome de la burbuja de mis pensamientos sombríos.

—Claro, voy enseguida.

La reunión era con todo el equipo, y tuve que reunir toda mi energía para centrarme en las palabras que se decían a mi alrededor.

Intenté parecer enfocada, pero todo parecía demasiado lejano, como si estuviera escuchando un eco procedente de muy lejos. Tenía que reaccionar, por mí y por el bebé que ahora crecía dentro de mí.

Cuando terminó la reunión, regresé a mi mesa intentando sumergirme en el trabajo. Rellené informes, organicé documentos e hice todo lo que estaba en mi mano para no pensar en Javier.

Durante algunos momentos incluso funcionó, pero siempre acababa volviendo al mismo punto.

—Daniela, ¿puedes entregar estos documentos y solucionar unos asuntos pendientes en el departamento financiero? —Larissa apareció de nuevo a mi lado con una pila considerable de papeles.

—Claro. —Sonreí débilmente, aceptando una misión que, siendo sincera, me venía estupendamente para distraerme.

Caminé por los pasillos de la empresa, saludando a algunos compañeros e intercambiando breves comentarios sobre plazos y procesos.

Por unos minutos, el trabajo me absorbió por completo, logrando que olvidase brevemente todos mis problemas. Pero el alivio duró muy poco.

Al terminar mis tareas y acercarme al ascensor para regresar a mi área, sentí que el corazón se me detenía por unos instantes.

Allí estaba Javier, parado e imponente, con su expresión dura e indescifrable, esperando a que el ascensor se abriera. Él me vio y, sin decir nada, aguardó a que yo entrara primero.

Entré, tratando de ocultar lo mucho que aquello me afectaba. Las puertas se cerraron lentamente, creando un silencio pesado que parecía gritar entre nosotros.

Durante un instante pensé que no se diría nada, hasta que su voz resonó en el estrecho espacio:

—Voy a descubrir qué es todo esto, Daniela. Puedes estar segura.

Le miré, sintiendo cómo una mezcla confusa de dolor y rabia me invadía por completo.

—Esto es la vida, Javier —mi voz sonó firme, aunque por dentro estaba temblando—. No he hecho nada malo. No sé por qué te has inventado esta historia absurda, pero eres libre de creer lo que quieras. Si no quieres formar parte de la vida del bebé, lo entiendo, pero eso no cambiará que es tu hijo.

—¿Estás diciendo que renunciarías incluso a una prueba de ADN? —arqueó una ceja, desafiándome con la mirada.

Dudé por un breve instante.

Una prueba demostraría que yo tenía razón, pero eso no mitigaba lo mucho que me dolía todo aquello. Respiré profundamente antes de responder:

—Haz lo que creas conveniente, Javier. No necesito tu dinero, no quiero absolutamente nada tuyo. Solo quería que supieras que vas a ser padre. Si decides ignorarlo, adelante. Yo seré madre y padre si hace falta, y puedes estar seguro de que me las arreglaré sola.

Las puertas del ascensor se abrieron lentamente, y no perdí ni un segundo en salir de allí, sintiendo el corazón acelerado en mi pecho.

No miré atrás, no me permití ni siquiera dudar, aunque sentía claramente el peso de su mirada clavado en mi espalda mientras caminaba decidida por el pasillo.

Una parte de mí quería romper a llorar, pero otra parte, mucho más fuerte, decidió en ese mismo instante que lucharía por mí y por mi hijo. No necesitaba a Javier Ferrara para criar a mi bebé.

Y si él quería guerra, estaba dispuesta a demostrarle que podía vencer cualquier batalla.



CAPÍTULO 42

«La verdad, muchas veces, es solo cuestión de perspectiva... hasta que las pruebas demuestran lo contrario».

JAVIER FERRARA

Nunca salía del trabajo para resolver asuntos personales, pero hoy iba a hacer una excepción.

Realicé varias llamadas rápidas antes de abandonar el edificio, decidido a poner fin de una vez por todas a esta historia con Daniela Castro.

Necesitaba respuestas concretas, no solo conjeturas o investigaciones superficiales.

Mi mente no paraba ni un instante mientras el chófer me llevaba al lugar acordado, un edificio comercial situado en una zona concurrida de São Paulo. Con cada minuto que pasaba, mi irritación aumentaba, especialmente al recordar la última conversación que tuve con Daniela.

Parecía tan sincera al negar las acusaciones que, en ciertos momentos, casi llegué a creerla. Y precisamente eso era lo que más me molestaba: ya no podía confiar ciegamente en nadie.

Al llegar, me recibieron rápidamente en la recepción con una cortesía que rozaba la reverencia. Subí al piso indicado, encontrando al hombre con quien había hablado brevemente en aquella fatídica fiesta.

Parecía incluso más nervioso que la última vez, tragando saliva al verme entrar en su despacho.

—Señor Ferrara, qué sorpresa verlo por aquí… —murmuró, ajustándose rápidamente la corbata mientras se levantaba de su silla.

—Voy a ir directo al grano —le interrumpí, sin paciencia para rodeos—. Fuiste tú quien afirmó aquel día que una mujer llamada Daniela Castro provocaba problemas en eventos, ¿cierto?

Él respiró profundamente, visiblemente inquieto bajo mi severa mirada.

—Sí, señor. Lo confirmé yo mismo. Pero únicamente estaba transmitiendo las informaciones recibidas por mi jefe. Él siempre nos advierte sobre ciertos nombres. Esa Daniela Castro es conocida por causar conflictos, hurtos, situaciones incómodas… cosas por el estilo.

Lo observé con detenimiento, entornando los ojos mientras analizaba sus palabras. No parecía estar mintiendo, pero necesitaba profundizar aún más.

—¿Quién es tu jefe? —pregunté enseguida—. Necesito hablar directamente con él. Ahora mismo.

—Por supuesto, claro… —Vaciló por un segundo, pero rápidamente cogió el teléfono y, tras una breve conversación, me hizo una señal para que lo siguiera hasta otro piso.

Pocos minutos después, me encontraba ante un despacho amplio y elegante. Un hombre mayor, bien vestido y con una expresión segura, me recibió con una sonrisa educada, claramente consciente de quién era yo.

—Señor Ferrara, es un placer recibirlo personalmente. Soy Marcos Aurélio, responsable de la organización de eventos en este recinto.

Ignoré el saludo formal, yendo directo al asunto que me interesaba:

—Necesito información sobre una mujer llamada Daniela Castro. Quiero saber todo lo que tengas sobre ella. Y exijo la verdad.

Él no pareció sorprendido por la pregunta y contestó con firmeza, sin apartar su mirada de la mía:

—Daniela Castro es conocida por aparecer en eventos sin invitación, provocando incomodidades, armando escenas para llamar la atención e incluso llevando a cabo pequeños hurtos. Hemos tenido varios incidentes con ella, por eso advertimos a nuestros empleados para que tengan cuidado siempre que ella esté presente. Curiosamente, su nombre figuraba en la lista aquella noche.

Algo dentro de mí seguía resistiéndose a aceptar plenamente esas palabras. La imagen que él describía no coincidía con la Daniela que yo conocía.

—¿Tenéis fotos de esa mujer? ¿Registros, vídeos, cualquier prueba concreta?

Él dudó durante un breve instante, frunciendo ligeramente el ceño.

—Ahora mismo no disponemos de fotos, pero podemos conseguirlas en cuanto ella vuelva a aparecer. Normalmente no tarda mucho en surgir en algún otro evento. Le puedo avisar inmediatamente, incluso si llega a ser detenida.

—Hazlo. Quiero que me mantengas informado de todo lo que descubras sobre ella. —Hice una pausa, mirándole fijamente—. ¿Existe alguna posibilidad de que os hayáis equivocado aquella noche?

Él sonrió con ironía, sacudiendo negativamente la cabeza.

—No, señor Ferrara. La mujer fue reconocida por los vigilantes y expulsada del evento inmediatamente después de provocar una escena.

Fruncí el ceño, insistiendo una vez más:

—¿Y si hubiese otra Daniela Castro en ese mismo evento? ¿Has considerado esa posibilidad?

Esta vez soltó una breve risa, baja y sarcástica.

—Sería una coincidencia demasiado absurda, ¿no cree? Le puedo garantizar que revisamos minuciosamente la lista de invitados. No había otra Daniela Castro en la lista oficial.

Respiré profundamente, conteniendo mi frustración.

Algo en mi interior seguía dudando, a pesar de todas las pruebas presentadas hasta ahora. Era como si mi instinto gritara que algo no encajaba.

—Bien. Espero esas pruebas tan pronto tengas algo concreto — dije finalmente con tono autoritario, dando por terminada la conversación.

Salí del despacho sin despedirme, la cabeza bullendo mientras caminaba lentamente por el pasillo hasta el ascensor.

Si Daniela realmente estaba diciendo la verdad, significaría que todas esas acusaciones eran un gran malentendido. Sin embargo, si no fuera así… eso significaría que ella era mejor actriz que cualquier otra mujer que hubiese conocido jamás.



CAPÍTULO 43

«A veces, el corazón comprende lo que la razón se empeña en negar».

DANIELA CASTRO

2 meses después

—¿Qué nombre le vas a poner al bebé? —me preguntó mi hermana, con los ojos brillando de curiosidad y una gran sonrisa en los labios.

Desde que le conté la noticia, Nina parecía más entusiasmada que yo misma, haciendo mil planes y, sobre todo, mil preguntas.

—Todavía no lo sé —respondí, jugueteando distraídamente con su pelo—. ¿Se te ocurre alguno?

Nina arrugó la nariz, pensativa.

—Hmm, déjame pensar... Si es niña podría llamarse Valentina, como mi personaje favorito de la serie que estoy viendo. Y si es niño, tal vez Pedro o Arturo, no lo sé. —Hizo una pausa dramática y soltó un suspiro exagerado—. Ay, hermana, ¡qué difícil es elegir!

Reí suavemente, admirando lo dulce que era Nina.

A pesar de todo el lío que Javier había traído a mi vida, ver a mi hermana tan ilusionada compensaba cualquier dificultad que tuviera que afrontar de ahora en adelante.

—Me gusta Valentina, pero vamos a esperar un poco más, ¿vale? Todavía no sabemos si será niño o niña.

—¿Y tú qué prefieres, niño o niña? —me preguntó, acomodándose en el sofá.

—Cualquiera de los dos, mientras venga sano.

Nina me dedicó una gran sonrisa y se acurrucó junto a mí, concentrándose de nuevo en la televisión, donde echaban unos dibujos animados llenos de color.

Aquel sencillo momento con ella me proporcionaba algo de paz y la certeza de que, pese a todo, no estaba sola.

Poco después, escuché la voz inconfundible y animada de Aurora, mi amiga, entrando en la sala.

—¡Ya estoy aquí, familia guapa! —anunció exageradamente, cargada con bolsas llenas de postres y chucherías.

—¡Vaya! ¿Trajiste todo el supermercado o qué? —pregunté riendo.

—¡Solo lo necesario para que mi sobrino o sobrina no se quede con ningún antojo! —Aurora me guiñó un ojo, haciéndome reír de nuevo.

La cena fue muy animada, llena de risas provocadas por las bromas e historias exageradas de Aurora. Incluso mi madre, que últimamente andaba preocupada por mí, terminó relajándose y sonriendo más de lo habitual.

Nina, por supuesto, parecía encantada con todas aquellas anécdotas disparatadas.

Después de cenar, Aurora y yo nos fuimos a mi habitación, dejando que Nina y mi madre terminaran el postre en la cocina.

—Bueno, amiga, ahora en serio, ¿cómo estás realmente? — Aurora se sentó en mi cama, observándome con atención.

Suspiré profundamente, sabiendo exactamente a qué se refería.

—Intentando ir día a día. En el trabajo hago todo lo posible por no cruzarme con Javier. Estoy intentando ahorrar algo de dinero porque, sinceramente, creo que él no querrá hacerse ninguna prueba, dado que no se cree ni una palabra de lo que le digo.

Aurora negó con la cabeza, indignada.

—¡Pero tienes que insistir! ¡No hiciste nada malo, no eres ninguna estafadora! ¡Tienes que demostrarle quién eres realmente, Dani!

—No voy a humillarme más, Aurora —dije con firmeza, sintiendo una punzada en el corazón al recordar las duras palabras de Javier—.

Ya lo intenté suficiente. Si él quiere creerme, genial. Si no, también seguiré adelante sin él.

Ella suspiró, pareciendo comprender mi postura.

—Vale, lo entiendo… Pero dime una cosa: ¿no es difícil estar lejos de él después de todo lo que pasó?

Bajé la mirada, incapaz de ocultar que tenía razón.

—Sí, lo es —admití en voz baja—. Aunque se haya portado fatal conmigo, todavía siento que hay algo dentro de mí que me conecta a él. Hubo momentos en que me hizo sentir especial. Me gustaría entender por qué desconfía tanto de la gente, por qué le cuesta tanto creer en alguien.

Aurora me apretó la mano con gesto solidario.

—Quizá necesita aprender a confiar de nuevo. Pero eso no es responsabilidad tuya. Él es quien tiene que darse cuenta de que tú no eres como las personas que pasaron antes por su vida.

—Ya…

Nos quedamos en silencio un momento, ambas pensativas.

Aurora entonces cambió de tema, hablándome del viaje que planeaba hacer en vacaciones. Dejé que mi mente se relajara, escuchando sus historias, riendo y bromeando como siempre hacíamos.

Cuando se marchó más tarde, cerré los ojos, tumbada en la cama, y respiré hondo. Era inevitable: mi último pensamiento antes de dormirme seguía siendo Javier Ferrara.

No por rencor ni por rabia, sino por una auténtica curiosidad acerca de qué podía haberle sucedido a aquel hombre para volverse tan desconfiado y cerrado al amor.



CAPÍTULO 44

«A veces, es en medio de la tormenta cuando descubrimos la fuerza que no sabíamos que teníamos».

JAVIER FERRARA

—¿Qué vamos a hacer con la filtración de información? —preguntó Santiago, visiblemente preocupado, mientras revolvía frenéticamente los papeles que tenía delante.

Permanecí varios segundos en silencio, intentando asimilar la caótica situación en la que nos habíamos sumergido.

El contrato millonario que habíamos firmado con la constructora Marques & Silva, una alianza que nos reportaría varios millones en los próximos meses, estaba en peligro por una inesperada filtración de datos internos.

El impacto podría acarrearnos enormes pérdidas, tanto financieras como de imagen.

—Necesitamos una auditoría interna inmediata. Quiero saber quién tuvo acceso a la información antes de que se filtrara. Cada empleado será entrevistado por separado —respondí con firmeza, cruzándome de brazos con irritación.

—Eso va a provocar mucho revuelo en la empresa —replicó Santiago, frotándose las sienes—. Pero no veo otra opción.

—No la tenemos. Necesitamos identificar al responsable cuanto antes, o podemos despedirnos del contrato.

Pasamos casi tres horas debatiendo los próximos pasos.

Analizamos varias posibilidades, definimos estrategias y establecimos un plan de acción claro. Cuando por fin alcanzamos un consenso y teníamos todo bien estructurado, salimos de la sala de reuniones mentalmente agotados.

Bajamos al vestíbulo principal del edificio, donde el habitual movimiento de empleados entrando y saliendo me proporcionó un breve alivio. Observar aquella rutina me ayudaba a despejar un poco la mente.

—Tenemos que actuar rápido, Javier. Ahora mismo, el tiempo es nuestro peor enemigo —afirmó Santiago, ajustándose el reloj.

—Lo sé. Y ya lo tenemos todo listo para empezar mañana a primera hora —respondí distraídamente, hasta que mis ojos se toparon con Daniela.

Fue casi instintivo fijarme en ella.

Estaba distinta, más introspectiva. Su expresión era triste y su mirada, distante. Inevitablemente, mis ojos se dirigieron a su vientre, ligeramente más pronunciado, un claro indicio del embarazo que ella aseguraba que era mío.

No podía negar que aquel detalle me incomodaba profundamente. Una parte de mí deseaba creer a Daniela, pero la desconfianza aún predominaba.

Ella pareció percibir mi mirada y desvió rápidamente la suya, como intentando evitar cualquier contacto visual.

—¿Y qué vas a hacer ahora respecto a eso? —preguntó Santiago, percibiendo la tensión entre Daniela y yo.

Respiré profundamente antes de responder:

—Nada por el momento. Todavía no tengo todas las respuestas que necesito. Mientras sigan existiendo dudas, no puedo tomar ninguna decisión.

Santiago asintió, comprendiendo mi postura.

Sin embargo, pude notar un leve reproche en su mirada. No añadió nada más, aunque era evidente que no aprobaba del todo mi actitud.

—De acuerdo. Tú sabrás —comentó finalmente—. Pero no tardes demasiado en decidir, o podrías acabar arrepintiéndote.

Me dio una palmada en el hombro y se dirigió hacia el aparcamiento, dejándome solo en medio del constante flujo de personas.

Mis ojos buscaron nuevamente a Daniela, aunque no quisiera admitir que había algo en ella que me atrapaba, una fuerza invisible que no lograba comprender.

No confiaba en ella, pero cada día que pasaba, mi curiosidad aumentaba aún más, confundiendo mis sentimientos.

Sin saber exactamente cómo enfrentar todo aquello, me giré rápidamente y me dirigí hacia la salida del edificio, intentando apartar a Daniela Castro de mi mente, aunque sabía perfectamente que sería casi imposible.

DANIELA CASTRO

Mientras estaba en el vestíbulo fingiendo una distracción casi teatral, sentí aquel hormigueo incómodo que siempre me indicaba que Javier andaba cerca.

Con un esfuerzo monumental, desvié rápidamente la mirada, fingiendo interesarme por el cuadro abstracto que decoraba una de las paredes cercanas.

Respiré hondo y coloqué suavemente una mano sobre mi vientre, que ahora ya mostraba un pequeño pero perceptible volumen.

Durante las últimas semanas había tratado por todos los medios de olvidar a Javier Ferrara. Habían pasado ya dos meses desde nuestro último enfrentamiento y, desde entonces, no habíamos intercambiado ni una sola palabra.

Aunque pareciera mentira, prefería que fuese así.

—¿Daniela, vamos? —preguntó Marina, tocándome suavemente el hombro y sacándome de mis pensamientos.

—Claro —respondí con una rápida sonrisa—. Solo estaba aquí reflexionando sobre el profundo significado de este cuadro… aunque no entiendo absolutamente nada.

Marina se rio mientras negaba con la cabeza.

Ya estaba acostumbrada a mi manera bromista de esquivar los temas delicados. Salimos juntas hacia el almuerzo, acompañadas por Gustavo y Renata, otros compañeros del equipo.

Durante todo el trayecto, la conversación fluctuó entre las novedades de la oficina y los cotilleos más divertidos sobre algunos empleados.

Nos sentamos en una mesa apartada en un restaurante cercano, y pronto empezamos a charlar.

—¿Habéis visto la cara que tenía Diego, el de contabilidad, esta mañana? —comenzó Gustavo con tono conspirador—. Parece que Vanessa, la de recursos humanos, lo ha rechazado.

—Ya estaba tardando —Marina se rio, cogiendo su vaso—. Vanessa es demasiado guapa para él. Seguro que solo estaba esperando el momento oportuno para darle largas.

—A mí me parece simpático —repliqué, mordisqueando una patata frita—. Pero, siendo sincera, tengo que admitir que eligió el objetivo equivocado. Hasta yo, en mi eterna soledad, me habría dado cuenta enseguida.

Todos reímos y, por un instante, logré relajarme de verdad. Últimamente había estado tan tensa que momentos pequeños como aquel eran raros y valiosos.

El almuerzo pasó demasiado rápido y enseguida estábamos volviendo a nuestros puestos.

Por la tarde, me sumergí de lleno en el trabajo. Aunque pareciera increíble, mi rutina profesional se había convertido en una de las pocas cosas reconfortantes que tenía en esos momentos.

Allí podía olvidarme, aunque fuera por un rato, de mis problemas personales, a pesar de que mi vida hubiera cambiado radicalmente.

Cerca del final de la jornada escuché la voz de Fernanda, mi jefa, detrás de mí:

—Daniela, ¿puedo hablar contigo un minuto?

—¡Claro! —respondí enseguida, intentando no parecer nerviosa.

Fernanda se acercó sonriendo, con su habitual rostro amable y acogedor.

—Quería felicitarte por tu evolución aquí. Has captado muy rápido cómo funciona todo, eres muy eficiente y tu interacción con el equipo es excelente. Sigue así y seguro que tendrás un futuro brillante en la empresa.

El corazón empezó a latirme con fuerza al escuchar sus palabras. A pesar de todas las inseguridades que arrastraba desde que supe del embarazo, aquello fue como un soplo de esperanza y confianza.

—Muchísimas gracias, Fernanda. Esto significa mucho para mí.

—No tienes que darme las gracias. Simplemente continúa así.

Asentí sonriendo mientras ella se alejaba. Respiré hondo, tocando nuevamente mi vientre.

Mi futuro seguía siendo incierto, lo sabía muy bien, pero al menos en aquel instante me di cuenta de que quizás las cosas no estuvieran tan complicadas como yo temía.

Incluso aunque Javier Ferrara nunca aceptara a este bebé, incluso aunque la vida intentara derribarme, tenía algo absolutamente claro:

no iba a rendirme. Mi hijo sería querido, protegido y cuidado, independientemente de las circunstancias.

¿Y yo? Bueno, yo seguiría adelante con mi cabezonería natural, preparada para enfrentar cualquier obstáculo que apareciese en mi camino.



CAPÍTULO 45

«Algunas verdades necesitan ser dichas, aunque el corazón se empeñe en mantenerlas ocultas».

DANIELA CASTRO

—¿Cuándo vas a contar lo del embarazo en la empresa, amiga?

La pregunta de mi amiga resonó en mitad del salón justo cuando la protagonista de nuestra serie favorita revelaba su gran secreto. Suspiré, cogiendo un puñado de palomitas ya casi frías, y evité mirarla mientras respondía:

—No tengo ni idea. Sinceramente, me da hasta miedo pensarlo.

—¿Miedo por qué? —Ella pausó la serie, girándose hacia mí con expresión preocupada—. Te está yendo genial en el trabajo, Dani. Estoy segura de que lo entenderán. Es algo natural, nadie elige exactamente cuándo quedarse embarazada. —Hizo una pausa estratégica y luego añadió con una sonrisa traviesa—: Y menos tú, claro, que te ha tocado la lotería sin haber comprado el billete.

Puse los ojos en blanco, riéndome a pesar de la tensión que aún sentía.

Mi amiga tenía la habilidad de convertir hasta mis dramas personales en comedias románticas de bajo presupuesto.

—Precisamente ese es el problema. Llevo poco tiempo allí y, de repente, aparezco embarazada. ¿Qué pensarán? ¿Que entré en la empresa solo para cogerme luego la baja maternal? No quiero que tengan una mala imagen de mí, y mucho menos perder el trabajo. Necesito ese sueldo, y lo sabes.

Ella cogió un cojín del sofá, abrazándolo mientras me miraba atentamente.

—Dani, no puedes pensar así. Eres competente, inteligente, trabajadora y lo estás dando todo en esa empresa. Un embarazo no es motivo para que piensen nada malo; al contrario, ¡puede que hasta se alegren! ¿Te imaginas que este bebé nace con talento para la administración también? Van a hacer cola para ser padrino o madrina en el departamento financiero.

Sonreí, negando con la cabeza.

—¡Eres incorregible! —bromeé—. Pero gracias, de verdad. Necesitaba reírme un poco de todo esto.

Ella dejó el cojín a un lado, cambiando rápidamente la expresión por una más seria. Sabía perfectamente lo que vendría a continuación.

—¿Y qué pasa con Javier? ¿Hay novedades sobre ese cretino atractivo?

Suspiré otra vez, sintiendo que el corazón se me encogía solo con oír su nombre.

El hombre que había conseguido enfurecerme y al mismo tiempo enamorarme completamente. El mismo hombre que ahora parecía querer mantener toda la distancia posible conmigo y con nuestro bebé.

—¿Sinceramente? Ya he tirado la toalla. No quiero pensar más en eso, no merece la pena.

—¿Que no merece la pena? Dani, tienes que luchar para que reconozca a este bebé, aunque sea solo para restregárselo después por la cara. No puede seguir creyendo que eres una aprovechada. Eres muchas cosas, amiga, pero aprovechada no. Dramática, impulsiva, hablas demasiado, te ríes hasta cuando no toca... Pero aprovechada, nunca.

Solté una carcajada fuerte, notando cómo se me llenaban los ojos de lágrimas por la emoción mezclada con la risa.

—¡Madre mía! Después de esa declaración de amistad ya no sé si abrazarte o darte una bofetada.

—Anda, ven aquí y dame ese abrazo ya, embarazada sentimental —dijo, abriendo los brazos y acogiéndome en un abrazo fuerte—. Todo saldrá bien, Dani. Pero tienes que demostrarle a Javier la verdad, sea como sea. Al menos así no lo llevarás dentro toda la vida. No es justo que cargues con esto tú sola.

Me aparté lentamente, asimilando sus palabras.

—Vale, prometo pensarlo. Tienes razón, no puedo simplemente ignorar esta situación. Aunque él no quiera asumir nada, necesito demostrarle que nunca le he mentido.

—¡Exacto! —Mi amiga dio unas palmaditas animada—. Y puedes estar segura de que estaré contigo en cada paso del camino, aunque sea solo para sostener al bebé mientras le das unas buenas tortas a ese CEO imbécil.

Reímos juntas y volvimos a centrar la atención en la serie, aunque yo ya no lograba concentrarme del todo. Su voz siguió resonando en mi cabeza, repitiendo que debía afrontar aquello, no huir.

Quizá realmente había llegado la hora de enfrentarme a Javier Ferrara, no por mí, sino por el bebé que crecía en mi interior.

Esa criatura merecía mucho más que una madre que huyera de los problemas; merecía una madre fuerte, decidida, dispuesta a luchar hasta el final por la verdad.



Hoy, el trabajo exigía cada gramo de mi concentración.

La empresa había firmado nuevos contratos, y mi jefa parecía decidida a ahogarme en papeleo e informes interminables.

De algún modo, eso era justo lo que necesitaba para no pensar en Javier. Ni en el embarazo. Ni en el caos absoluto en que se había convertido mi vida desde aquel bendito evento.

Por eso, cuando escuché una voz desconocida acercarse a mi mesa, me llevé tal susto que casi derramé la taza llena de café.

—¿Daniela Castro? —preguntó la mujer, mirándome con una sonrisa educada. Percibí enseguida que se trataba de alguien importante. Llevaba un traje de chaqueta impecable y tenía la expresión segura de quien ocupa un puesto destacado en la empresa.

—Sí, soy yo —respondí, enderezándome en la silla e intentando parecer menos torpe de lo que realmente me sentía—. ¿En qué puedo ayudarle?

—El señor Ferrara desea verla en su despacho —informó la mujer con tono profesional—. Por favor, acompáñeme.

Sentí cómo la sangre huía por completo de mi rostro, mientras el corazón se me aceleraba sin previo aviso.

—Claro... Claro, yo... Ahora mismo voy —balbuceé, nerviosa.

Me levanté y seguí los pasos firmes de aquella mujer hasta el ascensor, y solo entonces me di cuenta de que probablemente era su secretaria.

El silencio entre nosotras resultaba incómodo, haciendo que mi ansiedad aumentara todavía más.

Llegamos al piso donde se encontraba el despacho de Javier, y al entrar me topé directamente con él.

Javier Ferrara era la personificación de la autoridad. Serio, intimidante y absurdamente atractivo. Incluso con toda la rabia que sentía hacia él, mi cuerpo era incapaz de ignorar el impacto que

provocaba tenerlo delante. Sus ojos oscuros me observaban de forma intensa y analítica.

—Daniela, siéntate —dijo de forma directa, señalando una silla frente a su mesa.

Me senté, nerviosa, cruzando las manos sobre mi regazo en un intento inútil de controlar la ansiedad que parecía a punto de devorarme.

—¿Qué quieres conmigo, Javier? —pregunté con valentía, levantando el rostro para mirarlo directamente a los ojos.

Él respiró profundamente, observándome en silencio unos segundos antes de hablar finalmente:

—Quiero saber exactamente qué pasó la noche del evento. No cómo entraste, eso ya me lo has contado. Quiero saber qué sucedió antes, qué te llevó a estar allí aquella noche. Necesito detalles.

Fruncí el ceño, sorprendida por su pregunta, pero decidí que ya no había motivos para ocultarle nada más.

—Estaba paseando con mi amiga Aurora. Pasamos cerca del evento y nos picó la curiosidad, porque el lugar era extremadamente

elegante, y obviamente nunca habíamos estado en un sitio así —empecé a explicar, desviando brevemente la mirada para recordar aquel día—. Mientras mirábamos desde fuera, vimos a una pareja; la mujer parecía encontrarse mal. Mi amiga y yo les ofrecimos ayuda y nos quedamos con ellos hasta que ella se recuperó. Después, la pareja nos dijo que no podrían asistir al evento y nos ofrecieron sus invitaciones.

Él continuó mirándome atentamente, sin decir una palabra.

Parecía absorber cada detalle de lo que le contaba, como si buscara algún error, algo que revelase una mentira que no existía.

—¿Cómo os dejaron entrar si no estabais en la lista? —preguntó finalmente, con voz desconfiada.

—Solo entregamos las invitaciones. Nadie comprobó nada más —expliqué, comenzando a irritarme con sus constantes sospechas—. Y antes de que vuelvas a preguntármelo, te lo repito: había otra mujer con mi mismo nombre en el evento. Ella causó un gran revuelo y fue expulsada por los guardias. Javier, aquella mujer no era yo.

Él permaneció en silencio un largo rato, mirándome fijamente, tratando de detectar alguna señal de falsedad en mí. Me sentí completamente expuesta bajo aquella mirada profunda y desconfiada.

—Puedes volver al trabajo —dijo finalmente, apartando la mirada y comenzando a mover algunos papeles sobre su mesa.

Me levanté lentamente, pero antes de salir me detuve junto a la puerta.

—Javier, necesito decirte algo más: estoy embarazada, y el bebé es tuyo. Nada de esto fue premeditado. Realmente no sabía quién eras aquella noche, ni planeé nada de lo ocurrido —declaré con firmeza, sosteniendo su mirada una vez más—. Quiero que te hagas la prueba de ADN, y después haz lo que te dé la gana. Solo quiero que sepas que he hecho todo lo que está en mi mano para aclarar esta situación.

Salí del despacho poco después, sintiendo una extraña mezcla de alivio y angustia. Había hecho todo lo que podía hacer; ahora dependía exclusivamente de él decidir cómo seguir adelante.

Mientras caminaba de regreso hacia mi mesa, mi mente era un completo caos, pero de algún modo sentía el corazón más ligero.

Sabía que había dicho la verdad, y esa certeza me daba fuerzas para continuar, pasara lo que pasara, independientemente de lo que Javier decidiera hacer a partir de ahora.



CAPÍTULO 46

«Cuando crees tener todas las respuestas, el destino cambia las preguntas».

JAVIER FERRARA

—¿Día complicado?

Levanté la vista de los papeles esparcidos sobre la mesa, soltando un suspiro irritado.

Había intentado hundirme en el trabajo desde primera hora de la mañana, pero mi concentración estaba lejos de ser ideal.

Mi cerebro parecía completamente disperso, insistiendo en volver a asuntos que deberían estar enterrados en algún rincón olvidado de mi mente.

—Demasiado trabajo acumulado —respondí secamente, volviendo a dirigir la mirada hacia los documentos y fingiendo que eso era lo único que me incomodaba en ese momento.

Santiago soltó una breve risa, sacudiendo la cabeza mientras se acercaba.

—Javier, eres pésimo mintiéndome. Nos conocemos desde hace años. ¿Qué está pasando?

Aparté los papeles a un lado y encaré a mi amigo con una expresión seria.

—¿La verdad? Lo que realmente me molesta es no conocer toda la historia sobre Daniela —admití, con un sabor amargo en la boca al pronunciar su nombre—. Odio no tener respuestas concretas, y detesto aún más cuando algo se escapa de mi control.

Santiago cruzó los brazos, observándome con atención. Había algo distinto en su voz, un matiz más serio que de costumbre.

—¿Te refieres al embarazo, o al hecho de no tener absoluta certeza sobre sus intenciones?

Me recosté en la silla, cerrando los ojos por un segundo.

Esa era precisamente la cuestión, y tocaba un punto delicado que había estado evitando enfrentar.

—Tal vez sea cierto que está embarazada. Y es muy probable que el hijo sea mío —admití a regañadientes—. Pero lo que no consigo descubrir, Santiago, y quizá ni siquiera pueda hacerlo pronto, es si todo esto fue accidental o premeditado. Si realmente planeó algo contra mí desde el principio o si es inocente y solo estoy paranoico. Y esa duda me está consumiendo.

Mi amigo asintió lentamente, manteniendo un silencio prudente antes de responder:

—Entonces, ¿qué piensas hacer?

—Odio admitirlo, pero ahora mismo no puedo hacer nada más que esperar. No me gusta ni un poco esta situación, pero necesito centrarme en el trabajo ahora y ver qué sucede en los próximos meses.

Santiago negó con la cabeza, algo incrédulo ante mis palabras, pero terminó por aceptar con un suspiro.

—Espero que estés haciendo lo correcto, Javier. Dejar las cosas así quizá no sea la mejor opción.

—Es el único camino que tengo ahora mismo —repuse con firmeza, dando por terminado el tema por el momento.

Santiago captó el mensaje y salió del despacho en silencio.

Cuando la puerta se cerró tras él, volví a relajarme en la silla, pero mi mente seguía hirviendo de dudas. Intenté volver al trabajo, pero esta vez fue imposible.

Mi cabeza regresó inevitablemente hacia Daniela.

Recordé sus delicados rasgos, la forma en que su sonrisa iluminaba su rostro, aquellos ojos expresivos que me miraban con una inocencia que dudaba pudiera existir en una mujer tan llena de contradicciones.

¿Por qué demonios todo se volvió tan complicado?, pensé, irritado conmigo mismo.

Me levanté de la silla, cogí mi americana y decidí salir antes de la empresa.

Necesitaba aire fresco, un momento a solas para ordenar mis pensamientos. Subí al ascensor, salí rápidamente del edificio y empecé a caminar sin rumbo definido por las calles concurridas de São Paulo.

Mientras caminaba, pensé en mi vida, en todo lo que había conquistado con tanto esfuerzo.

El poder, el dinero, el prestigio.

Todo aquello era resultado de una vida dedicada exclusivamente al trabajo. Nunca había considerado formar una familia o algo semejante, mucho menos tener un hijo.

Ahora, sin previo aviso, me encontraba frente a esa posibilidad.

Con cada paso que daba, sentía una presión en el pecho cada vez más fuerte. Era una sensación extraña, casi asfixiante.

Y eso era peligroso.

Siempre había tenido todo bajo control, pero ahora mi vida estaba en manos de una mujer que apenas conocía, cuyas intenciones eran un absoluto misterio.

¿Qué haría si realmente fuese padre?

Me detuve frente a un pequeño parque, observando a la gente alrededor, completamente ajena a mis dilemas. Familias, niños jugando, parejas intercambiando caricias discretas.

Aquella escena era totalmente diferente a mi realidad habitual, y, por primera vez en la vida, sentí una punzada de envidia.

¿Qué clase de padre sería?, me pregunté mentalmente, sin saber con certeza la respuesta. Nunca había considerado seriamente esa posibilidad antes.

Sin embargo, si Daniela estaba realmente embarazada de un hijo mío, tendría que afrontar la situación de frente, aunque eso significara renunciar a toda la seguridad emocional que siempre había cultivado.

No tener respuestas definitivas era un tormento para mí.

Era como caminar a ciegas en un laberinto, incapaz de encontrar una salida clara. Necesitaba certezas, necesitaba control.

Pero en ese momento, lo único que tenía eran preguntas.

Y demasiadas preguntas sin respuesta podían fácilmente destruirme.

Respiré profundamente, decidido a poner fin a ese caos mental. Si ese hijo era realmente mío, haría lo necesario para asumir mis responsabilidades, independientemente de las consecuencias.

Jamás había huido de los desafíos, y no iba a empezar ahora.

Miré una última vez el escenario que tenía delante, a aquellas personas desconocidas viviendo sus vidas sin preocupaciones, y decidí regresar a casa.

Mañana sería otro día, y no podía perder más tiempo en dilemas irresolubles. Quizá la respuesta que buscaba llegaría únicamente con el tiempo, y no me quedaba más remedio que aceptarlo.

Porque, al fin y al cabo, si había algo que había aprendido con los años era que el destino podía ser cruel, pero yo siempre sería más fuerte que él.

Y no sería ahora cuando dejaría que mi mundo se escapara de mis manos.



CAPÍTULO 47

«Algunas verdades son más difíciles de aceptar que cualquier mentira».

DANIELA CASTRO

Los meses fueron pasando y el miedo que sentía en mi corazón fue disminuyendo poco a poco.

Avisé en la empresa sobre mi embarazo y, para mi sorpresa, todos recibieron la noticia mejor de lo que había imaginado.

El apoyo que recibí por parte de mi equipo hizo que mis dudas e inseguridades se disiparan lentamente. Me hice todas las pruebas necesarias y, gracias a Dios, todo estaba perfecto conmigo y con el bebé.

Ahora, en mi octavo mes de embarazo, ya no me sentía simplemente embarazada; me sentía plena.

Estaba trabajando tranquilamente, terminando un análisis financiero más que mi jefa me había pedido. Mi barriga estaba enorme y a menudo recibía pequeñas patadas que me hacían sonreír para mí misma.

Era como si el bebé estuviera constantemente recordándome su presencia. Y sinceramente, adoraba cada una de esas patadas.

—Dani, ¿ya has decidido el nombre del bebé? —preguntó Renata, mi compañera de trabajo, con su sonrisa típica, amable y curiosa.

—Todavía no lo he decidido —respondí, riendo bajito—. Creo que lo elegiré en el momento, ¿sabes? Mirar su carita y simplemente saber cuál es el nombre perfecto.

—¡Me parece una idea estupenda! —intervino Gustavo, otro compañero, mientras tomaba su café—. Lo importante es que no seas

tan indecisa como Renata, que cambió el nombre de su hijo unas cinco veces antes de registrarlo.

—¡Cállate, Gustavo! Tú ni siquiera tienes hijos para hablar — replicó Renata, dándole una palmada amistosa, lo que provocó risas en todos nosotros.

Era agradable estar rodeada de personas que me hicieran reír.

Y más importante aún: era bueno saber que mi futuro allí parecía asegurado, especialmente después de la conversación con mi jefa la semana anterior.

Ella me dijo que quería que volviera después de la baja, ya que me había ganado mi lugar en el equipo. Eso había sido un alivio inmenso.

Sin embargo, no todo eran flores.

El tema de Javier Ferrara aún flotaba en el fondo de mis pensamientos.

Desde que le hablé sobre el embarazo, nuestro contacto se había vuelto escaso, casi inexistente. Él parecía mantener la distancia de

forma intencionada y, por más que intentara no pensar en eso, era inevitable preguntarme qué estaría sintiendo o pensando.

¿Estaría preocupado por mí o por el bebé?

Suspiré profundamente, acariciando suavemente mi barriga.

No importaba lo que pensara Javier. Lo que realmente importaba era que yo estaba bien y que este bebé llegaría al mundo con mucho amor, cariño y dedicación, aunque solo fuera por mi parte.

—¿Va todo bien? —me preguntó Renata, al notar mi expresión ausente.

—Sí, tranquila. Solo estaba pensando un poco en el futuro. Esta ansiedad de madre primeriza no es ninguna broma.

—Ay, relájate. Lo vas a llevar fenomenal —afirmó Gustavo con seguridad—. Alguien que puede enfrentarse a esos informes interminables del departamento financiero puede con cualquier cosa, hasta con un bebé llorando de madrugada.

Reí, sacudiendo la cabeza, agradecida por la ligereza de aquel momento.

—Gracias, chicos. En serio, no sé qué sería de mí sin vosotros.

—Sería mucho más aburrido, puedes apostarlo —bromeó Renata, guiñándome un ojo.

Sonreí, sintiendo una inmensa gratitud por todo lo que me rodeaba.

Aunque había comenzado de manera complicada, mi vida parecía ahora estar volviendo a encarrilarse. Y estaba completamente segura de que, independientemente de las decisiones que tomara Javier, mi bebé y yo seríamos felices juntos.

Y en el fondo de mi corazón, eso era lo único que importaba realmente.

JAVIER FERRARA

—Necesito esa información ahora mismo —insistí al teléfono con tono seco e incisivo—. No quiero escuchar excusas. Manténgame informado sobre todas sus consultas, especialmente las que involucren pruebas importantes. ¿Queda claro?

Colgué el teléfono y respiré profundamente, intentando controlar la irritación que hervía en mi interior.

Durante los últimos meses, había hecho algo que jamás pensé que haría: seguir discretamente cada uno de los pasos clínicos de Daniela Castro.

Algo en ella despertaba una preocupación extraña y molesta en mí, algo que no sabía definir con precisión.

Desde que me reveló su embarazo, comencé a vigilar cada consulta médica, cada análisis, cada informe disponible sobre ella y sobre el bebé.

Y aunque odiase admitirlo, cada confirmación de que ambos estaban bien traía consigo un inexplicable alivio a mi pecho.

Eso era algo completamente nuevo y perturbador en mi vida; nunca me había preocupado así por nadie.

Respecto a la otra Daniela Castro, la supuesta mujer que había provocado conflictos y discusiones en aquel evento, nadie había podido obtener información concreta sobre ella.

Ni siquiera mis mejores investigadores lograron resultados satisfactorios. La falta de esas respuestas todavía me incomodaba profundamente, como si faltara una pieza esencial en un rompecabezas imposible de resolver.

Miré el reloj y comprobé que era hora de comer.

Salí de mi despacho decidido a olvidar todo eso durante unos minutos, pero al bajar al vestíbulo de entrada, mis ojos inevitablemente se cruzaron con los suyos.

Daniela estaba allí, conversando con algunos compañeros de trabajo, pero en el instante en que me vio, su sonrisa desapareció lentamente.

Mi corazón comenzó a latir más rápido al observar que su vientre estaba aún más pronunciado, claramente visible, indicando lo avanzado que estaba su embarazo.

Esa imagen me afectó de una forma para la que no estaba preparado. Una emoción extraña se alojó en mi pecho: una mezcla de culpa, preocupación e incluso algo parecido a la ternura.

No sabía cómo nombrarlo, pero resultaba inquietante.

Daniela sostuvo mi mirada durante unos segundos más antes de apartarla rápidamente. Parecía incómoda, y la culpa por haber provocado eso me golpeó también como un puñetazo en el estómago.

Vi cómo ella desaparecía de mi campo de visión acompañada por sus colegas. Durante un instante, me quedé inmóvil en mitad del vestíbulo, incapaz de moverme o pensar con claridad.

Era como si acabara de ser noqueado por emociones que juraba no sentir jamás.

Perdido.

Así exactamente era como me sentía por primera vez en la vida.

Y sinceramente, odiaba esa sensación.

Odiaba no tener control sobre algo tan importante. Y, aún más, odiaba no poder descifrar del todo a Daniela Castro y sus intenciones.

Respiré profundamente una vez más, tratando de recuperar mi habitual frialdad, y caminé con paso decidido hacia la salida del edificio.

Necesitaba alejarme, necesitaba espacio para entender por qué aquella mujer lograba hacerme sentir tan vulnerable.

Porque, en el fondo, algo dentro de mí empezaba a insinuar que quizá me había equivocado con ella, y admitir eso sería demasiado peligroso para mi autocontrol.



CAPÍTULO 48

«Hay verdades que solo reconocemos cuando ya no queda nadie cerca para escucharlas».

DANIELA CASTRO

—¿Preparada para el gran momento?

Aurora estaba sentada a mi lado en el sofá, mirándome con atención y una expresión llena de expectativa mientras yo acomodaba un cojín detrás de mi espalda, intentando encontrar una postura que no molestase demasiado a mi enorme barriga.

—Bueno, si no lo estoy, ¡a estas alturas da absolutamente igual! —bromeé, dejando escapar una risa ligera, aunque por dentro sentía una mezcla de ansiedad y emoción—. Pero creo que sí, poco a poco he aprendido a convivir con la idea de que en pocos días realmente voy a ser madre.

Aurora sonrió cálidamente, poniendo una mano sobre la mía y apretándola suavemente, un gesto típico suyo cuando quería reconfortarme.

—Mira, Dani, aún no soy madre, ¡pero estoy preparada para ser la tía más orgullosa del planeta! Voy a estar siempre contigo cuando me necesites. Y prometo cambiar algunos pañales también, siempre que no me obligues a hacerlo a las tres de la madrugada, ¿vale?

Volví a reír, negando con la cabeza al imaginarme a Aurora intentando lidiar con un bebé llorando en plena madrugada.

—Voy a fingir que me lo creo —respondí con sarcasmo—. Aunque no estoy segura de si a mi hijo le gustará quedarse con una tía que adora hacer maratones de series de terror en mitad de la noche. Vas a traumatizar al pobre antes de que cumpla los seis meses.

Aurora soltó una carcajada, levantando las manos con un gesto teatral.

—¡Qué va! Ahora estoy planificando maratones de dibujos animados, ¿vale? ¡Soy una tía súper responsable!

—Me acordaré de esto dentro de unos meses —la provoqué, sintiéndome ligera por primera vez en mucho tiempo.

Aurora guardó silencio un momento, observando mi rostro con mayor atención, como si estuviera buscando las palabras adecuadas para lo que venía a continuación.

—Dani… ¿Y Javier? ¿Sigues pensando en cómo será cuando se entere de que ese bebé realmente es hijo suyo?

Suspiré profundamente, mirando distraídamente al suelo mientras pensaba en el hombre que, por mucho que intentase evitarlo, siempre encontraba espacio en mis pensamientos.

—¿Sinceramente? —Levanté la mirada hacia ella, mordiéndome ligeramente el labio inferior, indecisa—. No lo sé. Pero estoy segura de que solo lo va a creer cuando tenga los resultados del test de ADN en la mano. Solo entonces será consciente de la realidad. ¿Qué pasará después? Ni la menor idea.

Aurora asintió lentamente, pareciendo reflexionar conmigo.

—Ha perdido demasiado tiempo creyendo que eras alguien que no eres. Espero que, cuando descubra la verdad, no sea demasiado tarde para que pueda formar parte de la vida de su hijo.

—Yo también lo espero —respondí, más seria ahora—. No por mí, sino por el bebé. No quiero que crezca sin un padre, especialmente sabiendo que ese padre existe, aunque sea tan terco y cabezota.

Aurora volvió a apretar mi mano, ofreciéndome una sonrisa de solidaridad.

—Has hecho todo lo correcto, Dani. Ahora es él quien tiene que darse cuenta.

—Gracias, amiga. —Sentí un alivio sincero por tener a Aurora a mi lado—. No sé qué haría sin ti.

—Probablemente alguna tontería —bromeó, volviendo la atención hacia la televisión y cogiendo el mando a distancia—. Menos mal que estoy aquí para evitarlo. Ahora vamos a ver la serie, ¡porque el próximo episodio promete muchísimo!

Solté una risita suave, acomodándome un poco más en el sofá y permitiéndome relajarme, al menos durante ese instante, en compañía de la persona que siempre me hacía creer que todo terminaría saliendo bien.

JAVIER FERRARA

En mi casa, sentado en el despacho con un vaso de whisky casi vacío en la mano, comprendí que jamás me había sentido tan perdido como en ese preciso instante.

El alcohol comenzaba a nublarme la vista y la mente, aunque no lo suficiente para olvidar que hoy era el maldito día de mi cumpleaños.

Nunca me habían gustado las celebraciones; siempre las había considerado una pérdida absurda de tiempo y energía.

Un día como cualquier otro, sin ninguna relevancia especial.

Mi móvil sonaba insistentemente sobre la mesa, notificaciones y mensajes aparecían uno tras otro en la pantalla sin parar.

Familiares, amigos, socios… todos buscando atención, intentando recordarme que existía, aunque sabían perfectamente que mi paciencia para las interacciones superficiales era inexistente.

Respiré hondo, observando el aparato vibrar irritantemente y, sin ceremonias, lo giré para colocarlo boca abajo, silenciándolo por

completo.

Levanté el vaso de whisky, contemplando el líquido ámbar girar lentamente mientras reflexionaba sobre mi propia vida.

Una vida dedicada al trabajo, al éxito, al poder.

Sin embargo, por primera vez fui consciente de que todo eso no significaba absolutamente nada en ese momento.

Un extraño vacío se apoderaba de mi pecho, una sensación incómoda de que, aunque estuviera rodeado de lujo y comodidades, existía un abismo emocional profundo que nunca podría llenar con reuniones o contratos millonarios.

El rostro de Daniela apareció en mi mente. Aquellos ojos castaños brillantes, su sonrisa espontánea y aquellas risas burlonas que en un principio me habían irritado profundamente.

Sin embargo, con el paso del tiempo, sin darme cuenta, habían quedado grabadas en mi memoria. La imagen de ella mirándome fijamente, afirmando que ese hijo era mío, persistía una y otra vez.

No importaba cuántas veces me dijera a mí mismo que aquello era imposible o una mentira cuidadosamente elaborada; había algo en

ella que irradiaba sinceridad y verdad.

Algo puro y auténtico que me perturbaba más de lo que quería admitir.

Terminé de beber el whisky de un trago rápido e impulsivo, sintiendo cómo el líquido me quemaba la garganta mientras una rabia contra mí mismo se acumulaba en mi pecho.

Lancé el vaso con fuerza contra la pared del despacho, viéndolo hacerse pedazos violentamente. Los trozos de cristal brillaban en el suelo como reflejos de mi propia conciencia fragmentada.

—¡Maldita sea! —maldije, frotándome el rostro y el pelo, frustrado.

No lograba entender por qué me sentía tan mal precisamente hoy.
Quizá fuera el peso de un año más pasando sin haber encontrado un propósito auténtico más allá del dinero y el poder lo que ahora me estaba pasando factura.

Tal vez la idea de que Daniela pudiera estar siendo honesta y que yo hubiese cometido un error con ella era más perturbadora de lo que mi orgullo podía aceptar.

Nunca antes había dudado de mí mismo. Siempre había tenido absoluta certeza sobre todo, cada decisión y cada acción.

Pero ahora, borracho y solo en aquel despacho frío y silencioso, la única certeza que tenía era la de estar completamente perdido.

Y por primera vez en mucho tiempo, no tenía ni la menor idea de qué debía hacer a continuación.



CAPÍTULO 49

«A veces, las sorpresas llegan precisamente de aquellos de quienes menos las esperamos».

DANIELA CASTRO

Hoy sería mi último día en la empresa antes de dar a luz.

Y aunque estaba completamente agotada con la rutina acelerada de las últimas semanas, debía admitir que sentía una punzada en el corazón al pensar en alejarme de allí.

Era extraño cómo uno podía apegarse tanto a un lugar y a las personas en tan poco tiempo.

Mientras organizaba algunos documentos en mi mesa, noté varias miradas curiosas viniendo de mi equipo.

Sonrisitas discretas, cuchicheos no tan discretos y un ambiente extraño en el aire que no lograba descifrar del todo bien.

—¿Pasa algo que no sepa? Porque o me estáis ocultando algo o estáis planeando secuestrarme. Espero que sea lo primero, porque estoy demasiado pesada para que me llevéis a cualquier parte.

La carcajada de Lívia resonó con fuerza, y enseguida me di cuenta de que mi comentario había arruinado la sorpresa que planeaban.

—¡Daniela, eres imposible! —exclamó ella, todavía riendo—. Nos has estropeado la sorpresa, pero no pasa nada. ¡Ahora ven con nosotros!

Antes de que pudiera pensar en protestar, ya me estaban guiando hacia una de las salas de reuniones que casi nunca utilizábamos.

Cuando se abrieron las puertas, el corazón me dio un vuelco.

La sala estaba decorada con globos en tonos suaves de amarillo y verde, y una mesa repleta de pequeños dulces, aperitivos salados y bebidas.

Una gran pancarta decía: “¡Te esperamos, bebé!”, y tuve que respirar hondo varias veces para no romper a llorar.

—¡Madre mía, pero qué es todo esto! —exclamé, llevándome las manos a la boca, completamente emocionada.

—Es solo nuestra manera de decirte que te echaremos muchísimo de menos, Dani —dijo Murilo con una amplia sonrisa en el rostro.

—Yo… Madre mía, ¿queréis hacerme llorar, verdad? ¡Esto es pura crueldad con una embarazada de ocho meses!

Todos rieron, y enseguida el ambiente relajado se adueñó del lugar.

La felicidad estaba plasmada en el rostro de cada persona, y eso hizo que mi corazón se llenara de gratitud.

Intenté controlar mis emociones mientras recibía abrazos, buenos deseos y muchas bromas.

Al cabo de un rato, Marina se acercó con una caja envuelta en un papel dorado y un delicado lazo.

—Es un regalo nuestro, Dani. Esperamos que te guste.

Lo abrí con cuidado, preparada para emocionarme nuevamente, pero quedé completamente sorprendida por su contenido.

Era un precioso conjunto de varias piezas para el bebé, todas hechas a medida, delicadas y sofisticadas. Con solo mirarlas, supe que eran algo caro.

—Chicos, esto… es increíble, de verdad, muchísimas gracias. Ni siquiera sé cómo agradeceros.

Marina sonrió misteriosamente y se acercó para susurrarme al oído mientras me abrazaba:

—Te contaré un secreto: nuestra gerente pidió permiso para hacer esta pequeña fiesta, porque aquí no suele ser habitual. ¿Y sabes quién lo autorizó y además insistió en contribuir bastante para el regalo? El propio Javier Ferrara.

En ese instante mi corazón se aceleró, como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

¿Javier? No podía ser.

¿El mismo Javier que llevaba meses ignorándome y desconfiando de mis intenciones?

¿El mismo Javier que había dejado claro que dudaba de que este bebé fuera suyo?

Era demasiado surrealista como para creerlo.

—¿Cómo dices? ¿Estás segura? —pregunté, atónita.

—Totalmente. Yo también me sorprendí, pero parece que se ha enterado de que eres una empleada excelente y quiso colaborar. Estos hombres ricos son raros, ¿verdad?

Negué con la cabeza, intentando procesar aquella información, pero en mi interior estaba completamente confundida.

¿Algo había cambiado en él?

Poco después, salí rápidamente a comer, aprovechando el poco tiempo que quedaba para encontrarme con mi amiga Aurora, que me esperaba al otro lado de la calle.

Nada más llegar, se dio cuenta de mi agitación.

—¿Qué pasa? ¡Estás rara!

—¡No vas a creer lo que acaba de pasar en la empresa! —exclamé, casi sin aliento.

Le conté todo rápidamente: la fiesta sorpresa, el regalo caro y, especialmente, la inesperada participación de Javier.

Ella se quedó tan sorprendida como yo.

—¡A ver, espera un segundo! ¿Me estás diciendo que el mismo hombre que te acusó de tantas cosas ahora va de buena persona? Eso es raro, amiga, pero quizá esté empezando a darse cuenta de que nunca le mentiste.

—No lo sé, Aurora, esto es muy confuso. ¿Por qué ahora? Apenas me ha dirigido la palabra desde que le dije lo del embarazo.

—Pues a lo mejor por fin ha entrado en razón, ¿no? O quizás le esté dando fuerte el remordimiento.

Sonreí, algo insegura, pero permitiéndome sentir un poco de esperanza.

—Solo quisiera que se hiciera ya esa prueba y se quitara todas las dudas. Eso me dejaría tranquila de una vez por todas.

Aurora tomó mi mano y sonrió con confianza.

—Todo saldrá bien, Dani. Pronto se dará cuenta de que perdió demasiado tiempo dudando de ti. Hasta entonces, me tienes a mí, y aquí estaré siempre. ¡Sobre todo para ese bebé precioso que está por llegar!

Le devolví la sonrisa, sintiendo cómo una parte del peso se aliviaba, al menos por el momento.



CAPÍTULO 50

«Hay momentos en los que la vida deja claro cuáles son las prioridades, aunque nunca antes las hubieras tenido en cuenta».

JAVIER FERRARA

Aquella era una de las reuniones más importantes del mes.

Necesitábamos cerrar el acuerdo con el Grupo Mirante, un contrato multimillonario que nos colocaría en un nuevo nivel dentro del mercado internacional.

El producto en cuestión era un sistema de gestión financiera inteligente, capaz de prever fluctuaciones económicas con una precisión casi aterradora.

Había sido desarrollado por nuestros equipos durante meses enteros, en absoluto secreto, para garantizar que no hubiese fugas de información.

Tenía la certeza absoluta de que estábamos ofreciendo algo revolucionario, y ahora solo quedaba convencer al grupo de que nuestra tecnología era la inversión acertada.

—El sistema prevé escenarios financieros con hasta tres meses de anticipación, identificando oportunidades y riesgos antes incluso de que sucedan —expliqué, enfatizando cada palabra—. Imaginen el poder que tendrán en sus manos al contar con esta ventaja estratégica.

Santiago intervino rápidamente, haciendo gala de todo su talento diplomático:

—Además, el sistema puede reducir significativamente las pérdidas operativas de su empresa en hasta un cuarenta por ciento ya en el primer año. Estamos hablando de beneficios concretos, con una garantía sólida y asistencia técnica constante.

Observé atentamente los rostros frente a mí, tratando de captar cada reacción, cada indicio de duda.

La sala era imponente y formal, repleta de los principales ejecutivos del Grupo Mirante, y cualquier error podría echarlo todo por tierra.

—Como pueden ver —continué, señalando los gráficos en la pantalla tras de mí—, no existe nada parecido en el mercado actual. Les garantizamos que estarán un paso por delante de todos sus competidores.

El breve silencio que siguió fue interrumpido enseguida por la directora financiera del grupo, quien formuló algunas preguntas puntuales sobre la implementación y seguridad.

Santiago las respondió con soltura, demostrando la total confianza que teníamos en nuestro producto y en nuestro equipo técnico.

Estábamos en la recta final, casi saboreando la victoria, cuando mi móvil empezó a vibrar insistentemente en el bolsillo de mi chaqueta.

Lo ignoré por un instante, manteniendo la concentración en el discurso de Santiago, pero la vibración continuó, haciéndose imposible

ignorarla más tiempo.

Con cierto fastidio, saqué discretamente el móvil y miré la pantalla.

Era un número que ya había memorizado, esperando exactamente esa llamada, algo que llevaba meses monitoreando.

La adrenalina recorrió mi cuerpo, acelerando mi corazón.

Era el médico de Daniela. Solo podía significar una cosa: ella estaba dando a luz.

Sentí una sacudida atravesar mi pecho; una mezcla extraña de ansiedad, felicidad y miedo se apoderó de mí.

—Santiago, concluye la reunión —le pedí, intentando mantener la voz firme, aunque consciente del tono ansioso que se filtraba en mis palabras.

Mi amigo me miró sorprendido, arqueando ligeramente una ceja. Santiago sabía lo crucial que era aquella reunión.

Sin embargo, no podía explicarle nada ahora.

—Encárgate de esto, tengo que irme inmediatamente —añadí con urgencia, sin dejar espacio para preguntas.

Sin esperar respuesta, salí de la sala, sintiendo las miradas confusas de los ejecutivos clavándose en mi espalda.

Por primera vez en mi vida estaba abandonando una negociación decisiva sin previo aviso.

Pero en aquel instante, nada de eso importaba.

Bajé corriendo en el ascensor, que parecía más lento que nunca, y apenas llegué al aparcamiento entré al coche, conduciendo directo hacia el hospital.

El trayecto nunca me había parecido tan largo, a pesar de que iba excediendo todos los límites de velocidad permitidos.

Al llegar al hospital, busqué rápidamente al médico que llevaba meses proporcionándome información, mientras discretamente seguía cada consulta y examen de Daniela.

Era irónico que hubiera controlado todo aquello con tanto cuidado y aun así estuviese emocionalmente desprevenido para aquel momento.

Después de pasar algún tiempo en recepción, caminando nerviosamente de un lado a otro intentando mantener la calma y

controlando una ansiedad que jamás había experimentado antes, finalmente vi acercarse al Dr. Gustavo.

Él sonrió ligeramente, manteniendo un tono serio y profesional.

—Javier, todo ha salido bien. El bebé ha nacido sano, es un niño. Daniela también está estupendamente, aunque cansada, por supuesto.

Respiré profundamente, sintiendo un alivio inmediato que se apoderó de mí. Hasta ese instante no había percibido lo tenso que estaba.

—Qué alivio —respondí, intentando controlar la emoción y el torbellino de pensamientos que me consumían—. Gracias por avisarme.

—Si necesitas algo, estoy a tu disposición.

Esperé a que se alejara antes de sentarme en una de las sillas cercanas, respirando profundamente mientras me frotaba el rostro con las manos.

Mi cabeza no dejaba de dar vueltas alrededor de todo lo que estaba ocurriendo.

Durante meses había dudado de las intenciones de Daniela, sospechando de todo lo que decía, y ahora estaba allí, incapaz de negar

una verdad evidente: había nacido un niño, y aquel bebé podría ser realmente mi hijo.

Y, finalmente, tomé la decisión que llevaba posponiendo demasiado tiempo.

—Necesito acabar con esta duda cuanto antes —murmuré para mí mismo—. Haré la prueba de ADN.

Por muy frío y racional que yo fuese, la idea de tener un hijo me removía profundamente por dentro.

No estaba preparado para esto, no lo había planeado en absoluto, pero allí estaba yo, enfrentando una nueva realidad y, por primera vez en mi vida, sin tener certeza absoluta de nada.

Solo sabía que debía descubrir la verdad y afrontar las consecuencias de lo que viniera a continuación.



CAPÍTULO 51

«Cuando la vida decide sorprenderte, lo hace de la manera más inesperada posible».

DANIELA CASTRO

Era precioso.

Mi hijo, Mateo…

Todavía resultaba extraño y, al mismo tiempo, maravilloso pronunciar aquellas palabras.

Yo era madre. Mi corazón rebosaba de un sentimiento cuya existencia ni siquiera había podido imaginar.

Nada podría haberme preparado para la intensidad de este amor.

Observé su carita perfecta, los ojos cerrados y la respiración tranquila mientras dormía serenamente entre mis brazos.

Mi madre, sentada a mi lado, me miraba con ternura, los ojos brillantes por la emoción contenida.

—Enhorabuena, hija —susurró, acariciándome suavemente la mejilla—. Lo conseguiste. Estoy muy orgullosa de ti.

Sonreí, conmovida.

—Gracias, mamá. Todavía parece un sueño. Es tan bonito…

—Lo es. Es el bebé más precioso que he visto en mi vida —dijo, sonriendo ampliamente, orgullosa, con ese típico orgullo de una abuela enamorada.

—Creo que quizás no seas muy objetiva —bromeé, riendo un poco.

Me dio una suave palmada en el brazo, fingiendo molestia.

—Simplemente digo la verdad. Y ve acostumbrándote, porque pienso ser esa abuela pesada que enseña la foto del nieto a todo el mundo.

Reímos juntas, y aquel instante fue exactamente lo que necesitaba para relajarme. Poco después, mi madre salió a comprar algo para comer, dejándome sola con Mateo.

Me sentía agotada, pero al mismo tiempo completa.

Era como si todos los problemas del mundo hubiesen empequeñecido frente a ese pequeño ser que sostenía en brazos.

Acaricié con delicadeza su mejilla rosada y suave, observando cada detalle perfecto de su rostro. Tenía los ojos cerrados, pestañas diminutas pero ya llamativas, y unos labios rosados que formaban un adorable gesto mientras dormía.

Suspiré profundamente, sabiendo que por él sería capaz de cualquier cosa en este mundo.

Unos minutos después, la puerta se abrió y entró mi médico con una sonrisa amable.

—¿Cómo te encuentras, Daniela?

—Bien. Feliz y cansada, pero muy bien —respondí con sinceridad.

Tomó algunas notas en la carpeta y me explicó con calma los cuidados posparto, recordándome la importancia de alimentarme bien, descansar y cuidar del bebé en los próximos días.

—Tranquilo, doctor, seguiré todas sus indicaciones al pie de la letra —prometí con una sonrisa cansada.

Él asintió y, tras un breve silencio, adoptó una expresión algo más seria.

—Hay otro asunto del que necesito hablarte. El señor Javier Ferrara está aquí, en el hospital, y ha solicitado permiso para visitarte. ¿Quieres recibirlo aquí en la habitación?

Mi corazón dio un salto, acelerándose rápidamente.

—¿Javier está aquí? —murmuré, sorprendida.

—Sí, vino en cuanto supo del parto.

Respiré profundamente, pensando en todo lo que habíamos vivido en los últimos meses.

A pesar de todo, quizás era importante permitir esa visita.

—Puede pasar —dije, intentando mantener la firmeza en mi voz.

El médico asintió y salió de inmediato, dejándome ansiosa y con el corazón palpitando con fuerza.

Unos minutos después, la puerta volvió a abrirse lentamente, revelando a Javier Ferrara.

Él lucía impecable, como siempre, con un elegante traje oscuro, pero era evidente el leve malestar en su rostro. Parecía tan fuera de lugar en ese ambiente hospitalario que, por un instante, sentí lástima por él.

—Hola —dijo con inseguridad, mirándome brevemente a los ojos antes de dirigir su mirada hacia el bebé en mis brazos.

—Hola —respondí bajito—. Se llama Mateo.

Él asintió lentamente, observando a Mateo durante algunos segundos.

Era la primera vez que veía a nuestro hijo, y me resultaba imposible descifrar lo que cruzaba por su mente.

—¿Qué haces aquí, Javier? —pregunté con cuidado.

Él levantó la vista hacia mí, serio, con una expresión indescifrable.

—He estado pendiente de todo desde lejos.

Fruncí el ceño, confundida.

—¿Cómo que pendiente desde lejos?

—Durante los últimos meses tuve acceso a tus consultas, exámenes, y pedí que me avisaran cuando empezaras con el parto.

Me quedé sin palabras durante un instante.

Aunque sospechaba que Javier quizás tuviera interés en saber algo sobre Mateo, jamás imaginé que seguiría todo tan de cerca.

—¿Por qué hiciste eso? ¿Por qué no hablaste conmigo?

Él suspiró profundamente, desviando la mirada.

—Necesitaba hacerlo a mi manera. No sé cómo explicártelo. Simplemente tenía que seguir el proceso.

Respiré hondo, comprendiendo que insistir demasiado en ese momento no serviría de nada.

Mi corazón seguía confuso respecto a Javier, pero en aquel instante, con Mateo en mis brazos, únicamente sentía paz.

—¿Quieres cogerlo? —pregunté suavizando mi tono.

Él abrió ligeramente los ojos, pareciendo asustado por primera vez desde que entró.

—No. Yo… nunca he sostenido a un bebé. No creo que se me dé bien.

Sonreí levemente, comprendiendo su inseguridad.

—No pasa nada. Lo entiendo.

Se pasó la mano por el cabello, visiblemente incómodo.

—Debo irme —dijo abruptamente.

Asentí, aceptando su decisión.

Sin embargo, antes de que Javier saliera completamente, se detuvo en la puerta y volvió a mirarme.

—Voy a hacer la prueba de ADN. Quería que lo supieras.

Me sorprendió que finalmente lo dijera, pero solo pude asentir en silencio.

No había nada más que pudiera decir o hacer en ese momento. Javier salió poco después, dejándome otra vez sola con mi hijo.

Acaricié suavemente la carita de Mateo, sonriendo y sintiendo una leve punzada en el corazón, mientras lágrimas silenciosas resbalaban por mis mejillas.

—Todo saldrá bien, mi amor. Nosotros vamos a estar bien — susurré con determinación.

Estaba preparada para afrontar cualquier desafío que surgiera, porque ahora tenía a Mateo a mi lado, y ya nada más importaba excepto nuestro futuro juntos.

JAVIER FERRARA

No podía dejar de pensar en ella, en el bebé y en esos minutos incómodamente eternos que había pasado a su lado en el hospital.

La imagen de aquel rostro pequeño, delicado y tan increíblemente frágil no salía de mi cabeza.

Yo era bueno controlando las cosas, manteniendo mis emociones a raya y alejando cualquier duda que pudiera debilitarme. Pero en aquel instante, algo dentro de mí se había roto.

Al llegar a la empresa, me dirigí directamente a mi despacho, y allí estaba Santiago, con los brazos cruzados, apoyado contra mi mesa y esperándome con esa expresión que solo él sabía poner.

—¿Qué demonios ha pasado, Javier? ¡Te levantaste en medio de la reunión y desapareciste como si el edificio estuviera en llamas!

Respiré hondo, pasándome las manos por la cara en un intento por aclarar mis pensamientos.

—¿Conseguiste cerrar el acuerdo? —desvié su pregunta inicial.

—Sí, lo conseguí. Pero no fue fácil, y sabes que normalmente no me importa cerrar acuerdos complicados, siempre y cuando tú no salgas huyendo como un adolescente rebelde en mitad de ellos.

Negué con la cabeza, esbozando una sonrisa irónica mientras lo miraba.

—Ha dado a luz —le dije sin rodeos—. Daniela acaba de tener al bebé.

Mi amigo abrió los ojos sorprendido por la noticia. Se incorporó, cruzando los brazos frente al pecho y observándome con más atención.

—¿Y fuiste hasta allí?

Asentí lentamente, desviando la mirada hacia la ventana panorámica, donde la ciudad de São Paulo latía llena de vida, ignorando por completo nuestras crisis personales.

—Es un niño —murmuré, casi para mí mismo—. Sano, pequeño, y…

Mi voz se quebró por un instante.

¡Maldita sea! Esa sensación desconocida aún resonaba con fuerza en mi interior.

—Entonces, ¿qué has decidido? ¿Vas a hacerte la prueba? —preguntó Santiago, con un tono cuidadoso que pocas veces usaba conmigo.

—Sí —respondí, volviendo a mirarlo con determinación—. Necesito hacer esa prueba. Necesito estar absolutamente seguro antes de dar el siguiente paso, sea cual sea.

Santiago me analizó en silencio, sus ojos calculando cada expresión, cada detalle.

—¿Y sobre Daniela? —preguntó de repente—. ¿Ahora la crees?

Tragué saliva, tratando de encontrar una respuesta convincente dentro de mí mismo.

Todo lo que había vivido hasta ese momento me aconsejaba desconfiar, mantenerme alerta, no ceder ante las apariencias. Sin embargo, todo lo que había sentido en aquella habitación del hospital me gritaba exactamente lo contrario.

—No lo sé, Santiago —admití, más honesto de lo que pretendía —. Por primera vez en mi vida, no estoy seguro de qué creer.

Él dio unos pasos hacia mí, posando una mano sobre mi hombro en un gesto silencioso de apoyo que sabía que significaba mucho viniendo de él.

—Siempre te lo dije, Javier, tarde o temprano algo iba a desafiar ese control absoluto tuyo. Quizás haya llegado ese momento.

Asentí lentamente, incapaz de decir nada más.

Tal vez, por primera vez, me enfrentaba a algo mucho mayor que contratos millonarios y negociaciones estratégicas.

Algo que nunca había planeado afrontar: sentimientos.



CAPÍTULO 52

«Algunas respuestas tienen el poder de cambiar vidas enteras, aunque no estemos preparados para escucharlas».

DANIELA CASTRO

Unos días después, por fin regresé a casa.

La adaptación no estaba siendo precisamente fácil, pero ver la carita de Mateo cada día era suficiente para calmar cualquier miedo que pudiera tener.

Mi amiga prácticamente se había instalado aquí, utilizando como excusa su título oficial de «tía adoptiva», y no se separaba del bebé ni por un segundo.

—En serio, amiga, ¡es tan precioso! Todavía no entiendo cómo una criatura tan bonita puede haber salido de ti —dijo Aurora, maravillada, mientras Mateo dormía plácidamente en sus brazos.

—Gracias por la parte que me toca, ¿no? —respondí con una pequeña risa—. Pero es evidente que ha heredado la belleza exclusivamente de su madre.

Aurora rio, negando con la cabeza.

—La modestia siempre ha sido tu punto fuerte, Dani. Y dime, ¿sabes algo del guaperas cabezota, también conocido como padre de la criatura?

Suspiré profundamente y crucé los brazos, apoyándome en el marco de la puerta mientras observaba a mi amiga.

—Va a hacerse la prueba de ADN —dije casi sin emoción, como si estuviera contando algo insignificante.

Aurora abrió los ojos de golpe, como si acabara de descubrir la fórmula secreta de la Coca-Cola.

—¡¿Qué?! ¡No estarás bromeando! ¡Cuéntamelo todo ahora mismo!

Suspiré, acercándome lentamente hasta sentarme en el sillón frente a ella.

—No es broma. Apareció en el hospital el día que nació Mateo. Me pilló totalmente desprevenida. Preguntó cómo estaba y esas cosas... y me dijo que iba a hacerse la prueba.

—¿Javier Ferrara en un hospital, preocupándose por alguien que no sea él mismo? —bromeó Aurora, haciendo una expresión de falsa sorpresa, aunque enseguida se puso seria—. Dani, eso es bueno, ¿no?

—No lo sé. De verdad que no. —Observé mis manos, pensativa—. Dejó claro que estuvo siguiendo mis consultas, obteniendo información. Eso significa que al menos se preocupó un poco, o quizá simplemente tuvo miedo de una futura demanda.

Aurora inclinó la cabeza, pensativa, mientras acariciaba delicadamente el fino cabello de mi hijo.

—No creo que hiciera todo eso solo por miedo a una demanda, Dani. Creo que Javier no es tan malo como piensas.

—Me acusó de haber planeado todo esto, Aurora —respondí dolida—. ¿Crees de verdad que después de todo lo que me dijo puedo confiar en él?

Ella se mordió el labio inferior y me miró con comprensión.

—Entiendo lo que dices, amiga. Y tienes todo el derecho a estar enfadada, triste y todo eso. Pero quizá él se equivocó al principio. ¿Has pensado que tal vez esté arrepentido ahora?

—¿Javier Ferrara, arrepentido? —me burlé con una sonrisa amarga—. Eso tendría que verlo con mis propios ojos.

Aurora lanzó una carcajada, intentando contenerse al recordar que tenía a Mateo en brazos.

—Eres imposible, Daniela. ¿Sabes lo que creo? Que en cuanto esa prueba confirme que Mateo es suyo, ese hombre se volverá tan dócil que parecerá un corderito siguiéndote a todas partes.

Me reí aún más fuerte, negando con la cabeza.

—Lo dudo muchísimo, pero pagaría por ver ese milagro.

Ella sonrió con picardía, arqueando una ceja.

—¿Y tú? Si eso sucediera, ¿le darías una oportunidad?

Suspiré de nuevo, esta vez más profundamente.

Aquella idea ni siquiera había pasado por mi cabeza aún. Después de todo lo ocurrido, no estaba preparada para pensar en eso, y mucho menos para abrirle nuevamente las puertas de mi vida a Javier.

—No lo sé, amiga —admití en voz baja, observando a mi hijo dormir en su regazo—. Lo que me hizo no fue justo. No merecía que me tratara de aquella forma.

—Lo sé, Dani, y tienes razón. Pero recuerda que las personas cambian. Incluso Javier Ferrara.

Simplemente negué con la cabeza, sin saber exactamente qué responder, mientras Aurora volvía a centrarse en Mateo, hablándole bajito con cariño y ternura.

No sabía si Javier cambiaría o no.

Pero, en el fondo de mi corazón, solo esperaba que lo que estuviera por venir no me hiciera aún más daño. Y que, pasara lo que pasara, Mateo y yo estaríamos juntos y felices, con él o sin él.

JAVIER FERRARA

Sin perder tiempo, puse en marcha la prueba de ADN.

Concerté una cita con el mejor laboratorio de São Paulo, especializado en pruebas de paternidad, con la promesa de un resultado rápido y, sobre todo, fiable.

Estaba sentado en la recepción, impecablemente vestido como de costumbre, con una expresión seria y distante mientras una empleada me explicaba detalladamente cómo se realizaría todo:

—Señor Ferrara, el procedimiento es sencillo. Vamos a recoger muestras suyas, de la madre y del bebé. Las muestras serán enviadas al laboratorio, donde se analizarán mediante pruebas genéticas comparativas. El resultado estará listo en un plazo máximo de dos días laborables. —Sonreía, intentando ser amable, pero yo mantenía una actitud fría y distante.

Daniela estaba sentada a mi lado, con el bebé en brazos, visiblemente incómoda y evitando mirarme directamente. El silencio entre nosotros resultaba sofocante.

Tomé aire profundamente y, en un impulso, rompí aquel silencio:

—Te prometo que no te quitaré más tiempo del estrictamente necesario. El resultado estará disponible cuanto antes.

Ella me miró sorprendida, y en sus ojos brillaba una extraña mezcla de inquietud y curiosidad.

—Está bien. —Asintió, ajustando delicadamente al bebé contra su pecho, pero algo más parecía preocuparla. Podía notarlo por la forma en que apretaba ligeramente los labios.

—¿Hay algún problema? —pregunté, incómodo ante aquella duda en su rostro.

Daniela dudó unos instantes, contemplando el rostro dormido del niño. Entonces, lentamente levantó la mirada hacia mí y preguntó:

—¿De verdad crees que es tu hijo?

La pregunta me pilló completamente desprevenido.

No estaba acostumbrado a que me cuestionaran de manera tan directa, y menos sobre algo tan personal.

No respondí inmediatamente.

Me quedé quieto, observando el rostro diminuto y delicado del bebé. Sus rasgos, cada detalle... todo indicaba que realmente podía ser hijo mío.

Finalmente, volví a mirar a Daniela y asentí casi sin darme cuenta:

—Sí. Estoy casi seguro de ello.

La sorpresa se dibujó en su rostro, mezclada con un ligero alivio. Daniela tragó saliva con dificultad, apretando de nuevo los labios, quizás para contener más palabras, mientras esperábamos a ser llamados.

Poco después, nos condujeron a la sala de recogida, donde, con rapidez, obtuvieron nuestras muestras: un suave frotado en la mucosa bucal para mí, luego para Daniela y, por último, para el bebé.

Todo el procedimiento duró apenas unos minutos. Enseguida volvimos a encontrarnos fuera del edificio, frente a frente, con el silencio nuevamente instalado entre nosotros, hasta que decidí ser práctico.

—Voy a llevaros a casa.

—No hace falta, Javier. Puedo…

—No te lo he preguntado —la interrumpí con mi típica autoridad —. Voy a llevaros.

Daniela suspiró, pero aceptó sin discutir más.

El trayecto hacia su casa transcurrió en silencio, roto únicamente por pequeños ruidos del bebé. Al llegar, bajé y le abrí la puerta.

Daniela me miró brevemente, vacilando antes de salir.

—Gracias por traerme. —Su voz sonaba algo más tranquila, aunque aún cargada de una leve tensión.

Asentí en silencio, observando cómo acomodaba al bebé cuidadosamente contra su cuerpo.

Antes de que entrara, percibí nuevamente esa expresión de inseguridad en su rostro. De algún modo, eso me afectó.

—Daniela, no te preocupes —dije, casi en un tono tranquilizador, poco habitual en mí—. Pronto todo se aclarará.

Ella volvió a mirarme, algo parecido a la esperanza brillando en sus ojos antes de asentir suavemente y entrar en casa, cerrando la puerta tras de sí.

Solo en el coche, aún detenido frente a su casa, respiré profundamente, sintiendo sobre mis hombros un peso inexplicable.

¿Qué tenía de especial aquella mujer para hacer temblar todas mis certezas?

En realidad, la única certeza que tenía ahora era que, independientemente del resultado de aquella prueba, mi vida ya no volvería a ser la misma.



CAPÍTULO 53

«A veces, es necesario caer para reconocer que no somos invencibles, y levantarse para comprender que nunca es demasiado tarde para cambiar».

DANIELA CASTRO

Los días pasaron deprisa.

—¿Cómo te sientes, hija? —preguntó mi madre con aquella mirada suave y preocupada de siempre. Estaba sentada a mi lado en el sofá, sujetando con cariño la manita de Mateo mientras él dormía profundamente en mis brazos.

Suspiré antes de responder, con la cabeza llena de pensamientos enredados en una completa confusión. La verdad era que ya conocía el resultado de esa prueba, pero no era eso lo que me inquietaba.

Lo que realmente quería saber era cómo reaccionaría Javier al recibir la confirmación de que era padre. Quería ver su expresión, quería descubrir si algo en él cambiaría finalmente.

—Estoy bien, mamá. De verdad. —Sonreí débilmente, acomodando mejor al bebé en mis brazos, sintiendo aquella paz que solo mi hijo me proporcionaba—. Yo ya sabía la respuesta antes incluso de hacer la prueba. Ahora es él quien necesita saberla.

Mi madre asintió, comprensiva, aunque no del todo convencida.

—¿Y si reacciona mal, hija? ¿Has pensado en eso?

Me encogí de hombros, intentando no mostrar lo mucho que eso también me preocupaba.

—Si reacciona mal, no será ninguna novedad —bromeé, tratando de mantener el buen humor—. Lo importante es que Mateo está aquí, sano y precioso, y eso nadie podrá cambiarlo.

Ella sonrió, acariciando mi mano y después besando suavemente la cabecita de su nieto.

—Tienes razón, cariño. Este angelito es lo más importante ahora mismo.

Después de un rato me levanté, llevando con cuidado a Mateo hasta la cuna que tenía en mi habitación.

Observé su rostro sereno, admirando cada rasgo perfecto, que día tras día me recordaba más a Javier. Suspiré, sintiendo cómo mi corazón se encogía al pensar que quizás mi hijo nunca tendría la oportunidad de conocer realmente a su padre si Javier decidía alejarse.

Mientras aún estaba en la habitación, mi móvil vibró con una notificación.

Era un correo electrónico del laboratorio. El resultado oficial de la prueba ya estaba disponible para consulta. Por un instante pensé en abrirlo, pero ¿para qué? Yo ya sabía perfectamente lo que pondría allí.

Ignorándolo, dejé el móvil a un lado. Javier también recibiría ese mensaje, y sabía que muy pronto tendría noticias suyas. Lo que no sabía era si eso cambiaría algo entre nosotros o si simplemente aumentaría aún más el abismo que ya existía.

Regresé al salón y encontré a mi madre viendo la televisión distraídamente. Al notar mi expresión pensativa, me dedicó una sonrisa comprensiva.

—¿Va todo bien?

—Sí. Es que acabo de recibir el correo con el resultado oficial.

—¿No lo vas a abrir?

Negué con la cabeza, intentando parecer firme.

—Ya sé lo que dice. Solo me gustaría saber cómo reaccionará Javier cuando descubra oficialmente que es padre.

Mi madre me miró con ternura y solidaridad.

—Hija, sea cual sea su reacción, recuerda que no estás sola. Me tienes a mí, a tu hermana, a tus amigas... Mateo y tú tenéis aquí a una familia entera que cuidará de vosotros.

Sentí cómo mis ojos se humedecían y le sonreí.

—Lo sé, mamá. Y estoy muy agradecida por ello.

Se acercó para abrazarme con dulzura, susurrando palabras reconfortantes como hacía siempre.

De cualquier forma, estaba preparada. Fuese cual fuese el próximo paso de Javier, estaría lista para enfrentarlo. Por mi hijo, por mi familia y por mí misma.

JAVIER FERRARA

No pude trabajar bien hoy.

La expectativa por el resultado de aquella prueba había arrasado por completo con mi concentración.

Aunque había afirmado decenas de veces que ya sabía la respuesta, ahora, mientras miraba fijamente la pantalla del ordenador, sentí cómo mi corazón se aceleraba de forma inexplicable.

Mi teléfono vibró a mi lado, indicando que había llegado un mensaje nuevo a mi correo electrónico privado. Respiré hondo, enderezándome en la silla, y pulsé en el icono con una ansiedad completamente inusual en mí.

El correo cargó lentamente, y entonces las palabras aparecieron delante de mis ojos con absoluta claridad.

Resultado: POSITIVO.

«Compatibilidad genética confirmada. El señor Javier Ferrara es el padre biológico de Mateo Castro.»

Esas palabras resonaron en mi mente una y otra vez. Sentí cómo me faltaba el aire en los pulmones.

Ya no había dudas.

No quedaba lugar para teorías ni conspiraciones. Daniela nunca había mentido. Todo lo que me había dicho era la más pura verdad desde el primer momento.

Me recosté en la silla, aturdido, con el corazón golpeando fuerte en mi pecho y la mente tratando desesperadamente de procesar todo aquello.

¿Cómo había sido capaz de dudar tanto de ella? ¿Cómo permití que mi desconfianza fuese más fuerte que cualquier otra cosa?

Antes de perderme por completo en mis pensamientos, sonó el teléfono interno.

—Señor Ferrara, su investigador privado, Dalton, está aquí fuera esperando. ¿Puedo dejarle pasar?

Respiré profundo, intentando recuperar mi postura habitual.

—Sí, déjale entrar, Lorena. Gracias.

Segundos después, Dalton entró en mi despacho.

Tenía una expresión distinta de la habitual: una mezcla de seriedad y urgencia. Sin ningún preámbulo, se acercó a mi escritorio.

—Tengo información importante, señor Ferrara.

—Ve directo al grano, Dalton —ordené, intentando disimular mi confusión interna.

No dudó. Colocó una carpeta encima de mi mesa, sacando rápidamente varias fotografías.

—Daniela Castro fue detenida ayer. Por fin he encontrado pruebas sólidas.

—¿Qué? —Fruncí el ceño, confundido e irritado—. ¿Detenida?

—Sí. Pero… —vaciló un instante al ver mi expresión y abrió la carpeta mostrando fotos nítidas de una mujer esposada.

Sentí cómo mi corazón se detenía por un segundo.

La mujer en las fotos no era la Daniela que yo conocía. No era mi empleada. Era otra persona, alguien completamente diferente.

—Esta mujer es la Daniela Castro que hemos estado investigando. Fue arrestada por robo y estafa. Está implicada en varios casos aquí en São Paulo —explicó Dalton rápidamente—. Mire estas imágenes y vídeos.

Sacó su teléfono y reprodujo un vídeo. En la pantalla vi claramente cómo aquella mujer robaba objetos y actuaba con sospecha. Entonces reconocí claramente el escenario: era el mismo evento en el que conocí a Daniela por primera vez.

La verdad cayó brutalmente sobre mí.

Había acusado injustamente a Daniela durante meses. Todas esas dudas, toda la distancia, toda la dureza que le mostré… todo basado en una mentira enorme, en un malentendido gigantesco.

—Entonces… —murmuré casi sin voz—, ¿Daniela, mi empleada, no es esta mujer?

Dalton negó con la cabeza, confirmando.

—Exacto. Son dos personas completamente diferentes. El nombre solo ha sido una desafortunada coincidencia. Daniela Castro, su empleada, no tiene absolutamente ninguna relación con estos delitos. Está limpia.

Cerré los ojos, sintiendo cómo un peso inmenso me aplastaba.

Culpa, remordimiento, rabia contra mí mismo por la ceguera causada por mi desconfianza. Daniela había dicho la verdad desde el principio, y yo jamás le di la oportunidad real de demostrarlo.

Dalton me miraba, consciente del conflicto interno que yo atravesaba.

—¿Necesita algo más, señor?

Respiré profundo, abriendo lentamente los ojos.

—No, Dalton. Gracias. Puedes retirarte.

Tan pronto como salió, volví a mirar aquellas fotos y vídeos, absolutamente conmocionado por aquella revelación. Había cometido un error imperdonable, y ahora necesitaba urgentemente pensar en cómo solucionarlo.

Me levanté de la silla, inquieto, caminando de un lado a otro. La culpa me consumía por completo.

Tenía que verla, necesitaba hablar con ella inmediatamente, pedirle disculpas, intentar reparar todo el sufrimiento que había provocado. Le había hecho acusaciones terribles, había cuestionado su carácter de manera cruel, mientras ella, inocente, soportaba absurdamente toda mi desconfianza.

Me detuve frente a la ventana del despacho, observando la ciudad afuera, moviéndose y distante, ajena por completo a mis conflictos internos.

Tomé una decisión en aquel instante. Debía hacer lo correcto por primera vez en mucho tiempo. Tenía que reconocer mi error, y sobre todo, necesitaba conocer a mi hijo.

Nada sería fácil, pero era lo mínimo que Daniela merecía después de todo lo que yo había hecho.

—Lorena, cancela todas mis citas de hoy —pedí por el interfono, decidido—. Voy a salir ahora mismo. No estaré disponible.

—Sí, señor Ferrara. Ahora mismo lo hago.

Cogí mis cosas, respiré profundo y salí rápidamente del despacho con una única certeza:

Hoy empezaría a reparar el mayor error de mi vida.



CAPÍTULO 54

«A veces, la verdad llega demasiado tarde para borrar las huellas que la desconfianza ha dejado por el camino».

DANIELA CASTRO

Recibí un mensaje de Javier diciendo que vendría a mi casa ahora por la noche.

No preguntó nada, simplemente avisó que venía, y yo sabía perfectamente el motivo. Mi corazón dio un vuelco descontrolado al leer aquellas pocas palabras en la pantalla.

Respiré hondo, tratando de dominar la ansiedad que amenazaba con apoderarse de mí.

Mi madre estaba a mi lado en el salón, entretenida con el pequeño Mateo en brazos, que dormía profundamente. Casi inmediatamente notó mi inquietud.

—¿Qué pasa, hija? ¿Ha ocurrido algo?

La miré durante algunos segundos, reuniendo el valor suficiente para hablar. Exhalé lentamente antes de confesar:

—Javier me acaba de mandar un mensaje, mamá. Dice que viene ahora.

Ella arqueó las cejas, sorprendida, pero no mostró irritación ni preocupación exagerada.

—Bueno, quizás sea hora de que tengáis una conversación de verdad. Una de esas sinceras, sin dejar nada fuera.

—¿De verdad crees que debería escuchar lo que tenga que decir?

—Por supuesto que sí. Pero sobre todo, tienes que decirle todo lo que piensas tú también, hija. No guardes nada dentro, porque luego se

convierte en rencor y resentimiento. Díselo todo claro, dejando muy presente que lo más importante ahora es Mateo.

Respiré profundamente una vez más, asimilando sus palabras. Ella tenía razón. Esa conversación tenía que ocurrir ahora, sin máscaras ni excusas.

Poco después, escuché el timbre sonar, claro y alto, haciendo que mi corazón se acelerase otra vez.

Me levanté despacio y fui hasta la puerta. Al abrirla, me encontré con Javier allí parado, imponente, aunque visiblemente incómodo.

—Entra —le dije, haciéndole espacio para que pasase.

Entró, observando discretamente alrededor, mostrando su nerviosismo. Intenté no mirarlo demasiado, pero era imposible ignorar su presencia tan marcada, su perfume amaderado y la manera en la que transformaba por completo el ambiente.

Mi madre se levantó y se acercó con Mateo todavía en brazos.

—Buenas noches, Javier. Soy Vivian, la madre de Daniela. Me alegra conocerte personalmente por fin.

Javier estrechó su mano con suavidad y esbozó una sonrisa educada.

—El placer es mío, Vivian. Y gracias por recibirme en vuestra casa.

—Esta es mi hermana pequeña, Nina —presenté rápidamente, intentando evitar cualquier silencio incómodo.

Nina, siempre animada y extrovertida, tomó inmediatamente el control del momento, iniciando una conversación frenética con Javier.

—Entonces, ¿tú eres el jefe de mi hermana? —preguntó con la inocencia de sus ocho años.

Javier pareció sorprendido, pero enseguida sonrió con naturalidad.

—Podríamos decir que sí, Nina.

Mi hermana sonrió, divertida con la respuesta, pero mi madre la condujo discretamente hacia otra habitación, dejándonos solos. Había llegado el momento de la conversación.

—¿Podemos ir a mi habitación? Creo que es mejor que tengamos privacidad —sugerí, señalando hacia la puerta.

Él asintió y me siguió. Entramos en la habitación y cerré lentamente la puerta, sintiendo el incómodo silencio que nos rodeaba.

—Entonces, Javier, ¿qué quieres realmente de mí ahora? —fui directa, sin rodeos.

Me miró, buscando las palabras adecuadas.

—He recibido el resultado, Daniela. Tenías razón en todo. El niño es mi hijo.

No respondí. Seguí mirándolo, esperando que continuase.

Respiró profundamente, visiblemente incómodo.

—Quieres saber también lo del evento, ¿verdad?

Asentí despacio.

—Sí, quiero saberlo. ¿Has averiguado algo?

Desvió la mirada por un instante antes de volver a mirarme. Ahora su voz transmitía un claro arrepentimiento.

—Me equivoqué completamente, Daniela. La mujer del evento no eras tú. Era otra Daniela Castro. Todo lo que me contaron y que yo creí cierto resultó ser un enorme malentendido. Esa mujer ha sido detenida

recientemente, y solo entonces pude darme cuenta del tremendo error que cometí.

Sus palabras me golpearon con fuerza.

Ya sabía que lo descubriría tarde o temprano, pero escucharlo de su propia boca era distinto. Era reconfortante y doloroso al mismo tiempo, porque revivía todo lo que sentí cuando él dudó de mí.

—¿Y ahora estás aquí para qué, Javier? ¿Para pedirme disculpas por todas las cosas horribles que me dijiste? ¿Por las acusaciones absurdas e injustificadas?

Respiró profundamente, mostrando sincero arrepentimiento.

—Sí, estoy aquí para pedirte perdón. De verdad. Sé que no merezco que me perdones, pero estoy sinceramente arrepentido.

Crucé los brazos, sintiendo cómo crecía en mí una fuerza interior.

—Muy bien, Javier. Acepto tus disculpas, pero eso no cambia absolutamente nada. Has destruido cualquier posibilidad que existiera entre nosotros con tu absurda desconfianza. Ahora nuestro único vínculo es Mateo. Nada más.

Pareció profundamente afectado, lo cual me sorprendió. Siempre tan firme y decidido, verle así era algo nuevo. Intentó argumentar algo, abrió la boca, pero no se lo permití.

—No. Tú ya has hablado suficiente, ahora me toca a mí. No tienes ni idea de lo mucho que me has herido con tus palabras, con tu desprecio y tus injustas acusaciones. En ningún momento confiaste en mí. Nada de eso va a desaparecer simplemente porque ahora te hayas dado cuenta del error tan grande que cometiste.

Asintió lentamente, culpable.

—Lo sé. Sé que he cometido errores enormes y sé que tengo que recuperar tu confianza, pero quiero que sepas que no voy a abandonarte ni a ti ni a nuestro hijo. Jamás haría algo así.

Respiré hondo, manteniendo mi postura firme.

—Ya lo veremos. Porque hablar es muy fácil, Javier. Quiero ver si de verdad vas a cumplir lo que estás prometiendo ahora.

Me miró intensamente durante algunos segundos más antes de asentir lentamente, derrotado.

—Te lo demostraré, Daniela. Puedes creerme.

—Si eso es todo, ahora ya puedes marcharte. Otro día hablaremos sobre el bebé.

Me miró de nuevo, algo triste, pero no insistió.

—Está bien. Buenas noches, Daniela.

—Buenas noches.

Acompañé a Javier hasta la puerta y observé cómo subía al coche y se alejaba.

Lentamente volví a la habitación, apoyándome contra la pared y respirando profundamente, sintiendo una fuerte opresión en el pecho.

Había hecho lo correcto, había dicho todo lo que necesitaba, pero aún sentía algo pesado dentro de mí.

Quizá porque en el fondo seguía sintiendo algo por él, algo que no podía explicar ni negar. Pero el dolor era demasiado grande para superarlo en una sola conversación.

Suspiré nuevamente, con un nudo en la garganta, mientras volvía junto a mi hijo, que ahora dormía plácidamente en brazos de mi madre.

—¿Todo bien, hija? —preguntó ella en voz baja.

Miré al pequeño Mateo, durmiendo tranquilamente, inocente ante todo lo que estaba pasando.

—Todo estará bien, mamá. De una manera u otra, todo saldrá adelante.

Y en ese momento, al contemplar el rostro sereno de mi hijo, comprendí que, independientemente de lo que Javier hiciera, mi vida ya estaba completa.

Lo que viniera a partir de ahora sería tan solo un capítulo más de esta historia que, a pesar del dolor y las decepciones, todavía tenía todo para acabar bien.

JAVIER FERRARA

Cuando salí de casa de Daniela, me sentí avergonzado.

No solo eso, estaba frustrado e irritado conmigo mismo.

No era algo que ocurriera con frecuencia, y precisamente por eso resultaba aún más difícil de asumir.

Respiré hondo, apretando con fuerza el volante mientras conducía por las calles de São Paulo, con las luces de las farolas reflejándose en mi rostro sombrío.

¿Cómo había podido ser tan idiota?

Había estado ciego y testarudo, descargando en ella algo de lo que ni siquiera era culpable. Yo, que siempre había presumido de ser un hombre inteligente y racional, había cometido el más básico de los errores: juzgar a alguien injustamente.

Golpeé con fuerza el volante al detenerme frente a un semáforo en rojo, sintiendo cómo el peso de aquello me aplastaba.

Daniela tenía razón en cada palabra que había dicho, en cada frase pronunciada con tanta dignidad, enfrentándome sin miedo.

¿Y yo? Yo había sido un cobarde, dejando heridas en alguien que no merecía nada de aquello.

Entré en casa un tiempo después, y el silencio imponente de mi mansión me recibió como un frío recordatorio de que, a pesar de todo el dinero y el éxito, estaba solo. Siempre había estado solo, especialmente ahora.

Sin quitarme siquiera la americana, caminé hasta el bar del salón y tomé una botella de whisky, sirviéndome una copa con hielo.

Me senté en el sofá, contemplando la bebida ámbar durante unos segundos antes de bebérmela de un solo trago, sintiendo cómo quemaba mi garganta.

Por un instante pensé en servirme otra copa, pero rápidamente comprendí que esa actitud ya no encajaba conmigo.

Ya no podía ser el Javier de antes, frío, distante e indiferente al mundo. Ahora había algo diferente, algo mucho más importante: era padre.

Padre.

Esa palabra resonaba en mi cabeza, provocando una extraña sensación en mi pecho. Mi corazón, hasta entonces blindado y protegido, parecía haber empezado a latir de otra forma desde el momento en que conocí la verdad.

Tenía un hijo, un bebé inocente que no tenía culpa alguna de mis traumas, de mis errores, de mis fracasos.

Miré de nuevo la botella de whisky y la aparté con determinación.

Aquella ya no sería mi vía de escape. Mi hijo me necesitaba. Merecía tener un padre presente, diferente del hombre frío y distante en que me había convertido.

Me levanté decidido y caminé hacia la ventana, observando las luces de la ciudad mientras mi mente trabajaba frenéticamente.

Necesitaba ser mejor.

Tenía que recuperar la confianza de Daniela, hacer que ella viese que yo era más que un hombre obsesionado con el control, el poder y el trabajo.

Respiré profundamente, sintiendo cómo empezaba a dolerme ligeramente la cabeza.

No importaba.

Sabía que me esperaba un largo camino por delante, y estaba dispuesto a hacer lo que fuese necesario para cambiar. Por mí, por Daniela, pero sobre todo por nuestro hijo.

—Te prometo que seré el mejor padre que puedas tener —murmuré, como si el bebé pudiera escucharme—. Y le demostraré a tu madre que puedo ser un hombre diferente.

Una pequeña llama de esperanza se encendió dentro de mí. Sabía que no sería fácil, de eso estaba seguro.

Daniela tenía motivos suficientes para no querer verme nunca más, pero yo había tomado una decisión. Lucharía por ellos. Lucharía para que los tres pudiéramos ser una familia de verdad.

Familia.

Sonreí, sintiendo por primera vez en la vida el peso y la importancia de esa palabra.

Eso era. Lucharía por mi familia. Y no descansaría hasta obtener su perdón.



CAPÍTULO 55

«Cuando la vida decide sorprenderte, no siempre llama a la puerta antes de entrar».

DANIELA CASTRO

Conforme fueron pasando los días, algunas cosas cambiaron mucho. Más de lo que había imaginado, y bastante más de lo que podía esperar.

Lo más sorprendente de ese cambio era el comportamiento de Javier.

¿Quién diría que el hombre que parecía amar solo su trabajo podría dejarlo todo a un lado para llamar todas las mañanas preguntando sobre pañales, vacunas y los horarios de sueño de un bebé?

La verdad era que estaba presente de una forma que jamás habría imaginado.

Mensajes cortos y llamadas rápidas se habían convertido en largas conversaciones sobre los pequeños logros de Mateo, como si estuviera dispuesto a compensar todo el tiempo perdido.

Y aunque intentaba mantenerme cautelosa, algo en mí comenzaba a ceder.

Hoy, de hecho, había aceptado una invitación suya para almorzar en su casa.

La mansión Ferrara, como solía llamarla mentalmente. Solo la idea ya hacía que me temblaran las piernas y que mis manos estuvieran frías de ansiedad.

—Tranquila, hija —intentó calmarme mi madre mientras terminaba de arreglarme—. No tienes por qué preocuparte. Él está siendo un buen padre ahora, y lo sabes.

—Lo sé, mamá, pero todavía me resulta extraño ir a su casa así… como invitada. —Suspiré mirando mi reflejo en el espejo. Me había puesto un vestido ligero, azul claro, con unas sandalias bajas y cómodas. El cabello lo llevaba suelto, ligeramente ondulado, y pese a la sencillez me sentía bonita y preparada.

En cuanto el coche de Javier aparcó delante de mi casa, sentí que el corazón se me aceleraba, pero intenté mantener la calma.

Al abrir la puerta lo vi bajando del vehículo, impecable como siempre, vestido con una camisa blanca, pantalón oscuro y ese perfume suyo que hacía latir mi corazón como si fuera una adolescente.

—Buenos días, Daniela —saludó Javier, mostrando una leve sonrisa mientras se acercaba para coger la bolsa del bebé que tenía en las manos—. ¿Cómo está nuestro pequeño campeón?

—Dormido, gracias a Dios —sonreí algo avergonzada aún.

Él me ayudó a colocar a Mateo en la sillita del coche, y lo hizo con tanta naturalidad que me sorprendió, incluso me pareció encantador.

Durante el trayecto hasta la mansión, empezó a conversar, algo inesperado pero agradable.

—¿Cómo van las cosas en el trabajo? No debe ser fácil lidiar con tantas cosas a la vez.

—La verdad es que últimamente he reducido bastante el ritmo —confesó mirándome brevemente antes de volver a fijarse en la carretera —. Decidí hacer una pausa y centrarme en lo que realmente importa ahora: vosotros dos.

Me quedé en silencio, atónita. Aquellas palabras me pillaron totalmente desprevenida.

Cuando llegamos a la mansión, sentí que entraba en otro mundo.

La puerta automática se abrió, revelando un amplio jardín perfectamente cuidado, con arbustos decorativos impecables y flores coloridas que daban vida al entorno. Al fondo, la casa se alzaba imponente, con una fachada blanca y detalles en madera oscura que recordaban a mansiones de revista.

—Vaya, esto es precioso —comenté en voz baja mientras él me guiaba por el camino empedrado hacia la entrada principal.

Dentro de la mansión, la decoración era minimalista y elegante, con muebles modernos y tonos neutros que creaban un ambiente

acogedor y sofisticado. Observé al personal moviéndose discretamente por la casa, educado y atento a cada detalle.

Al llegar al comedor, mi sorpresa fue aún mayor.

La mesa estaba perfectamente puesta, con platos exquisitos y, lo que más me impresionó, varios platos que simplemente me encantaban: lasaña de pollo con bechamel, ensalada caprese, verduras asadas con aceite de oliva e incluso una mousse de limón que me hacía suspirar de placer con solo imaginarla.

—¿Cómo sabías que me gustaba todo esto? —pregunté sorprendida, girándome hacia él.

Javier mostró una sonrisa misteriosa mientras retiraba la silla para que me sentara.

—Tengo mis métodos —respondió con esa mirada intrigante que aceleraba mi corazón—. Y quizás una pequeña ayuda de tu amiga.

Me reí discretamente, sabiendo quién había revelado todos mis secretos culinarios.

Mientras almorzábamos, la conversación fluía naturalmente.

Javier me hablaba de su infancia, algo que nunca antes había escuchado, y yo le contaba pequeñas historias divertidas sobre mi familia y cómo mi hermana se emocionaba con Mateo.

—Daniela —empezó él, dejando los cubiertos sobre el plato y mirándome fijamente—, quiero volver a pedirte disculpas por todo lo que ha pasado. No tuve razón al dudar de ti. Permití que malas experiencias del pasado condicionaran la forma en que te traté, y eso fue un error.

Respiré hondo, sintiendo nuevamente que mi corazón se aceleraba, aunque esta vez por una razón distinta. La sinceridad en su mirada era algo que jamás había visto en él.

—Ya te perdoné, Javier. Lo que importa ahora es Mateo, él nos necesita juntos, al menos en paz.

—Quiero volver a ganarme tu confianza. Quiero que veas quién soy realmente, y no aquel hombre frío y desconfiado que fui.

Aquello me conmovió de una manera que no esperaba. Aparté la mirada un instante, intentando contener la emoción que amenazaba con desbordarse en mis ojos.

—Yo… ahora mismo no sé qué decir. Necesito algo de tiempo para asimilar todo esto —respondí con sinceridad, volviendo a mirarle—. Pero quiero que sepas que este día está siendo muy importante para mí. Gracias.

—Lo entiendo y te daré todo el tiempo del mundo —prometió, tomando suavemente mi mano por un breve instante, lo suficiente como para provocar un agradable escalofrío por toda mi piel.

JAVIER FERRARA

Me di cuenta de que lo deseaba profundamente.

Por primera vez en muchos años, me encontré queriendo estar exactamente donde estaba: en casa, junto a Daniela, observando a nuestro hijo en sus brazos.

No había reunión de negocios, negociación multimillonaria ni ninguna otra cosa capaz de competir con ese instante.

Éramos solamente nosotros tres, Daniela, Mateo y yo: mi familia.

Me fijé en cada detalle del bebé, intentando reconocer algún rasgo mío en él.
Observé sus pequeñas manos, los ojos atentos que se fijaban en su madre, la nariz delicada pero firme, igual que la mía.

Aquel pequeño ser llevaba algo de mí, y eso me emocionó profundamente, de un modo que no imaginaba ser capaz de sentir.

—¿Quieres cogerlo? —preguntó Daniela, notando que yo estaba sumido en mis pensamientos.

Respiré hondo, preocupado por no saber cómo manejar algo tan frágil.

—No tengo mucha experiencia con bebés —admití, tratando de disimular mi incomodidad—. ¿Me ayudas?

—Claro que sí.

Con paciencia, Daniela acomodó a Mateo con cuidado en mis brazos, ajustando mi postura para asegurarse de que lo sostuviera correctamente.

Cuando finalmente lo tuve conmigo, sentí un calor inexplicable en el pecho.
El ligero peso de ese pequeño e indefenso niño despertó en mí una sensación totalmente nueva.

Miré a Mateo con asombro, casi sin poder creer que aquello fuera real. Él abrió los ojos, clavando su mirada en mí, como si supiera exactamente quién era yo.

—Es precioso —murmuré con voz temblorosa.

Sentí un nudo en la garganta, y mis ojos escocían con una emoción desconocida para mí.

Daniela percibió ese cambio en mí y tocó suavemente mi brazo, trayéndome de vuelta al momento presente. Sus ojos brillaban con ternura y comprensión.

—¿Estás bien?

Asentí lentamente, incapaz de decir nada más.

Le devolví el bebé, notando de inmediato la ausencia de aquel calor al soltarlo. Aun así, permanecí junto a ellos, contemplándolos con atención.

—Se parece mucho a ti —comenté, admirando la escena ante mis ojos.

Daniela me miró con una suave sonrisa mientras acariciaba el rostro del bebé.

—Quizá un poco —respondió divertida—, pero tiene tus ojos, la forma de tu cara e incluso creo que ese carácter mandón tuyo cuando quiere algo.

Reí entre dientes, observando mejor a Mateo y percatándome de esos detalles que ella había mencionado.

—Tienes razón —admití divertido—. La nariz se parece mucho a la mía.

Nos miramos unos segundos en silencio, y entonces comprendí algo que quizás había evitado ver hasta ese momento.

Daniela nunca fue quien yo pensé que era.

Era una mujer fuerte, dulce, honesta, alguien que jamás mereció las acusaciones y desconfianzas que lancé contra ella.

Ella siempre quiso mi presencia, no mi dinero ni mi influencia; solamente me quería a mí, a Javier Ferrara. No al empresario frío, calculador y desconfiado, sino al hombre detrás de todo eso.

Y, en ese instante, tomé una decisión definitiva: iba a recuperarla. Costara lo que costara, haría que Daniela volviera a confiar en mí y le demostraría que podía ser digno de ella y de nuestro hijo.

—Daniela —comencé decidido, mirándola profundamente a los ojos—, sé que he cometido muchos errores contigo, pero prometo hacer todo lo posible para reparar cada uno de ellos. Quiero estar a tu lado y al lado de nuestro hijo, no solo como padre, sino como alguien en quien puedas confiar de nuevo.

Vi el impacto que mis palabras tenían en ella, pero sabía que tendría un largo camino por delante.

Sin embargo, no importaba cuánto tiempo me llevara, estaba decidido a reconquistarla.



CAPÍTULO 56

«A veces, el corazón insiste en dar una nueva oportunidad, incluso cuando la razón aconseja lo contrario».

DANIELA CASTRO

—¿Qué tal estos últimos días, amiga? —preguntó Aurora, acomodándose mejor en el sofá y lanzándose una palomita a la boca, totalmente despreocupada por la cantidad que caía sobre la alfombra.

—Diferentes —respondí, encogiéndome en mi esquina del sofá mientras observaba a Mateo, que dormía plácidamente en el

portabebés a nuestro lado.

Aurora dejó de masticar inmediatamente y arqueó las cejas, interesada.

—¿Diferentes cómo? ¿Por fin espabiló? ¿Se volvió manso ahora que descubrió que es padre?

Me reí por la forma en que Aurora lo decía.

Mi amiga tenía una manera única e inconfundible de interpretar la vida, y siempre lograba hacerme reír, incluso en las situaciones más complicadas.

—No sé si «manso» es la palabra correcta, pero está… diferente, Aurora —repetí con calma, intentando encontrar la mejor manera de explicar los cambios que había notado en Javier—. Está mucho más presente. No es solo que llame o envíe mensajes todos los días, ¿sabes? Se preocupa por cómo estamos, quiere saberlo todo sobre Mateo, cómo pasamos las noches, qué hace durante el día, qué dice el pediatra. Es algo bastante surrealista, considerando cómo era antes.

Aurora sonrió traviesa y me tocó la pierna con el pie, claramente emocionada con el cotilleo.

—Ay, amiga, no me lo creo. ¡Está enamorado de ti! No existe otra explicación.

Rodé los ojos, riéndome.

—Tranquila, ¿no crees que estás exagerando un poco? ¿Te recuerdo que no me creyó? Me llamó aprovechada. ¿Cómo se olvida algo así?

Aurora suspiró dramáticamente y puso los ojos en blanco.

—Daniela Castro, ¡tú eres capaz de creer hasta en la bondad de las cucarachas! Te he visto dar segundas oportunidades a gente muchísimo peor que Javier Ferrara. Además, ¿de verdad crees que haría todo esto, que cambiaría tanto y estaría pendiente de ti solo porque supo que el niño era suyo? —Se detuvo un segundo, señalándome con la mano llena de palomitas—. Vale, quizás sí. Pero ahora lo conoces mejor. ¿Te parece que finge o lo notas sincero?

Negué con la cabeza, dejando que mis pensamientos vagaran libremente un momento.

Desde que nació Mateo, había sentido un cambio genuino en Javier. Algo en su mirada era diferente, más honesto, más abierto. Y cada gesto suyo parecía confirmarlo.

Incluso cuando dijo que lucharía por mi perdón, sentí sinceridad en sus palabras, algo que antes habría parecido imposible.

—Yo… creo que está siendo sincero —admití finalmente, en voz baja, casi como si no quisiera decirlo en alto—. Pero me da miedo creerle de nuevo, ¿sabes? Me da miedo volver a salir lastimada.

Aurora dejó el mando de la tele a un lado y se giró hacia mí, con una expresión seria que rara vez había visto en ella.

—Dani, eres la persona más fuerte y valiente que conozco. Eres una mujer increíble, una madre maravillosa y mereces ser feliz. Si él realmente ha cambiado, deja que pase. No te quedes enganchada en esas cosas malas que sucedieron antes. El Javier del pasado es otra persona. El Javier de ahora puede ser alguien totalmente diferente.

Tragué saliva, absorbiendo sus palabras.

—¿De verdad lo crees?

—¡Por supuesto! —rió, volviendo a su tono ligero—. Además, si vuelve a hacer alguna tontería, ya me encargaré yo personalmente de él.

Sonreí, relajándome un poco. Volvimos a centrarnos en la serie, pero mi mente ya estaba lejos de allí.

Pensaba en las últimas semanas, en todos esos pequeños detalles que Javier había tenido. Las sonrisas discretas que soltaba al verme cuidar de Mateo, los elogios que hacía sobre cómo enfrentaba las dificultades, esos silencios en los que simplemente me miraba, como si estuviese admirado de verme allí.

Parecía mucho más al hombre del que me había enamorado al principio.

Aquel hombre intrigante, encantador y fuerte, que quería descubrir cada detalle de mi vida, pero que al mismo tiempo parecía tener un miedo profundo a entregarse por completo.

Era difícil admitirlo para mí misma, pero probablemente Aurora tenía razón. Quizás Javier estaba cambiando, o quizás ya hubiera cambiado del todo.

Miré a Mateo, que dormía profundamente a mi lado, y sentí un suave calor en el pecho. Sabía que debía hacer lo mejor para él por encima de todo, pero tampoco podía ignorar lo que gritaba mi corazón con tanta claridad: quería a Javier cerca de nosotros.

No solo como el padre de Mateo, sino también como alguien capaz de estar a mi lado.

Suspiré, decidiendo en ese mismo instante seguir el consejo de Aurora: dejaría que las cosas ocurrieran de manera natural.

No forzaría nada, no crearía expectativas demasiado altas, pero tampoco cerraría la puerta a Javier. Le daría la oportunidad de demostrar quién era realmente ahora, sin presiones, sin rencores.

Al fin y al cabo, si había algo que yo siempre había hecho en la vida, era creer que todo el mundo tenía un lado bueno. Quizá ahora había llegado el momento de creer que Javier también tenía el suyo, aunque esta vez, con cautela.



CAPÍTULO 57

«Era difícil resistirse a algo que el corazón ya había decidido aceptar».

JAVIER FERRARA

—¿Te vas pronto otra vez?

Escuché la voz divertida de Santiago a mis espaldas mientras acababa de organizar unos documentos que tenía dispersos por la mesa tras la reunión. Ni siquiera tuve que girarme para saber que una sonrisa burlona adornaba su rostro.

—Sí —respondí con brevedad, tratando de evitar mayores explicaciones, aunque sabía perfectamente que él no me iba a perdonar.

—¿Por Daniela y el bebé, supongo? —provocó con tono malicioso, apoyándose en la puerta de mi despacho, cruzando los brazos y observándome con esa irritante expresión satisfecha.

—Exactamente.

Santiago amplió la sonrisa, moviendo la cabeza mientras me veía recoger mis cosas.

—Debo reconocer que me gusta esta nueva versión tuya, Javier. Es casi humana —soltó con ironía, y yo solo rodé los ojos, aunque en el fondo sabía que tenía razón.

Realmente había cambiado.

Desde que descubrí la verdad sobre Daniela y, especialmente, sobre mi hijo Mateo, notaba algo distinto en mí.

No era un cambio radical, pero sí una especie de apertura lenta hacia sentimientos que hasta entonces desconocía o había enterrado hace mucho tiempo.

—¿Serás capaz de apañártelas solo el resto del día o necesitas que te sujete la mano? —repuse con ironía, mirándolo fijamente.

Santiago levantó las manos, rindiéndose en broma.

—Con calma, papá orgulloso. Puedo encargarme de todo aquí perfectamente —afirmó, riendo de su propio comentario—. Aunque si sigues así, igual tendré que asumir tu cargo en el banco. ¿Quién diría que el gran Javier Ferrara cambiaría el despacho por pañales?

Solté una breve carcajada y negué con la cabeza, pero preferí guardarme cualquier comentario y dejarle hablando solo.

Cogí mis cosas y abandoné la oficina, experimentando una extraña sensación de tranquilidad al hacerlo tan temprano. Antes era impensable para mí salir antes de las ocho de la noche.

Llegué rápidamente a casa, cambié el sobrio traje por algo más informal, optando por una camisa azul marino y un pantalón oscuro.

Nunca fui de los que se preocupan demasiado por impresionar con la ropa, pero Daniela merecía que hiciera ese pequeño esfuerzo.

Mis pensamientos volaron inevitablemente hacia ella mientras conducía hacia su casa. Desde los resultados de la prueba de ADN,

nuestras conversaciones se habían vuelto más naturales y fluidas.

Yo estaba dando lo mejor de mí para que entendiera que mi arrepentimiento era sincero y que haría cualquier cosa por reparar el daño que le había causado.

Cuando llegué, quien abrió la puerta no fue Daniela, sino su hermana pequeña, Nina.

—¡Hola, Javier! ¿Buscas a Dani? —preguntó con los ojos brillantes.

—Sí. ¿Está lista?

—Casi. Está terminando de arreglarse —respondió con voz llena de importancia—. Mientras tanto, puedes hablar conmigo.

Me reí suavemente ante la espontaneidad de la niña y me senté en el sofá junto a ella.

—Claro. ¿De qué vamos a hablar hoy?

—De Mateo. ¿Sabías que está creciendo muy rápido? ¡Ayer me sonrió! —exclamó orgullosa.

Sentí una calidez inesperada llenar mi pecho al escucharla.

Sonreí sinceramente a Nina, comprendiendo por primera vez cómo cosas tan pequeñas podían significar tanto.

—Seguro que fue por tu bonita sonrisa por lo que te sonrió él.

Ella asintió con entusiasmo.

—¡Sí! Mamá dice que mi sonrisa es mágica.

—Estoy totalmente de acuerdo —afirmé justo cuando escuché la voz suave de Daniela.

—Espero no interrumpiros —bromeó, acercándose hacia mí.

Mis ojos se fijaron inmediatamente en ella.

Daniela estaba preciosa, con un vestido claro que realzaba aún más su piel morena y el pelo ligeramente ondulado cayéndole sobre los hombros. Tenía la mirada brillante, y por un momento me quedé sin aliento.

—Estás guapísima —murmuré sin pensar.

Sus mejillas se tiñeron de rosa y en sus labios apareció una pequeña sonrisa tímida.

—Gracias.

La ayudé a llevar a Mateo al coche, sintiendo un leve cosquilleo en el estómago al tocarla casualmente, aunque me afectó más de lo esperado.

Durante el trayecto, no pude evitar observarla de reojo mientras ella acomodaba al bebé en su asiento especial.

Un silencio cómodo se instaló entre nosotros durante unos segundos. Por primera vez en mucho tiempo, no sentí necesidad alguna de llenarlo con palabras vacías.

Cuando llegamos al restaurante, pedí una mesa más reservada y observé atentamente cómo Daniela contemplaba el lugar con admiración.

—No hacía falta todo esto, Javier.

—Sí hacía falta —respondí con firmeza, ayudándola a acomodarse en la mesa—. Te mereces mucho más.

Durante toda la cena, nuestra conversación fluyó con naturalidad.

Mientras hablábamos sobre cosas cotidianas, observé detenidamente a Daniela, reparando en pequeños detalles que antes

había pasado por alto: la manera en que sonreía al contar algo divertido, o cómo le brillaban los ojos al hablar de nuestro hijo.

Ella era mucho más de lo que yo había imaginado: una mujer fuerte, amable y dulce, pero también decidida. Y cuanto más la conocía, más seguro estaba de lo que quería.

La quería a mi lado. Para siempre.

—¿Todo bien? —preguntó, notando mi mirada fija en ella.

Sonreí ligeramente, respirando hondo antes de responder con sinceridad:

—Mejor imposible.

Daniela devolvió mi sonrisa con timidez, bajando los ojos rápidamente. En ese preciso instante, supe que haría cualquier cosa por reconquistarla.

No importaba el tiempo que llevase, yo estaría allí, constante, hasta que volviera a confiar en mí. Porque, por primera vez en mi vida, mi corazón me decía claramente qué quería.

Y lo que quería era a Daniela Castro.

DANIELA CASTRO

Observar la forma en que Javier nos miraba a Mateo y a mí me afectaba mucho más de lo que me gustaría admitir.

No era solo su mirada sobre nosotros, sino la manera en que parecía completamente absorto, admirando cada gesto mío y cada movimiento del bebé, como si fuéramos algo precioso, algo que jamás quisiera perder.

Era extraño, pero al mismo tiempo reconfortante verlo tan diferente de aquel hombre frío y distante que había dudado de mí en el pasado.

El Javier sentado frente a mí, conversando tranquilamente y sonriendo con sorprendente facilidad, era aquel mismo hombre encantador que conocí meses atrás en aquel evento. Quizá incluso mejor, porque ahora parecía haber bajado sus defensas, mostrando un lado protector y atento que me fascinaba.

—¿Cómo fue cuando nació? —preguntó, con una curiosidad genuina brillando en sus ojos oscuros.

—Difícil —respondí, dibujando una media sonrisa mientras acomodaba a Mateo en mis brazos—. Pero cada segundo de dolor y miedo valió la pena. Cuando lo escuché llorar por primera vez… fue la mejor sensación del mundo. No sabía si reír o llorar.

Javier sonrió, y sentí que mi corazón se aceleraba ligeramente ante aquella intensa mirada que me dedicaba. Estaba realmente interesado, deseando conocer cada detalle que se había perdido.

—Eres una madre increíble —comentó con un tono más íntimo de lo que esperaba.

Esbocé una sonrisa burlona, tratando de disimular mis nervios con humor.

—No tuve mucha opción. Al fin y al cabo, él estaba decidido a nacer, y no me preguntó si estaba preparada o no.

Javier rio, un sonido poco frecuente y agradable que hizo que mi corazón diese un vuelco en el pecho.

—Terco como el padre, entonces.

—Sin duda —repliqué rápidamente, sonriendo divertida—. Solo espero que no haya heredado tu mal genio, o estaremos todos perdidos.

Volvió a reírse y, por un breve instante, nuestras miradas se cruzaron, sosteniendo aquel contacto visual más tiempo del que consideraba apropiado.

—Puedo mejorar en eso, si es necesario —dijo suavemente, casi de forma provocativa, con una leve sonrisa asomándose en la comisura de sus labios.

Sacudí la cabeza, sintiendo cómo el calor subía a mis mejillas. Era difícil entender qué significaba exactamente aquello. Sus coqueteos me sorprendían, pero no podía negar que me agradaban, aunque tampoco quería mostrarlo abiertamente. Aún tenía demasiadas preguntas rondando en mi mente, demasiadas dudas sobre sus verdaderas intenciones.

—Sé que no merezco otra oportunidad, pero quiero que sepas que estoy dispuesto a hacer lo que haga falta para recuperar tu confianza.

Respiré profundamente, manteniendo su intensa mirada durante unos segundos, buscando alguna señal de que aquellas palabras eran sinceras.

El Javier que estaba allí ya no parecía ese hombre desconfiado y distante. Este hombre parecía querer realmente algo conmigo, algo real, algo que quizá nunca había experimentado de verdad.

—Lo sé —admití finalmente, bajando la mirada hacia Mateo, que dormía plácidamente en mis brazos—. Pero necesito tiempo. No es fácil olvidar todo lo que pasó.

Él asintió lentamente, respetando mis palabras y pareciendo comprenderlas perfectamente.

—No pienso precipitar nada, Daniela. Esperaré el tiempo que haga falta. Ya me he dado cuenta de que vales cada segundo de mi paciencia.

Sentí un leve escalofrío recorrerme la espalda, una señal evidente de que, independientemente de todas las dudas que aún permanecían en mí, Javier Ferrara había conseguido, definitivamente, tocar mi corazón una vez más.



CAPÍTULO 58

«Algunos secretos no pueden permanecer ocultos para siempre, especialmente cuando está implicado el corazón».

DANIELA CASTRO

5 meses después

Los meses que siguieron fueron diferentes, pero increíbles.

No podía dejar de pensar en todo lo que había pasado. Mi vida se había transformado por completo desde la llegada de Mateo, y sobre

todo desde que Javier empezó a formar parte de nuestra rutina.

Era curioso cómo alguien tan frío y distante, como él había sido al principio, se había convertido en una presencia tan importante y atenta en nuestras vidas.

Todavía recordaba las primeras veces que apareció por mi casa después del nacimiento de Mateo. Siempre reservado, siempre pendiente de todo, pero ahora había algo más cálido en sus ojos cuando me miraba.

Era como si estuviese esperando una señal mía para avanzar, para pedir perdón una vez más por todo lo que había pasado y, de alguna manera, intentar empezar de nuevo.

Hoy estaba en casa con Aurora, que escuchaba atentamente cada palabra mía mientras le hacía muecas divertidas a Mateo, arrancándole carcajadas encantadoras a mi bebé.

—Te lo juro, amiga, es como si se hubiese transformado —le dije, sonriendo mientras veía cómo Aurora se derretía con mi hijo—. Javier ha cambiado, de verdad. Está mucho más presente. Llama todos los días, manda mensajes, quiere saber absolutamente todo lo que hacemos durante el día.

Aurora levantó los ojos hacia mí con una sonrisa pícara en los labios.

—Sé perfectamente qué tipo de mensajes te manda, Daniela. —Soltó una risita burlona—. Ahora no te hagas la difícil, ¿eh?

Negué con la cabeza, riendo ante su provocación.

—¡Aurora, hablo en serio! Ha respetado mi espacio y en ningún momento ha intentado presionarme. Lo está haciendo todo bien. Ahora mismo está más centrado en nosotros que en su trabajo, ¿puedes creerlo? El Javier que yo conocía estaba obsesionado con la empresa, pero ahora… parece otro hombre.

—Quizá eso sea el amor que tanto has buscado siempre, amiga. Y seamos sinceras, tú tampoco has conseguido olvidarlo por completo. Ya va siendo hora de admitirlo.

Resoplé, intentando que no se notara lo mucho que sus palabras me afectaban.

—No es tan sencillo, Aurora.

—¿Y desde cuándo te gustan las cosas sencillas? —respondió mi amiga, divertida—. Si fuera fácil, ni siquiera estarías interesada. Te

conozco demasiado bien.

Antes de que pudiera responder, la puerta del salón se abrió de golpe y Nina entró corriendo, deteniéndose en seco al ver a Aurora, y soltando un chillido emocionado al ver a su sobrino.

—¡Hola, chicas! ¡Y hola, Dani pequeñito, el más guapo de la tía!

Nina corrió hacia el bebé y le hizo cosquillas suaves, provocando que Mateo se echara a reír. Mi hermana pequeña siempre tenía una energía contagiosa.

Aurora me lanzó una mirada maliciosa y se giró hacia Nina con una sonrisa curiosa.

—Dime una cosa, Nina… ¿Qué opinas de Javier?

La niña levantó los ojos pensativa durante un segundo antes de esbozar una gran sonrisa.

—A mí me gusta, es muy simpático conmigo y juega mucho. Y además hace reír a Dani siempre que viene, así que gana puntos extra por eso. —Se encogió de hombros, volviendo a centrarse en el bebé.

Aurora se rio en voz alta y me dirigió una mirada cargada de significado.

—¿Lo ves? Hasta Nina tiene las cosas más claras que tú, Daniela. ¡Esto es una señal!

Puse los ojos en blanco de forma dramática.

—No tienes remedio, Aurora.

—Soy la mejor amiga y consejera amorosa que podrías tener —respondió ella, con una sonrisa convencida.

Ambas reímos, pero mis pensamientos volvieron rápidamente hacia Javier.

Nina tenía razón. Últimamente, yo realmente sonreía más cuando él estaba cerca.

Él se preocupaba por cuidar de todo, desde los detalles más pequeños hasta las cosas más importantes. Incluso sin decirlo explícitamente, demostraba cuánto le importábamos Mateo y yo, y poco a poco sentía que mis defensas iban cayendo una tras otra.

No sabía exactamente qué esperar del futuro, pero en el fondo de mi corazón comenzaba a entender que tal vez perdonarlo sería más sencillo de lo que había imaginado en un principio.

Y si Javier continuaba mostrándome esa versión cariñosa y protectora de sí mismo, sabía que mis barreras no tardarían mucho más en caer definitivamente.

Aurora me observó un instante, como si supiera exactamente en qué estaba pensando, y me guiñó un ojo divertida.

—Sí… Sé perfectamente cómo acabará esto, así que voy a preparar las palomitas para disfrutar esta telenovela, Dani.

Solo negué con la cabeza, sonriendo mientras Nina volvía a hacer reír a Mateo.



Ya había vuelto al trabajo, pero aquella era la primera vez que llevaba a Mateo conmigo.

El corazón me latía con fuerza, quizá por la ansiedad de estar allí con mi bebé, o tal vez por no saber exactamente cómo reaccionarían

mis compañeros. En cuanto llegué al departamento, todas mis dudas se esfumaron.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Marina, llevándose las manos a la cara al verme llegar con Mateo en brazos—. ¡Es precioso, Dani!

—Ha salido a su madre, ¿verdad? —bromeé, mostrando mi mejor sonrisa presumida, mientras todos se acercaban para admirar a mi pequeño.

Mateo miraba a su alrededor con aquellos enormes ojos oscuros, fascinado por tantos rostros nuevos, sonriendo y haciendo sonidos que derretían el corazón de todos los que estaban cerca.

—¿Duerme bien? ¿Te da mucha guerra? —preguntó Júlia, claramente encantada.

—Es un angelito, solo me despierta por la noche unas treinta veces —contesté con ironía, provocando risas a mi alrededor—. Es broma, en realidad es tan tranquilo que a veces me levanto solo para comprobar que sigue respirando, porque este niño es igualito que su padre cuando está concentrado en el trabajo.

Al mencionar al padre de Mateo, me di cuenta de que había atraído una atención inesperada. Inmediatamente aparté la mirada e

intenté cambiar de tema.

La verdad era que no sabía qué pensaba Javier sobre esto, y no quería complicar las cosas ni exponer algo que él no estuviera cómodo revelando.

—¿Y el padre, Dani? —preguntó Mariana en voz baja, casi susurrando, aunque con los ojos brillantes de curiosidad.

Tragué saliva, sintiendo cómo mis mejillas se sonrojaban ligeramente.

—El padre es… complicado —respondí, soltando una risita nerviosa para evitar profundizar en el tema—. Pero está todo bien entre nosotros. Es un padre maravilloso, no tengo queja alguna.

Mientras todos intercambiaban miradas y susurros curiosos, algo hizo que levantara los ojos.

Mi corazón dio un vuelco al verlo cruzar el pasillo del departamento contiguo, elegante e imponente, conversando con algunas personas.

De repente, como si percibiera mi atención sobre él, Javier giró la cabeza y nuestras miradas se cruzaron. No pude interpretar su

expresión, lo que solo aumentó mi ansiedad.

Para mi desesperación, comenzó a caminar hacia nosotros con pasos firmes. Noté cómo se me secaba la garganta.

«Dios mío, ¿estará enfadado?», pensé, apretando suavemente a Mateo contra mí mientras todos se quedaban en silencio, tensos al verlo acercarse.

Javier llegó hasta nosotros, su mirada fría suavizándose inmediatamente al contemplar a Mateo. El bebé abrió una amplia sonrisa, reconociendo a su padre, y extendió sus manitas hacia él.

—Hola, campeón —dijo Javier con cariño, tomando a Mateo de mis brazos con una facilidad inesperada. La manera en que sujetaba a nuestro hijo era tierna y afectuosa, totalmente distinta de la imagen rígida y seria que solía mostrar ante sus empleados.

Todos permanecían en un silencio incómodo, observándolo impactados, sin saber qué pensar.

Entonces Javier alzó la mirada, paseándola entre las personas que nos rodeaban, adoptando una expresión firme.

—Sé que muchos aquí están sorprendidos, así que quiero dejar algo claro —comenzó, con una voz confiada y poderosa—. Mateo es mi hijo. Sé que Daniela no os había contado nada al respecto hasta ahora, pero fui yo quien pidió discreción al principio, para evitarle cualquier incomodidad.

Algunas personas intercambiaron miradas atónitas, mientras que otras simplemente parecían petrificadas por la revelación.

—Me gustaría que siguierais tratando a Daniela con el mismo respeto de siempre —continuó Javier, dedicándome una mirada que hizo que mi corazón volviera a latir acelerado—. Nada ha cambiado, excepto que ahora sabéis oficialmente quién es el padre del bebé.

Antes de marcharse, me miró directamente a los ojos y sonrió. Una sonrisa tan cálida, tan dulce y sincera, que deshizo por completo cualquier defensa emocional que aún me quedara.

Era como si quisiera decirme: «Estoy aquí, voy a cuidar de vosotros».

Y así, sin decir nada más, Javier se dio la vuelta y salió del departamento, dejando atrás un silencio conmocionado y un corazón —el mío— completamente sacudido.

—¡Madre mía, Dani! —Marina fue la primera en romper el silencio, casi gritando de emoción—. ¿¡Javier Ferrara!? ¿En serio? ¡Cuéntanoslo todo, ahora mismo!

Solo pude sonreír, algo avergonzada, mirando hacia el pasillo vacío por donde él había desaparecido, mientras mi corazón latía desbocado en el pecho.

Lo único en lo que podía pensar en ese momento era que Javier realmente quería que todos supiesen sobre nosotros. Y eso solo podía significar una cosa: quizá él sentía algo por mí, del mismo modo que yo sentía algo por él.



CAPÍTULO 59

«Cuando el corazón por fin comprende lo que realmente desea, no hay razón capaz de silenciar ese sentimiento».

JAVIER FERRARA

Hoy iba a salir con Daniela.

Solo nosotros dos.

Debía admitir, aunque fuera únicamente ante mí mismo, que estaba nervioso como hacía mucho que no lo estaba.

Mientras conducía hacia su casa, mis dedos tamborileaban sobre el volante, delatando una inquietud desconocida.

Nunca antes había sido así, tan vulnerable hasta el punto de pensármelo dos veces antes de decir o hacer cualquier cosa.

Todo estaba meticulosamente planeado, desde la elección del restaurante hasta las palabras exactas que pretendía decirle. Sin embargo, lo que no podía controlar era el torbellino en mi pecho.

Aparqué frente a su casa, respirando hondo antes de bajar del coche. Caminé lentamente hasta que la vi aparecer en la puerta, e instantáneamente sentí cómo se me cortaba la respiración.

Daniela estaba absolutamente preciosa, con un vestido azul oscuro que resaltaba aún más su piel morena y sus ojos brillantes.

—Estás impresionante —elogie, abriendo la puerta del coche para que entrase, mientras el suave aroma de su perfume inundaba mis sentidos.

Daniela sonrió tímidamente, bajando ligeramente la mirada.

—Gracias.

Mientras conducía hacia el restaurante elegido, "La Nuit", conocido por su sofisticación y ambiente íntimo, intercambiamos miradas discretas, acompañadas de pequeñas sonrisas.

Aquella noche parecía diferente de todas las anteriores que habíamos pasado juntos, como si finalmente pudiéramos ser nosotros mismos, sin malentendidos ni dudas.

Al entrar en el restaurante, noté cómo sus ojos se iluminaban de encanto al ver la decoración con velas y las mesas discretamente separadas, garantizando privacidad.

Nos acercamos a nuestra mesa y rápidamente un camarero nos trajo un vino que yo había seleccionado previamente.

—Espero que te guste la elección —dije mientras brindábamos.

—Imposible que no me guste —respondió ella con una sonrisa dulce, haciéndome comprender lo rendido que estaba ante aquella mujer.

La conversación fluyó naturalmente.

Hablamos un poco de todo, desde trivialidades hasta temas más personales, lo que nos acercó aún más.

Con cada palabra intercambiada, se me hacía evidente lo especial que era Daniela y lo mucho que deseaba formar parte de su vida, no solo como el padre de nuestro hijo, sino también como su compañero.

Casi sin darme cuenta, empecé a coquetear con ella, atento a sus reacciones.

Daniela al principio parecía cautelosa, quizá aún guardando rencores o dudas del pasado, pero poco a poco, sus ojos se fueron rindiendo a los míos, devolviéndome cada mirada con la misma intensidad.

—¿Sabes una cosa? —comencé, notando cómo se aceleraba mi corazón mientras sostenía profundamente su mirada.

—¿Qué? —murmuró ella, visiblemente ansiosa.

—Desde que nos conocimos han pasado muchas cosas entre nosotros. Soy consciente de que he cometido muchos errores, que te hice daño, que dudé de ti cuando no debía hacerlo. Y me arrepiento muchísimo, Daniela. Pero durante estos últimos meses me he dado cuenta de que tú eres mucho más de lo que merezco y, desde luego, mucho más de lo que jamás esperé encontrar.

Ella permaneció callada, observándome atentamente mientras yo continuaba, decidido a expresar lo que realmente sentía.

—Quiero que sepas que no estoy aquí únicamente por nuestro hijo. Claro que quiero ser el mejor padre posible, pero ahora quiero más que eso. Te quiero a ti, Daniela. Quiero estar a tu lado no por obligación, sino porque es imposible no quererte. He tenido que vivir muchas cosas para entenderlo, pero ahora estoy absolutamente seguro de que estoy completamente enamorado de ti.

Daniela tomó aire profundamente, llevándose una mano al rostro, claramente sorprendida y emocionada por mi confesión.

Durante un largo instante permanecimos en silencio, y respeté su tiempo, observando cada una de sus reacciones.

—Javier, yo… no esperaba escuchar esto —dijo finalmente, con la voz quebrada por la emoción.

—Sé que puede parecer repentino, pero no lo es. Llevo meses descubriéndolo poco a poco, intentando entenderlo, incluso tratando de convencerme a mí mismo de lo contrario. Pero ya no me queda ninguna duda. Lo que siento por ti es real.

Ella sonrió, y en ese mismo instante, supe que estaba en el camino correcto para tener a Daniela en mi vida para siempre.

DANIELA CASTRO

Escuchar a Javier confesar que realmente tenía sentimientos por mí me dejó sumergida en un estado de profunda reflexión durante todo el trayecto desde el restaurante hasta mi casa.

Mientras él conducía por las calles iluminadas, me quedé mirando por la ventana, contemplando cómo la noche transcurría lentamente, inmersa en mis pensamientos y tratando de asimilar todo lo que había oído aquella noche.

Él había dicho que estaba arrepentido por no haber creído en mí desde el principio.

Que había descubierto, del peor modo posible, que sus miedos e inseguridades le habían impedido ver quién era yo realmente. Y, sobre todo, admitió que se había enamorado de mí y que pretendía demostrármelo día tras día a partir de ese instante.

Al llegar frente a mi casa, sentí cómo mi corazón comenzaba a latir acelerado, golpeando con fuerza en mi pecho como si fuera a salir disparado en cualquier momento.

Javier bajó rápidamente del coche, rodeándolo hasta llegar a mi lado y abriendo la puerta con una delicadeza que contrastaba enormemente con aquel hombre frío que había conocido inicialmente.

Salí del vehículo, intentando controlar una ansiedad que me invadía por completo. Nos quedamos cerca, muy cerca, mientras él me observaba con esos ojos profundos, llenos de significado.

—Me lo he pasado muy bien esta noche —dije en voz baja, rompiendo el silencio que se había formado entre nosotros.

Una sonrisa suave apareció en sus labios mientras continuaba observándome.

—Yo también.

Tragué saliva, sintiendo una oleada de calor apoderándose de mi rostro.

—Todo lo que dijiste en el restaurante… ¿De verdad lo sientes?

Javier suspiró profundamente, y vi cómo su mirada se tornaba aún más seria e intensa.

—Cada palabra era sincera. Quiero que sepas que cometí muchos errores contigo, pero pienso compensarlos. No solo por Mateo, sino por

nosotros dos. Me importas muchísimo, Daniela, más de lo que jamás imaginé que me podría importar alguien.

Su tono era grave, cargado de una emoción que nunca pensé que escucharía salir de su boca.

Respiré hondo, reuniendo el valor para abrir un poco más mi corazón.

—Yo también siento algo muy fuerte por ti, Javier. Incluso cuando estaba enfadada contigo, cuando me sentía herida, en el fondo quería creer que no eras aquella persona fría. Y ahora veo claramente que no lo eres. Estoy muy feliz por todo lo que está ocurriendo. Muy feliz, de verdad.

Javier sonrió, aliviado y visiblemente emocionado, acercándose aún más a mí. Su mano grande y cálida tocó suavemente mi rostro, acariciándolo con delicadeza, mientras que su otra mano acariciaba suavemente mi cabello. Cerré los ojos involuntariamente, disfrutando de aquel gesto tan tierno e íntimo.

—No sé cómo explicártelo, Daniela, pero tú provocas en mí algo que nunca había sentido antes. Desde que entraste en mi vida, algo cambió aquí dentro —dijo señalando discretamente hacia su pecho—. Y

te quiero a mi lado. Quiero cuidarte, quiero cuidar de Mateo, quiero haceros felices.

Sentí cómo mi corazón latía con más fuerza todavía y todo alrededor parecía desaparecer. En aquel instante solo existíamos Javier y yo.

—Te deseo, Daniela. Más que cualquier otra cosa en este mundo.

Su voz sonó ronca, llena de deseo y sinceridad. Y antes de que pudiera responder o reaccionar, Javier se inclinó lentamente, y sus labios encontraron los míos en un beso suave y arrollador.

El contacto inicial fue delicado, casi dubitativo, pero pronto evolucionó en algo intenso y apasionado, como si todos los sentimientos guardados explotaran en aquel beso.

Sus manos rodearon mi cintura, acercándome más a él mientras nuestras bocas se movían lentamente, explorando y profundizando aquel momento tan esperado. Mis brazos se envolvieron automáticamente alrededor de su cuello, entregándome por completo a aquel instante perfecto.

El tiempo pareció detenerse y me perdí totalmente en sus labios, en su tacto, en su olor tan característico que siempre conseguía

desarmarme. El beso se volvió más urgente, más cálido, lleno de promesas silenciosas.

Cuando por fin nos separamos, sin aliento, apoyamos nuestras frentes una contra la otra, recuperando la respiración.

Miré profundamente en sus ojos, sintiéndome vulnerable pero segura a la vez. Javier, entonces, me envolvió en un fuerte abrazo, cargado de significado, y me sentí protegida como nunca antes lo había sentido.

—Te prometo que siempre cuidaré de ti y de nuestro hijo. Ahora mismo sois lo más importante de mi vida —susurró, emocionado.

Y en aquel instante, envuelta en sus fuertes brazos, comprendí que por primera vez en mi vida me sentía genuinamente amada.

Era real. Era intenso.

Y supe, en lo más profundo de mi corazón, que había tomado la mejor decisión al permitir que Javier volviera a entrar en mi vida.



CAPÍTULO 60

«En aquel instante, comprendí que algunas historias de amor empiezan justo cuando pensamos que ya han terminado».

JAVIER FERRARA

Un mes después

Daniela estaba conmigo en mi mansión.

Desde la amplia terraza con vistas al jardín, me quedé observándola a lo lejos, sentada bajo el sol del final de la tarde, jugando

tranquilamente con nuestro hijo en el césped verde e impecablemente cortado.

La sencillez de aquel momento era algo que jamás imaginé desear, pero ahora cobraba todo el sentido del mundo. Valía más que cualquier negociación millonaria que hubiera cerrado en toda mi vida.

Por un instante, me permití simplemente disfrutar de la imagen frente a mí.

Daniela sonreía mientras le hacía muecas divertidas a Mateo, quien reía con la alegría pura e inocente de los niños. Sentí una calidez especial en mi pecho y una emoción desconocida apoderarse de mí; una felicidad auténtica que hasta entonces jamás había probado.

—Parece que lo estáis pasando muy bien sin mí —bromeé mientras me acercaba lentamente.

Daniela levantó los ojos hacia mí, con aquella sonrisa que iluminaba su delicado rostro.

—Llegas justo a tiempo. Tu hijo estaba preguntando por ti.

Miré a Mateo, que agitaba sus manitas hacia mí, con los ojos brillantes al verme. Me agaché, tomándolo cuidadosamente en mis

brazos y sintiendo cómo se acomodaba contra mi pecho.

—Papá ya está aquí, campeón. ¿Me has echado de menos? —susurré, acariciando suavemente su mejilla con el pulgar. Él sonrió, emitiendo sonidos felices que me apretaron el corazón de una forma que nunca creí posible.

Daniela observaba nuestra interacción con una expresión dulce y cariñosa en su rostro.

—Formáis un equipo perfecto vosotros dos —comentó suavemente, llena de ternura.

—Y tú completas todo esto, Daniela. Nunca lo olvides —afirmé, mirándola intensamente, queriendo que sintiera la verdad y la profundidad de esas palabras.

Tras pasar un rato juntos allí, Mateo comenzó a quedarse dormido, frotándose los ojitos con sus pequeñas manos suaves. Me levanté, sosteniéndolo firmemente contra mí.

—Creo que alguien necesita descansar un poco —comenté en voz baja, sonriendo al notar que Daniela me observaba con orgullo en su mirada.

Entramos juntos en la mansión, recorriendo el pasillo hasta la habitación acogedora que había preparado especialmente para Mateo. Cada detalle del espacio había sido cuidadosamente planeado pensando en su comodidad.

Daniela permaneció en la puerta, observando mientras yo acostaba a nuestro hijo en la cuna con cuidado, cubriéndolo con la manta y acariciando su cabello oscuro hasta que finalmente se durmió.

—De verdad tienes talento para esto, Javier —oí que decía suavemente a mi espalda.

Me giré hacia ella, notando la sinceridad y emoción que brillaban en sus ojos. Me acerqué lentamente, quedándome muy próximo, permitiendo que la intensidad de aquel momento nos envolviera.

—Si estoy aquí hoy, viviendo todo esto, es por ti. Me has hecho ver lo que realmente importa en la vida. Tú y Mateo sois lo más importante que he tenido jamás. No sabía lo que era la felicidad hasta que os tuve a vosotros.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y sonrió tímidamente, sorprendida y emocionada a la vez.

—Javier… —murmuró con la voz quebrada por la emoción.

Llevé lentamente mi mano hacia su rostro, acariciando su piel suave mientras acercaba mi cara a la suya, fijando mi mirada en sus ojos brillantes.

—Tú lo has cambiado todo en mí, Daniela. Y ya no quiero volver a ser el que era antes —susurré, con mis labios demasiado cerca de los suyos como para resistirme.

Cuando nuestras bocas se encontraron, fue como si una descarga eléctrica recorriera todo mi cuerpo.

El beso fue lento e intenso, cargado de sentimientos acumulados que ahora se revelaban plenamente. Sentí sus manos rodeando mi cuello, sus dedos enredándose suavemente en mi pelo, atrayéndome aún más cerca y profundizando aquel contacto apasionado y urgente.

Nuestras respiraciones se volvieron agitadas, nuestros corazones acelerados y nuestros cuerpos unidos, como si fuéramos uno solo.

Podía sentir cada latido acelerado de su corazón contra mi pecho, comprendiendo que todo lo que había buscado en mi vida estaba allí, justo frente a mí.

—Daniela… te deseo más que a nada en este mundo —susurré contra sus labios, tomándola por la cintura y guiándola cuidadosamente

hasta la habitación principal, donde la acosté sobre la cama suave.

Besé cada centímetro de su piel con ternura, mostrándole lo importante que era para mí, mientras ella se entregaba por completo a aquel momento, respondiendo a cada caricia con pasión y confianza.

Sentir su cuerpo contra el mío, su piel calentándose bajo mis dedos y los suspiros suaves que escapaban de sus labios me hizo comprender el verdadero significado de la entrega y la intimidad.

Todo lo que quería era hacerla sentir especial, amada y protegida en mis brazos, demostrándole que era allí, conmigo, donde siempre debería estar.

Después de amarnos intensamente, permanecí a su lado en la cama, sintiéndola acurrucarse contra mí, su cabeza reposando sobre mi pecho.

Yo acariciaba lentamente su cabello mientras escuchaba su respiración tranquila y satisfecha.

—Daniela… —murmuré suavemente, sintiendo que era el momento adecuado para decir lo que llevaba guardado tanto tiempo.

Ella levantó la cabeza, mirándome con los ojos aún brillantes y una sonrisa dulce en los labios.

—¿Qué pasa?

Acaricié suavemente su rostro, mirando profundamente a sus ojos.

—Te amo, Daniela. Te amo más de lo que pensé que se pudiera amar a alguien. Nunca imaginé que podría sentir esto, pero ahora lo sé. Ya no quiero vivir sin ti.

Daniela sonrió emocionada, una lágrima discreta resbalando por su mejilla, que limpié delicadamente con mi pulgar.

—Yo también te amo, Javier. Muchísimo.

Volví a abrazarla, sintiendo que finalmente mi vida estaba completa. No había dinero ni poder en el mundo que pudiera compararse a la sensación de tenerla conmigo, junto a nuestro hijo.

Ahora lo tenía claro: haría todo lo que estuviera en mi mano para protegerlos y amarlos durante el resto de mi vida.

DANIELA CASTRO

Allí, tumbada en la cama abrazada a Javier, sintiendo sus dedos jugando distraídamente con mi pelo, comprendí que oficialmente era la mujer más feliz del mundo.

Aquello sonaba demasiado cliché para alguien como yo, acostumbrada a bromear incluso en los peores momentos de la vida, pero era exactamente así como me sentía.

Feliz. Realizada. Completa.

Observarlo durante estos últimos tiempos había sido como presenciar la metamorfosis más increíble.

El hombre frío, controlador y distante que conocí había dado paso a alguien protector, cariñoso y genuinamente interesado, no solo en mí, sino también en nuestro hijo.

Javier Ferrara había cambiado, y supe que era cierto al ver cómo miraba a Mateo, con un brillo especial en los ojos y una sonrisa fácil que pocas personas habían visto en él.

Ahora era a mí a quien miraba de aquella manera intensa, como si yo fuese la única mujer en el mundo. Mi corazón se aceleraba, y sentía mis mejillas arder bajo su atención constante.

—¿Qué pasa? —pregunté con timidez, escondiendo el rostro en la almohada mientras me reía, incómoda por esa mirada profunda que parecía atravesarme el alma.

—Estoy mirando a la mujer más increíble que he conocido —respondió suavemente, sin apartar los ojos de mí.

Tragué saliva, sintiendo cómo el pecho se me encogía con sus palabras. No estaba acostumbrada a escuchar cumplidos así, tan sinceros y llenos de sentimiento.

Traté de bromear para disimular mi nerviosismo:

—Qué exagerado, Javier. Te estás volviendo muy bueno en eso de decir cosas bonitas, ¿eh?

Él sonrió con una ternura evidente, ignorando mi intento por aliviar el ambiente. Tomó mi rostro delicadamente entre sus manos grandes y fuertes, mirándome fijamente a los ojos, como si quisiera estudiarme.

—Daniela, no estoy exagerando. Jamás he conocido a alguien como tú, y sé que nunca volveré a hacerlo. Eres divertida cuando todo parece imposible, optimista cuando el mundo se derrumba, y generosa incluso con quienes no lo merecen. Eres sincera, fuerte, dulce, cuidas de las personas a tu alrededor como nadie, y me has enseñado el verdadero significado de la palabra familia.

Noté cómo mis ojos se llenaban rápidamente de lágrimas.

Nunca me había visto así, jamás pensé que alguien pudiera percibir tantas cosas en mí. Respiré hondo, intentando controlar las emociones que amenazaban con desbordarse.

—Me has convertido en un hombre mejor, Daniela. Me has enseñado que en la vida hay mucho más que trabajo, y que vale la pena confiar en las personas. Especialmente en ti —continuó él, con firmeza y cariño, mirándome como si fuese lo más valioso del universo.

Las lágrimas escaparon silenciosamente por mi rostro mientras apretaba su mano contra mi mejilla, incapaz de decir nada ante aquella declaración tan inesperada y sincera.

—Ya tengo todas las respuestas que necesitaba. —Su voz era firme, cargada de emoción contenida—. Y no quiero esperar más.

Fruncí el ceño, confusa y curiosa al mismo tiempo, con el corazón latiendo tan fuerte en mi pecho que casi dolía.

—¿Qué significa eso exactamente, Javier?

Él respiró hondo, rozando mi rostro suavemente con la punta de los dedos, con delicadeza, casi con reverencia.

—Significa que te quiero conmigo para siempre. No solo hoy, no solo mañana, sino todos los días de mi vida. Quiero despertar a tu lado, reírme con tus bromas tontas, cuidarte, protegerte y también a nuestro hijo. Quiero envejecer contigo y hacerte feliz todos los días, Daniela.

Mi corazón se detuvo por completo cuando vi que se apartaba solo lo suficiente para alcanzar algo en el cajón de su mesilla.

Contuve la respiración al verlo regresar sosteniendo una pequeña caja aterciopelada de color azul oscuro, revelando en su interior un precioso anillo delicado, pero brillante como sus ojos.

—Daniela Castro, me has enseñado lo que significa amar. Y precisamente porque te amo con todo mi corazón, necesito saber: ¿quieres casarte conmigo?

Mi voz quedó atrapada en mi garganta mientras las lágrimas corrían libremente por mis mejillas.

Era increíble escuchar esas palabras saliendo de él.

El hombre más poderoso, reservado y complicado que había conocido estaba allí, declarando su amor y pidiéndome matrimonio de una forma hermosa y conmovedora.

—Javier... yo... yo... —intenté hablar entre sollozos emocionados, sintiendo mi corazón tan lleno de felicidad que parecía a punto de estallar.

—Por favor, no me hagas esperar tanto —bromeó él, sonriendo con la expresión más relajada que jamás le había visto en el rostro.

Respiré hondo, tratando de controlar mis emociones para responder de una vez por todas. Con una gran sonrisa y el corazón acelerado, por fin logré hablar, mirándolo a los ojos con todo el amor que sentía:

—Acepto casarme contigo, Javier.

Él soltó un suspiro de alivio y felicidad, deslizando suavemente el anillo por mi dedo.

Enseguida me atrajo hacia él en un abrazo fuerte, cálido y protector, y permanecimos así unos minutos, disfrutando del silencio cómodo y perfecto de aquel instante.

Con la cabeza apoyada en su pecho, escuchando el ritmo de los latidos de su corazón, sentí que finalmente había encontrado mi hogar.

Con Javier, con Mateo.

No necesitaba nada más aparte de aquellos brazos que me protegían de todo, incluso de mis propios miedos.

Podía no haber tenido suerte en mis relaciones anteriores, pero en ese momento comprendí que Javier no era solo mi suerte; él era mi destino.

Y nunca había estado tan feliz por algo en toda mi vida como lo estaba allí, entre sus brazos, sabiendo que nos esperaba un futuro maravilloso juntos.



EPÍLOGO

«Cuando el amor es verdadero, convierte lo imposible en realidad».

JAVIER FERRARA

Un año después

Estaba nervioso, mucho más de lo habitual.

Me sudaban las manos y sentía el corazón latir con tanta fuerza como los pasos que resonaban sobre el suelo de madera del altar,

montado al aire libre.

Santiago rió discretamente al notar mi inquietud, y yo puse los ojos en blanco en respuesta.

—Jamás pensé que vería a Javier Ferrara tan nervioso —provocó en voz lo suficientemente baja para que solo yo lo oyera.

—Cállate, Santiago —le respondí con una sonrisa sarcástica—. Esto ya es bastante difícil sin que tú intentes sacarme de quicio.

Entonces, como si el tiempo se detuviera por completo, mis ojos encontraron a Daniela caminando hacia mí.

Llevaba un vestido blanco delicado que parecía flotar a su alrededor, con detalles que brillaban discretamente bajo la luz del sol. Su sonrisa era suave y contagiosa, y sus ojos brillaban de una forma que jamás podría olvidar.

En ese preciso instante, toda mi tensión desapareció.

Era ella.

La mujer que no sabía que había estado esperando toda mi vida.

Daniela me miró con intensidad y yo sostuve firmemente su mano.

—Estás preciosa —susurré, viendo cómo sus mejillas adquirían un delicado tono rosado.

—Y tú, admitiendo por fin que estás nervioso, casi igual de adorable —respondió ella con esa dosis exacta de ironía que me hacía adorarla aún más.

Reímos discretamente mientras el oficiante comenzaba la ceremonia.

Cada una de sus palabras parecía reafirmar el sentimiento dentro de mí, la certeza de que nunca había tomado una decisión tan acertada como compartir mi vida con ella.

—¿Aceptas a Daniela Castro como tu esposa, en la alegría y en la tristeza, amándola y respetándola todos los días de tu vida? —preguntó el oficiante.

Miré directamente a sus ojos sin dudar ni un instante.

—Acepto. Hoy y siempre.

Ella hizo lo mismo, y nuestros votos quedaron sellados con un beso lleno de promesas silenciosas.

Los aplausos resonaron mientras avanzábamos de la mano por el pasillo, ya oficialmente marido y mujer.

Durante la celebración, nuestros invitados se fueron acercando uno por uno. Santiago fue el primero, abrazándome con fuerza.

—¡Quién iba a decir que llegaría este día! Por fin, Javier Ferrara, domesticado —bromeó, y yo sacudí la cabeza riendo.

—No abuses de tu suerte, Santiago.

Poco después, mis padres se acercaron trayendo a Mateo, vestido con un pequeño traje que hacía juego con el mío. Mi hijo sonrió, extendiendo los brazos hacia mí.

—¡Papá! —exclamó Mateo, riendo mientras lo colocaban en mis brazos.

Desde que supieron que tenían un nieto, mis padres habían cambiado por completo.

Ellos, que eran personas tan reservadas y serias como yo, se convirtieron en abuelos dedicados y cariñosos. Mateo transformó sus vidas igual que había transformado la mía, y eso me llenaba de una inmensa gratitud.

—Estamos orgullosos de ti, hijo —dijo mi madre con voz emocionada—. Daniela es una mujer increíble, y Mateo es lo mejor que nos ha pasado en la vida.

—Estoy totalmente de acuerdo —reforzó mi padre, acariciando la mejilla de su nieto—. Cuida bien de ellos.

—Lo haré, lo prometo —afirmé con seguridad, mirando a Daniela, que conversaba alegremente con algunas amigas.

Mateo señaló hacia su madre, ansioso:

—¡Mamá!

La mirada que ella me dirigió al vernos juntos, padre e hijo, fue tan intensa, tan llena de amor, que me dio la absoluta certeza de que aquella era mi vida ahora, y que nada en el mundo sería más importante que protegerla y amarla para siempre.

—¡Ay, amiga, estoy tan feliz por ti que ni me lo creo! —gimoteó Aurora por décima vez consecutiva, secándose las lágrimas mientras intentaba no arruinar completamente su maquillaje—. De verdad, Dani, ¡yo sabía que esto iba a pasar! ¡Lo sentí desde el principio!

Reí suavemente, abrazándola fuerte, sintiendo el calor de aquel cariño sincero que siempre me había reconfortado.

—Siempre lo supiste antes que yo, ¿verdad? Incluso cuando pensaba que ya estaba todo perdido, tú ya estabas inventando una nueva novela sobre nosotros dos. Gracias por creer en mí, amiga. De corazón.

Aurora tomó mi rostro con cariño, mirándome con ese brillo tan característico en sus ojos, cargado de emoción y alegría.

—Claro que creo en ti, amiga. El amor existe y tú te lo mereces entero. ¡Te quiero muchísimo!

Tragué saliva con dificultad, notando cómo las lágrimas empezaban a inundar también mis ojos. Respiré hondo, emocionada

por tanto cariño, y respondí con otro abrazo intenso.

—Yo también te quiero muchísimo, Aurora. Gracias por acompañarme en todas mis locuras.

Mientras aún compartíamos aquel momento tan emotivo, entraron mi madre y Nina, y enseguida pude ver la emoción brillando también en sus ojos.

—¡Mi niña, estás preciosa! —dijo mi madre, tomando mis manos entre las suyas, sus ojos también humedecidos—. No podría estar más orgullosa de ti, de todo lo que has logrado y de la mujer fuerte e increíble en la que te has convertido.

Le sonreí con ternura, sintiendo cómo mi corazón se llenaba aún más.

—Gracias, mamá. Lo conseguí porque siempre has estado a mi lado. Te quiero muchísimo.

Mi hermana pequeña, Nina, siempre tan despierta y observadora, vino corriendo también a abrazarme, casi arrugando mi vestido en el proceso.

—¡Dani, eres la novia más guapa del mundo! —exclamó con aquella dulzura e inocencia que siempre me derretía el corazón—. Estoy súper, súper feliz por ti y por Javier. Él es muy majo, ¡y Mateo es el bebé más bonito que existe!

Reí, acariciándole con cariño el pelo.

—Siempre te ha caído bien, ¿eh?

—¡Muchísimo! Y ahora vamos a vivir en la mansión y ¡voy a tener una habitación gigante! ¡Eso es genial! —dijo entusiasmada, y todas nos reímos juntas.

Realmente, muchas cosas habían cambiado durante el último año.

Continué en mi trabajo, creciendo profesionalmente y ganando experiencia, y ahora, más segura de mí misma, era consciente de cuánto había aprendido sobre mí y sobre el mundo.

Mi familia se preparaba ahora para mudarse conmigo a la mansión de Javier, algo que él mismo había sugerido, y yo nunca me había sentido tan agradecida en toda mi vida.

Era feliz. Muy feliz.

Cuando mi madre, Nina y Aurora salieron, Javier apareció llevando a Mateo en brazos. La sonrisa en su rostro hizo que mi corazón se acelerara. Nuestro hijo extendió sus manitas hacia mí, sonriendo mientras decía suavemente:

—¡Mamá!

Tomé a nuestro hijo en brazos, sintiendo un cariño infinito hacia aquellos dos seres que habían transformado por completo mi vida.

Javier me envolvió en un abrazo firme y reconfortante, mientras Mateo jugaba distraído con mi collar.

—Lo eres todo para mí, Daniela —comenzó Javier con voz firme y suave, sus ojos brillando con una intensidad que siempre me dejaba sin aliento—. Tú y Mateo me habéis dado algo que jamás imaginé tener. Me enseñasteis lo que significa amar de verdad, lo que significa ser una familia. Os amo más que a cualquier otra cosa en este mundo.

Respiré profundamente, sintiendo que las lágrimas volvían con más fuerza. Sonreí entre lágrimas, todavía incapaz de creer del todo que aquello fuese real.

—Yo también te amo, Javier. Has cambiado mi vida de una forma que nunca imaginé. Incluso en los momentos más difíciles, nunca dejé

de creer que podíamos salir adelante juntos. Y hoy me doy cuenta de que la vida es así, llena de altibajos, pero lo importante es saber que tenemos a alguien a nuestro lado para afrontarlo todo.

Él sonrió, acariciando con ternura mi rostro, sus ojos profundamente enamorados clavados en mí.

—Y siempre nos tendremos el uno al otro, mi amor.

Mateo, al notar nuestra emoción, soltó una risita dulce y espontánea, haciéndonos reír también.

En aquel instante, rodeada de ese amor tan fuerte y verdadero, comprendí que todas las dificultades que había pasado habían merecido la pena.

Entendí que, a pesar de los errores, los malentendidos y las heridas que sentimos al principio, el amor había ganado. Porque el amor siempre vence cuando es sincero, cuando es real, cuando no renunciamos a él incluso en los momentos más duros.

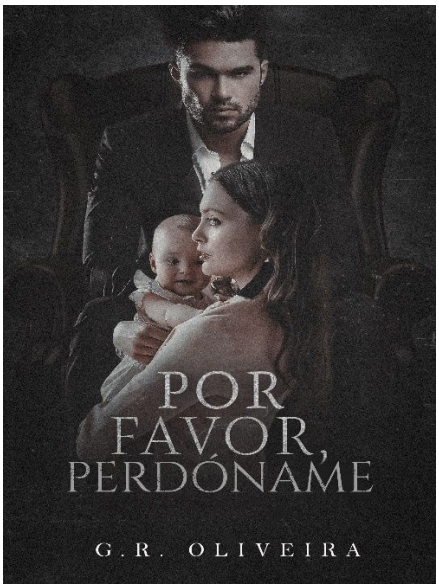
Miré a los ojos al hombre que había cambiado mi vida entera, sintiendo el calor de aquel abrazo que siempre me reconfortaba, y supe que nunca más estaría sola.

Porque el amor verdadero no es perfecto, pero tiene el poder de transformar vidas enteras.

Y yo, en aquel preciso momento, era la prueba viviente de ello.

FIN.

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0FF2CWPVT

DIFERENCIA DE EDAD + JEFE/SECRETARIA + FAST BURN + PADRE SOLTERO + EMBARAZO INESPERADO

DIEGO BITTENCOURT

Durante mucho tiempo pensé que el poder y el dinero lo eran todo. Construí un imperio, hice enemigos y amigos en el mundo de los negocios, y todo eso me costó más de lo que estaba dispuesto a admitir. Cuando conocí a Maria Gabriela, vi en ella a una mujer que me desafiaba, que no se doblegaba ante mi poder. Y fue precisamente esa fuerza la que me atrajo y, al mismo tiempo, me llevó a comportarme como el monstruo que jamás pensé que sería. Lastimé a la mujer que

amaba, y eso es un peso que cargo cada día. Mi historia no necesita un villano, porque yo mismo me convertí en él…

MARIA GABRIELA

Cuando acepté el empleo en Amacel Corporation, mi único objetivo era aprender y crecer profesionalmente. Tenía sueños, planes y toda una vida por delante. Pero me involucré emocionalmente con mi jefe, Diego Bittencourt, un hombre que, tras su encanto, escondía un lado frío y calculador. Lo que comenzó como una atracción irresistible se transformó en una pesadilla que me dejó marcada. Ser humillada, desacreditada y, además, tener que lidiar con un embarazo inesperado fue más de lo que imaginé poder soportar. Pero sobreviví, y ahora tendría mi venganza…

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

FRAGMENTO:

«—¡Te lo voy a decir por última vez: usé preservativo!
—Los preservativos no son cien por cien efectivos, y…
—¡Escúchame bien, Maria Gabriela! Si vuelves a hablarme de una prueba de paternidad o de que ese hijo es mío, te aseguro que voy a convertir tu vida en un infierno, ¡y eso es algo que no querrás para ese bebé! Y a partir de ahora, no quiero volver a verte delante de mí, ¿me he explicado bien?
Tragué las lágrimas y le sostuve la mirada con firmeza.
—Será un placer no volver a ver tu cara nunca más, ¡imbécil!

Salí del salón dando pisotones, pero en el fondo sabía que algún día me vengaría. Ahora, después de sus palabras, estaba dispuesta a bajar hasta el infierno si hacía falta para demostrar que él era el padre de ese bebé, o yo ya no me llamaría Maria Gabriela Oliveira.»

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0FC6RHDG5

DIFERENCIA DE EDAD + VIUDO + PADRE SOLTERO DE GEMELOS ADORABLES Y TRAVIESOS + JEFE Y EMPLEADA + SLOW BURN + HOMBRE PROTECTOR

JULIANA ROCHA

Me enamoré de un hombre que no sabe amar. Él me miró, me deseó, me tuvo, pero jamás me escogió.

Entre madrugadas silenciosas y promesas que nunca llegaron, fui perdiéndome a mí misma intentando encontrar un espacio en su mundo. **Esperé gestos que nunca llegaron.** Aguanté ausencias que me

dolían como puñaladas. Fingí estar bien para no tener que suplicar por algo que debería surgir de forma natural: **amor.**

Fui todo lo que podía ser, pero no fue suficiente. **Ahora estoy cansada, herida,** tratando de recoger los pedazos de una mujer que solo quería ser amada de verdad. Y quizá, por primera vez, **necesito elegirme a mí misma...**

VITTORIO DEL CASTILLO

La alejé de mí. No porque no la quisiera, sino porque la deseé demasiado. Después de perder a mi esposa, me prometí a mí mismo que jamás permitiría que nadie volviera a entrar. **Que proteger a mis hijos y mantener el control sería suficiente.**

Juliana apareció con aquella sonrisa torpe, la lengua afilada y una calma que hacía demasiado tiempo que no existía en mi vida. Me devolvió las ganas de sonreír. Me hizo querer estar en casa, no solo por mis hijos, sino por ella. **Y eso me destrozó por dentro, porque sentí que estaba traicionando una promesa, como si abrir de nuevo mi corazón significase borrar el recuerdo de la mujer que un día perdí.**

Hoy, mis hijos me preguntan si volveré a amar a otra persona. Y la única respuesta es que tal vez ya lo haga. Pero quizás me haya dado cuenta demasiado tarde...

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

FRAGMENTO:

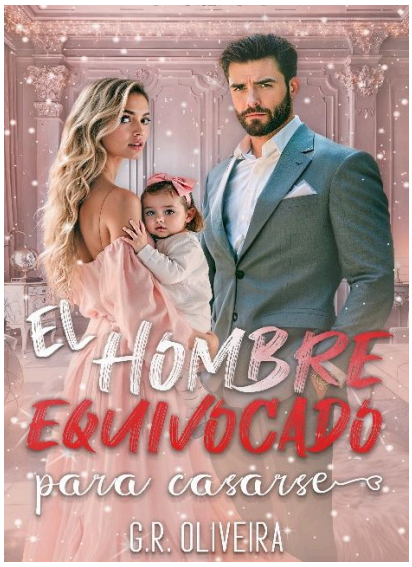
«— Yo no soy ella, Vittorio. Y tú tampoco eres el mismo de entonces. Quizá haya llegado el momento de dejar de vivir como si todavía estuvieses atrapado en aquel día.

— Simplemente no puedo.

Negué con la cabeza, dejando finalmente escapar las lágrimas, consciente de que todo lo vivido había sido en vano.

— Te amé. Y me arrepiento de cada segundo de ello. Solo... vete, Vittorio. Ya no quiero preocuparme más por ti».

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0F9MKPLZQ

CEO + DIFERENCIA DE EDAD + EMBARAZO INESPERADO + SLOW BURN + FAMILIA ENCONTRADA + SEGUNDAS OPORTUNIDADES + CONVIVENCIA FORZOSA + MATRIMONIO POR CONTRATO

«Él dudó de la verdad. Ahora es ella quien duda del perdón.»

LUNA BELMONT

Lo amé con cada fibra de mi ser. Creí en las promesas susurradas en la oscuridad, en los besos robados a escondidas y en el futuro que juró que construiríamos juntos. Pero todo aquello se hizo pedazos justo en el momento en que más lo necesitaba.

Embarazada, asustada y sola, busqué a Roman Lockwood para decirle que iba a ser padre. **¿Y qué recibí a cambio? Acusaciones, humillaciones y desprecio. Me dijo que mentía, que era imposible.** Me miró a los ojos y me llamó traidora.

Ahora, años después, el destino lo ha puesto de nuevo frente a mí. Solo que esta vez ya no soy aquella chica enamorada que confiaba ciegamente en su amor. **Soy la mujer que aprendió a sobrevivir sin él, que crio sola a nuestra hija y que juró que jamás volvería a permitir que Roman Lockwood la destruyese.**

ROMAN LOCKWOOD

He construido un imperio, he conquistado todo lo que un hombre podría desear… y, por el camino, **perdí lo único que realmente importaba.**

Durante años estuve convencido de que Luna me había engañado, de que aquella niña no podía ser mía. **Me aferré al rencor, a la traición que creí haber sufrido, al orgullo que me impedía ver más allá del dolor.**

Pero entonces llegaron los resultados. **Y la verdad me golpeó como una sentencia definitiva: ella nunca mintió; Antonella era mi hija.** Ahora, todo lo que creía saber se ha derrumbado, y tengo que enfrentarme al hecho de haber destruido a la mujer que un día amé.

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

FRAGMENTO:

«Él quería castigarme.

Tragué la rabia, el dolor y el orgullo. Entonces le dije lo que sucedería cuando la verdad saliese a la luz.

—Te pondrás de rodillas delante de mí cuando descubras que Antonella es tu hija. Me suplicarás que te perdone. Y cuando llegue ese día, Roman… —Respiré hondo, conteniendo la emoción, intentando no llorar—, te humillaré como tú me estás humillando ahora mismo.

Él simplemente sonrió y respondió:

—Buena suerte con eso.»

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0F8WCH2ZP

DIFERENCIA DE EDAD + EMBARAZO INESPERADO + JEFE Y EMPLEADA + SEGUNDAS OPORTUNIDADES + GRUMPY x SUNSHINE + FAMILIA ENCONTRADA + SLOW BURN + PROTAGONISTA ABANDONADA + NIÑO ADORABLE Y TRAVIESO

CAMILA PEREIRA

Dicen que el tiempo lo cura todo. **Mentira.**

El tiempo no ha borrado las noches que pasé llorando, ni los días en que me preguntaba dónde estaría él, si se acordaría siquiera de mí. El tiempo no hizo más fácil cargar sola con la responsabilidad de criar a un hijo.

Frederico Villanova fue el único hombre al que amé. Y también fue el mismo que me rompió el corazón sin mirar atrás. Ahora ha vuelto, y no solo ha descubierto que tenemos un hijo, sino que insiste en formar

parte de su vida. Y lo que es aún peor… insiste en formar parte también de la mía.

El problema es que he aprendido a protegerme. He aprendido a no esperar nada de nadie. Y si hay algo que no puedo permitirme es dejar que regrese para destruirme otra vez...

FREDERICO VILLANOVA

El mayor error de mi vida fue marcharme. Cuando me fui de Brasil, no sabía que estaba abandonando mucho más que un amor. No sabía que estaba dejando atrás una parte esencial de mí mismo.

Ahora, después de tantos años, he regresado y me he encontrado con un niño que lleva mis rasgos y una mirada que me desmonta. **He vuelto para reencontrarme con la mujer a la que amé y jamás olvidé, pero que ahora me mira como si yo fuera el peor error de su vida.**

Y quizás lo sea.

Pero si algo he aprendido es que ninguna fortuna vale tanto como una segunda oportunidad. Y pienso luchar por ella.

Por mi hijo.

Por la mujer de mi vida.

Por nosotros.

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

FRAGMENTO:

«—¡Tenías la obligación de decirme que era mi hijo!

Solté una risa amarga. El pecho se me encogía de pura rabia.

—Ah, claro. ¿Y tú no tenías la obligación de quedarte? ¿No tenías la obligación de, no sé… al menos decir adiós?

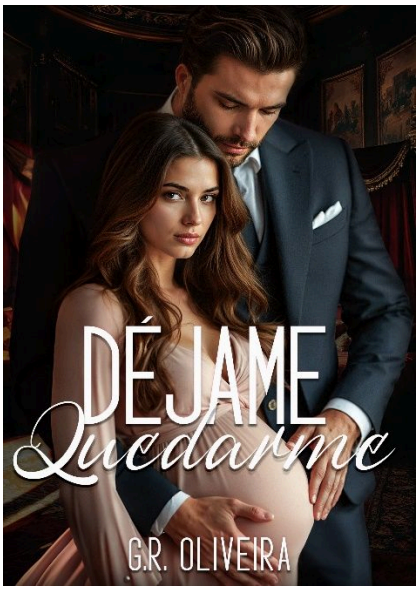
El silencio cayó entre nosotros como una tormenta.

—Es mi hijo —susurró Frederico, y esta vez no había rabia en su voz, tan solo incredulidad.

Cerré los ojos un instante, sintiendo que el dolor me asfixiaba por dentro.

—Sí, lo es. Pero no creas que puedes aparecer ahora y actuar como si nada hubiese pasado. Intenté avisarte, pero me bloqueaste por todos lados. Estuve un año, ¡UN AÑO!, intentando localizarte, hasta que comprendí que ni mi hijo ni yo te necesitábamos.»

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0FBFK758J

DIFERENCIA DE EDAD + PADRE SOLTERO + VIUDO + EMBARAZO INESPERADO + SLOW BURN + GRUMPY x SUNSHINE + FAMILIA ENCONTRADA

FERNANDA COSTA

Volver a empezar nunca es fácil, pero a veces es la única opción que nos queda. Florianópolis era mi oportunidad para dejar atrás el pasado, reconstruir mis sueños y, quizás, encontrar un nuevo lugar en el mundo.

Trabajar para Sebastian Blackthorn parecía solo un empleo más, hasta que él se convirtió en la pieza que faltaba en mi vida. Él es reservado, intenso, con unos ojos que ocultan mucho más de lo que las palabras pueden expresar.

A medida que nuestras vidas se entrelazan, **descubro que los muros que levantó para protegerse no son tan impenetrables como parecen**, y quizás sean tan frágiles como los míos...

SEBASTIAN BLACKTHORN

Perder a mi esposa fue como perder una parte de mí mismo. Intentar ser el padre perfecto para Margot es lo único que me mantiene en pie, aunque a veces ni siquiera eso parece suficiente para ella.

El trabajo siempre ha sido mi refugio. Controlar negocios y tomar decisiones importantes es fácil; criar a una hija mientras ignoro mi pasado, no tanto. Entonces apareció Fernanda, salvando a mi hija y trayendo un caos que no sé cómo manejar.

Nunca dejé espacio para distracciones, mucho menos para sentimientos capaces de amenazar el control que construí con tanto esfuerzo. **Pero ¿por qué está ella aquí, poniendo todo patas arriba y, aun así, haciendo que desee más?**

ELLA tiene miedo de confiar;
ÉL tiene miedo de sentir;
ELLA oculta cicatrices detrás de sonrisas;

ÉL controla todo, excepto su propio corazón.

Dos almas rotas. Un vínculo inesperado. Y una lucha por descubrir si, incluso entre los escombros, todavía es posible volver a amar.

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0FCVJBHD2

DIFERENCIA DE EDAD + PROTAGONISTA FRÍO Y POSESIVO + JEFE Y EMPLEADA + MATRIMONIO POR CONTRATO + EMBARAZO INESPERADO + CONVIVENCIA FORZADA + SLOW BURN + LOS OPUESTOS SE ATRAEN + GRUMPY X SUNSHINE

DAMIEN BLACKWOOD

Toda mi vida ha girado en torno al poder y al control. Soy el CEO de un imperio, un hombre que construyó su existencia sobre la disciplina y la frialdad, y cuya ambición me ha conducido a una decisión que nunca imaginé tomar: **un matrimonio por contrato.**

Rafaela solo debía ser una pieza más en mi tablero, parte de un plan para consolidar mi posición y expandir mis negocios. Un medio para alcanzar un fin. **Pero acabó convirtiéndose en el inicio de algo que ya no puedo dominar.**

Ahora estoy atrapado en un dilema: **continuar con el plan que me trajo hasta aquí o arriesgarlo todo por ella.**

RAFAELA ALBUQUERQUE

Mi vida ha sido una sucesión de golpes que me han enseñado a desconfiar de las personas. Que me robara la persona a quien amaba me dejó hecha pedazos, pero también me hizo luchar.

Cuando Damien Blackwood entró en mi vida con su contrato, vi en él una oportunidad de levantarme, de recuperar algo que creía

perdido: **seguridad**. Lo que no esperaba era sentirme atraída por él, y mucho menos descubrir al hombre oculto tras esa coraza de hielo.

Estar a su lado es como caminar al borde de un precipicio. **Ahora estamos atrapados en un acuerdo que jamás debió significar nada, pero que podría destruir quiénes somos realmente.**

Damien Blackwood tiene el poder de protegerme de todo, menos de él mismo…

LIBRO AUTOCONCLUSIVO.

NOTA DEL AUTOR



Espero que hayáis disfrutado de esta lectura y que os hayáis divertido con una historia más. Muchas gracias por vuestra confianza.

Si os ha gustado la historia, os agradecería mucho que dejarais una valoración.

Vuestra opinión es muy importante para mí en este camino, porque me ayuda a seguir aprendiendo y mejorando con cada libro, para ofreceros experiencias cada vez mejores.

¡Muchísimas gracias a todos los que habéis dado una oportunidad a esta historia! ¡Espero que también disfrutéis con las

próximas!

INSTAGRAM

GRUPO DO WHATSAPP

FACEBOOK